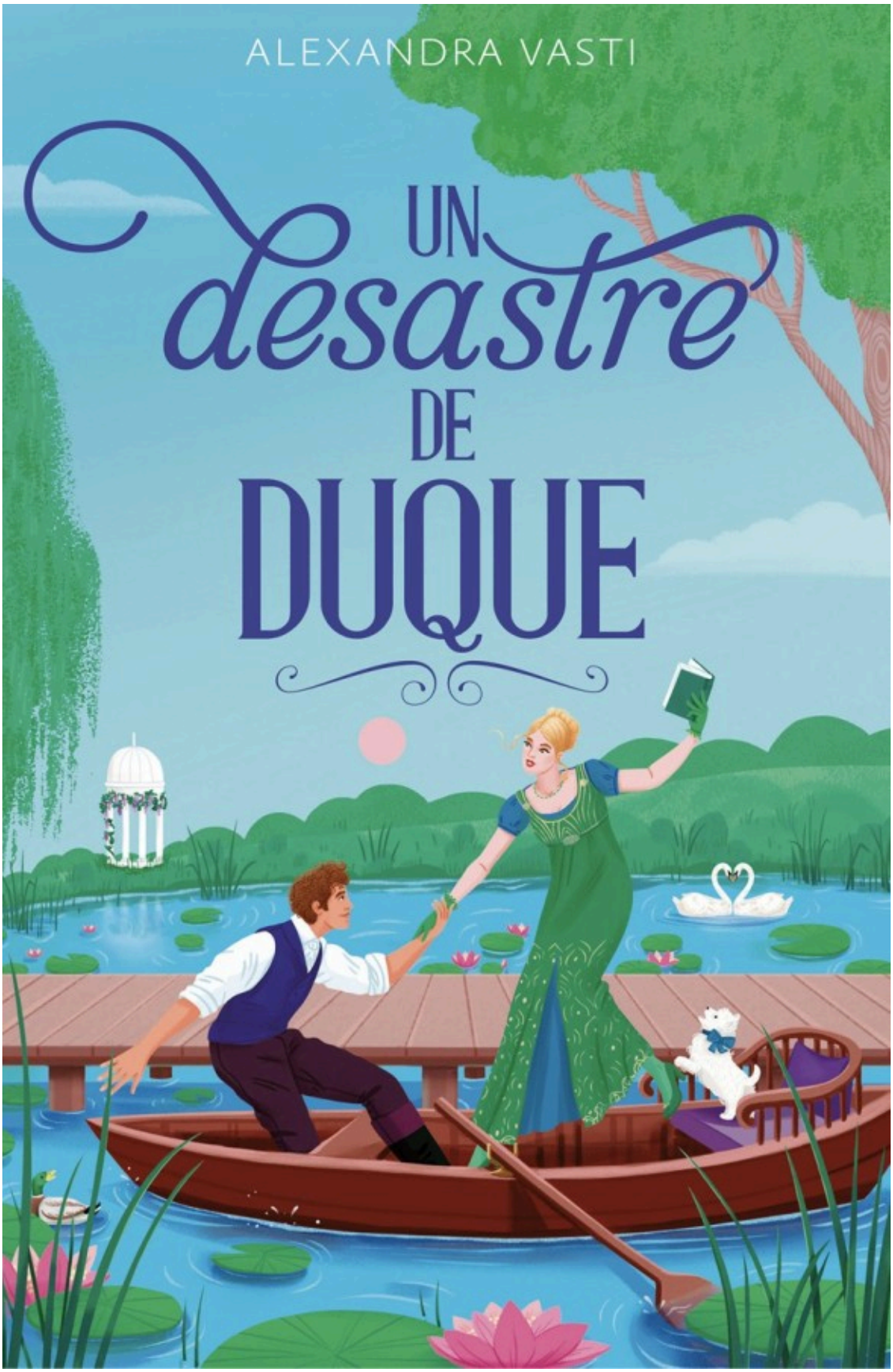
ALEXANDRA VASTI

Un desastre de duque




ALEXANDRA VASTI
UN
desastre
DE
DUQUE

Portadilla

ALEXANDRA VASTI

Un desastre de duque



Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Alejandra González
Dirección de arte: Lara Peces
Diseño: Marta Mesa

Título original: *Ne'er Duke Well*
Publicado por acuerdo con St. Martin's Publishing Groups
en asociación con International Editors & Yáñez' Co. Barcelona.
Todos los derechos reservados.

© del texto: Alexandra Vasti, 2024
© de las ilustraciones: Petra Braun, 2024
© de la traducción: Mónica Rodríguez Rodríguez, 2026
© Ediciones SM, 2026
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-1011-618-4

Coordinación técnica: Equipo SM
Digitalización: ab seveis

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A los bibliotecarios, libreros y cualquier lector
que le haya tendido alguna vez un libro
a alguien y haya dicho: «Dale una oportunidad.
Creo que te gustará». Cambiáis vidas.

Y a Matt, siempre.

CAPÍTULO 1

[...] Puede que te interese saber que Peter Kent por fin ha heredado. Lo recuerdas, ¿verdad? Acompaño en el sentimiento a todos los miembros de la Cámara de los Lores.

De lady Selina Ravenscroft a su hermano,
lord William Ravenscroft, de la séptima división
del Ejército de Su Majestad, 1815.

Peter sospechaba que aquel plan estaba condenado al fracaso. No había sido una buena idea. Seguramente podría haber encontrado otra forma de satisfacer el antojo de su hermanastra por un estoque, una que no implicara vestirla con ropa de muchacho y meterla a hurtadillas en una sala de esgrima de Bond Street.

Lo sensato habría sido encargar uno, no acompañarla a buscarlo. Incluso podría haber enviado a alguien a recogerlo.

Se suponía que era un duque, por el amor de Dios.

Peter Kent era el noveno duque de Stanhope, pese a no haber puesto jamás un pie en Inglaterra hasta hacía dos años, cuando se convirtió en el heredero del ducado y el conde de Clermont lo arrancó sin contemplaciones de su hogar en Luisiana.

Así que ahora era duque. Lo llevaba siendo ya tres cuartas partes de un mes.

La gente lo llamaba «excelencia» y el dinero le salía por las orejas.

Nada de aquello parecía importarles a sus medio hermanos.

–Lu –llamó a su hermana, ligeramente horrorizado al oír un deje de súplica en su propia voz–. ¿Estás segura de que no quieres el gatito? Podríamos comprarle un collar de su tamaño...

Aquella mañana había llevado a sus hermanos un gatito suave y peludo de color gris en una cesta. Freddie, su hermanastro de diez años, casi había saltado fuera de su propia piel al ver al animal, pero Lu había sofocado su entusiasmo con una sola mirada ceñuda.

–No –respondió con sequedad–. Nada de gatitos. Tenía la cola como un cepillo de chimenea.

–La cola parecía suave... –murmuró Freddie, desconsolado.

–Tiene garras –aportó Peter–. Y dientes. Dientes pequeños y afilados.

Se había vuelto loco en el carruaje de camino a casa esa misma mañana, tratando de meter al gatito en la cesta. Le había parecido una gran idea. ¿Qué niño podría resistirse a un gatito? Había mandado traerlo desde su casa de campo en Sussex, porque, aunque no sabía cómo narices lo había conseguido, tenía una casa de campo en Sussex. Y había personas que le traían cosas si lo pedía.

Pero el maldito gato no dejaba de saltar fuera de la cesta, treparle por la manga del abrigo con sus diminutas garras como agujas, clavarle sus minúsculos dientes en la oreja y chillar como si los mismísimos sabuesos del infierno le estuvieran pisando los talones.

«Pop, pop», hacían sus garras mientras se lo arrancaba del abrigo. Y luego «¡Miauuu!», cuando lo metió a empellones en la cesta. Y más tarde: «¡Ay, demonios y culebras, malandrín de bodega, plaga con rabo, suéltame el puñetero pulgar!».

Y, para colmo, Lu ni siquiera había querido al minino. Había alzado la nariz como si ella fuera la novena duquesa de Stanhope y no simplemente su hermana ilegítima de doce años, hija biológica de un hombre difunto.

Peter, por su parte, no había conocido la existencia de sus hermanos hasta que no hubo pisado Inglaterra. No había podido protegerlos de la negligencia y crueldad de su padre, del mismo modo que tampoco pudo proteger a Morgan.

Sin embargo, ahora daría su vida por protegerlos.

Le sería de gran ayuda, no obstante, conseguir que los niños confiaran en él. O, al menos, que le tomaran cierto aprecio. O, si no era mucho pedir, que toleraran su presencia sin lanzarle miradas recelosas.

–Quiero un estoque –anunció Lu–. Para poder atravesar a la gente con él.

«A ti. –Confesaban sus ojos–. Para poder atravesarte a ti con él».

–No estoy del todo seguro de que en la esgrima puedas atravesar a nadie de verdad.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Lu–. ¿Practicas esgrima? ¿Existe acaso la esgrima en Estados Unidos?

–La practico.

Santo cielo, la niña no necesitaba un estoque para saber con exactitud dónde clavarle el cuchillo en las entrañas y retorcerlo. Sí, era norteamericano. Sí, se hallaba muy fuera de lugar en aquella fría y brumosa isla, en la sala de esgrima y en la Cámara de los Lores. Y no, no había estudiado en Eton ni en Oxford, y no sabía cómo persuadir al Tribunal de Cancillería para que le otorgara la tutela de sus hermanos, ni tampoco sabía cómo ganarse a Lu.

No, no y no.

Pero, en lo que al estoque se refería, podía decir que sí.

–Pienso exigir la reparación de mi honor por este agravio. Del mundo entero –murmuró Lu, casi inaudible en el rumor de la calle.

Dios, qué criatura tan aterradora.

–Bien –respondió él–. Iremos a por un estoque. Pero, escucha, Lu, ni se te ocurra abrir la boca, ¿de acuerdo?

La niña frunció el ceño.

–¿Por qué no?

–Porque, para ser tan pequeñita, se te nota demasiado el mal genio de dama caprichosa.

Lo fulminó con la mirada.

–No soy una dama caprichosa.

–Pues lo parece, así que calla.

–¿Por qué dices eso? ¿Acaso hay damas...?

Peter la observó con el ceño fruncido y, para su sorpresa, la niña cerró la boca. ¿Debía fruncir el ceño siempre, pues? ¿Era así como debía comportarse un tutor? Dios santo, esperaba que no, pues aquella expresión lo hacía sentirse como su padre, y lo detestaba con cada fibra de su ser.

–¿En Nueva Orleans? –terminó por ella–. Sí, Lu, hay damas en Nueva Orleans. Mi madre era una dama.

–Oh –musitó la niña.

Bajo la mano admonitoria de Lu sobre su hombro, Freddie preguntó:

–¿Era?

–Murió hace ya mucho tiempo.

–Nuestra madre también murió –comentó el niño.

–Ya lo sabe, Freddie –replicó la niña con fastidio–. Por eso intenta, aunque fracase, apartarnos de la tía tatarabuela Rosamund.

Ah, sí, su actual tutora. La querida tía tatarabuela Rosamund, quien, según lo que tenía entendido, no estaba en realidad emparentada con los niños y ni siquiera parecía reconocerlos cada vez que se los devolvía tras alguna de sus salidas.

Tras la muerte de su madre, los niños habían sido trasladados, como cachorros no deseados, de una casa a otra, hasta terminar en el hogar de una tía lejana, ya muy entrada en años. Rosamund cabeceaba a mitad de una conversación, rara vez se levantaba del sillón y en ocasiones llamaba a Lu «Lucinda», «Lettie» y, a veces, «Horatio Nelson».

A pesar de todo esto, Lu se comportaba como si quisiera quedarse a vivir con ella, aun cuando Peter podría comprarle una habitación llena de maestros de esgrima, enviar a Freddie a Eton y darles cuanto él siempre había deseado y jamás había tenido.

–Lu –susurró–, te aseguro que, si abres la boca, no funcionará. Así que demuéstrame cuánto quieres esa espada manteniendo el pico bien cerrado, y saldremos de aquí con una ceñida a tu cinto.

Ella refunfuñó por lo bajo, pero obedeció. Entraron con total naturalidad en el salón de esgrima.

Un cuarto de hora después, ya salían. Lu estaba encendida de la vergüenza después de escuchar las extravagantes mentiras que

Peter había inventado para justificar su mudez. Freddie ahogaba la risa en una mano, y Peter sostenía el estoque por encima de su cabeza para asegurarse de que su hermana no hiriera a nadie con él.

Así fue como se encontró con lady Selina Ravenscroft: flanqueado por dos niños y con una pequeña espada por los aires, fuera del alcance de Lu, que aún resoplaba.

CAPÍTULO 2

[...] Recuerdo a Peter Kent. ¿No fue él quien te arrojó a un charco de barro en Broadmayne? Y te robó el caballo. ¿Y no sucedió algo también en relación a una boda en St. George, dos ovejas y un duelo?

De Will Ravenscroft a su hermana Selina,
carta enviada desde Bruselas.

Selina se colocó bien el sombrero, se escabulló por el callejón trasero de las oficinas del editor y apareció bajo el sol de Bond Street. El ala de su capota era demasiado grande y sobresalía más allá de su rostro como si fuera la proa de seda verde de una nave. Desentonaba de forma atroz con el abrigo largo rosa que llevaba anudado sobre su vestido de paseo de rayas amarillas, adornado con escandalosos volantes. Si mantenía la cabeza inclinada, su rostro quedaba oculto casi por completo.

No iba disfrazada. No había tenido necesidad de ponerse el áspero vestido de sarga propio de una criada que llevaba más de un año guardado en el fondo del armario. Hecho que Selina consideraba, en cierto modo, un alivio.

Si lady Selina Ravenscroft, hermana menor del duque de Rowland, fuese sorprendida deambulando por Londres con un atuendo de sirvienta, las publicaciones sensacionalistas dedicadas a los chismes echarían humo a la mañana siguiente.

Pero así, con aquel atuendo tan pasado de moda, el cabello recogido bajo la capota y el rostro bajo la sombra de su extravagante ala, no iba disfrazada, no del todo. Solo resultaba casi irreconocible, que era tal y como prefería mostrarse.

Y si alguien llegara a reconocerla con aquellas ropas tan ridículas, no sería motivo suficiente para provocar un escándalo. Bueno, quizá uno muy leve, dado que paseaba sin acompañante ni doncella. Pero solo debía cruzar dos manzanas hasta donde el carruaje de los Rowland la aguardaba (dentro ya estaba esperando Emmie, su doncella, una mujer muy fácil de sobornar para su propio beneficio), y entonces estaría a salvo. No habría ningún escándalo.

Al menos de momento.

Por supuesto, solo era cuestión de tiempo que alguien descubriera la verdad.

Lanzó una mirada de soslayo hacia la oficina de Jean Laventille, el radical inmigrante trinitense que era a la vez su editor y su único confidente. Y aquel fue su error, pues, con el ala de la capota bloqueándole la vista y los volantes del vestido agitándose en torno a su cuerpo, no vio al pequeño que se cruzó en su camino hasta que fue demasiado tarde.

Chocaron con un golpe seco y Selina sintió que se le escapaba el aliento. Intentó evitar darle una patada en la pantorrilla y acabó perdiendo el equilibrio.

–¡Rayos y centellas! –exclamó el niño, con voz dulce y los ojos oscuros y enmarcados por largas pestañas abiertos como platos.

Selina extendió las manos hacia adelante, mientras su mente registraba con presteza una serie de hechos.

El primero: aquella criatura quizá no fuese un niño.

El segundo: su rostro estaba a punto de encontrarse, de manera muy abrupta, con un adoquín.

Tercero: aquellos guantes iban, sin duda alguna, a quedar destrozados, y le gustaban mucho...

Y entonces, un fuerte brazo masculino la sujetó por el torso para devolverla sobre sus pies con cautela.

–Santo cielo, Lu –dijo el dueño del brazo–. Tienes suerte de que no hayas atravesado a esta dama por accidente, porque ni siquiera

los lores del reino están exentos de las consecuencias legales por asesinato.

Y...

Oh.

Oh, no.

Selina conocía esa voz y ese leve acento. Conocía al dueño de aquel brazo. Conocía esa peculiar mezcla de palabras sencillas y encanto disparatado, y sabía, sin necesidad de mirar, que en el rostro del hombre se dibujaba una sonrisa un tanto animal.

El estúpido Peter Kent.

No podía alzar la vista ni una fracción, porque entonces el ala de la capota dejaría al descubierto su rostro y la reconocería. Y ella no quería que nadie la reconociera. Ni mucho menos él.

Estaba sola, aunque a Peter eso no le importaría. Sin embargo, podría preguntarle qué hacía allí, en Bond Street, sin compañía. Era una posibilidad. Incluso podría haberla visto salir de la oficina de Laventille. ¡Dios mío! No podía permitir que la relacionaran con el editor, porque entonces podrían relacionarla con Belvoir y quedaría atrapada por completo en la red de engaños que ella misma había tejido. Tal vez no hallara jamás el modo de salir.

Además, acababa de rescatarla, lo cual resultaba humillante.

Y, para colmo, llevaba aquel disfraz tan ridículo.

No es que le importara lo que aquel hombre pensara de su atuendo. No es que pensara en Peter Kent de esa manera.

Ni de ninguna. Nunca.

–Disculpe –murmuró, alejándose con la vista fija en sus botas polvorientas. Le dio la sensación de que había otro niño al lado de Peter, pero no se atrevió a girar la cabeza para comprobarlo.

Pero, entonces, horror de los horrores...

La reconoció de todos modos.

–¿Selina?

Vaya, fracaso absoluto.

Alzó la cabeza para encontrarse con su mirada. Y luego un poco más. Y más. La capota, que tan bien había servido para disfrazar su aspecto, en aquel momento resultaba bastante deficiente a la hora de permitir un trato social normal.

Por fin encontró su rostro.

Sí, era Peter Kent (*Stanhope*, –se recordó a sí misma–; *ahora era el duque de Stanhope*), y sí, le sonreía con ese aire juguetón tan suyo mientras la estudiaba desde arriba.

Era alta, pero él lo era más. Sus vivos ojos castaños brillaban con calidez y con aquella familiaridad cómoda e indomable que lo llevaba a dirigirse a ella sin el tratamiento debido. Llevaba los oscuros rizos revueltos con esmero. Se preguntó si no sería obra de un ayuda de cámara armado con unas tenacillas calientes. Su piel clara estaba dorada por el sol de Luisiana, sus labios eran carnosos de una forma insultante para un hombre, y...

Esa. Esa era la razón por la que, en los dos años que habían transcurrido desde que se conocieran y él la arrojara a un charco de barro, no pensaba en Peter Kent.

Selina ejecutó una reverencia ensayada, cortés pero no deferente.

–Excelencia. Qué agradable sorpresa.

La sonrisa de Peter se ensanchó.

–No dirías eso si te hubiera atravesado con la espada de Lu.

Como de costumbre, Selina no tenía la menor idea de a qué se refería. No veía ninguna espada.

Peter se volvió y señaló al menor de los dos niños que lo acompañaban.

–Vamos, Freddie, dámela antes de que Lu te la quite y ensarte a alguien.

–Creía que no estaba afilada –comentó el muchacho, escandalizado–. Dijiste que era para practicar.

–Lu podría ensartar a alguien hasta con una cuchara.

El muchacho (Freddie, por supuesto) sacó lo que parecía ser un estoque de juguete y se lo entregó a Peter, cuya ancha mano lo envolvió casi por completo. El objeto resultaba ridículo.

Volvió a girarse hacia Selina.

–Ahora que las armas están a buen recaudo...

Ella alzó una ceja. ¿A buen recaudo? Estaba sosteniendo la espalda en alto.

Peter captó su mirada y la ignoró.

–Lady Selina Ravenscroft, te presento a mis hermanos. Esta es la señorita Lucinda Nash –utilizó el florete para señalar a la mayor de los dos– y este es el jovencito Frederick Nash.

Frederick Nash le dedicó una cortés reverencia.

Lucinda Nash se quitó la boina, liberando una cascada de relucientes rizos color chocolate, e hizo una reverencia tan acentuada que a punto estuvo de postrarse en el suelo. Luego se irguió, mirando a Selina con unos ojos brillantes y fieros, como si la desafiara a hacer algún comentario sobre su ropa masculina.

Selina supuso que no estaba en posición de criticar el estilismo de nadie aquella tarde.

–Señorita Nash –susurró, inclinando la cabeza para saludarla–. Señorito Nash. Es un placer conoceros.

–Lu –corrigió la muchacha, hecha una furia–. No Lucinda. Lu.

–Lu –murmuró Freddie, con gesto incómodo–. No debes corregir al duque en público...

–Freddie, cállate, que pueden oírte.

Selina se mordió el interior de la mejilla para contener una carcajada. Dios, habría detestado que se rieran de ella a esa edad.

–Mi hermano Nicholas también es duque –comentó en su lugar–. Y os aseguro que lo corrijo en público con frecuencia.

Los ojos de la niña refulgieron con interés.

–No, por favor –intervino Peter–. Te ruego que no la alientes.

–¿Y es vuestro hermano un duque tan aburrido como este? –preguntó Lu, como si Peter no hubiera hablado.

¿Aburrido? Vaya. «Aburrido» no era precisamente la palabra que le venía a la mente cuando pensaba en Peter. Escandaloso, quizá. Desconcertante. Inquietante.

Pero no pensaba en él, por supuesto que no.

–Sí, mi hermano el duque es, en efecto, muy aburrido.

Dirigió una disculpa mental hacia los Rowland. Nicholas no era exactamente aburrido, pero, cuando ella era niña, le había parecido bastante serio. Tal vez un tanto demasiado aristocrático.

En resumen, aburrido.

–¿Y vuestro hermano el duque es también tan viejo como este?

¡Por todos los cielos, cómo no iba a reírse!

–Pues sí –respondió Selina–. Igual de, eh, decrépito.

Peter emitió un sonido ahogado.

–¿Y vuestro...?

–Gracias, Lu –interrumpió Peter, echándole un brazo amistoso sobre los diminutos hombros–. Creo que por hoy ya has apuñalado bastante mi reputación.

–Está bien –repuso la niña–. Perdóname por conversar con la primera persona interesante que nos encontramos en Londres.

En cierta manera, aquel cumplido, aunque fuera uno a medias, logró que Selina se sintiera bastante complacida consigo misma. Iba vestida de un modo absurdo y estaba ya a medio camino del escándalo, pero al menos aquella graciosa criatura la encontraba interesante.

–No creo que sea la primera –protestó Peter.

A Selina se le desinfló el ánimo.

–Acabo de llevarte a conocer a Angelo, ¿no es cierto? –prosiguió el hombre–. Eso sí ha sido interesante.

–No me has dejado hablar, así que no he podido entablar una conversación con él.

Selina no pudo evitar soltar:

–¿Ha llevado a su hermana a un salón de esgrima?

Desde luego, aquello explicaba lo del atuendo masculino.

Peter, Freddie y Lu volvieron hacia ella unas miradas de idéntica culpabilidad, y a Selina la impresionó muchísimo el parecido entre los tres. Los mismos rizos castaños, encendidos aquí y allá por reflejos cobrizos gracias al sol. Los huesos frágiles y ligeros de los niños se repetían en la complexión esbelta y musculosa de Peter. Y en el rostro aniñado de Lu podía verse el mismo encanto travieso que él tenía.

–Voy a aprender esgrima –anunció Lu con cierta dignidad.

–Aunque probablemente no en el salón de Angelo –añadió Peter.

–Desde luego que no –repuso Selina–. A mí me enseñaron esgrima en casa, que es el único lugar aceptable para que una dama que se precie aprenda tal arte.

–¡¿De veras?! –exclamó Lu, perdiendo del todo la compostura.

Las comisuras de los labios de Peter se curvaron hacia arriba.

–¿Estás sugiriendo que Lu aprenda esgrima... en tu casa?

Selina gruñó.

–En absoluto. Lo que quiero decir... Oh, menudo patán, sabe perfectamente a qué me refiero.

Lu mostró lo que Selina empezaba a considerar como la sonrisa característica de los Kent.

–Me cae bien.

–Claro que sí –dijo Peter–. Quiere que aprendas a ensartar a la gente.

–¿Puedo sugerir –interrumpió Selina de manera tajante– que contratéis a un maestro de esgrima para que instruya a ambos hermanos en la residencia de Stanhope?

Peter frunció el ceño y Selina alzó las cejas. No estaba segura de haberle visto esa expresión antes.

–Los niños no viven conmigo.

–¿No?

No pudo evitar escandalizarse un poco, aunque, en cuanto lo soltó, se dio cuenta de lo absurda que estaba siendo. Claro que no. ¿Qué joven aristócrata apuesto y soltero alojaría a dos niños pequeños en su residencia londinense durante la temporada si tuviera otra opción?

Salvo, por supuesto, su hermano mayor Nicholas.

Ella y su mellizo, Will, tenían seis años cuando murieron sus padres. Y no solo eso: también tenían un terror atroz a qué podría sucederles. Se habían acurrucado juntos bajo las sábanas por primera vez en años, preguntándose si los enviarían a vivir con algún pariente lejano al que no conocían.

Pero, en lugar de eso, Nicholas abandonó Oxford y, con apenas veinte años, regresó a casa para criarlos él mismo.

–No viven conmigo, no –confirmó Peter, en un tono inusitadamente grave–. Pero no por falta de interés.

¿«No por falta... de interés»?

–¿Eso quiere decir que no tiene la tutela de sus hermanos? –preguntó ella. Qué desconcertante le resultaba. Sabía que los padres de Peter habían fallecido, igual que los suyos. Lo normal era que la

tutela pasara a él, como la suya y la de Will habían pasado a Nicholas.

–Somos hermanastros –respondió Lu con frialdad.

Entonces lo entendió: eran bastardos. El padre de Peter debía de haber tenido a esos niños con su amante... O quizá ni siquiera eso, tal vez con una mujer aleatoria con la que había mantenido relaciones. Tal vez ni siquiera fueran de la misma madre.

El padre de Selina había tenido una amante estable antes de casarse con su madre. Era algo común entre la nobleza. Y solo entre los varones, claro estaba. Además, no era raro que los lores tuvieran hijos con mujeres que no eran sus esposas. Pero sí lo era que el heredero legítimo los reconociera y los presentara como hermanos ante una desconocida en plena calle.

Peter Kent sabía cómo sorprenderla.

–Ya veo –comentó–. ¿Y dónde resides ahora, Lu?

Lu alzó la barbilla con un ademán brusco.

–Con la tía tatarabuela Rosamund. Queremos mucho a la tía tatarabuela Rosamund.

Freddie dejó escapar un pequeño chillido (Selina supuso que Lu le había dado una patada) y, acto seguido, asintió con firmeza.

–Eh, sí, la queremos mucho. Nos gustan... eh... Nos gustan... –Posó la mirada sobre Selina y, de pronto, le vino la inspiración–. ¡Sus sombreros!

Peter dejó escapar una tos ahogada.

Lu puso los ojos en blanco.

–Gracias, Freddie.

–Parece todo un dechado de virtudes –comentó Selina.

–Oh, sí –replicó Peter–. Sin duda. ¿Qué fue lo que dijo esta mañana cuando fui a recogeros? No creo haberla entendido del todo.

Freddie imitó los suaves ronquidos de la mujer.

–Queremos a la tía tatarabuela Rosamund –repitió Lu–. Y nos quedaremos en su casa.

–A menos que logre sacaros de allí por medios legales –protestó Peter, y volvió a aparecer en su gesto ese ceño fruncido.

A Selina le sorprendió descubrir que no le gustaba verlo así. Lo cual era, probablemente, el pensamiento más extraño que había tenido en todo el día, y eso incluía todas las estrafalarias combinaciones de colores que había imaginado sacar de su guardarropa.

–¿Acaso no sabes –le decía Peter a su hermana– que podría llenarte el salón de la residencia de Stanhope con maestros de esgrima si así lo desearas, Lu?

–Pero no es lo que deseo.

La pequeña mantenía la barbilla alzada; las cejas oscuras arqueadas en un claro desafío.

–He de admitir que es un placer enorme contar con un maestro de esgrima que le instruya a una cuando le plazca –intervino Selina.

Lu la miró también con el ceño fruncido.

–Escucha a lady Selina, ¿quieres? –insistió Peter, suavizando el gesto–. Te cae bien. Te parece interesante. Es, sin duda, la mujer más inteligente de cuantas conozco.

Un leve estremecimiento de deleite se arrebujó, igual que un gato, en el pecho de Selina. Intentó recobrarse enseguida. Santo cielo, había algo en aquellos cumplidos despreocupados de los Kent que podían hechizar a cualquiera hasta hacerle saltar el sombrero de la cabeza. Incluso aquella monumental capota verde.

–De hecho –prosiguió él, girándose hacia ella con las palabras en la punta de la lengua. Sin embargo, se detuvo un instante y dijo–: Sí, creo que...

Los cálidos ojos castaños del hombre se posaron en ella con expresión reflexiva.

–¿Creéis que...? –retomó al cabo del rato. Empezaba a sentir las mejillas un tanto calientes, y no deseaba en absoluto sonrojarse, por el amor de Dios. Ella no se sonrojaba. Se negaba a ello.

–Quisiera hablar contigo y con tu hermano sobre esta situación en particular. ¿Puedo visitaros en Rowland House?

No estaba del todo segura de a qué situación se refería (aquel hombre del diablo siempre la hacía sentir como si hubiera perdido el hilo), pero...

Se conocía. Sabía cuál era su fatal defecto.

Era curiosa. Siempre quería saber más.

–Sí –contestó–. Me alojo allí con el duque y la duquesa.

–Excelente –concluyó Peter–. Os visitaré allí.

Y entonces posó una mano en la nuca de Lu y añadió:

–Intenta hacer bien la reverencia esta vez.

La niña apretó los labios y, sujetándose unas faldas imaginarias, ofreció a Selina una reverencia verdaderamente magnífica, que casi igualó la gran acentuación de la anterior.

–¿Sabes qué? –declaró Selina–. Es cierto, me caes bien.

CAPÍTULO 3

[...] ¿Has cobrado acaso un nuevo interés por la política tras pasar los últimos dieciocho meses con el Ejército de Su Majestad, Will? Quizá te complazca saber que el nuevo duque de Stanhope (Peter Kent, sin duda lo recordarás) pronunció, en su discurso inaugural, quizá la más devastadora censura contra la esclavitud que jamás se haya oído en la Cámara de los Lores. Estoy muy contento de que haya heredado este nuevo título nobiliario.

De su excelencia Nicholas Ravenscroft, duque
de Rowland, para su hermano, lord William Ravenscroft,
séptima división del Ejército de Su Majestad.

—Recuérdeme —dijo Mohan Tagore— por qué estamos yendo a Rowland House.

Peter ralentizó el paso para acoplarse al ritmo de la corta zancada de su abogado. Se dio cuenta entonces de que estaba silbando una canción de carnaval en la que llevaba años sin pensar y se obligó a callarse.

—Hace buen día —comentó—. Mueve las piernas, Tagore. Tengo entendido que los músculos se acaban atrofiando si no se usan. Me preocupas.

—¿Insinúa que, si le amordazara durante un mes, su lengua acabaría por atrofiarse? Porque si eso es cierto...

—¡Dios me libre! —repuso Peter—. Te aseguro que, aunque quizá tú no lamentaras la pérdida de ese órgano en particular, conozco muchas damas que no opinarían lo mismo.

Tagore se atragantó brevemente.

–Voy a fingir que no he oído lo que acaba de decir y a preguntarle de nuevo por qué, en nombre de todo lo santo, estamos yendo a Rowland House.

Peter se tomó un instante para meditar la cuestión. Había considerado servirse del carruaje de los Stanhope para acudir al despacho de Tagore, recogerlo y, juntos, acercarse a la casa de los Rowland. Sin embargo, la idea le pareció absurda en exceso: recorrer apenas una docena de manzanas hasta el despacho de Tagore para luego desandar otro tanto hasta la casa de los Rowland, cuando en realidad podían ir a pie. El cielo era de un intenso azul, un tono que le recordó a Luisiana con esa mezcla de amor, nostalgia y pérdida que lo acompañaba desde que, dos años atrás, llegara a Inglaterra en compañía del conde de Clermont.

Deseaba contemplar el cielo. Deseaba conversar con Tagore antes de llegar a casa de Rowland y que todo se convirtiera en cautela y súplicas disimuladas bajo la apariencia de una simple conversación.

–O quizá –empezó a decir Tagore, al parecer cansado de aguardar la respuesta de Peter– podría explicarme por qué hemos de reunirnos en casa de los Rowland.

–Quiero hablar con Rowland acerca de las próximas semanas. Quiero saber si tiene alguna idea de cómo podríamos hacer que el lord canciller sintiera más empatía ante nuestra petición.

En el plazo de seis semanas, la solicitud de Peter para obtener la tutela de Freddie y Lu habría de presentarse ante lord Eldon, canciller del Tribunal Superior de Justicia. Y, a menos que en ese periodo de tiempo ocurriera algo que alterase drásticamente la situación, Peter estaba destinado a perder.

–Lord Eldon es un problema –convino Tagore–. Pero yo me refería a otra cosa. ¿Por qué en la casa? ¿No es acaso socio del club de Rowland?

Lo era. Y estaba casi seguro de que Rowland había ejercido presión para persuadir al administrador de Brooks's para que le extendiese un patrocinio, pues le habían ofrecido la membresía casi un año antes de convertirse en duque. Rowland era un maestro en tales tareas: allanar el camino y facilitar las cosas. Peter jamás había

poseído un talento como aquel. Ni siquiera estaba cerca de tenerlo. Al menos, no hasta que se hubo trasladado a Inglaterra.

–También quería que hablaras con él –explicó con calma–. Tú estarás conmigo en el Tribunal de Cancillería, no él. Confío en que pueda darnos algún consejo.

Tagore tamborileó los dedos sobre su muslo.

–Es todo un desafío. Lord Eldon se mueve en círculos políticos totalmente ajenos a los de Rowland, por mucho que este sea duque. Rowland es un whig, un reformista. Y Eldon es el más arraigado de los *tories*.

–Lo sé. Confío en que podamos idear otro enfoque. No una presión política directa, sino... algo distinto.

–Rowland no acepta sobornos. Ni Eldon, ya puestos.

–Nada de sobornos –aseguró Peter.

No es que estuviera en contra de sobornar a la gente, si con ello pudiera quedarse con Freddie y Lu, pero ya había discutido el asunto con Tagore y habían llegado a la conclusión de que no era una opción posible. Sin embargo, Peter estaba decidido, costase lo que costase, a no soltarlos sin luchar antes.

Ya había perdido a un hermano en Nueva Orleans, cuando ambos eran niños. No iba a permitir que volviera a suceder, ni por el ducado ni por el mundo entero. Tenía que haber algo que pudieran hacer. Seguro que había otra manera. Y se moría de ganas de hablar con Selina Ravenscroft.

Esa, aunque no se lo podía confesar abiertamente a su abogado, era la verdadera razón por la que se encaminaban a Rowland House. No iba a encontrar a Selina en el Brooks's. Y en un baile no podría poner las cartas sobre la mesa ante ella y contemplar cómo se devanaba los sesos en busca de una solución.

En los dos años que habían transcurrido desde que se habían conocido, la había visto en acción en numerosas ocasiones. Había distraído a tías solteronas para facilitar proposiciones matrimoniales sin la inoportuna presencia de una carabina. Había reorganizado corrillos y, ante la mirada inquisitiva de Peter, había murmurado: «Lady Stratton no aguanta al conde de Puddington. No quisiera que un par de puñetazos arruinen la fiesta de mi tía».

La había visto, asimismo, descubrir a una frágil viuda que, entre la multitud, echaba en falta uno de sus guantes, y sacar, como por arte de magia, uno nuevo de la nada.

En una ocasión, en casa de los Breightmet, la había visto empujar a su amiga Lydia Hope-Wallace contra las frondas de una palmera de maceta. Había observado con interés cómo Lydia, al abrigo de miradas indiscretas, se deshacía del contenido de su estómago; y se había quedado aún más estupefacto cuando Selina había logrado sacar a su amiga del baile sin que una sola persona advirtiese su ausencia.

El pasado diciembre había organizado la fuga de Clermont, que con el tiempo se había convertido en uno de los compañeros más cercanos de Peter, y de su querida amiga Faiza Khan. Clermont y Faiza habían dado siempre la impresión de aborrecerse mutuamente. Peter estaba casi seguro de que nadie, salvo él, sabía que Clermont llevaba en el bolsillo el pendiente de Faiza como si fuera un maldito talismán. Pero Selina debía de saberlo. Era evidente que sabía algo, porque un día Clermont y Faiza se estaban gritando acaloradamente durante la cena y, al siguiente, se hallaban de camino a Escocia en un coche de caballos que Selina en persona había contratado.

Era tan eficiente que resultaba molesto. Parecía capaz de estar en dos lugares a la vez. Podía iluminar una estancia entera si así lo deseaba, igual que la dama más solicitada de la alta sociedad, pero también podía desvanecerse en un segundo y pasar desapercibida. Peter no entendía cómo lo lograba, con aquella melena rubia como la miel y esa boca de labios carnosos y tan elocuente. Y esos ojos, de un ámbar claro, como los de un gato o los de un lobo. Había pensado en ellos de vez en cuando durante los dos últimos años.

No tan a menudo, sin embargo, como en lo increíblemente sagaz que era, y en lo mucho que le gustaba que fuera así. Solucionaba todo tipo de asuntos, como su hermano, pero no del mismo modo. Rowland era político; todo en él eran palabras mesuradas, don de gentes y un código ético tan inflexible como aterrador. Selina, en cambio, no dudaba en escabullirse, ocultarse tras una maceta o robar un guante si la ocasión lo requería.

Y cuando vio cómo Lu se encariñaba con ella y cómo se había ganado su confianza, se le ocurrió de pronto que, si alguien podía elucubrar un plan para conseguir la custodia de sus hermanos, esa era Selina Ravenscroft.

Aún pensaba en ella cuando llegaron a Rowland House.

El mayordomo los condujo al interior y se dispuso a averiguar si lord Rowland estaba recibiendo visitas.

–Y a lady Selina –añadió Peter–. Quisiera ver a su excelencia y a lady Selina.

Sintió, más que vio, la mirada aguda, oscura y afilada como la hoja de una navaja de Tagore sobre él.

–¿Una visita social? –preguntó con fingida indiferencia.

–No –contestó Peter–. ¿Conoces ya a lady Selina?

–¿La hermana de Rowland? No he tenido tal placer.

–Cuando la conozcas, comprenderás por qué deseo que esté presente.

Tagore resopló.

–No me cabe duda alguna.

El mayordomo regresó para guiarlos hasta un salón decorado en tonos azul y crema. Nicholas Ravenscroft, duque de Rowland, se levantó para recibirlos. Era alto, de cabello oscuro, y debía ser, al menos, media docena de años mayor que él, que tenía ya veintinueve. Su esposa, Daphne, también estaba allí, con una acogedora sonrisa en el rostro y unos rizos alborotados de color caoba que salían disparados en todas direcciones.

Y, en un rincón de la estancia, incorporándose de un sillón de cuero, se encontraba Selina.

Aquel día vestía de un blanco recatado y no había ni rastro de esa inmensa cosa verde que llevaba en la cabeza cuando se toparon por casualidad en Bond Street. No sabría decir si la echaba de menos; en cierto modo, admiraba la manera en que portaba la capota: con altivez, como si fuese una corona y no un sombrero del tamaño de una corbeta. Llevaba los guantes abotonados con esmero a la altura de las muñecas y le dedicó la más cortés de las reverencias cuando él la saludó. Su mirada permanecía baja y, por un instante, no supo si estaba haciendo bien con todo aquel asunto.

Entonces alzó la vista y, cuando aquella feroz mirada de leona se prendió de la suya, Peter supo, en lo más hondo de sus huesos, que había acertado al pensar en ella.

En aquel momento tuvo el pensamiento más extraño de todos: había acertado no solo esa, sino todas y cada una de las veces que había pensado en ella. Cada vez que Selina había cruzado su mente (su agudo ingenio, su resuelta manera de comportarse y, si era del todo honesto consigo mismo, la curva de sus labios y el tierno hueco de su nuca) había sido un acierto. Estaba hecha para ocupar su cabeza.

Lo cual era ridículo hasta para él.

Intentó deshacerse de aquella idea tan absurda y tomó asiento mientras la duquesa servía té para todos. Cuando Daphne se quitó los guantes, advirtió que llevaba los dedos manchados de tinta y recordó que estaba muy implicada en la administración de varias de sus fincas rurales. Se preguntó si no estaría traspasando todos los límites al solicitar el consejo de todos los Ravenscroft acerca de su pequeño problemilla.

Conversaron de manera educada durante unos minutos, hasta que Selina, con una destreza muy oportuna, encaminó la charla hacia el asunto que lo concernía.

–¿Logró llevar sanos y salvos a sus hermanos de regreso a casa de la tía Rosamund? –preguntó, empujando con los dedos su taza de té hasta colocarla en el centro del platillo.

–Así es, sí –respondió Peter, volviéndose hacia el resto del grupo para explicarse–. Lady Selina tuvo el placer, un tanto adulterado, debo decir, de conocer a mis hermanos pequeños la semana pasada en la ciudad, cuando los llevaba de compras.

Selina sonrió, aunque no dijo nada acerca de la esgrima, lo cual, probablemente, era lo más acertado, pues Peter quería que lord Rowland lo considerase un tutor responsable y no un libertino impulsivo que permitía que su hermana se comportase como una moza desenvuelta.

Algo que, en efecto, eran tanto él como Lu.

–¿Lo pasó usted bien en Londres? –inquirió Daphne–. Recuérdeme de nuevo qué edad tienen. Creo que son mayores que

nuestros hijos, ¿no es así?

–Lucinda tiene doce años –dijo Peter–. Y Frederick, diez.

Aprovechó la ocasión para relatar, con la debida circunspección, sus antecedentes, procurando evitar hablar de las andanzas amorosas de su padre con algunas damas o de cómo este ofendía a ancianas benévolas.

–Llevamos estos dos últimos años sentando las bases –comenzó a explicar Tagore–, preparando los argumentos legales y fomentando el trato entre lord Stanhope y los niños. Pero no quisimos presentar la solicitud de tutela hasta que su excelencia heredase. Una vez esto ocurrió, presentamos la petición de inmediato al lord canciller, quien verá nuestro caso en un plazo de seis semanas.

Rowland jugueteó con su corbata de lazo.

–Lord Eldon es el obstáculo principal. De haberos tocado el nuevo vicerrector, Plumer, mi inquietud sería menor. Pero Eldon... –dejó la frase en el aire.

Selina frunció el ceño.

–Nicholas, no lo comprendo. ¿Por qué no habrían de concederle la tutela a Stanhope, como hicieron contigo?

Hubo un silencio incómodo, y Selina torció los labios.

–Quiero decir... Es decir... Sé lo que son los hijos naturales. Comprendo por qué no se daría por supuesta la tutela.

Peter observó con fascinación el rubor que, poco a poco, ascendía por la tersa piel de su cuello. En los últimos dos años, pocas veces la había visto sonrojarse. Ni siquiera lo hizo la primera vez que se vieron, cuando se topó con ella en el bosque, aún húmeda tras haberse bañado en el arroyo de su finca de campo. Se había limitado a lanzarle una mirada abrasadora.

Muy a su pesar, debía admitir que le gustaba aquel dulce tono color fresa que adquiría su piel.

La había visto apretar los dientes en numerosas ocasiones, justo como hacía en aquel instante.

–Solo digo que no entiendo por qué tanto problema. Stanhope es duque. Quiere a sus hermanos. ¿Qué dificultad podría haber?

–Hay dos problemas –explicó Peter–. Primero, mi padre nunca reconoció a los niños en público. De hecho, creo que nunca los

reconoció de ninguna manera. Sabemos, por los libros de cuentas, que su madre acudió a mi abuelo en busca de ayuda económica, no a mi padre. Entre Tagore y mi administrador de Sussex hemos reunido todo tipo de documentos que demuestran que el anterior duque los mantuvo durante años, pero los niños no aparecen mencionados en su testamento ni en el de mi padre. A efectos legales, bien podría ser un extraño que ha venido a arrebatárselos de las manos a la noble servidora del tribunal, la tía tatarabuela Rosamund.

Terca como ella sola, Selina asimiló aquello con el mentón alzado.

–Aun así, todos los aquí presentes conocemos bien el poder de un ducado. ¿Por qué, entonces, Eldon habría de interponerse en su camino?

–Eldon es el hijo de un estibador de carbón –comentó Nicholas–. Los asuntos de la nobleza lo impresionan menos de lo que cabría esperar, pese a que ahora sea lord Eldon y la voz del rey en el Tribunal Superior.

–Pero ¿qué motivos podría tener para oponerse a que Stanhope se haga cargo de esos críos?

–Yo –respondió Peter, y frunció el ceño ante su propia franqueza–. Su motivo soy yo.

–Ya veo –susurró Selina, aunque su expresión dejaba claro que no lo entendía.

–No me he granjeado la simpatía de lord Eldon este año –prosiguió Peter–. Ni ningún otro, para el caso. Tiene un sentido muy particular del orgullo inglés, así que le irrita que un estadounidense advenedizo haya ascendido de golpe a los más altos rangos del gobierno.

–Pero vuestro padre era inglés –protestó Selina.

–Sí, y mi madre francesa. Para muchos, lo segundo pesa más.

–Y, como ya he mencionado –añadió Nicholas–, Eldon es un *tory*. De los peores. Odia a los reformistas con auténtica pasión. Cree que Inglaterra alcanzó su mejor época en 1688.

–Tal vez no tendría que haber pronunciado aquel discurso en la Cámara de los Lores justo después de tomar posesión de mi escaño –se lamentó Peter.

Tagore contuvo un resoplido y Daphne disimuló una risita tosiendo sobre su taza.

–¿Qué discurso? –preguntó Selina–. ¿Qué ocurrió?

–Fue muy conmovedor, sin duda alguna –dijo Nicholas con delicadeza.

Peter hizo girar su taza en el platillo y observó con cierta aprensión cómo el té subía por las paredes y acababa derramándose sobre la porcelana de debajo.

–Defendí la abolición total de la esclavitud en todas las colonias británicas. Con unas palabras, eh..., bastante concretas.

–Creo que fue algo así como: «El mayor mal tangible jamás infligido al género humano» –intervino Nicholas–. «La más grave y vasta calamidad de la historia del mundo y una mancha irredimible en el carácter de nuestra nación».

Peter suspiró.

–Ehm... Sí.

Y aunque siempre había sabido que Rowland era, quizá, su aliado más leal en la Cámara de los Lores en lo relativo a la abolición, el hecho de que pareciera haberse aprendido de memoria las palabras con las que él había condenado la esclavitud resultaba... Por primera vez en su vida, no sabía qué palabras usar.

–Empiezo a entender el problema. Está pidiéndole un favor a un hombre que no le tiene en alta estima y con el que ha chocado políticamente. Un hombre que no tiene obligación legal alguna de darle lo que quiere –concluyó Selina.

–Exacto, y luego está lo del coñac –añadió Tagore.

–¡Por el amor de Dios! –exclamó Peter–. ¿Cómo iba a saber lo del coñac?

Nicholas arqueó una ceja oscura.

–De este asunto sí que no estoy enterado.

A Tagore le brillaban los ojos como si acabaran de regalarle un tintero nuevo o cualquier otro objeto que entusiasmara a un abogado.

–Antes de que su excelencia heredara el título, tuvo noticia de que su abuelo era un gran entendido del coñac y, por ello, antes de que el anterior Stanhope falleciera, el actual Stanhope...

–Kent –lo interrumpió Peter–. Te lo ruego. Llámame Kent. Esta historia no tiene el menor sentido si todos los implicados usamos el mismo título.

Tagore agitó los dedos en un gesto displicente.

–Bien. Kent, aquí presente, decidió que quería que su abuelo disfrutara del mejor coñac antes de su muerte.

–Antes de su muerte –puntualizó Peter–. Yo no estoy muerto.

Estaba bastante seguro de que Daphne se había vuelto a reír, a lo que Selina le lanzó una mirada de reproche.

–Aún –puntualizó el abogado–. En cualquier caso, Kent habló con el administrador de Stanhope y averiguó dónde solía comprar el hombre las botellas de mayor calidad. De contrabando, por supuesto, porque se fabrican en Francia. Con el debido respeto, lady Selina, excelencia.

–Sé lo que es el contrabando –se quejó la aludida.

–Claro. Eh... Por supuesto. La cuestión es que ese coñac en concreto ya no estaba a la venta. Así que Kent contrató a una banda de salteadores de caminos...

–Calumnias puras y duras –lo interrumpió Peter–. Eran miembros respetables sin ningún tipo de tacha en su peculiar gremio...

–Una banda de salteadores de caminos –repitió, pasando por alto la objeción–. Los contrató para robarle el coñac a los contrabandistas. Y lo consiguieron. Se hicieron con los dieciocho barriles.

Nicholas estaba a punto de decir algo, pero, en su lugar, se introdujo una galleta glaseada en la boca.

–No sé en qué estaban pensando. ¡Dieciocho barriles! Yo quería que cogieran solo una botella.

–Pero el verdadero problema –prosiguió Tagore– es que a esos contrabandistas los había contratado lord Eldon en persona. Porque él también está obsesionado con el coñac. Y esos dieciocho barriles eran la última producción de una antigua destilería que fue destruida por los ejércitos de Napoleón.

–Eran carísimos –afirmó Peter con aire sombrío–. Miles de libras.

–Y Kent los robó todos. Luego, como no quería guardar dieciocho barriles de coñac obtenido por medios ilegales en su casa, los hizo

trasvasar y repartió las botellas sobrantes por todas las tabernas y mesones del condado de Sussex.

–Así que ahora –retomó Peter–, Eldon está comprando una botella tras otra en todas las tabernas. Pero la noticia del coñac ya ha corrido y los taberneros le están cobrando veinte veces su valor. Veinte mil libras. Seguramente no querrá gastarse veinte mil libras en brandy francés.

–¡Santo cielo! –exclamó Daphne–. Dudo que pudiera usted haber ideado un plan más calculado para caerle mal a Eldon, incluso a propósito.

–Créame –insistió Peter–. No me esforcé mucho.

–¿A su abuelo le gustaba el coñac? –inquirió Selina.

Peter sintió un nudo en el pecho. Dios, vaya pregunta. ¿Había conocido alguna vez a una mujer tan inteligente y a la vez tan dulce?

–Sí –respondió–. Le gustaba mucho.

Nicholas parecía debatirse entre echarse a reír o arrancarse la corbata del disgusto.

–Stanhope, no lo ha puesto precisamente fácil.

–Lo sé –dijo Peter–. Lo sé.

No pudo evitar ponerse en pie, aunque sabía que no era lo más correcto. Pero necesitaba moverse. Hacer algo. ¡Maldita su suerte! No aceptaría que su propia imprudencia le hiciese perder la oportunidad de obtener la custodia de sus hermanos. No podía aceptarlo. Estaba resuelto a cuidarlos y protegerlos, costara lo que costara. Aun cuando eso significara convertirse en otro hombre.

Se acercó a la ventana y apoyó un dedo en el cristal para luego borrar la huella con la manga de su levita.

En Nueva Orleans no había podido proteger a su hermano Morgan, y este había muerto. Pero ahora era un hombre hecho y derecho. Un miembro de la aristocracia. ¡Un par del reino! No permitiría que su padre hiciera daño a esos niños, ni por descuido ni por crueldad. Ni siquiera desde la tumba.

–Excelencia –dijo Tagore–, ¿tiene algún tipo de influencia en el círculo de lord Eldon?

–No tanta como desearía –repuso Nicholas–. Ejerceré toda la presión que pueda, eso por supuesto. Pero Eldon no se encuentra ahora mismo en la Cámara de los Lores. Aunque sé por una fuente fidedigna que estaría dispuesto a estarlo cuando abandone el Tribunal de Cancillería. Detesto decirlo, Stanhope, pero no estoy seguro de cuánto podré ayudarle.

Cuando habló, Selina sonó algo abstraída:

–¿Qué más sabes acerca de Eldon?

Peter se apartó de la ventana para mirarla. Selina tenía los ojos entrecerrados y los labios apretados; la vista fija en un punto lejano. Su hermano jugueteaba de forma distraída con los puños de su camisa.

–Es un *tory*. Apoyó a Pitt como primer ministro. Ha mostrado una resistencia obstinada a toda sugerencia de reformar el tribunal, pese al cúmulo de causas pendientes y a la escandalosa ineficiencia burocrática del sistema.

–No hablo de política –interrumpió Selina–. ¿Qué sabes de él? ¿Cómo se llama?

–¿Lord Eldon? John, creo –respondió Nicholas–. John Scott.

–Es de Newcastle –añadió Tagore–. Se le nota el acento norteño cuando habla.

–¿Qué tipo de asuntos le interesan? –preguntó Selina.

–Inglaterra –dijo Nicholas–. Y nuestro refinado carácter nacional.

Peter hizo una mueca.

–Y el coñac, por lo visto –agregó Daphne.

–Quizá puede obsequiarle con una botella de coñac, lord Stanhope –sugirió Selina–. O tal vez no. Tal vez debería evitar recordarle sus problemas del pasado.

–Dicen que era un rufián en la escuela –comentó Nicholas, pensativo–. Un demonio de las travesuras y las novatadas.

–¿De veras? –inquirió el abogado, mostrando de pronto un vivo interés.

–Y también está lo de su esposa –susurró Nicholas.

Cuatro miradas se clavaron en Rowland con expectación.

–Eldon la raptó. Todos lo saben.

Selina alzó las cejas. Estas por poco rozaron el nacimiento de su cabello.

–¿La raptó?

–Bueno –murmuró Nicholas–, quizá «raptar» no sea la palabra adecuada. Eldon estudiaba Derecho en Oxford y estaba en la casa de su familia durante las vacaciones cuando se enamoró perdidamente de la hija de un vecino. Ambas familias se opusieron al enlace: los padres de él querían que se centrara en los estudios, y los de la muchacha consideraban indigno emparentarla con el hijo de un estibador de carbón. Ninguno cedió, de modo que Eldon la sacó de su casa por una ventana en plena noche, se la llevó a Escocia y la desposó al día siguiente.

–Eso es... muy interesante –dijo Selina.

–¿Pensáis apelar a lady Eldon? –preguntó Daphne–. ¿Vive en Londres con el canciller, Nicholas?

–Sí, creo que sí. Y, por lo que sé, sienten una gran devoción el uno por el otro.

Daphne se llevó un dedo manchado de tinta a la barbilla.

–¿Y si los invitamos a cenar? ¿Sería demasiado evidente?

–En absoluto –repuso Nicholas–. Estaré encantado de organizarlo si así lo desea, Stanhope.

–Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa que pueda ser de ayuda. –Asintió Peter.

–Me gusta esa idea. Me complacería mucho hablar con lady Eldon. Pero me pregunto... –Selina dejó la frase a medias, mientras sus dedos empujaban distraídamente la taza sobre el platillo–. Me pregunto...

Alzó de nuevo los ojos y los fijó en Peter. Su mirada fue casi como un tirón, atrayéndolo desde el otro extremo de la estancia, y dio medio paso hacia ella antes de poder contenerse.

–Venga de nuevo mañana –dijo ella–. Quiero hablar primero con Lydia Hope-Wallace. Y luego con usted.

Tenía algo en mente. Peter estaba seguro de ello, no solo por sus palabras, sino también por la lejanía concentrada de su mirada y la firmeza resuelta de su mandíbula. Tenía una idea, y él la conocía lo bastante como para intuir que era una de las buenas.

De pronto sintió una oleada de calor que reconoció como alivio, porque... porque, por primera vez desde que supo de la muerte de la madre de Lu y Freddie, creyó que los niños estarían a salvo.

Aunque, pensándolo bien, había algo en la tozuda inclinación de su cabeza que le recordaba de una forma un poco inquietante a Lu.

–No estarás sugiriendo que debería raptar a los niños, ¿verdad? –preguntó–. Quiero decir, lo haría. Pero no sé si sobreviviría a la experiencia ahora que Lu tiene una espada.

–Eh... –susurró Selina–. No. No creo que deba raptar a los niños. Yo... No. De ninguna de las maneras.

Y aquello le supuso cierto alivio, aunque, en el fondo, ya había empezado a urdir planes acerca de cómo podría sacarlos a través de una ventana en plena noche. Gatitos diminutos armados con lanzas aún más diminutas, quizá. O unos *éclairs* con forma de espada.

El abogado negó con la cabeza.

–Voy a fingir que no he oído eso, Stanhope.

–No he dicho nada –afirmó el aludido, abandonando el sitio junto a la ventana para pasearse de nuevo hasta su taza de té–. ¿Una galleta?

–Tal vez una para el camino –respondió Tagore, y poco después se despidieron de los Ravenscroft.

Peter se sorprendió silbando otra vez e intentó sofocar la súbita emoción que había brotado en su interior en la casa de Rowland: una mezcla de alivio, una esperanza cautelosa... y unos ojos de un ámbar fulgurante.

CAPÍTULO 4

[...] La semana pasada recibí una carta de Selina en la que se mencionaba también a Stanhope. Casi temo preguntar, pero ¿de quién es este nuevo proyecto? ¿Tuyo o de Selina?

De Will Ravenscroft para su hermano Nicholas,
carta enviada desde Bruselas.

A la mañana siguiente de la fascinante conversación con el duque de Stanhope en Rowland House, Selina se hallaba de nuevo en el salón. En esta ocasión, estaba en medias, con las piernas dobladas sobre el diván color crema, mordiéndose el labio inferior mientras aguardaba la llegada de su mejor amiga, Lydia Hope-Wallace. El día anterior había pasado por la residencia de los Hope-Wallace, a apenas media manzana de su casa, pero Lydia había salido con su madre, sin duda alguna a visitar a alguna modista o sombrerera que la estaría torturando en aquellos precisos momentos.

Selina jamás comprendería por qué la señora Hope-Wallace no podía dejar en paz a Lydia. Eran más ricos que Creso. Al igual que Selina, Lydia no tenía en absoluto la necesidad de contraer matrimonio, y someterla a la tortura de exhibirla en cada compromiso social al que las invitaban no había producido, hasta el momento, resultados que satisficieran ni a Lydia ni a su madre.

Lydia era, con mucha diferencia, la mujer más inteligente que Selina había conocido jamás, con un conocimiento enciclopédico de

la política parlamentaria y un talento para el cotilleo que rivalizaba con el de cualquier dama viuda de alta alcurnia.

Sin embargo, en los bailes y cenas (en cualquier ocasión en que se esperaba de ella que entablara conversación con grupos grandes de gente) Lydia se hallaba demasiado atenazada por el terror para articular palabra.

El mercado matrimonial no había sido en modo alguno grato para Lydia. La temporada de 1815 era ya la cuarta para ella (tenía, como Selina, veintitrés años), y su madre, en lugar de resignarse a la falta de popularidad de su hija, parecía empeñada en redoblar sus esfuerzos. Lydia poseía más vestidos y sombreros que un miembro de la familia real. «Como si ponerme una pluma de pavo real en la cabeza –le había dicho con sequedad a Selina, en voz baja, durante una cena reciente– pudiera distraer a un caballero de mi incapacidad para desencajar la mandíbula en su presencia».

Selina había dejado una tarjeta para Lydia en la residencia de los Hope-Wallace, y su amiga le había despachado una nota en respuesta anunciando que acudiría aquella misma mañana. Así pues, Selina la esperaba en el salón, devorando un bollo y dando golpecitos sobre una hoja con una pluma.

Cuando el mayordomo anunció por fin la llegada de Lydia, Selina había desmigajado el panecillo y había dibujado ya decenas de minúsculos puntos negros sobre el papel.

–Muy bien –dijo su amiga, sin preámbulos–. He venido dispuesta a escuchar todo el chismorreo y habladurías que tengas para mí. ¿Cuál es el escándalo del día?

Selina hizo una mueca.

–No hay ningún escándalo. En realidad, quiero discutir contigo lo contrario a un escándalo.

Lydia arqueó las cejas, pensativa, y acomodó su frondosa figura en el diván junto a Selina. Aquella mañana llevaba la melena rojiza recogida en un moño bajo y, encima, un vivaz sombrero de paja que a Selina le pareció precioso. Porque, aunque la señora Hope-Wallace fuese un demonio entrometido, poseía un gusto excelente en lo que a sombreros se refería.

–¿Qué narices es lo opuesto a un escándalo? –se interesó–. ¿O he de adivinarlo?

–El matrimonio –resolvió Selina–. El matrimonio es lo opuesto a un escándalo.

Lydia lo meditó un instante, pero luego negó con la cabeza.

–El matrimonio puede ser la solución a un escándalo, eso lo concedo. Pero se me ocurren media docena de enlaces que han provocado más escándalo del que jamás erradicaron. Y, ya que estamos, ¿de qué matrimonio estamos hablando?

Le dedicó a su amiga una mirada larga a través de sus pestañas cobrizas, y Selina sintió cómo empezaba a sonrojarse. Otra vez. Dos veces en dos días. Era intolerable.

–No el mío –susurró con presteza–. Desde luego, no el mío. Lyddie, créeme: si alguna vez llego a considerar alguna proposición, serás la primera en saberlo.

–Me preguntaba si estaba a punto de serlo.

–No –respondió Selina–. De ningún modo.

Desde 1812, cuando ambas habían sido presentadas en sociedad, tanto Lydia como Selina habían rechazado varias ofertas. La mayoría en su primera temporada. Lydia se había mostrado indignada. «Beaumont –había dicho, poniendo los ojos en blanco–. He bailado con ese hombre una sola vez. He pronunciado, en total, cuatro palabras en su presencia. "Buenas noches". Y, más tarde, "Buenas noches" de nuevo».

En aquella primera temporada, todo miembro masculino de la alta sociedad cargado de deudas y desprovisto del menor interés por la personalidad de su futura esposa le había propuesto matrimonio a Lydia. Ella los había rechazado a todos.

Si Lydia lograra hablar con los hombres, pensaba Selina, habría conseguido un matrimonio excelente en un abrir y cerrar de ojos. Pero no lo hacía (o no podía), y pasados los dos primeros años, las proposiciones habían ido menguando hasta convertirse en un goteo esporádico.

Selina también había recibido ofertas: de cazafortunas, de hombres que deseaban un vínculo más estrecho con el ducado e incluso, de vez en cuando, de algún caballero honesto que parecía

estar interesado de manera genuina en su compañía. Pero 1812 había sido toda una lección para ella. Y había comenzado con cintas.

Moradas, si Selina no recordaba mal. Lydia le había asegurado que el color berenjena estaría *à la mode* a finales de 1812, razón por la cual tenía en las manos unas cintas de color púrpura cuando descubrieron que su pretendiente, el marqués de Queensbury, no había entrado en la sombrerería para rendirle atenciones, sino para concertar una cita con su amante.

Santo cielo, qué necia había sido entonces. «¿A qué narices ha entrado en la tienda? –se había preguntado–. Ni siquiera ha hecho ninguna compra».

Como si un marqués fuese a entrar en una tienda para comprarle unos botones a su abrigo o comprarle un sombrero a su madre.

Había oído el término «amante», desde luego, pero siempre de lejos. Susurrado de forma discreta tras las manos. Nunca se pronunciaba como el nombre de mujeres reales con las que hombres reales de su entorno mantuvieran trato para tener una conversación carnal.

Sin embargo, aprendió pronto. Primero, con la explicación que Lydia le dio: «Tu hermano mayor te ha mantenido apartada del mundo real, Selina», y luego con un libro. El libro. Aquel que su amiga había llevado a Rowland House y que le advirtió que debía mantener oculto si tenía un ápice de sensatez.

Venganza de la cortesana: Las memorias de Harriette Wilson, escritas por ella misma.

Selina recordaba la encuadernación de tela barata, la aspereza del algodón azul marino almidonado bajo sus manos, tan distinto del suave cuero de los volúmenes de la biblioteca de Broadmayne, la casa de campo.

Recordaba haberse acurrucado bajo la colcha, entornando los ojos a la luz de la luna para leer las palabras en la página: «No explicaré», comenzaba el libro, «por qué ni cómo me convertí, a la edad de quince años, en la amante del conde de Craven».

Selina había aprendido no poco de la obra de Harriette Wilson. Y había aprendido mucho más en los tres años transcurridos desde

1812, conocimientos que casi siempre tenían algo que ver con Belvoir y su vasto catálogo de volúmenes de color verde esmeralda.

Había aprendido también, entre los matrimonios de su hermano y la comprensión creciente de los modos de vida de los pares del reino, que los enlaces aristocráticos comunes no eran suficiente para ella. No necesitaba casarse por protección ni por posición social.

Agradecía en gran medida disfrutar de aquel privilegio, pues había descubierto, en lo más hondo de su corazón, que anhelaba algo más. Quería algo mejor que un matrimonio político y económico cimentado en un linaje adecuado y en el afán de obtener herederos.

Quería sentirse amada. Quería a alguien que no temiese su vinculación con Belvoir. Quería a alguien que la mirase y viese en ella más que la mera hermana de un duque o la poseedora de una dote considerable. Más que una mujer difícil, arisca, que opinaba demasiado y se excedía en todo.

Hasta entonces, no había encontrado a ningún candidato semejante. Era, en realidad, sumamente desalentador.

–De acuerdo. Has despertado mi curiosidad. Si no estamos aquí para tratar tu inminente matrimonio, ¿de cuál estamos hablando?

–¿Qué sabes del duque de Stanhope? –preguntó Selina con cautela.

La chica arqueó las cejas.

–¿Stanhope? Pues casi todo, diría yo.

Selina se permitió soltar un resoplido, solo porque se trataba de Lydia.

–Me lo imaginaba.

–¿Esperabas otra respuesta? –preguntó, esbozando una pequeña sonrisa irónica.

–Ni por asomo.

–Su padre era el tercero de sus hermanos –comenzó a explicar Lydia–, al que enviaron a las colonias para casarse con la hija de un acaudalado hotelero francés. Las arcas de los Stanhope no pasaban por su mejor momento en aquella época, pero, por lo que tengo entendido, el matrimonio (y la labor del octavo duque, bastante astuto) bastó para apuntalar la fortuna familiar. Con un padre, varios tíos y dos primos por delante, nadie pensaba que fuese a heredar;

por eso Peter Kent se crio en Nueva Orleans, en el dichoso esplendor americano. Sin embargo, gracias a Napoleón, entre otras desdichas, los Kent más jóvenes no sobrevivieron al viejo duque, de modo que, hace dos años, pasó a ser el presunto heredero de un antiguo ducado.

–Eso es –dijo Selina–. El duque americano.

Lydia inclinó la cabeza.

–El conde de Clermont rescató a Kent de Luisiana cuando se convirtió en heredero para presentarle a su anciano abuelo y al resto de la alta sociedad, y desde entonces ha vivido con cierta... notoriedad, digámoslo así.

–¿Sabes que ha hablado contra la esclavitud en la Cámara de los Lores?

–Claro que lo sé –respondió Lydia–. Es un abolicionista radical. Lo que me sorprende es que lo sepas tú.

–Estuvo aquí ayer –aclaró Selina–. Quiere que Nicholas lo ayude para obtener la tutela de sus hermanastros.

–Intrigante. Son hijos naturales, supongo.

Selina asintió. ¡Dios mío, cuánto la adoraba! Todo lo sabía y nada la escandalizaba.

–Por lo que entiendo, temen que el Tribunal de Cancillería no le conceda la solicitud de tutela.

Lydia asimiló la información y Selina supo que estaba repasando mentalmente todo lo que sabía sobre lord John Scott, primer barón de Eldon y lord gran canciller.

–Nicholas dice que no está seguro de poder ayudarlo.

Su amiga dejó escapar una risa entrecortada.

–Por supuesto que no. Tu hermano es demasiado honrado como para congraciarse con *tories* que le importan un comino.

Sí, así era Nicholas.

–No cabe duda de que el lord canciller aborrece a Stanhope, por americano y radical –continuó Lydia–. Y se han dado casos en que se ha denegado la tutela a un hermano mayor por cuestiones de herencia; claro que no imagino que los hijos naturales del padre de Stanhope dispongan de dinero o bienes. Eso bastaría como pretexto

para que lord Eldon rechazara la petición de Stanhope, si así lo decide. Un verdadero enredo, Selina.

–Estaba pensando en lord Eldon –comentó Selina–. En su célebre matrimonio por amor y en sus razones para detestar a Stanhope. Y me preguntaba... Bueno. Me preguntaba qué sucedería si Stanhope contrajese matrimonio, de forma repentina, con una dama de la más intachable reputación y de un perfecto linaje inglés...

Lydia entrecerró sus ojos azules mientras reflexionaba y luego tamborileó un dedo sobre la muselina floreada de su falda.

–¿Crees que, si Stanhope se casa como es debido, el lord canciller lo encontrará menos reprochable?

–Creo que, si se casa como es debido, resultará más difícil rechazar su solicitud. Y también pienso que, si lo hace movido por un ardor apasionado, quizá lord Eldon empatice más con él. Y me pregunto si Stanhope y su flamante esposa lograrían atraer a lady Eldon a su causa, si su historia es lo bastante encantadora.

Los labios de Lydia se curvaron en una sonrisa.

–Selina... Posees, sin duda, la mente de una política. Estoy impresionada.

–Ni lo digas. Ni siquiera lo pienses, o los whigs solterones amigos de Nicholas empezarán de la nada a presentarse en tropel ante mi puerta.

Lydia rio.

–Dios te libre de tal destino. Bien. Entonces, ¿pretendes casar a Stanhope?

–Había pensado sugerirle eso, sí –repuso Selina–. E imaginaba que podrías ayudarme a hacer una lista de damas adecuadas a quienes cortejar. –Señaló el folio salpicado de puntos que tenía delante–. Tengo pluma y tinta.

–Claro que sí. Naciste preparada. ¿Tienes ya alguna candidata en mente para que se convierta en futura duquesa de Stanhope?

Selina se mordisqueó el labio inferior.

–Debe ser alguien con una reputación intachable.

–Eso descarta de inmediato a las gemelas Halifax –repuso Lydia.

Selina hizo una mueca. Las gemelas Halifax habían debutado el año anterior y, durante toda la temporada de 1814, no habían

dejado de aparecer en las hojas de escándalos de Londres: fumaban cigarros en bibliotecas y salían de carruajes cerrados a cal y canto con caballeros al despuntar el alba. Selina adoraba a Margo y Matilda, pero...

–No, las Halifax no pueden ser –convino.

–Una reputación intachable –repitió Lydia–. Si no es hija de un par, al menos debe ser inglesa hasta la médula. Eso agradará a Eldon.

–Y alguien sensato –añadió Selina–. Alguien con el carácter necesario para que Stanhope no la arrolle sin más.

Lydia lo meditó un instante.

–Stanhope es algo...

–¿Enérgico? –propuso Selina.

–Iba a decir impulsivo –corrigió–. Imprudente. Algo propenso al escándalo.

Selina pensó en Lu y en su espada. En su ofrecimiento de raptar a sus hermanos. En aquellos rizos ridículos que de ningún modo podían ser naturales y...

–Sí. Es todo eso.

–No necesita dinero, lo cual simplifica las cosas. ¿Qué opinas de lady Georgiana Cleeve?

Selina parpadeó.

–¿Georgiana Cleeve? No. No. Dios mío, Lyddie, no.

–¿Y por qué no, si puede saberse? –preguntó desconcertada–. Es hija de un conde, aunque el conde de Alverthorpe sea bastante insufrible. Todo el mundo la ha considerado la perla de esta temporada. Es cierto que quizá sea un poco joven, pero es la viva imagen de la inocencia.

Selina evocó los ojos azules, mansos como los de un cordero, de Georgiana Cleeve. Los impecables tirabuzones, resplandecientes como rayos de luna. Y el enjambre de jóvenes aristócratas que la rodeaban en cada baile.

–Lydia, Georgiana Cleeve tiene el cerebro de una anguila. De una anguila hervida y convertida en gelatina.

Lydia apretó los labios, reprimiendo una carcajada.

–Eso ha sonado un poco cruel, ¿no?

–Una vez oí a Tresidder preguntarle si le gustaba Coleridge. Georgiana respondió que no conocía esa colina en particular, pero que creía que pasear por la naturaleza era peligroso para las muchachas de buena cuna.

Lydia abrió los ojos de par en par.

–Qué lástima haberme perdido esa conversación.

–Hasta Tresidder se mostró alarmado, el pobre.

–De acuerdo –suspiró Lydia–. Añadamos un mínimo de inteligencia a la lista de requisitos. ¿Qué tal Beatrice Villeneuve?

–Lydia –protestó Selina–. Es horrible. No puedes estar diciéndolo en serio.

Lydia ladeó la cabeza.

–Cielos, Selina, no has comentado en ningún momento que la amabilidad también fuese un requisito.

–No le desearía una vida con Beatrice Villeneuve ni a mi peor enemigo. Y Stanhope está muy lejos de serlo. Le tengo aprecio. Siempre se lo he tenido, aunque resulte terriblemente desconcertante. Además, hay niños de por medio. Beatrice Villeneuve se desayunaría al hermano pequeño de Stanhope.

–Está bien. Me rindo. Está claro que ya tienes a alguien en mente.

–Eh... –titubeó Selina–. Bueno. Sí, ya había pensado en una persona.

–¿Y quién es ese dechado de virtudes?

–Pues tú, Lyddie.

Lydia abrió la boca de par en par, pero al instante encajó los dientes con un chasquido.

–¿Yo?

–Tiene mucho sentido –se apresuró a decir Selina–. Tu familia es una de las más respetadas de Inglaterra. Jamás ha habido ni la sombra de un escándalo ligada a tu nombre...

–Solo porque nadie me ha visto vomitar aún en un baile...

Selina hizo caso omiso.

–Eres hermosa e inteligente, y jamás permitirías que Stanhope hiciera el ridículo.

–Selina –gimió Lydia–. Tú no. Mi madre lleva años atormentándome con lo mismo. No intentes convertirme tú también

en otra persona.

–Ahí está la gracia –replicó Selina–. No necesitas seducirlo si él ya anda buscando esposa. Es una idea magnífica, y tendría mucha suerte de casarse contigo. Además –su voz adoptó un tono zalamero–, si te casaras con Stanhope, tu madre no volvería a molestarte jamás.

–¿Y cómo crees que nos iría casados, si soy incapaz de mediar palabra? –preguntó Lydia–. La vida cotidiana sería un tanto incómoda.

–¡Esto promete! –exclamó con alegría–. Ya estás pensando en tu vida de casada.

Lydia se atragantó.

–¿Qué...? ¡Quería decir justamente lo contrario!

–Piénsalo –insistió–. Al menos dale una vuelta. Deja que te añada a la lista.

–No puedo ser la mujer de un político. ¿Cómo voy a organizar una cena? No funcionaría, Selina.

–Sí funcionaría. Serías duquesa. Podrías hacer lo que quisieras. Y de verdad, Lyddie, creo que serías feliz si tuvieras casa propia.

–Odio esto. Te odio.

–No me odias. Me adoras.

Lydia puso los ojos en blanco.

–¿Y qué me dices de Iris Duggleby? Ya que estamos considerando a las marginadas de los bailes para el puesto.

–Deja de decir eso –protestó Selina–. No es una marginada. Y tú tampoco.

–No tiene sentido ignorar la realidad. ¿Por qué no me sustituyes en tu lista por Iris?

Iris Duggleby. Selina hizo girar su pluma entre los dedos. No había pensado en Iris, pero en el fondo le gustaba para este papel. Igual que Lydia, Iris no había triunfado en el mercado matrimonial. Era una reputada mujer de letras, con una pasión inquebrantable por las antigüedades, que no se esforzaba para nada en fingir interés por el torbellino social.

Iris no tenía paciencia alguna con los necios. Selina recordó la mirada inexpresiva que la mujer le había dirigido al hijo de un barón

en aquella primera temporada, cuando él le preguntó con suficiencia si creía que debía seguir el ejemplo del príncipe de Gales y lustrar sus botas con champán.

–No sabría ni qué opinar –había respondido la muchacha.

Selina había estado a punto de atragantarse por culpa de la risa.

No obstante, la aversión de Iris hacia la falsa cortesía había ofendido a más de uno de esos necios engreídos, y la obstinación de su madre en encajar su generosa figura en un corsé digno de tortura tampoco había ayudado. La suma de todo aquello hizo que uno de los jóvenes lores más crueles la apodara señorita *Puggleby* (como esos perros mestizos tan bobalicones) durante su primera temporada. Ni siquiera el vizcondado de su padre alcanzaba para que la mayoría de los imbéciles jóvenes casaderos de la alta sociedad pasaran por alto aquello.

Pero Iris había sobrevivido. De hecho, Selina juraría que ni siquiera se había enterado de lo del apodo, puesto que hacía muy poco caso a las burlas de la sociedad. Después se compró un carlino encantador y empezó a pasearlo arriba y abajo por el Serpentine con una liviana sonrisa en los labios.

Bajo aquella fachada de erudita distraída, Iris era puro acero. Selina llegó a la conclusión de que Iris podría ser una excelente novena duquesa de Stanhope.

–La añadiré. Pero no voy a borrarte a ti –dijo Selina, y, entre manchurrones de tinta, apuntó el nombre de Lydia y luego el de Iris.

–¿Qué me dices de lady Westcott?

–¡Por Dios, Lydia, es muy mayor!

–No puede tener más de treinta.

–¡Es viuda!

Las cejas color fuego de Lydia se fruncieron.

–¿Y qué? Volverse a casar es legal.

–Tiene un amante –susurró Selina.

–¿Ah, sí? –Se echó hacia atrás, impresionada–. ¿Cómo lo sabes? Ni yo estaba enterada. Debe de ser bastante discreta.

Por Belvoir. Selina lo sabía porque lady Westcott era socia de Belvoir, y porque su amante también lo era. Lo cierto era que a los miembros más imprudentes de la biblioteca les parecía el lugar

perfecto para tener encuentros clandestinos, por mucho que el personal intentara disuadirlos.

Pero su amiga no conocía la conexión que tenía con Belvoir, así que dijo:

–De vez en cuando yo también me entero de cosas, ¿sabes? Por parte de otros amigos.

Lydia frunció los labios y la miró con escepticismo, pero terminó respondiendo:

–Muy bien, pues tachemos a lady Westcott. Poco discreta, por lo visto. ¿Hannah Harvey?

–Demasiado dulce. Stanhope se la zamparía.

–Por el amor de Dios. ¿Lady Victoria Eyles-Styles?

–Estás bromeando –dijo Selina–. Stanhope no es un caballo. Jamás logrará llamar su atención.

–¿Estás rechazando a lady Victoria porque le gustan demasiado los caballos?

–Estoy rechazando a lady Victoria porque, a menos que Stanhope se revuelque en la paja y no vista otra cosa que cuero, ni siquiera se fijará en él.

Lydia parpadeó y se quedó callada.

–Como una silla de montar –se apresuró a aclarar Selina–. Me refería a ese tipo de cuero... Como una silla de montar. Y una brida. Como la que lleva un caballo.

Cuanto más hablaba, peor sonaba. Dios santo, Belvoir la había arruinado por completo.

–Ya veo –susurró Lydia con sequedad–. ¿Qué me dices de Elizabeth Yardsley? Oh, o de Elizabeth Swinburn. ¿O quizá incluso lady Elizabeth Maye?

–No. No, no y por supuesto que no. Rechazo a todas las Elizabeth.

–Selina, creo que has rechazado a todas las mujeres de la alta sociedad.

–No a todas –se defendió–. He puesto a Iris en la lista.

–¿Sabes? –murmuró Lydia, pensativa–. Hay alguien a quien no hemos considerado y que cumple todos los requisitos. Inteligente y

sensata, con una reputación intachable y un linaje inglés sin parangón.

Selina volvió a alzar la pluma.

–Sabía que me ayudarías. ¿Quién es?

–Tú.

Selina dejó caer la pluma.

–En absoluto.

–¿Por qué no? –preguntó Lydia–. Quieres que yo esté en la lista, ¿no? Está claro que no piensas que Stanhope sea un mal partido como marido.

–No es eso –repuso Selina. Volvió a coger la pluma y alisó nerviosa el extremo.

Lydia no tenía ni idea de que, en 1812, Selina había convencido a su hermano Will para comprar Belvoir. Y de que, desde enero de 1813, Selina llevaba prácticamente ella sola las riendas de la biblioteca más popular de Londres.

Así que Lydia no lo sabía. Su querida amiga Faiza tampoco. Y lo mismo ocurría con su hermano Nicholas.

Nadie aparte de Will estaba enterado. Porque, tras la impecable fachada de la biblioteca Belvoir, en Regent Street, donde los clientes podían encuadernar sus libros o encargar volúmenes para sus bibliotecas particulares, Belvoir proporcionaba literatura algo subida de tono a cualquier mujer alfabetizada de Londres.

«Nunca más», se había dicho a sí misma mientras elaboraba el catálogo Venus. Jamás volvería a ser la ingenua sobreprotegida que había sido en aquella primera temporada, pasmada al descubrir la existencia de amantes e hijos ilegítimos.

Ahora que sabía que el conocimiento era poder, pensaba ponerlo al alcance del mayor número posible de personas.

Selina tenía dos reglas para Belvoir:

1. Cualquiera podía hacerse socio por una guinea al año.

2. Solo las mujeres tenían permiso para sacar libros del catálogo Venus.

Había una tercera regla, pero era solo para ella: nadie debía verla jamás entrar ni salir de la biblioteca y nunca podía llevar encima un libro de Belvoir.

De algún modo, casi como un milagro, había funcionado. Llevaba más de dos años dirigiendo Belvoir sin la menor sombra de sospecha. Las jóvenes de la alta sociedad estaban muchísimo más instruidas en cuestiones de sexo de lo que ella lo había estado, gracias a la combinación de filosofía radical, memorias eróticas y novelas picantes que componían el catálogo Venus.

Estaba orgullosa de lo que había conseguido con Belvoir. El boca a boca había atraído a cientos de mujeres. Selina veía cada vez a más debutantes, doncellas e incluso respetables matronas apiñadas en torno a los volúmenes encuadernados en verde, mes tras mes. Cuando la doncella de Lydia informó de la súbita y completa deserción del personal femenino en la casa del marqués de Queensbury, Selina sintió una embriagadora mezcla de satisfacción y alivio.

Pero nada podía durar para siempre. A medida que el catálogo Venus se hacía más y más popular, era inevitable que quienes se oponían a la educación femenina acabaran por descubrirlo. La semana anterior, sin ir más lejos, Jean Laventille había informado a Selina de que había recibido dos consultas distintas sobre la propiedad del edificio de Belvoir.

Cuando se descubriera la conexión de Selina con Belvoir, algo que pasaría sin duda alguna, el escándalo sería como una especie de cataclismo. Si en algún momento llegaba a elegir marido, tendría que ser alguien capaz de soportar el escándalo con absoluta entereza.

Peter, que necesitaba una esposa intachable, no era ese hombre.

No. No podía ponerlo en peligro con su secreto. Sentía demasiado por él: su vulnerabilidad apenas disimulada, su empeño en cuidar de sus hermanos. Quería ayudarlo. Y exponerlo al escándalo de la década no iba a ayudarlo en nada.

–Bueno –le dijo a Lydia, procurando que no pareciera que daba rodeos–. Para empezar, voy a entregarle esta lista a Stanhope en persona. No puedo presentarme como una de las tres mujeres más codiciadas de Londres.

–Tienes razón –convino Lydia–. Pero puedo decírselo yo.

Selina estuvo a punto de asentir, solo por ver si su amiga era capaz de soltar semejante bomba delante de un desconocido, pero...

No. No podía dejar que se hiciera ilusiones.

–Además, yo... no lo veo de esa manera. Como un... posible marido.

–Oh, venga ya. Inténtalo. Te las apañarás. No es un hombre desagradable a la vista.

Por todos los santos, claro que no lo era. El día anterior, sus ojos se habían clavado en los de ella con un fulgor de lo más intenso, y también estaban esos irritantes rizos, que le daban ganas de alzar la mano hasta su frente y...

¡Maldita sea, estaba perdiendo la discusión!

¿Qué podía decir? ¿Que sus afectos estaban en otra parte? Lyddie sabía que no era cierto. Tal vez podría decirle que prefería la compañía de mujeres a la de hombres, pero, de algún modo, sentía que ya había engañado bastante a sus mejores amigas aquellos últimos años.

–No puedo –murmuró–. Lyddie, no sé cómo explicarlo. Simplemente... no puedo casarme con él.

Lydia suspiró.

–Está bien. De acuerdo. Confío en que sepas lo que quieres.

Vaya. Selina tenía la rectitud moral de un sándwich de jamón.

–Pues aquí está –concluyó, mirando con cierta desdicha la hoja de papel–. Mi gran plan para salvar a los hermanos de Stanhope. Tú e Iris Duggleby.

–Y también podrías añadir a Georgiana Cleeve –volvió a sugerir Lydia–. A algunos hombres les gustan las mujeres con plumas en la cabeza.

Sí, Selina lo sabía muy bien a esas alturas.

–Desde luego –respondió, y escribió el nombre de Georgiana en la lista. Al final. Muy muy al final de la página–. Tres candidatas. Una futura duquesa.

–Estupendo –susurró Lydia con indiferencia–. Que empiece el juego.

CAPÍTULO 5

[...] Ya sé lo que vas a decir. Que me estoy pasando. Que intento abarcar demasiado. Aunque no, retiro lo dicho: tú jamás dirías algo así, y por eso te adoro todavía más.

De parte de lady Selina Ravenscroft
para su amiga lady Faiza Greenlaw, condesa
de Clermont, que se encuentra de visita
en Awadh junto a su esposo.

«Esta vez no habrá ningún duque», pensó Peter mientras el mayordomo lo conducía al salón azul y crema de Rowland House.

Bueno, quizá sí. Mierda. Sí que lo había. Él era duque.

Tarde o temprano, aquel hecho acabaría siendo solo una parte más de su persona, y no una rareza absurda que tuviera que recordarse varias veces al día.

En cualquier caso, en el salón no estaban ni el duque ni la duquesa de Rowland. Solo lady Selina Ravenscroft. Y él: Peter Kent.

Hecho que le ponía muy nervioso, lo cual también era una rareza absurda. No es que evitara la compañía de mujeres en privado. De hecho, había habido momentos en su vida en los que la había buscado con empeño, aunque la costumbre de su padre de meter la mecha en todo lo que llevase falda y engendrar hijos en varios continentes había hecho que Peter fuera demasiado prudente como para convertirse en un libertino consumado.

Sí, había pasado bastante tiempo en presencia de Selina. Había bailado con ella, cenado con los Ravenscroft y contemplado cómo su rostro se iluminaba de diversión ante los chistes que su hermano gemelo le contaba en voz baja. En una ocasión digna de recordar, se ofreció a cargar con su equipaje (aunque quizá «ofrecerse» no fuera la palabra adecuada, porque más bien se enzarzó en una lucha encarnizada con aquella mujer tan obstinada) y acabaron cayendo los dos en un charco de barro.

Y, sin embargo, por alguna razón, estar sentado frente a Selina mientras esta servía el té con pulcritud lo ponía nervioso.

Tal vez se debiera a la manera en que se había quitado los guantes, con una perfección envidiable. Sin un solo gesto superfluo, solo un par de tirones rápidos en cada dedo antes de desprenderse de los finos guantes de cuero y colocarlos con cuidado en su regazo.

No había nada de seductor en esos movimientos veloces de los dedos, y, no obstante, una parte de su cerebro se empeñaba en fantasear con cómo utilizaría esa misma pericia despiadada al despojarse de otras prendas.

Las de ella. O las suyas.

Y, por Dios, qué placer encontraría en hacerla bajar el ritmo. Probar si podía enturbiar aquellos acerados ojos de color ámbar, ver descender sus pestañas oscuras hasta que le rozaran las mejillas.

En fin. Había perdido el hilo por completo. Pues claro que tenía motivos para estar nervioso: cinco minutos a solas con Selina Ravenscroft y, en su imaginación, ya se había desnudado junto a ella y estaban enredados el uno con el otro, dándose caricias.

–La verdad es... –empezó a decir Selina.

Él parpadeó porque, aunque en su cabeza había estado desvistiéndola (bueno, para ser justos, era ella quien se desnudaba), también había estado prestando atención. Y aquel «La verdad es...» no tenía absolutamente nada que ver con lo que estaban hablando hacía un instante.

–La verdad es que me gustaría saber si estaría dispuesto a contraer matrimonio –terminó.

–¿Eh? –inquirió Peter.

¿Casarse?

¿Hablaba del matrimonio como concepto general? ¿O le estaba preguntando si quería casarse con ella? ¿Le estaba haciendo la proposición más franca que pudiera imaginar, o acaso su mente, embelesada con la fantasía de lo que podrían hacer aquellos dedos tan diestros, había perdido por completo el norte?

¿Y cómo narices iba a preguntárselo sin meter la pata?

–Sí –respondió con firmeza–. Estoy abierto al matrimonio.

Asunto resuelto. O había aceptado su proposición, o se había metido de lleno en alguna estratagema suya. En cualquier caso, saldría de dudas en un minuto.

Los ojos de Selina brillaron.

–Oh, qué bien –suspiró, y parecía aliviada–. Me alegra muchísimo. Creo que es una idea excelente.

Lo asombroso era que él aún no tenía claro si ella consideraba que, a partir de aquel instante, estaban prometidos.

–Yo... ¿también? –Uf, había sonado de lo más inseguro. Si estaban prometidos, lo lógico sería mostrarse más entusiasta–. Yo también creo que es una excelente idea.

Ella asentía alegremente, y un rizo rubio oscuro se le soltó del peinado y se le enroscó en la piel pálida del cuello.

–Por los niños, claro –añadió.

Peter no tenía ni idea de a qué se refería, pero asintió con toda la dignidad de la que pudo hacer alarde y procuró no imaginarse aquella melena suelta desbordándose sobre su pecho.

–Claro, los niños precisan... ¿de una madre?

Selina lo miró algo sorprendida.

–Pues sí, supongo que sí. Pero yo lo creía necesario, por supuesto, a efectos de asegurar su tutela.

–Ah –susurró él, aunque, al reflexionar sobre el tema, le pareció bastante lógico–. Supongo que caeré mejor si estoy casado.

–¡Justo! –exclamó ella con entusiasmo–. Eso mismo le dije a Lydia.

¿Acababa de declarar que caería mejor? Como si no cayera bien ahora y hubiera algo que corregir.

Quizá no estaban prometiéndose, al fin y al cabo.

Y esa insólita punzada de decepción en el corazón era algo en lo que no convenía detenerse.

–Es más –prosiguió Selina–, creo que lord Eldon ha de ser, en secreto, un romántico empedernido, considerando la historia de su fuga con lady Eldon. Pienso que, si contrajera matrimonio con una licencia especial en las próximas semanas, su causa le resultaría mucho más interesante. Y tengo la esperanza de que lady Eldon también acabe de nuestro lado.

Bien, nada de compromiso. Era un plan, sin más. Un plan en el que él debía encontrar a alguna mujer dispuesta a convertirse en duquesa de Stanhope y encadenarse a ella de por vida con el único propósito de obtener lo que quería del Tribunal de Cancillería.

Todo aquello le resultaba frío y calculador.

–¿Crees que debo buscar esposa en un plazo de seis semanas con tal de granjearme el favor de un viejo barón caprichoso que me desprecia por haber tenido la osadía de nacer en Luisiana y de proclamar abiertamente que la esclavitud es una abominación?

–Eh... Dicho así, suena fatal –murmuró Selina, con cara de circunstancias.

–¿Y cómo lo dirías?

Ella alzó un poco la barbilla y le gustó que no se echara atrás.

–Diría que sí: debería dedicar buena parte de las próximas seis semanas a encontrar una pareja adecuada. Si encontrara a una mujer con la que crea que podría casarse, hágalo. Y si esa acción lleva a lord Eldon a aprobar la solicitud de tutela de Freddie y Lu, habrá logrado su objetivo y, de paso, conseguido esposa.

Freddie y Lu. Exacto. De eso se trataba. Quería ser mejor persona por ellos. Más cauto, más sensato, más responsable. Como un padre.

Pero Selina seguía hablando:

–Y no hay nada de malo en haber nacido en Luisiana, por supuesto que no. Ni tampoco en hablar con honestidad sobre el tema de la esclavitud. De hecho, tiene que seguir haciéndolo. Es su deber. Todos deberíamos hacer lo correcto, aunque a veces no sea lo más conveniente. –Apretó los labios–. Y su esposa tendrá que entenderlo.

La mujer era tan elocuente como su hermano.

–De acuerdo –aceptó él–. Entiendo la lógica del plan. Y, en efecto, no me cierro al matrimonio. Haré lo que sea necesario para asegurar el futuro de Freddie y Lu. Cualquier cosa.

Selina sonrió.

–Quizá no sea tan grave como parece.

La idea de arrojarse al vasto océano de muchachas casaderas de la alta sociedad, acompañadas de sus ambiciosas madres y sus condescendientes padres, no le resultaba precisamente placentera. En los últimos dos años había constatado que era un hombre muy codiciado, pues era el heredero de un rico ducado. Pero también lo miraban con recelo por tener una madre francesa y un acento que lo delataba como «no del todo inglés». Ver a los miembros del *beau monde* devanarse los sesos para encontrarle sentido a tal contradicción había sido bastante entretenido, al menos mientras se mantenía al margen.

Sería menos divertido, suponía, si tenía que tomárselo en serio. Nunca había sido de esos que veían el matrimonio como una soga. Le parecía, más bien, una institución social muy respetable. Más que respetable si, además, uno sentía afecto por la mujer a la que se unía. Siempre había tenido la intención de casarse. Pero en esos momentos los acontecimientos estaban acelerando el proceso. A gran velocidad.

Con suerte, encontraría a una mujer de su agrado en las próximas seis semanas, porque Freddie y Lu necesitaban que hiciera todo lo que estuviera en sus manos.

Su mente, muy servicial, le sugirió a una mujer que le gustaba demasiado y que, por casualidades de la vida, estaba sentada al alcance de su mano. Pero desechó esa idea con firmeza.

–Quiero ayudarle –dijo Selina y, para su sorpresa, alargó la mano y la posó sobre la suya.

Le rozó el dorso apenas un segundo con sus dedos largos y afilados antes de apartarla. Peter quiso mover los suyos, pero se obligó a permanecer inmóvil.

–He hecho una lista corta –explicó la mujer–. De mujeres a las que me gustaría presentarle. Mujeres a las que debería conocer

mejor. Cada una de ellas, en mi opinión, sería una duquesa extraordinaria.

Santo cielo. «Una duquesa extraordinaria» no era precisamente la primera cualidad que él imaginaba para elegir a su futura esposa. No es que hubiera pensado en muchas otras más allá de que le hicieran gracia sus chistes y tuviera un bonito trasero.

–Eh... –murmuró–. De acuerdo. Te lo agradezco.

–Excelente.

Selina tomó una hoja que había doblada a su lado sobre la mesa y se la entregó.

Él la abrió.

«Candidatas al matrimonio. –Leyó en silencio–. La señorita Iris Duggleby. La señorita Lydia Hope-Wallace. Lady Georgiana Cleeve».

Peter no acababa de comprender cómo había pasado de pensar que a lo mejor se habían prometido a aceptar una lista de mujeres que Selina había escogido de forma personal para que las cortejara y conquistara.

–No creo que fuera necesario hacer una lista de tres nombres. Estoy convencido de que puedo recordarlos sin el papel.

–No diga tonterías –protestó ella, tajante.

Peter no pudo evitar dedicarle una sonrisa.

–Me han dicho más de una vez que es mi rasgo más característico.

Selina se recogió un rizo rebelde detrás de la oreja e hizo un ademán con la mano.

–Si no necesita la lista, entonces... Tírela y ya está. ¿Conoce a alguna de esas mujeres?

Él volvió a mirar el papel que tenía en la mano.

–¡Ja! –exclamó ella–. Sí que necesita la lista.

Bueno, un punto para Selina.

–Recuerdo a tu amiga, por supuesto, la señorita Hope-Wallace. –Alzó la vista justo a tiempo para atrapar la expresión de júbilo en el rostro de Selina, expresión que se apresuró a disimular enseguida.

–¿Ah, sí? Eso es maravilloso. Lydia es incomparable. Estaría encantada de que se casara con ella.

A lo mejor era por tanto desnudo imaginario o por ese fugaz instante en el que había creído que Selina le estaba pidiendo matrimonio, pero lo cierto fue que no pudo evitar sentirse un poco insultado por el entusiasmo con que la mujer anhelaba verlo casado con otra.

–Lo... Eh... Lo tendré en cuenta.

En realidad, jamás había hablado con Lydia Hope-Wallace más allá de un escueto «buenas noches». De hecho, no recordaba haberla oído hablar. Pero tampoco se oponía a conocerla mejor. Seguro que tenía un buen motivo para vomitar en una maceta.

«Aunque –se preguntó–, ¿qué podría considerarse un mal motivo para vomitar en una planta? ¿Una clara aversión hacia las plantas de interior?».

–A lady Georgiana es probable que la haya conocido esta temporada –explicó Selina, volviendo a la lista–. La han presentado en sociedad este año. Es hija de Alistair Cleeve, conde de Alverthorpe, y aunque la gente lo detesta bastante, su hija es, en cambio, muy popular.

El nombre no le traía a la memoria a ninguna persona concreta, aunque debutantes recién salidas del cascarón había para dar y tomar.

–Debo confesar que la idea de tener una esposa más próxima en edad a Lucinda que a mí me produce cierto desasosiego.

Selina le regaló una sonrisa forzada.

–Le sugiero que no juzgue antes de conocer a lady Georgiana.

Mmmm. Quizá Selina quisiera dar a entender que lady Georgiana era una candidata algo mayor de lo habitual.

–Tampoco conozco a la señorita Duggleby –admitió.

Selina se estremeció levemente.

–Seguro que la ha visto en alguna ocasión. En algún baile. No es la muchacha más popular de nuestro círculo. –Frunció el ceño; sus cejas, oscuras como sus pestañas, contrastaban de forma sorprendente con su cabello rubio–. Pero Iris es excepcional, aunque la mayoría de los hombres de la alta sociedad sean demasiado necios para darse cuenta.

Peter tuvo la sensación de que lo estaba regañando.

–También espero conocerla –repuso.

Selina recogió los guantes de su regazo y se los puso con decisión.

–Estupendo.

Supuso que el hecho de que se los volviera a poner significaba que su *tête-à-tête* había llegado a su fin. No estaba seguro de si la reunión había salido como esperaba (Selina le había dado una nueva idea sobre cómo asegurar el futuro de sus hermanos) o si se había desviado por completo del rumbo.

Lo cierto era que se sentía bastante menos optimista que cuando ella se había quitado los guantes.

–¿Me acompañaría a dar un paseo por el parque el domingo? –propuso Selina mientras ambos se ponían en pie.

–¿Para... planear mi campaña nupcial? –preguntó con cautela.

Y ahí estaba otra vez aquella expresión de deleite.

–Exacto. Sí. «Campaña» es justo la palabra, ¿no le parece?

–Desde luego.

–Hyde Park estará abarrotado. Es el lugar ideal para un primer reconocimiento.

Le había prometido a Lu y a Freddie que los llevaría de paseo el domingo por la tarde, así que ¿por qué no al parque? No haría daño mezclar negocios con placer.

Aunque, pensándolo mejor, no estaba muy seguro de que ni sus hermanos ni su inminente debut en el mercado matrimonial merecieran realmente el calificativo de hacer algo «por placer».

¿Negocios con negocios, quizá? ¿Familia con negocios? ¿Una abrumadora carga familiar de una magnitud desmedida con otra carga igualmente abrumadora, atenuada tan solo por la posibilidad de fornicar de manera regular?

–¿Y si organizamos un pícnic? –sugirió Peter–. Haré que nos preparen una cesta.

–Mucho mejor –aceptó Selina.

Se levantó y él comprendió al momento que lo estaba despachando.

CAPÍTULO 6

[...] La verdad es que quiero a los niños. No sé cómo decirlo de otra manera. Quiero a los hermanos de Stanhope. Deseo que los tres sean una familia. ¿Por qué el amor tiene siempre esa forma de meternos en líos? (¡Y no creas que no lo digo por ti!).

De parte de Selina para Faiza, otra vez.

A Freddie lo atrajo con la cesta de pícnic y a Lu con la promesa de que podría hablar más con Selina Ravenscroft.

–¿Hay pasteles de nata? –preguntó el niño, intentando asomarse a la cesta sin éxito.

–Ni idea –confesó Peter–. Pero en el parque hay una pastelería por si no te convence lo que ha preparado el chef.

–Sigo sin entender por qué no me has dejado traer mi estoque –protestó Lu, mohína.

–Porque no pega con tu vestido.

La niña frunció el ceño al mirarle.

–Entonces debería haberme puesto pantalones.

–Cuando lleguemos a la casa de Rowland, le preguntaremos a lady Selina cómo se vestía ella cuando la visitaba su maestro de esgrima.

Lu se recostó, aceptando la sugerencia con una calma inesperada.

En cuanto el carruaje llegó a Rowland House, saltaron a la calle (Lu, por supuesto, rechazó la mano que Peter le tendía) y se apiñaron bajo el pórtico blanco de la entrada.

Freddie parpadeó, pasmado, ante el ladrillo color miel y las ventanas palladianas.

–Pero ¿esto es la casa de alguien? –inquirió–. ¿No es una iglesia?

Lu puso los ojos en blanco.

–Es solo una casa, Freddie.

–¿Podemos entrar? Quiero ver cómo es por dentro.

–Supongo que sí –le respondió Peter.

En aquel momento, el mayordomo de los Rowland apareció en la puerta y su expresión grave se quebró en una leve sonrisa al ver a los niños.

–Excelencia –saludó a Peter–. ¿Cómo debo presentar a sus acompañantes?

Peter le dijo los nombres de sus hermanos mientras entraban en la casa, pero antes de que el mayordomo pudiera ir en busca de Selina, esta dobló la esquina y apareció justo ahí, vestida de azul y flanqueada por su familia.

–¡Oh! –exclamó al ver a los críos, para luego alzar la vista hacia él; los ojos color miel brillando de diversión–. Veo que ambos hemos traído compañía. Vamos a necesitar otro carruaje.

¿No había mencionado a sus hermanos?

Tal vez no.

Peter presentó a Lu y Freddie a la temible tía de Selina, lady Judith, y a su inseparable compañera, Thomasin Dandridge. Thomasin era una mujer menuda y regordeta, con una nube de rizos color arena que le rebotaban alrededor del rostro como muelles alegres.

–Queridos –saludó, inclinándose para observar mejor a los niños–. ¡Qué sorpresa tan encantadora! Me haría muy feliz que quisierais acompañarme en el carruaje. ¿Me haréis ese honor? –Y les tendió los brazos para que la escoltaran como a una reina pequeña y rolliza.

–¿Sois la mamá de lady Selina? –preguntó Freddie mientras Thomasin se dejaba guiar afuera.

–No soy su mamá –aclaró ella, mirándolos con una sonrisa–. La madre de lady Selina falleció cuando ella apenas tenía seis años. Pero la quiero tanto como cualquier madre haya querido nunca a una hija.

Mientras seguían a Thomasin y a sus hermanos, Peter vio cómo el semblante de Selina se dulcificaba.

–Ningún niño ha sido jamás tan colmado de atenciones –murmuró entre risitas.

–Ese superlativo podría aplicarse tanto a ti como a Will –comentó lady Judith con sequedad.

Selina se puso seria de golpe y Peter pensó en Will Ravenscroft, su hermano gemelo. Sabía que habían estado muy unidos; los había visto compartir bromas o abrazos más de una vez en sus primeros meses en Inglaterra. Pero luego Will perdió a su esposa y a su hijo en el parto, compró un cargo militar y se embarcó rumbo a la Europa continental para perderse en la guerra y la violencia.

–Debes de echarle de menos –le susurró Peter a Selina, y ella alzó la vista hacia él, sorprendida.

–Sí –admitió. Su voz sonaba un poco áspera–. Todos los días.

–¿Sabes de él a menudo?

Un lado de su boca se curvó en una sonrisa.

–Tan a menudo como el correo lo permite. A veces recibimos cuatro, cinco o diez cartas de golpe; parecen las cartas de un regimiento entero. Pero, vamos –añadió, alargando la mano para tomarlo del brazo–. Deberíamos seguir a nuestras familias.

–No estoy seguro de que la señorita Dandridge pueda soportar a mi hermana.

–No dejes que Thomasin te engañe –repuso Selina–. Es más dura de lo que aparenta.

–¿Tiene una espada preparada por si acaso? Porque la única forma de subir a Lu al carruaje esta mañana ha sido prometerle un duelo.

Lady Judith dejó escapar una pequeña carcajada cuando alcanzaron a Thomasin y a los niños.

–Quizá le sorprenda saber que fue la señorita Dandrige quien respaldó el deseo de lady Selina de entrenarse en esgrima con su

hermano. Yo estaba muy en contra.

–Es cierto –afirmó Selina–. Thomasin convenció a Nicholas para que me dejara aprender esgrima con Will. Y además me enseñó todo tipo de juegos de cartas, juegos que nadie espera que una dama sepa jugar.

–Eso sí, me planté en el pugilismo –interrumpió Thomasin con cierta alegría.

–¿Qué es el pugilismo? –preguntó Freddie.

–Boxeo –explicó Selina–. Tenía muchas ganas de aprender a boxear. De hecho, aún quiero.

Lu puso cara de estar a punto de desmayarse allí mismo, sobre los adoquines.

–He hecho traer otro carruaje –anunció Thomasin–. ¿Esperamos a Lydia o nos encontramos con ella en el parque?

–Nos vemos allí –respondió Selina–. Nora y ella se han adelantado.

Mientras Peter ayudaba a lady Judith a subir al carruaje de los Stanhope, Selina lo observaba con atención.

–Espero que no te importe. Me he tomado la libertad de preparar algunos temas de interés sobre los que podrías conversar con Lydia y las demás.

Al parecer, todos los Ravenscroft estaban al tanto de su inminente... ¿Cómo llamarlo? ¿Caza de duquesa? ¿Triple cortejo?

–Estoy deseando escuchar tus sugerencias.

Y así, ya en el carruaje, Selina lo agasajó con sus recomendaciones. Lady Hope-Wallace, por lo visto, tenía un gran interés en las intrigas políticas.

–La mitad del tiempo no tengo ni idea de lo que está diciendo –admitió–. Pero si le habla del trabajo que le interesa en la Cámara de los Lores, sabrá exactamente a qué se refiere y tendrá propuestas sobre cómo alcanzar sus objetivos.

Tenía que confesar que Lydia Hope-Wallace podía ser una duquesa de lo más útil.

–Parece un poco tímida –comentó, esperando que no fuera una observación inapropiada.

–Oh –replicó Selina; torció la boca hacia abajo–. Bueno. Lo es. Bueno, no, en realidad no lo es en absoluto. No lo es cuando llega a conocer a la persona. Solo tiene que hacer que se sienta a gusto con usted.

–Uf –suspiró Peter–. De acuerdo.

Se preguntó si Selina tendría también alguna sugerencia para eso, pero no parecía estar dispuesta a dársela.

–La señorita Duggleby –prosiguió Selina– también es muy inteligente. Le fascinan las antigüedades.

–¿Las antigüedades?

–Sí. Arte etrusco, monedas romanas, escultura clásica. –Su mirada se aguzó al posarse en él–. No desaprueba la adquisición de los mármoles del Partenón por parte de Elgin, ¿verdad? Si es así, será mejor que no se lo comente.

–Yo... Eh... No. No puedo decir que lo desapruebe.

Santo cielo, necesitaba una guía de estudio sobre los intereses de sus posibles candidatas al matrimonio. ¿Por qué narices Selina no le había preparado un manual?

–¿Y lady Georgiana? ¿Qué temas sugieres que trate con ella?

Ella se mordisqueó el labio inferior pensativa y Peter tuvo que hacer un gran esfuerzo para no estancarse en el gesto.

–¿Del tiempo, quizá?

¿Del tiempo? En fin, al menos para eso no necesitaba estudiar.

–En realidad, tal vez lo mejor sea hablar con lady Georgiana.

–¿Perdón?

–Solo... hablar con ella. Evite, eh, hacerle preguntas.

Por alguna razón, aquel consejo le resultó el más inquietante de todos. Se aventuró a lanzarle una mirada a lady Judith, de cabellos plateados, pero esta parecía claramente divertida. Peter no creía que fuese buena señal.

Cuando los carruajes se detuvieron, se reunieron una vez más con Thomasin y sus hermanos. Freddie iba acurrucado bajo el brazo de Thomasin, muerto de sueño y con la cara algo pegajosa.

–Dulces –murmuró Selina–. Thomasin siempre lleva encima dulces.

Hasta Lu parecía fascinada con la dama. Revoloteaba entre Selina y Thomasin, formulando preguntas sobre juegos de cartas y esgrima.

–¿Has asistido alguna vez a un combate de boxeo? –le preguntó a Selina.

Selina miró a su alrededor con disimulo y se inclinó para susurrarle unas palabras al oído. El rostro de la niña se iluminó y partió rauda de nuevo hacia Thomasin, que caminaba ya junto a lady Judith. La mano de esta última reposaba en la espalda baja de su compañera.

–Si pudiera conseguir que Lu me admirara la mitad de lo que te aprecia a ti –le comentó Peter a Selina, mientras seguían a los criados hasta la ribera del Serpentine–, los niños estarían conmigo en menos de una semana.

La chica curvó los labios en una sonrisa.

–Dele tiempo. Tiene doce años, ¿no?

Peter asintió.

–Es una edad complicada. Nunca estuve más enfadada con mis hermanos que a los doce.

–¿Qué hicieron?

Ella le sonrió, y apenas tuvo que alzar la cabeza para mirarle a los ojos, pues era lo suficientemente alta. El sol de la tarde la envolvía en un resplandor dorado: la piel de un marfil bruñido, la rica miel de sus cabellos, el ámbar de sus ojos, diáfanos y radiantes como... ¿el whisky, quizá? O el ron. Vivo y embriagador.

–Eran hombres –concluyó ella–. Hacían lo que les venía en gana y, mientras tanto, yo sentía que no tenía control sobre nada en mi vida. Will se había marchado a Eton y yo me había quedado en casa con la institutriz. Mi maestro de esgrima no volvió después de la marcha de Will. Había crecido demasiado para seguir montando en mi poni, pero Nicholas consideraba que aún era demasiado pequeña para el alazán del que me había encaprichado. –Soltó una risita cohibida–. Son nimiedades, lo sé. Pero yo deseaba controlar mi propia vida y, en cambio, no podía tomar mis propias decisiones.

–¿Sigues sintiéndote así? –Peter disfrutaba escuchándola. Le gustaba la manera en que medía cada palabra.

–A veces –respondió ella–. Pero no, no del todo. Estos últimos años, he tomado las riendas de mi vida.

–Suena peligroso –replicó él, con intención de bromear, pero Selina lo atravesó con la mirada.

–Tal vez lo sea –susurró.

Habían llegado al área de pícnic que los criados habían dispuesto, y Freddie y Thomasin estaban sacando ya la comida envuelta, las botellas de vino y las limonadas. Colocaban pequeños platos de cristal, plata y porcelana; al parecer, los duques y sus allegados no comían pollo frío con las manos.

Aunque, al observar a los niños, decidió que en realidad sí lo hacían. Lu usaba los dedos para separar la carne del hueso, y Freddie se había metido un muslo entero en la boca.

–Eh –los llamó–. Lu. Freddie.

Alzaron la vista hacia él, pero Peter no supo qué decirles. ¿No era mejor no comportarse como unos salvajes ante tan distinguidas personas? Dios santo, ¿no eran ya lo bastante mayores para enseñarles modales en la mesa? No tenía la más remota idea de lo que debía hacer.

Thomasin carraspeó y señaló con un simple gesto la plata y los manteles que había a su lado.

–Por si los necesitáis, queridos.

A Freddie se le encendieron las orejas y agarró un tenedor con tanta prisa que se le volvió a caer. Rebotó contra el plato del pollo y fue a parar a la falda de tafetán color índigo, extendida a la perfección, de lady Judith.

–Oh. Lo siento muchísimo. Deje que... –empezó a disculparse el niño.

Se lanzó a coger el tenedor, pero se había quedado enredado en el bordado de la tela y, al levantarlo, la falda de lady Judith se alzó con él. Todos alcanzaron a ver un destello de las blancas enaguas.

Freddie soltó el tenedor como si quemara.

–Ay, cielos –murmuró el niño, abatido–. Esto ha salido fatal.

–Gracias, señor Nash –dijo lady Judith con fingida amabilidad–. Justo buscaba un cubierto extra. Permítame procurarle otro.

Pero Lu ya estaba allí, tendiéndole un tenedor a Freddie y mirando a lady Judith con el ceño fruncido, como un terrier enfadado.

–No se burle de él –pidió–. Déjele en paz.

–Lu... –empezó a decir Peter, pero ella también se había sonrojado bastante y había clavado la vista en su propio regazo. Sus pequeños dedos se cerraban en puños a sus costados.

Selina apoyó una mano en el brazo de Peter y, cuando él volvió la cabeza, encontró en su rostro una expresión llena de ternura.

«Dele tiempo», le había dicho antes.

Pero ¿cuánto tiempo les quedaba?

Aquello tenía que salir bien.

Comieron los refrigerios con Lu y Freddie sumidos en un silencio apesadumbrado. Ni siquiera Peter halló la manera de mantener una conversación cortés, y cuando Thomasin les preguntó a los niños si les apetecía pasear con ella hasta la pastelería, detestó sentir que su marcha le supiera a alivio.

–Lo siento –se lamentó en cuanto estuvieron fuera de su alcance–. Por lo de Freddie y Lu.

Odiaba aquello. Odiaba tener que disculparse como si hubiera algo malo en ellos, cuando en realidad lo único malo era que el cretino de su padre los había abandonado. Y que él no sabía cómo criarlos.

Sin embargo, para su sorpresa, lady Judith lo estudiaba con un atisbo de sonrisa.

–Me gustan los niños con carácter –admitió–. Confío en que no consentirá usted que nadie la quebrante.

Peter no confiaba en absoluto en sí mismo para eso. Los Ravenscroft (con su firme seguridad y el evidente afecto que se profesaban) eran algo que él nunca había experimentado. Cuando pensaba en la familia, pensaba en el miedo y la pérdida; en su padre, que se había marchado; y en su hermano, que había muerto. Nadie le había enseñado a criar a una niña como Lu y protegerla de las duras realidades del mundo.

Pero quería aprender. Quería algo mejor para ella que despertarse cada mañana atenazada por la incertidumbre de su futuro. Quería

estar ahí, mostrar seguridad. Y no sabía si sería capaz.



Selina observaba a Peter mientras este miraba cómo sus hermanos correteaban junto a Thomasin. Su rostro era inescrutable, pero ella alcanzaba a distinguir la tensión en la rigidez de sus hombros. Y el leve rubor en sus pómulos.

Cuando Lu había plantado cara a la tía Judith, Selina había sentido una oleada de ternura tan intensa que había estado a punto de llorar.

Se dio cuenta de que, al contemplarlos, lo que veía era a su propia familia. Veía a su hermano Nicholas en Peter, tan empeñado en hacer siempre lo correcto. Veía la dulzura de su gemelo en Freddie, y en Lu, llena de una orgullosa obstinación, se veía a sí misma.

Había sentido aquella misma ferocidad protectora hacia su hermano pequeño. Will, siete minutos más joven, y ahora dolorosamente fuera de su alcance.

Se había roto cuando Katherine y el bebé murieron, y Selina no había sido capaz de recomponerlo. Se compró un cargo militar seis meses después y zarpó, con la mirada endurecida, lejos de ella. Lejos de todo el mundo. Selina le escribió todos y cada uno de los días. Tal vez fuese una locura, y tal vez él detestaba recibir decenas de cartas suyas de golpe, pero nunca protestó.

Y tampoco regresó.

Y tal vez fuese otra locura, lo de ver a los suyos reflejados en Freddie y Lu, pero no le importaba. Peter y sus hermanos aún podían formar una familia, y Selina iba a ayudarlos.

CAPÍTULO 7

...

Del diario privado de Selina, página titulada
«Temas de conversación propuestos
para Stanhope y Georgiana».

Peter ya entendía a qué se refería Selina con lo de hablar con Georgiana Cleeve.

Habían formado un grupo pequeño mientras paseaban por la ribera del río: lady Georgiana con la mano apoyada en el brazo de Peter, Selina y Lydia justo detrás. La madre de lady Georgiana, la condesa de Alverthorpe, cerraba la comitiva, escoltada por un número bastante asombroso de doncellas y criados. El conde de Alverthorpe, por fortuna, no se había dignado a acompañarlos; de hecho, apenas había reconocido a Peter, algo que a este no le había importado demasiado.

Su opinión de toda aquella empresa había mejorado un tanto cuando su camino y el de Selina se cruzaron con el de Cleeve y Lydia Hope-Wallace. Lady Georgiana, aunque era tan joven como temía, era inquietantemente bella, y le sonrió con un brillo capaz de rivalizar con el sol que se reflejaba en el Serpentine. Lydia, por su parte, parecía algo mareada, pero también era toda una belleza; pelirroja y con unas formas bien proporcionadas bajo el ajustado vestido de paseo.

Todos intentaron sacar tema de conversación a la vez.

–¿Está usted disfrutando de su primera temporada, lady Georgiana? –preguntó Peter.

Mierda, ya le había hecho esa pregunta. ¿Se daría cuenta? Quizá no lo notara.

–Oh, sí –respondió ella, y le dedicó la misma sonrisa deslumbrante. Advirtió de forma distraída que sus dientes eran perfectos. Literalmente perfectos. Podría ser modelo de dientes para alguna revista. También podría sacar una buena suma si los vendiera.

Nadie más dijo nada. Peter intentó pensar en un comentario menos terrorífico que «¿Ha considerado vender sus dientes alguna vez?».

Selina, a su espalda, se apresuró a hablar, con una especie de alegría forzada y la mandíbula apretada.

–Su excelencia también salió al mercado hace poco, lady Georgiana. Llegó a Londres hace solo dos años.

–¿Ah, sí? –inquirió la aludida, volviendo sus grandes ojos azul aciano hacia Selina–. Pero ¿de dónde venía?

Selina cerró los ojos un instante. Peter juraría que estaba rezando.

–De Nueva Orleans –respondió él en su lugar.

Lady Georgiana giró la cabeza hacia él muy despacio.

–No me suena. ¿Eso está en Sussex?

–Eh... –susurró él–. No. Es una ciudad de Luisiana. En Estados Unidos.

–Fascinante –contestó ella, parpadeando con tanta rapidez que sus larguísimas pestañas levantaron una brisa ligera.

–También estuve en Cuba, que es una isla del Caribe –añadió Peter, con la voz teñida de cierta desesperación.

–Una isla. –Georgiana asintió–. Inglaterra también es una isla. Bueno, ¿lo es? ¿O en realidad lo es Gran Bretaña? Siempre lo olvido. –Una pequeña arruga se formó entre sus perfectas cejas–. Soy un desastre en lo que respecta a geología.

Peter intentó dar algún sentido a aquellas últimas frases.

–Gran Bretaña –murmuró Lydia con voz ronca– es la isla.

Peter se volvió hacia ella e intentó sonreír. «Haz que se sienta cómoda», le había pedido Selina. Pero ¿qué podía hacerla sentir más cómoda?

–¿Ha viajado mucho, señorita Hope-Wallace?

–No –admitió ella, sin apartar la vista de sus botas.

–¿Usted ha viajado? –preguntó lady Georgiana. Peter la miró y se dio cuenta de que le estaba hablando a él.

–Me he pasado la mayor parte de la última década yendo de una isla a otra –contestó.

La mujer se quedó pasmada.

–¿Hay más islas? ¿Cuántas?

–No he visitado todas las islas del mundo, ni es a lo que me refería –se apresuró a aclarar Peter.

¿Estaba bromeando? Tenía que estar bromeando.

–¿Todas las islas del mundo?

–Yo... –En realidad no sabía cómo responder–. No, no he estado en todas las islas del mundo. He estado en varias islas del Caribe. Cuba, Jamaica, Barbados. Pasé un tiempo en Haití, después de la revolución, para aprender sobre el autogobierno.

–¿Cuántas islas habrá en el mundo? –murmuró lady Georgiana, entusiasmada–. Debe de haber al menos... –Hizo una pausa, miró a su alrededor y proclamó, triunfante–: ¡Siete!

Desesperado, Peter buscó la mirada de Selina. Si ella se reía, él también lo haría. Pero no reía. Más bien parecía que la estuvieran torturando.

–Haití –repitió con voz quebradiza–. Es una antigua colonia francesa de Santo Domingo, ¿no es cierto?

–Así es. La revolución la encabezaron antiguos esclavos, y ahora son esos hombres liberados quienes dirigen el gobierno.

–Interesante, ¿verdad, Lyddie? –dijo Selina, dándole un leve codazo a su amiga.

–Sí –musitó Lydia–. Haití... –Dejó la frase en el aire.

Peter esperó por si Lydia decidía continuar.

No lo hizo.

–Lady Selina me ha contado que conoce mi labor política sobre la abolición –le comentó Peter a Lydia, aunque llamar «labor política» a

su escaso puñado de semanas en la Cámara de los Lores le parecía exagerado. Sin embargo, estaba decidido a trabajar de verdad. Había tropezado con aquella posición de inmenso poder y privilegio, y pensaba aprovecharla en cuanto tuviera oportunidad. Quería aprender, intentar derribar el mundo de plantaciones y brutalidad en el que había crecido y construir uno nuevo.

–Sí. –Lydia parecía absolutamente desdichada: el rostro aún más pálido que antes, los labios casi blancos.

–¿Se encuentra usted bien?

Lydia se detuvo en seco y apretó la mandíbula, y Peter no supo si seguir caminando junto a lady Georgiana o quedarse a su lado. Intentó hacer ambas cosas a la vez: adelantó el brazo en el que llevaba enganchada a lady Georgiana mientras giraba el cuerpo para seguir mirando a Lydia. El sombrero se le cayó al suelo.

Santo cielo, era muy torpe. Y aquello era un desastre.

–¿Ha perdido algo? –le preguntó lady Georgiana. Lo miró con preocupación y se detuvo–. Parece usted distinto.

–Ay, Dios mío –murmuró Selina, y se lanzó hacia delante para recogerle el sombrero.

Lydia Hope-Wallace dio media vuelta y se alejó del grupo a una velocidad que bien podría haberse calificado de competición.

Peter la siguió con la mirada, lleno de anhelo.

Él también podía echar a correr. Podía desenganchar los dedos de lady Georgiana de su antebrazo y salir por patas en busca de Freddie y Lu. Podía cogerlos a ambos, uno bajo cada brazo, llevarlos a casa de Stanhope y encerrarlos en sus cuartos para que no volvieran a salir jamás.

Podía ser el duque secuestrador. El aristócrata raptor.

Volvió la vista hacia Selina y Georgiana. Selina le encajó el sombrero entre las manos. Lady Georgiana lo miró parpadeando.

–¡Eso es...! –exclamó asombrada.

–¿Es... qué? –inquirió Peter, casi con miedo.

–Un sombrero –afirmó ella, y volvió a mostrar los dientes. Blancos, alineados y, sin duda, demasiados para ser la hija de un aristócrata–. Eso es un sombrero.

No podía presentarle aquella mujer a su hermana. Lucinda no dejaría ni los huesos.

Peter se giró hacia Selina y articuló en silencio: «Ayúdame».

La expresión de angustia contenida en el rostro de Selina cambió de pronto al verlo. Alzó la comisura de la boca, parpadeó con desesperación y, gracias a Dios, en aquel momento sí pareció que fuera a echarse a reír.

–Lady Georgiana –dijo, sofocando una risita–, ¿le gustan los sombreros?

La muchacha esbozó una sonrisa radiante.

–Oh, muchísimo. Tengo catorce.

Peter sintió cómo se le contraían los músculos del abdomen en su esfuerzo por contenerse. *Bah, al diablo.*

Le devolvió la sonrisa.

–¿Sabe qué? Yo también tengo muchos.

–¿De veras? –Georgiana abrió los ojos azules en su asombro–. ¿Para la cabeza?

¡Por Dios! Aquella muchacha no podía estar hablando en serio. Tenía que ser algún tipo de broma muy elaborada.

–Varios para la cabeza. Otros para mi... –Dejó la frase a medias.

Selina dejó escapar un sonido ahogado.

–Otros para mi ayuda de cámara –aseguró Peter, lanzándole una mirada de reproche.

–Eres terrible –siseó ella.

–Estoy siendo educado.

–Me encantaría tener un ayuda de cámara –dijo Georgiana con aire soñador. Y luego añadió–: ¡Madre! ¿Puedo tener un ayuda de cámara?

Lady Alverthorpe, que hasta entonces había quedado bastante relegada del grupo, avanzó para alcanzarlos.

–Georgie, cariño, claro que no.

El rostro de la chica se ensombreció.

–Un ayuda de cámara no sabría nada de vestidos –sentenció la condesa. Era tan rubia como su hija y casi igual de delgada, aunque el azul de sus ojos era un poco acuoso y la nariz se le movía como la

de un conejo al hablar, lo cual era desconcertante–. ¡Ni de peinados! Cielos, un ayuda de cámara no sabría cepillarte el pelo.

–Pero seguro que el ayuda de cámara de su excelencia lo peina cada día –protestó Georgiana. Le sonrió con encanto–. Su ayuda de cámara le riza el pelo de una forma divina.

Selina casi se atraganta.

–Georgie, cielo –dijo lady Alverthorpe–. A los hombres no les gusta que se les recuerden sus esfuerzos por arreglarse. No desde la Revolución francesa.

Madre mía, eran las dos iguales.

–¿Tiene usted hermanos? Quizá podría probar con el ayuda de cámara de alguno de ellos.

–El pelo de mis hermanos es mucho menos bonito que el suyo, excelencia –respondió Georgiana–. Y mi padre está prácticamente calvo, así que un ayuda de cámara no le sería de mucha ayuda.

Peter casi podía oír la respuesta en su mente: «Lady Georgiana, sería para mí un placer ofrecerle los servicios de mi ayuda de cámara». O tal vez: «No puedo soportar la idea de que su melena pueda ser aún más bonita».

Y, sin embargo, no se atrevió a pronunciar aquellas palabras.

Volvió a mirar a Selina. La curva de su boca, del color de las bayas, se torcía en una sonrisa ladeada, y sus ojos lo animaban a continuar.

Se suponía que estaba cortejando a aquella muchacha, así que la expresión de Selina gritaba: «Venga. Vamos. Diga algo encantador».

No debería haberle molestado, pero lo hizo.

–Me temo que mi ayuda de cámara la decepcionaría. –Se volvió a poner el sombrero, procurando que no se le notara demasiado el impulso de querer ocultar su peinado bajo él–. Odio admitirlo en público, pero todavía no he dejado que Humphrey me acerque unas tenacillas calientes. Mi pelo es así al natural.

Ni siquiera había contado con un ayuda de cámara antes de heredar. Ya era bastante ridículo dejar que un hombre lo vistiera como si fuera un niño.

Selina frunció el ceño en una expresión de incredulidad que no se esmeró en disimular.

–No puede hablar en serio.

Peter no pudo evitar sonreír.

–Es la pura verdad.

–Qué ofensivo. Muy ofensivo –murmuró ella.

–Es cosa de familia. Ya has visto el pelo de Lu. Esa cría no deja que su tía tatarabuela Rosamund se le acerque con las tenacillas.

Selina inclinó la cabeza, como queriendo darle la razón.

–Sospecho que la tía Rosamund no desea encontrarse en el extremo equivocado de un metal al rojo vivo.

–No has conocido a la tía tatarabuela Rosamund. Yo sospecho que no sabría distinguir unas tenacillas de un tenedor.

Selina frunció los labios.

–Siendo justos, es probable que se coma la ensalada con las tenacillas.

–Tienes razón –admitió él, y los ojos de Selina brillaron con tal fuerza a la luz de la tarde que casi se quedó sin aliento.

Lady Alverthorpe carraspeó y Peter dio un respingo. Sabía lo suficiente de la sociedad inglesa como para entender que resultaba de una descortesía tremenda hablar en público de personas a las que el resto del grupo no conocía. Intentó explicar lo de sus hermanos y la tía tatarabuela Rosamund.

Georgiana parpadeó en su dirección.

–Parecen todos muy agradables.

Bueno, «agradables» no era la palabra adecuada para describir a la tía tatarabuela Rosamund, ni tampoco a Lu, ya puestos, pero agradecía el comentario.

–Son muy importantes para mí.

Los dientes perfectos de la muchacha volvieron a asomar cuando se mordió el labio inferior.

–¿Cómo ha dicho que se llaman?

Selina dejó escapar un suspiro apagado y Peter no necesitó mirarla para saber que estaba apretando la mandíbula otra vez.

–Georgie, hija mía, debes prestar más atención –la reprendió su madre–. Seguro que has oído a su excelencia decir que eran sus ayudas de cámara.

Peter se dio cuenta de algo solo porque seguía maravillado con los dientes de Georgiana: la muchacha bajó las pestañas doradas hasta las mejillas, agitó la nariz y los labios... le temblaron. Una vez, y luego otra vez.

Si no hubiera sabido cómo funciona el mundo, Peter habría jurado que lady Georgiana era una actriz muy pero que muy talentosa, una que se estaba esforzando muchísimo por no reírse.

La muchacha abrió los ojos y esa sensación desapareció. Era solo rizos y ojos azules cristalinos, y su voz tenía la dulzura del azúcar hilado cuando dijo:

–¡Ayudas de cámara! Por supuesto. Los que rizan el pelo de su excelencia. Deben de hacer falta varios.

Él la miró entornando los ojos, y las pestañas de lady Georgiana comenzaron a agitarse como abanicos de plumas.

–Excelencia, me temo que debemos despedirnos ya. La tarde empieza a ser demasiado calurosa para mi madre.

La condesa ya asentía y tomaba el brazo de su hija.

–Oh –susurró Selina–. ¿Tan pronto? ¿Tal vez nos veamos en el baile de los Stratton esta semana?

Lady Alverthorpe siguió asintiendo.

–Desde luego, querida. Desde luego.

–¿Podría ir a visitarla? –Se oyó decir Peter–. Lady Georgiana.

Tres caras se volvieron hacia él, con diversas expresiones de sorpresa. Selina parecía sobresaltada, pero en absoluto descontenta. Claro que sí. Peter ignoró el pequeño brote de irritación, porque, Dios santo, para eso habían quedado. Aquel era el plan.

–Por supuesto, excelencia –respondió lady Georgiana cortésmente–. Será un honor. Quizá pueda traer a sus ayudas de cámara.

–Haré todo lo posible. Iré armado con unas pinzas de ensalada.

La miró fijamente, casi desafiándola a reír. Pero ella no lo hizo.

–Me encanta la ensalada –suspiró–. Es lo que más me gusta en el mundo.

Y entonces se despidieron.

Peter acompañó a Selina de regreso por la orilla del Serpentine.

–Creo que ha ido... bien –comentó. Bien a secas, salvo por la parte en que esperaba que la personalidad de lady Georgiana fuese una fachada muy elaborada y, después, la otra parte en que Lydia Hope-Wallace había salido corriendo como Filípides en Maratón.

–¿Le gusta? –le preguntó Selina–. Lady Georgiana, digo. ¿Es el tipo de mujer que le atrae?

Peter recordó lo que Georgiana había dicho y llegó a la siguiente conclusión:

–Parece agradable.

La verdad era que no estaba seguro de haber tenido nunca un «tipo». Había mujeres de todas las formas y tallas, y le atraían tanto las partes blandas a las que podía aferrarse como las líneas largas y elegantes. Rubias o morenas. Con acento francés o inglés.

Suponía que le gustaban las mujeres inteligentes. De dedos eficientes y despiadados. Con ojos que tan pronto danzaban como centelleaban; ojos capaces de calmarlo y desafiarlo al mismo tiempo.

Nada de lo cual describía a lady Georgiana Cleeve, pero sí describía con absoluta precisión a...

Maldita sea.

CAPÍTULO 8

[...] Stanhope, adjunto encontrará los detalles del artículo de Cambridge sobre cerámicas del periodo etrusco. Por el amor de Dios, no quiero saber por qué lo necesita.

De parte del señor Mohan Tagore, abogado,
para su excelencia Peter Kent, duque de Stanhope.

—No tienes por qué hablar. —En el salón de los Stratton, Selina le recolocó a Lydia una horquilla—. No es necesario. Recuerda que es él quien debe conquistarte a ti.

Lydia gimió y se cubrió la cara con ambas manos.

—Tú solo procura no salir corriendo —añadió, soltándole un mechón rojo y enroscándoselo en la nuca.

—Ah, claro. No moveré un músculo y luego vomitaré sobre la bota de Stanhope.

Selina hizo una mueca.

—En cualquier caso —continuó Lydia—, ¿crees que esto es necesario? ¿No me dijiste que iba a visitar a lady Georgiana?

Selina se mordió el labio inferior.

—Eso dijo.

Lydia alzó una ceja.

—Ya te lo dije. A los hombres les gustan esas cosas.

—Lyddie, la cosa empeoró cuando te fuiste. No puedo tolerarlo.

–Pues ve a echar un vistazo a Georgiana en el salón de baile y dime si puedes tolerarlo.

Ya habían visto a Georgiana, rodeada como siempre de pretendientes, envuelta en un blanco virginal y parpadeando como si no supiera a qué venía tanto alboroto. Entendía el atractivo. Belvoir y cuatro años en el mercado matrimonial le habían enseñado que los hombres preferían a Marianne Dashwood antes que a Elizabeth Bennet, por inexplicable que pareciera.

Sin embargo, había visto a Peter contener la risa ante los disparates de Georgiana. Por todos los santos, el hombre había tenido la osadía de clavar en ella aquellos ojos color chocolate líquido y suplicarle su ayuda. Algo divertido y algo atormentado. Y ella había pensado: «Sí, te ayudaré. Lo que sea por ti».

Bueno, y por los niños, por supuesto. Porque le importaban los niños. Porque quería que fuesen una familia.

Pero cuando Peter la había mirado como si ella fuera su compañera en una gran aventura, algo muy brillante le había florecido en el pecho. Había sentido el nacimiento de una amistad. Se había sentido importante. Por una vez en su vida, no se había sentido «demasiado». Se había sentido bien allí, en el cálido abrazo de sus ojos.

Más tarde, por alguna razón, el hombre había cambiado de idea. Había sonreído a Georgiana y se había ofrecido a visitarla. A ella ya no la necesitaba para nada.

Se alisó con los dedos la costura de sus guantes y trató de sacudirse aquellos pensamientos tan sensibleros de encima.

–Vamos –animó a Lydia, entrelazando un brazo con el suyo–. Si va a casarse con alguien, no podrá encontrar una mejor compañera que tú.

En el salón de baile encontraron a Georgiana y a Peter terminando un set. Selina alcanzó a oír a Peter parloteando (algo sobre su hermana y la esgrima) mientras Georgiana lo miraba totalmente desconcertada.

Condujo a Lydia hacia allí para interceptarlos cuando abandonaban la pista.

–Buenas noches, excelencia. Lady Georgiana.

Peter dejó de hablar. Sus ojos encontraron los de ella y permanecieron allí. A Selina le picaban los dedos de ganas por apartarle los oscuros rizos de la frente, y se preguntó si habría mentido cuando dijo que su ayuda de cámara no le daba forma a esos estúpidos tirabuzones con unas tenacillas.

Seguro que había mentido. Emmie, por ejemplo, tardaba una hora entera en hacerle a ella el recogido.

Peter pareció volver en sí de golpe y se inclinó para besarle la mano. Después hizo lo mismo con Lydia, quien estaba bastante pálida; aunque su tez todavía no había llegado a adquirir ese verde ominoso tan familiar. Selina le apretó el brazo en un gesto de ánimo.

–Excelencia –murmuró Lydia–, ¿ha oído que Brougham se presenta este año en Winchelsea?

Selina no tenía la menor idea de quién era Brougham, ni de por qué su campaña habría de ser relevante para Peter, pero los ojos del hombre se iluminaron con interés.

–Sí, lo he oído. He estado pensando en reunirme con él. Tengo mucho que aprender sobre la causa de la abolición en este país.

–Debería hacerlo –le recomendó Lydia. Seguía mirándose los zapatos, pero al menos estaba hablando. A Selina le dieron ganas de darle una palmada en la espalda a modo de celebración, pero se contuvo–. Fue una pieza clave en la aprobación del Acta del Comercio de Esclavos. Si quiere trabajar en legislación, él puede ayudarle a conseguirlo.

Peter le dedicó una sonrisa a Lydia, y Selina sintió un calor repentino en el pecho y en los dedos.

–¿Qué tal un baile? –propuso entonces–. La música va a empezar.

Peter la taladró con la mirada.

–Lady Selina. Será un placer acompañarla en la pista.

–Oh –susurró la susodicha, y aquella sensación de calor le subió a las mejillas–. No. Yo... me refería a Lydia. –¡Que el demonio se la llevara! ¿Había dado a entender que quería bailar con él? Estaba convencida de que no había sido el caso–. Debe pedírselo a ella.

Peter recibió su protesta balbuceante con toda la calma del mundo.

–Por supuesto. Señorita Hope-Wallace, ¿querría acompañarme en la próxima pieza?

Lydia consiguió asentir y, cuando la música derivó en una cuadrilla, ella y Peter se perdieron entre la multitud de parejas que danzaban en el salón.

A lady Georgiana la rodeó enseguida un pequeño corrillo de pretendientes. Tresidder (pobre necio) acabó por imponerse y la condujo hacia el bullicio. Samuel Bowbridge, entre los derrotados, observó con nerviosismo a Selina. Ella lo despachó con una mirada fulminante.

–Perdone –murmuró–. Buenas noches, lady Selina.

Después, al fin la dejaron sola, libre para contemplar cómo Peter bailaba con Lydia y entregarse a sus pensamientos.

Habrían formado una pareja espléndida de no ser porque Lydia parecía desdichada. Era una bailarina excelente, aunque no tuviera muchas ocasiones de demostrarlo, pero su rostro permanecía rígido y se negaba a mirar a Peter a los ojos. Él, en cambio, le hablaba con naturalidad y no daba señales de sentirse ofendido ante su mutismo.

Se le daba bien todo aquello: bailar, conversar. De hecho, Selina no sabía que se le diera tan bien.

Sabía, por supuesto, dónde estaba su encanto. Había compartido mesa con él varias veces en Rowland House, obligándose a no quedarse embobada cuando sonreía y hablaba de Nueva Orleans con tanta naturalidad. En una ocasión, iba con Faiza y se encontró con Peter y Clermont en la ópera. Tuvo que apretar los dientes para no echarse a reír cuando Peter la cogió del codo y la escondió tras un biombo mientras Faiza y Clermont discutían.

–Si arrojara mi guante a Clermont –le había susurrado, esbozando una sonrisa–, ¿piensa que lograría distraerlos? Porque, a mi parecer, en estos momentos ahogan la voz de la soprano.

Selina había advertido aquel modo suyo de fijarse en ella, con la mirada encendida y el semblante serio, como si escuchara cada palabra con total atención. Como si le importara de verdad.

Lo que le pasaba era que jamás lo había visto prodigar esa expresión a nadie más.

Y no le molestaba. En absoluto. Se alegraba de que fuese tan terriblemente encantador.

Aunque era curioso cómo su forma de «alegrarse» era sintiendo un pinchazo en el pecho.

Endureció el gesto y se volvió en busca de Iris Duggleby. Al fin y al cabo, aún pensaba presentarle a Peter posibles candidatas a futura esposa, pese a que él no pareciera necesitar su ayuda.

Encontró a Iris sentada en una silla en un lateral del salón de baile, con una copa de champán abandonada a su lado y la cabeza oscura inclinada sobre un libro. Su madre, lady Duggleby, era italiana e Iris había heredado su espeso y lustroso cabello negro. Selina estaba bastante segura de que los giros y bucles a los que aquella melena había sido sometida (al igual que el vestido de satén rosa con volantes que llevaba puesto) eran también fruto de la influencia de lady Duggleby.

Tomó asiento junto a su amiga.

–Iris. Cuánto te he echado de menos.

–¿Mmmm? –Iris parecía absorta en su lectura, y Selina sintió cómo se le escapaba una sonrisa. Tras una pausa larga, la chica levantó la vista y su gesto recobró vida–. ¡Oh, Selina! ¿Has leído esto?

Selina estudió el libro que descansaba sobre el regazo de Iris y se quedó helada, con la boca entreabierta.

Era un libro de Belvoir.

Esperaba un tratado sobre prácticas arqueológicas, y quizá algo en un idioma que no reconociera. Lo que no esperaba por nada del mundo era...

–¿Eso es...? –balbuceó–. ¿Un...? Eh...

Iris inclinó la cabeza con jovialidad hacia el libro.

–Un falo. Con un lazo. Sí.

Selina miró a su alrededor y luego intentó fingir que no lo había hecho. «No parezcas culpable –se recordó–. Ni se te ocurra».

Alargó la mano y cerró de golpe el libro.

–Fascinante –dijo con un hilo de voz.

–¿A que sí? Mi doncella se lo dejó en mi dormitorio. Al principio pensé que se trataba de algún tipo de indirecta, pero creo que

simplemente se lo olvidó. Ignoraba por completo lo que era una «carta francesa» hasta esta noche. Tampoco sabía que hubiera que atarla con un lazo.

–Vaya –susurró Selina.

Recordaba muy bien aquel libro. Era una guía sobre los distintos métodos anticonceptivos, y le había gustado tanto que había hecho que Jean Laventille mandara a imprimir una segunda edición. Aquel era, precisamente, el tipo de texto que buscaba para el catálogo de Venus: una explicación clara, lúcida y científica sobre cómo evitar un embarazo, con diagramas e incluso sugerencias sobre dónde adquirir los distintos productos.

Jamás habría imaginado encontrárselo en un salón de baile, en el regazo de Iris Duggleby.

Pero, pensándolo bien, eso era lo que quería que fuese Belvoir: un recurso accesible para mujeres que, de otro modo, no tendrían acceso a un conocimiento capaz de cambiarles la vida a mejor.

El rubor de sus mejillas no era tan solo culpa, supuso. También había parte de orgullo.

Iris tamborileaba con los dedos sobre la tapa del libro, pensativa.

–¿Sabes? –musitó–. Esto me hace pensar que quizá hayamos malinterpretado algunos de los hallazgos de la excavación de Clarke el año pasado. Hay algo en estas ilustraciones que me resulta familiar...

Se disponía a abrir de nuevo el libro, pero Selina le puso la mano encima, alarmada.

–Quizá –respondió débilmente– podrías revisar las ilustraciones en casa.

Iris observó la mano de su amiga sobre el libro.

–Oh. Puede que tengas razón.

No sin cautela, Selina retiró los dedos. Al ver que Iris no se apresuraba a volver a abrirlo, soltó un suspiro de alivio para sus adentros.

–Escucha, Iris. Quería hablar contigo de una cosa. Bueno, mejor dicho, de una persona. ¿Has conocido ya al duque de Stanhope?

La chica dio unos golpecitos en la cubierta verde del libro antes de responder.

–¿El duque americano? Claro que sí. Mi madre cree que tal vez puede convencerlo de que me acepte, dado que se perdió el numerito de los Puggleby.

Selina abrió un poco la boca con sorpresa. Era buena señal, o eso pensaba, que Iris ya se hubiera planteado la opción de casarse con Peter.

En realidad, parecía que todo el mundo se planteaba casarse con Peter. Que era, por supuesto, lo que ella quería. Evidentemente.

–¿Por qué? –preguntó Iris–. ¿Está interesado en la excavación de Clarke?

Selina quería creer que sí. Se lo había advertido, ¿no?

–No puedo asegurarlo. Pero lo que sí sé es que quiere contraer matrimonio. Y pronto. Quisiera traerlo a hablar contigo, si estás dispuesta.

Iris estuvo a punto de dejar caer el libro.

–¡Santo cielo, Selina! Sabía que mi madre tenía delirios de grandeza, pero ¿tú?

–Basta ya. –Selina apretó la mandíbula. ¿Por qué narices sus amigas eran tan reacias a aceptar que eran candidatas deseables para el matrimonio?

Porque la sociedad les había dicho que no lo eran, claro. Desde hacía años. Y por mucho que Selina quisiera cambiar aquel mundo tan estrecho de miras, aún no había descubierto cómo hacerlo.

–Deja que te lo traiga –le propuso–. Te caerá bien, Iris. Es un buen hombre.

Iris le lanzó una mirada pensativa

–Es la mejor recomendación que te he oído hacer de cualquier hombre de la alta sociedad.

–La mayoría de los hombres de la alta sociedad son unos necios.

Iris curvó los labios en una sonrisa retorcida.

–No me digas.



El agotamiento le perlaba la frente de sudor cuando hizo girar a Lydia Hope-Wallace hasta detenerla al final de su set y la vio

encaminarse hacia su madre.

Treinta minutos. ¿De veras acababa de hablar sin parar durante treinta minutos? Había sido como un discurso parlamentario, solo que sin habérselo preparado.

Bueno, eso tampoco era del todo justo. En algún momento había recurrido a citar su primer discurso sobre la abolición. Y luego otro discurso en el que llevaba trabajando las últimas semanas. También había citado a William Wilberforce, William Pitt y, posiblemente, varios Williams más.

Aun así, Lydia se había ido relajando poco a poco mientras él farfullaba, e incluso había alzado sus azules ojos para buscarlo una o dos veces. Sin embargo, tuvieron que cambiar de pareja y, cuando regresó, tuvo que empezar el proceso de nuevo. Lydia, aterrada. Peter, desvariando. Una charla muy larga seguida del deshielo gradual del miedo de la mujer.

Tal vez podían encajar. Quizá, si pasaba unas semanas a solas con Lydia en la residencia de Stanhope, la mujer encontraba su voz y se animaba a compartir lo que ocultaba tras la palidez de su rostro.

Era evidente que andaba distraído: no podía ser que, al pensar en pasar unas semanas a solas con su futura esposa, lo que imaginara fuera hablar de política todo el día. Lydia Hope-Wallace, con su melena pelirroja y sus curvas, no era la razón que le daba pie a soñar cosas mucho más subidas de tono.

La verdadera razón sería abominable.

La encarnación misma de aquella abominable razón avanzaba hacia él entre la multitud y se descubrió sonriéndole. Selina caminaba a zancadas largas e impacientes, devorando la distancia como si declarara que el salón de baile y todos sus ocupantes le estorbaban.

Se preguntó cómo sería tener toda esa atención puesta solo en él. En su persona. Solo un día. O una noche. Una larga y fría noche inglesa, con nada más que la luz de las estrellas y la piel desnuda de Selina para darle calor.

Santo cielo.

Parpadeó al verla acercarse, intentando recordar la expresión que había puesto cuando había creído por error que quería bailar con él.

No quería bailar con él. La idea la había aterrorizado. Lo que en realidad estaba haciendo era esforzarse para casarlo con otra.

–Excelencia –lo saludó mientras él hacia una reverencia–. Quiero presentarle a otra de mis más queridas amigas. ¿Recuerda que le hablé de la señorita Duggleby?

Por supuesto que lo recordaba, demasiado bien.

–Claro. Será un placer. He estado estudiando el arte etrusco.

Selina lo observó con los ojos entrecerrados. Era evidente que trataba de averiguar si lo decía en serio o no. Él le devolvió una sonrisa inocente, y la forma en que ella frunció los labios hizo que Peter perdiera la sangre de la cabeza y se le marchara hacia el sur. Un mohín. ¿Quién diría que Selina Ravenscroft podía hacer un mohín?

–Vamos, pues. –Le enganchó el brazo y le dio un buen tirón.

Aquella noche no llevaba adornos en el pelo, pero lo llevaba recogido en una especie de moño del que caían ondas doradas. Estaba lo bastante cerca como para olerla, aunque no lograba identificar el aroma. Algo especiado. Clavo, quizá. O ron.

Peter la siguió y ella lo llevó hasta un rincón, donde una mujer de cabello oscuro, de más o menos la misma edad que Selina, estaba sentada sola, con la cabeza inclinada sobre un volumen de tapas verdes en el regazo.

Cuando se acercaron, Selina carraspeó.

La mujer no se movió. Ni siquiera los había oído.

Selina carraspeó de nuevo, esta vez más fuerte, lo que hizo que Peter se mordiera con fuerza el interior de la mejilla.

Selina murmuró entre dientes algo ininteligible, se inclinó y le arrebató el libro de las manos a Iris. Lo cerró de golpe y lo metió en su retícula antes de que Peter pudiera ver de qué se trataba.

–Señorita Iris Duggleby –empezó a decir Selina–. ¿Me permite presentarle a su excelencia el duque de Stanhope?

Iris alzó la vista hacia ellos con sus ojos de un gris verdoso soñador.

–Oh. ¿Ya? Qué rápido.

Selina profirió un leve sonido estrangulado y, pese a la tibia acogida de la señorita Duggleby, Peter quiso echarse a reír. Se giró

hacia Selina, que clavaba en Iris una mirada afilada como una daga. No cabía duda de que no era el único capaz de suscitar en ella aquel color ámbar, semejante al whisky.

Quería recuperarla. Esa fiereza. Para su desgracia, la deseaba. La deseaba tanto que apenas podía soportar el calor que emanaba su cuerpo, la forma en que sus dedos se aferraban a su brazo por encima de la manga de la chaqueta. Quería arrastrarlos hacia su propia nuca, pegar el largo cuerpo de ella al suyo y ver la forma que adoptaban sus labios justo antes de tomarle la boca.

Apretó los dientes, conteniendo el violento latido de la excitación, y se obligó a mirar a Iris Duggleby, que tampoco mostraba mucho interés, pero que al menos no lo sacaba de quicio con un deseo desbocado.

–Señorita Duggleby –saludó Peter–. Es un placer conocerla. ¿Me concedería este baile?

Iris dirigió una mirada anhelante al bolso de Selina. Ella lo sujetó contra el costado y frunció el ceño con tal intensidad que hasta su amiga pareció percibir la descarga.

–Claro que sí –respondió Iris, y aceptó su mano.

No era, ni de lejos, una bailarina tan diestra como Lydia Hope-Wallace, pero cuando intentó girar en la dirección equivocada, no se inmutó demasiado. Peter tenía la sensación de que aún miraba distraída hacia el libro que Selina le había quitado.

Lo cierto era que sí había asistido a una conferencia sobre cerámica etrusca. Incluso había intentado prestar atención, a pesar de que sus conocimientos sobre antigüedades cupieran en una tacita en la que apenas entraba una ración de té oolong. Que nunca se dijera que Peter Kent no estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta por sus infinitamente desagradecidos hermanos.

Pero la simple mención del tema bastó para que por fin Iris le prestase atención. Resultó que ella también había asistido a la misma conferencia. Le bastaron los cuatro minutos que tardaron en cambiar de pareja y volver a encontrarse para darse cuenta de que Peter no tenía ni idea del asunto, aunque logró hacerle una o dos preguntas decentes. Era lista, tal como Selina había asegurado. Se notaba su dominio del tema y le gustaba la forma en que hablaba de

la conferencia: juiciosa y ecuánime, incluso cuando descartaba varias de las conclusiones del ponente con un simple movimiento de su melena oscura.

Estaba a punto de formularle una tercera pregunta cuando ella lo interrumpió:

–¿Por qué hace esto?

–¿Perdón?

Quiso fingir que no comprendía a qué se refería, pero tenía la incómoda sensación de que sí lo sabía.

–Bailar conmigo. Hablar de mis intereses como si le importasen lo más mínimo. ¿Necesita dinero? Porque le aseguro que, aunque sea hija de un vizconde, mi dote es, como mucho, aceptable. –No sonaba enfadada, sino más bien fría, objetiva. Quizá un poco resignada, con esos ojos serenos fijos en los suyos.

Dios santo. ¿Qué podía decir? Se le cruzó por un instante la idea de recurrir a los halagos: algo acerca de su ingenio y de cómo sus ojos atrapaban los suyos (no sería del todo mentira). Sin embargo, descubrió que le resultaba imposible.

Así que, en lugar de eso, le habló de Freddie y Lu. Del lord canciller Eldon, del Tribunal de Cancillería y del plan que Selina había ideado para volverlo menos objetable.

Cuando terminó, Iris lo estudió, reflexiva.

–Ya veo. ¿Y me ha escogido porque cree que estoy lo bastante desesperada como para aceptarlo?

Peter se atragantó.

–No –protestó–. Claro que no. Usted... es...

Iris echó la cabeza hacia atrás y, para su enorme alivio, se echó a reír.

–No ponga esa cara de susto –susurró, todavía con una pequeña sonrisa en los labios–. No me importa que me tomen por una desesperada, siempre que prometa no quejarse si pienso lo mismo de usted.

Peter pensó en Freddie y Lu. En Morgan y en su estúpido padre.

–En absoluto.

Iris asintió.

–No es que me muera de ganas de casarme con usted, excelencia. Pero no negaré que respeto sus motivos. Y la forma en que ha sido honesto conmigo. Siento una fuerte aversión por los hombres que mienten.

–Una objeción razonable.

La orquesta empezaba a apagarse, lo oía, y los bailarines se iban retirando hacia los laterales del salón.

–Sé a la perfección que no voy a conseguir marido por mis propios méritos. –Peter iba a objetar, pero ella lo detuvo alzando una mano–. Como estudiosa de las antigüedades, no tengo dudas de lo que valgo. Como debutante, en cambio... –Acompañó la frase de un breve encogimiento de hombros y habló con un tono tan obstinadamente alegre que Peter se preguntó si lo habría ensayado–. Poseo otros talentos.

–De eso no tengo ninguna duda, señorita Duggleby.

–No siento una inclinación especial hacia el matrimonio. Pero, si llegara a planteármelo, me gustaría que fuera con alguien que me viera como algo más que un simple medio para un fin.

Habían dejado de bailar y Peter soltó sus pequeños dedos.

–Gracias por el baile, de todas formas.

Iris lo detuvo con una mirada calculada.

–Ahora bien. Me encantaría que siguiera prestándome su atención. Al fin y al cabo, no puede dañar mi reputación. Y si en una o dos semanas logra convencerme de que soy algo más que un medio para un fin, consideraré su propuesta.

Peter no sabía si estaba impresionado o aterrorizado.

–Iré a visitarla, pues.

Ella hizo una leve inclinación con la cabeza.

–Debería.

Peter se despidió. Luego miró a su alrededor, tratando de localizar un destello de cabello rubio oscuro. Porque, después de aquella conversación, lo que más deseaba era contárselo todo a Selina. Quería conocer su opinión.

CAPÍTULO 9

[...] Por supuesto, lady Jersey, mi hermano el duque y su esposa están deseosos de seguir apoyando el club de Almack. Pero debe saber que mi hermano se interesa personalmente por su excelencia el duque de Stanhope. Me abstendré de insinuar que mi hermano rehusaría asistir en caso de retirársele el pase a Stanhope... y, no obstante...

De parte de lady Selina Ravenscroft
para lady Jersey, patrona de Almack.

–No me digas que hay más.

La tía Judith alzó una ceja plateada y dejó el periódico sobre la mesa del desayuno. Este se desplomó delante del plato de brioche con mantequilla de Selina, quien pegó la frente a la mesa con un gemido.

–Me es del todo imposible leerlo.

Daphne, que se hallaba a varios asientos de distancia, estiró la mano para apoderarse del periódico.

–Yo sí puedo.

–Confieso que yo también siento cierta curiosidad –intervino Nicholas–. ¿Qué ha hecho Stanhope esta vez?

Selina levantó la cabeza para observar a Daphne mientras esta hojeaba el periódico.

–Es un retrato bastante logrado –comentó la tía Judith con sequedad–. No cabe duda de a quién pretende representar el grabado.

–Mmmmm –murmuró Daphne–. Bueno, no es tan grave como aquella vez que trepó por la fachada de la casa de los Cleeve...

–Por favor, no me lo recuerdes –se lamentó Selina.

–Y, desde luego, menos emocionante que cuando rescató a Lydia de aquel caballo desbocado...

–¡Oh, por el amor de Dios! Sabes tan bien como yo que Lydia estaba huyendo.

–Pero no deja de ser bastante grave.

Selina se pellizcó el puente de la nariz.

–Anda, termina de una vez.

–Parece que ayer llevó a Iris Duggleby a una exposición de arte. Con el debido acompañamiento, Selina, no te inquietes. Y acabó liándose a golpes.

Selina dejó caer la cabeza entre sus brazos.

–No lo entiendo.

La voz de Daphne le llegó amortiguada:

–Francamente, dudo que este cronista de sociedad estuviera siquiera presente. De veras, no acabo de comprender por qué lord Ambrose habría de ofenderse ante las acerbadas observaciones de Stanhope sobre el retratista.

–Creo –interrumpió con cautela su hermano– que lord Ambrose y el retratista son bastante cercanos.

–¿Ah, sí? –se interesó la tía Judith, que jamás dejaba pasar un buen chisme de la alta sociedad.

–Bueno, tampoco podemos culpar a Stanhope por no estar al corriente –replicó Daphne.

–Yo sí puedo culparlo. –Selina alzó la cabeza y miró en torno a la mesa, a todos los miembros de su familia–. Claro que puedo.

Habían pasado dos semanas desde el baile de los Stratton, y Stanhope se había entregado con empeño a la empresa de cortejar a Georgiana Cleeve, Lydia Hope-Wallace e Iris Duggleby. Un empeño que había resultado en desastre.

Había llevado a Georgiana Cleeve a dar un paseo en su coche de dos caballos y, según Nora (la doncella de Lydia, de gran competencia, que tenía una prima en casa de los Cleeve), todo había transcurrido razonablemente bien. Sin embargo, Georgiana se dejó el sombrero en el coche al regresar a casa.

Selina supuso que había sido una forma de coquetear. Una invitación para que Stanhope volviera a visitarla en otra ocasión. Pero él se lo había tomado como un desafío y había decidido devolvérselo en persona.

Según el grabado que se vendía en varios puestos de prensa de Bond Street, lo había hecho trepando por la enredadera de clemátide que crecía en un lateral de la casa, con el sombrero sujeto entre los dientes.

El escándalo había empezado a propagarse cuando Stanhope se pasó por Rowland House para contarle a Selina sus progresos. Se quedó atónito cuando supo que ella ya estaba al tanto de lo que había ocurrido con el sombrero. Y con la escalada.

–No quería que su reputación quedase comprometida si alguien veía su sombrero en mi coche –se había defendido–. Sé lo que se siente cuando se es objeto de todo ese gélido desdén inglés. Pensé que podía devolvérselo antes de que nadie me viera. ¡Entré por el jardín trasero, por Dios!

–Peter. –Selina se había sobresaltado al pronunciar su nombre de pila, como si le hubiera estallado una chispa en los labios–. ¿En serio pensaste que nadie te vería trepar por su casa como Romeo en el muro del jardín de los Capuleto?

–¿Eso no era un balcón?

–Ust... ¿Qué?

Un mechón rebelde le cayó sobre la ceja oscura.

–¿Romeo no trepaba por un balcón?

–Yo... Eso no viene al caso. Pero no, es un muro de jardín.

–Estoy seguro de que era un balcón.

Selina estuvo a punto de abofetearlo, pero se contuvo por miedo a acabar apartándole ese maldito mechón en su lugar.

–¡Peter! Seguramente hay un *First Folio*[1] en la residencia de Stanhope. Compruébalo cuando llegues a casa. Y no vuelvas a

trepar a ningún sitio.

No lo hizo. Se comportó con absoluto decoro durante al menos un día. Fue a Almack (Selina tuvo que hablar en persona con lady Jersey para asegurarse de que no le retiraban el acceso al exclusivo club social tras el incidente) y bailó de forma bastante decente con todas.

Paseó con Iris por el parque. Visitó a Lydia en casa de los Hope-Wallace. De hecho, Selina corrió calle abajo para hablar con Lydia en cuanto vio alejarse el carruaje de Stanhope.

Según Lydia, todo había salido bien.

–¿Bien? –exigió saber Selina–. ¿Eso es todo lo que vas a decirme?

Lydia se encogió de hombros.

–Ha ido bien. Ha hablado. He escuchado. Todos contentos.

Todos salvo Selina, que se sintió bastante insatisfecha con todo aquel asunto. De todas las formas en que jamás se le habría ocurrido describir a Peter Kent, noveno duque de Stanhope, «bien» no era una de ellas.

De hecho, la lista de palabras con que Selina describía a Peter Kent había cambiado.

Todo había comenzado con un sueño. Estaba revisando varios textos que quería incluir en el catálogo Venus y se había quedado dormida tras leer unas memorias particularmente subidas de tono.

Eso era todo. Solo había estado leyendo. Y la lectura se había transformado en un sueño. No tenía nada que ver con Peter.

Pero cada vez que pensaba en él, y parecía hacerlo bastante a menudo, no podía evitar recordarlo.

En el sueño hacía calor, mucho calor. Eso era lo que mejor recordaba. Él sonreía con una mueca triunfal mientras le deslizaba el vestido por los hombros. El sudor le perlaba el escote mientras Peter posaba la boca sobre su piel y se la lamía.

Notaba su mano ardiente cuando le deslizó la tela por el torso. Selina no habría sabido decir dónde se encontraban. Era algún lugar oscuro y perfumado, de aire denso. La boca del hombre sobre su piel la hacía sentir que flotaba, que el deseo ascendía en una oleada lenta y prolongada.

Su vestido había desaparecido. Ante ella se extendía la larga y musculosa figura de Peter. Él había hundido la boca entre sus piernas y ella había enredado los dedos en su pelo. No había en ella más que deseo; su cuerpo era un incendio que empezaba y terminaba en las caricias de Peter.

Al despertar, estaba empapada de sudor; el cuerpo, sensible y dolorido. Ahora, cada vez que intentaba planear los cortejos de Peter, su mente la arrastraba de nuevo a aquella extraña y ardiente oscuridad.

Podría haberlo descrito como exasperante. Imposible.

Algo que no estaba hecho para ella.

No debería soñar con él. No debería pensar en él mientras pasaba las páginas de uno de los libros de Belvoir, y mucho menos cuando el deseo se le enredaba en el vientre y acudían a su mente esas imágenes: los rizos oscuros entre sus muslos, la boca, la piel desnuda de su garganta.

Tragó saliva e intentó volver a concentrarse en sus planes matrimoniales. Eso era lo que debía ocupar su mente: casar a Stanhope. Con otra mujer.



No había aguantado ni media semana cortejándolas de forma discreta. Primero tuvo lugar el incidente con el caballo de Lydia en Rotten Row, y después aquella salida memorable con sus hermanos: Lucinda, unos helados y un mastín enorme que la muchacha había conseguido meter en la tetería de Gunter. Selina y Lydia escucharon los gritos desde la sombrerería de la esquina.

Stanhope era, a decir verdad, un escándalo andante. No parecía haberse dejado llevar por ningún arrebato romántico y, si Lydia estaba en lo cierto, tampoco estaba avanzando mucho en lo de conseguir esposa.

–Necesita un empujón –propuso Selina, tamborileando los dedos desprovistos de guantes sobre la mesa.

–Mmmm. –Su hermano logró que aquel gruñido inarticulado careciese de emoción alguna–. ¿Ya sabes qué tipo de ayuda ofrecerle?

Selina se apartó de la mesa.

–En primer lugar, he de encontrarlo.

–¿Y, en segundo lugar, vas a decirle en qué se ha equivocado?

Acostumbrada toda la vida a ignorar las pullas de sus hermanos, se limitó a ponerse los guantes en silencio.

–Creo –comentó la tía Judith, con una pequeña sonrisa pintándole los labios– que Selina va a decirle cómo enmendar su error.



Peter seguía sin tener claro si Georgiana Cleeve estaba haciendo un papel.

Le había pasado otra vez, cuando le había comentado que los huevos eran el animal más redondo. Había visto cómo Georgiana bajaba las pestañas y había distinguido ese pequeño estremecimiento de su boca, como si se mordiera las mejillas por dentro para contenerse. Estaba casi seguro de que intentaba no reírse.

Pero solo había ocurrido una vez. En dos semanas que llevaba intentando ser más absurdo que ella. Cuando le dijo que había contratado a un ayuda de cámara para cada uno de los elegantes caballos grises de su coche, la mujer se limitó a parpadear deprisa y a contestar:

–Yo pensaba que cada ganado necesitaba, como mínimo, dos.

En más de una ocasión había pensado en preguntarle si una cuarta parte de lo que decía iba en serio y, de no ser así, por qué narices decía esas cosas. Pero había algo extraño y frágil en aquella insólita forma de desafiarlo, algo que, de alguna manera, le recordaba a Lu. Así que la sacaba a pasear, soltaba el primer disparate que se le pasaba por la cabeza y se repetía que de ningún modo podría casarse con ella..., aunque haría lo que estuviera en su mano para que no saliera herida.

–Vaya –dijo Georgiana, deteniéndose mientras paseaban por la orilla del Serpentine–. ¿Eso es un perro?

Alzó una mano para protegerse del sol, aunque Peter no entendió por qué, si llevaba un sombrero de ala generosa. Entrecerró los ojos y miró en la dirección que ella señalaba.

–¿En el agua? Quizá sea un pato.

–Yo diría que es un perro. ¿Sobre una especie de tronco?

Peter no pudo evitar reír, pero al mirarla se dio cuenta de que los ojos azules de Georgiana mostraban un punto de impaciencia.

–Mire allí –insistió–. ¿No es un perro? –Y señaló hacia el Serpentine con un largo dedo enfundado en un guante de gamuza fina.

Miró, volvió a mirar y, por Dios, Georgiana Cleeve tenía una vista tan perfecta como sus dientes. Apenas logró distinguir el pequeño bulto blanco de pelo que ella señalaba: una criatura mojada y desdichada que flotaba a la deriva entre un montón de ramas. No parecía correr peligro inminente, pero daba mucha lástima.

–Sea lo que sea, es evidente que no es un pato.

–Le juro que creo que es un perro –se empecinó ella–. Está atrapado.

–De acuerdo. ¿Puede sujetarme el sombrero?

Georgiana lo observó tan sorprendida que estuvo bastante convencido de que en aquellos momentos estaba siendo ella misma.

–Yo... ¿Sí?

Le entregó el sombrero y comenzó a forcejear con las botas. Maldita moda inglesa; no iba a poder sacárselas sin sentarse. Necesitaba un sillón. Quizá hasta un criado, por degradante que sonara.

Echó otro vistazo al perrito, o al gatito, o al ovillo de lana. Brincó sobre un pie mientras tironeaba del talón y deseaba, de forma patética, tener a mano una piedra plana para ayudarse.

Y entonces, una voz femenina, fresca y conocida, le llegó a los oídos y dejó de dar saltos:

–No me diga que piensa darse un baño en el Serpentine delante de toda la alta sociedad.

Peter se percató enseguida de que aún estaba a la pata coja, como un flamenco demasiado emperifollado, y bajó el pie. Al girarse hacia ella, intentó disimular el placer inmediato que le provocaba oír su voz.

Selina se había detenido en la ribera del río, justo tras ellos. Estaba algo sonrojada y tenía la respiración agitada. Peter intentó no fijarse en cómo subían y bajaban sus pechos, tensando el escote ribeteado de encaje de aquel ligero vestido azul de paseo. Intentó no hacerlo... y lo hizo de todos modos.

Luego parpadeó.

–¿Has venido corriendo?

Ella frunció el ceño, y a él le gustó mucho más de lo que debería.

–Eso no viene al caso.

–Si tú puedes atravesar Hyde Park al galope, yo puedo darme un chapuzón vespertino –protestó Peter.

Selina avanzó con paso firme. Él retrocedió.

–No soy yo quien no puede mantenerse alejada de las hojas de escándalos ni dos días seguidos –bufó en voz baja–. No soy yo quien intenta mejorar su reputación en la sociedad inglesa.

Estaba tan guapa que le daba hasta rabia, con las mejillas manchadas de rojo y los ojos tan fieros como su tono de voz. Y, por una vez en su vida, Peter logró mantener cerrada su boca indómita y no decir lo que pensaba en voz alta.

–Hay un perro –dijo en su lugar–. En el lago. Un cachorro en una rama, y voy a sacarlo. Nadie me verá.

Selina señaló alrededor con la mano.

–¡Peter! Entiendo tu preocupación. Seguro que acabará soltándose. Alguien lo sacará. ¡Pero no puedes ser tú! Todo el parque te verá. Hay un centenar de personas mirándonos ahora mismo, y otro millar que mañana se enterará por el periódico.

–Seguro que la tirada es mayor que...

–¡Peter!

Le gustaba esa manera que tenía de gritar en un susurro. Le gustaba cómo sonaba su nombre en los labios de Selina, por eso necesitaba tirarse al río antes de que su reacción física a esa cercanía resultara aún más evidente.

–Me daré prisa –prometió, retrocediendo otro paso–. Nadie va a fijarse. Quizá podrías distraer a la gente del otro lado del parque. Cántales una balada. ¿Te sabes la de *Rosemary Lane*?

Selina se abalanzó sobre él y lo atrapó por el brazo. Peter notó el calor de sus dedos a través de los guantes y la manga de su chaqueta.

–Peter, por el amor de Dios. ¡No te lo estás tomando en serio! ¿Es que no quieres la tutela? ¿Es eso? ¿Quieres que lord Eldon rechace tu petición?

Peter se zafó de su agarre y ella lo siguió, acercando sus cuerpos a apenas unos centímetros de distancia.

Por nada del mundo podría haberse apartado de ella. En cambio, alzó una mano y la posó sobre su hombro. Selina entreabrió los labios y tomó una rápida bocanada de aire. Descendió la mirada hacia su boca. Peter sintió cómo la ingle se le contraía en respuesta. Apretó los dedos sobre el brazo de ella.

–Claro que me lo tomo en serio –le aseguró–. No tienes ni idea de lo en serio que me lo estoy tomando ni de lo que sería capaz de hacer por mis hermanos.

Selina se lamió los labios. Peter sintió los centímetros que los separaban como un castigo físico.

–Entonces, ¿por qué...? –La voz de Selina era suave, y él luchó contra el deseo de inclinarse hacia sus palabras, hacia ella–. Entonces, ¿por qué haces esto? ¿No piensas antes de actuar? ¿En lo que harán los demás? ¿En lo que dirán?

«Imprudente». Oía la voz de su padre en su cabeza con nitidez, como si no llevara seis años muerto. «Egoísta. Irreflexivo».

Al diablo con su padre y al diablo él mismo. Había escuchado esas palabras mil veces y jamás se había echado atrás. Se había convertido en una insignia de honor: ser exactamente lo que su padre le reprochaba ser.

Era imprudente. Tomaba lo que quería, y quería a sus hermanos. Se llevaría a Freddie y a Lu porque sabía a ciencia cierta que podía protegerlos mejor que cualquier extraño elegido por los tribunales. Al pensar en ellos, también pensaba en Morgan, y en Luisiana, y en aquella imagen de su hermano antes de enfermar, nadando en el

arroyo como un delfín plateado. Peter tenía muy claro que era un cabrón egoísta, sí. Lo sabía desde hacía tiempo.

Mil palabras le hervían dentro cuando miraba a Selina. Claro que quería a los niños. Claro que pensaba ganarse el favor del lord canciller.

Tal vez quería demasiadas cosas.

–Hay un perro –repitió al fin–. No voy a dejarlo en el agua.

Observó cómo Selina tragaba saliva y cayó en la cuenta de que aún le estaba sujetando el hombro. Retiró la mano, dejándola caer a un costado.

–De acuerdo. –Selina empezó a tirar de las puntas de sus guantes–. Muy bien. Pasea con Georgiana. Yo sacaré al perro.

¡Santo cielo! Georgiana. Se le había olvidado por completo. Miró hacia donde se había quedado, de pie, y la vio más cerca de la orilla con su doncella. Seguía con la vista fija en el río, probablemente en el bulto de pelo al que el Serpentine arrastraba.

Se giró hacia Selina, que ya se había quitado los guantes y se había acuclillado para pelearse con sus botines.

–Por el amor de Dios, Selina, no pretenderás...

Ella alzó la vista, desafiante.

–¿Qué? ¿Meterme en el agua?

–Sí, eso.

Peter vio cómo se le tensaba la mandíbula.

–Voy a impedir que vuelvas a arrojarte de cabeza al escándalo.

–¿Arrojándote tú misma a un río?

Ya se había quitado un botín.

–¡Sí, si es lo que hace falta! Yo no tengo a nadie a quien impresionar. No tengo... –La voz le tembló–. A nadie que me necesite. Freddie y Lu no necesitan que rescates a un cachorro empapado, necesitan que te comportes como el noveno duque de Stanhope.

–Pues yo necesito que no te ahogues en el lago –espetó él con brusquedad.

Apenas reconocía su propio tono o la rabia que le bullía dentro. Sabía que Selina tenía razón. Sabía, en esa parte suya que estaba

tan cansada de fingir lo que no era, que su consejo era el más sensato.

Pero aquella estúpida sociedad, aquel estúpido país, se preocupaba más por el estado de su sombrero y de sus botas que por un ser vivo.

No sabía contra quién volcar la frustración y el resentimiento que le retorcían las entrañas. ¿Contra Inglaterra? ¿Contra sí mismo?

Desde luego, no contra ella, así que se obligó a tragarse el enfado.

–¿Dices que estás dispuesto a hacer cualquier cosa por Freddie y Lu? –preguntó Selina. Descalza, tan solo con las medias, parecía más bajita. Tenía que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos–. Pues hazlo: dale el brazo a Georgiana. Márchate. Yo sacaré al perro.

Peter hizo un leve gesto afirmativo, pues no se atrevía a abrir la boca.

Solo Dios sabía lo que habría dicho. «Te deseo». O «No te ahogues». O «No puedo ser lo que quieres que sea».

La observó acercarse a la orilla, vio sus dedos ágiles y precisos apartando las hierbas altas, separando unas cañas.

Se obligó a caminar hacia Georgiana.

–¿Lady Selina va ir a por el perro? –preguntó sin rodeos.

–Sí –respondió Peter–. Quiere que nos alejemos. Para no atraer a la multitud, supongo.

Para que él no se viera envuelto en más escándalos.

–Ni de broma –murmuró Georgiana.

Peter alzó las cejas y la miró desde arriba.

–No pienso moverme –anunció la muchacha– hasta ver que ha salvado al perro. Habría bajado yo misma si fuera más ágil.

¿Dónde habían quedado los aleteos de sus pestañas? ¿Y esas sonrisas deslumbrantes, aquella dentadura perfecta? Parecía una persona completamente distinta sin aquella máscara de absurdidad. Seria, práctica, quizá un poco terca.

–Ya veo –dijo él con voz apagada.

–Ah, y excelencia...

Alzó la vista hacia él, le regaló dos rápidos aleteos de sus espesas pestañas doradas.

–¿Sí?

–Creo que lo más sensato es que deje de cortejarme a partir de hoy.

Aquella petición lo pilló por sorpresa, pero de algún modo tenía sentido. Sin aquella coraza quebradiza, era una mujer distinta. Y ahora que lo había visto, Georgiana necesitaba distancia. ¿De él? ¿O de su verdadero yo?

Contempló cómo Selina, con el pelo oscurecido por la humedad, se internaba en las aguas en dirección al perro, que flotaba lo bastante cerca como para que Peter alcanzara a ver unos ojos saltones en una cabeza desproporcionada para un cuerpo tan pequeño.

–Lady Georgiana –musitó al fin–. ¿Necesita ayuda?

Peter sintió de pronto cómo ella le apretaba los dedos.

–No –le aseguró ella–. Solo necesito cerciorarme de que ese perrito esté a salvo.

Así que se quedaron observando. Al cabo de un minuto o dos, Selina había logrado acercarse lo suficiente para tirar de la improvisada balsa hecha a base de ramas sobre la que se encaramaba el perro. Giró el cuerpo hacia la orilla y remolcó al animal tras de sí con una agilidad envidiable.

Peter se obligó a mirar alrededor mientras Selina regresaba a tierra firme. Había gente por todas partes: en eso llevaba toda la razón. Seguro que la habían visto nadar, pero, con nada más que la cabeza fuera del agua, era poco probable que la hubieran reconocido.

–Lady Georgiana –dijo Peter, mientras seguía a Selina, que ya estaba cerca de la orilla, con la mirada–. ¿Sabe usted dónde alquilan los botes de remos?

–Sí.

–¿Y cree usted que podría llegar hasta allí lo más rápido posible? –Se permitió apartar la vista de Selina para buscar el rostro de Georgiana, radiante pero, por alguna razón, más segura de lo que jamás la había visto.

Una comisura de su boca se alzó. Sin enseñar los dientes.

–Diez minutos, si camino deprisa. ¿Quiere que le alquile un bote?

–Dígales que lo carguen a la cuenta de Stanhope... –Vaciló. Al diablo. ¿Cómo iba a sacar a Selina de aquel apuro y al mismo tiempo evitar que su nombre apareciera en las hojas de escándalos? Era absurdo lo mucho que no quería fallarle.

–Yo pago. Si me promete entregarme al perro. Lo quiero.

–Le llevaré al perro con un enorme lazo de terciopelo en ese diminuto cuello si consigue que alguien reme hasta aquí en menos de un cuarto de hora.

–Hecho –aceptó ella–. Ah, y excelencia...

Peter ya se había girado hacia Selina, pero volvió a mirar a Georgiana.

–Gracias. Ahora vaya y asegúrese de que lady Selina permanezca oculta entre los juncos.



Selina llevaba un buen rato soltando improperios para sus adentros, más o menos desde que se había tirado al agua, y, gracias a los libros de Belvoir, su vocabulario era muy amplio.

Había puesto a parir a Peter Kent con todo tipo de insultos, incluidos unos cuantos cuya pronunciación no tenía del todo clara.

También había insultado al perro, cuyo pelaje blanco, tan pegado a su pequeño cuerpo, lo hacía parecer otra cosa: solo ojos enormes y cola de roedor.

Había reservado el repertorio más copioso de vulgaridades para sí misma. ¿Por qué había de obstinarse en perseguir a Peter por Hyde Park? ¿Por qué había consentido que la provocase hasta cometer una temeridad que solo le pertenecía a Belvoir? ¿Por qué estaba siempre tan convencida de saber lo que era mejor para los demás?

¿Por qué, por qué y por qué narices se había dejado puestas las medias? Con lo que le gustaban esas medias. Saldría en las hojas de escándalos y se vería obligada a tirar sus medias favoritas a la basura.

Menuda. Tontería. Sin sentido.

Arrastró al perro, encaramado a su improvisada balsa, hasta un pequeño matorral de juncos y se apartó la melena empapada de la cara.

–Espero que me lo agradezcas. Estoy convencida de que sabrías nadar si lo intentaras.

–¡Selina!

La voz de Peter, un murmullo arrastrado y con un acento muy suave, la hizo dar un brinco tan fuerte que por poco cae de espaldas. Tuvo que aferrarse a un puñado de juncos para no desplomarse.

–Agacha la cabeza –prosiguió la voz de Peter–. Quédate entre esos matorrales. Desde el sendero apenas se te distingue. Lo he comprobado.

–¿Qué demonios...? Peter, ¿dónde estás? ¿Qué estás haciendo?

Peter asomó su oscura cabeza entre los juncos.

–Voy a remar un poco –siseó–. Quédate aquí hasta que pueda acercarme con la barca. Diez minutos.

Y volvió a desaparecer.

Selina no sabía si seguir insultándolo o echarse a llorar. Esperaba que Peter no se precipitara a otro escándalo. Al menos, no después de que ella misma se hubiera lanzado de cabeza a la corriente de la humillación pública por él y, de paso, echado a perder sus medias favoritas.

Recogió al perro, que gimió y hundió el hocico en la tela mojada de su corpiño.

–Pobrecito –susurró–. Estás helado.

En respuesta, el animal lamió el encaje húmedo y estropeado y suspiró con pena para después abandonarse contra su cuerpo. Era un pequeño peso empapado sobre su pecho.

–Ya te tengo –le aseguró–. Estás a salvo.

No tenía modo de saber la hora, pero al cabo de unos minutos distinguió una barca de remos que avanzaba hacia ella. Peter iba solo, con la cabeza descubierta y los oscuros rizos bruñidos de rojo bajo el sol. Permaneció agazapada entre los juncos mientras él conducía la embarcación hasta el matorral en cuestión de segundos.

–Vamos –la instó–. ¿Puedes subir? Mantente agachada, si es posible.

Ella se adentró en el agua otra vez y le entregó al perro. El animal dejó escapar un leve gemido de desconsuelo, pero Peter lo calmó con caricias suaves antes de depositarlo en el asiento de madera a su lado.

Selina observó la barca con recelo, preguntándose cómo iba a subir sin volcarla. Se recogió las faldas empapadas, agradecida de haber vestido la muselina más ligera, y subió una pierna a la barca.

Sin mediar palabra, Peter le tendió una mano y ella enlazó el brazo al suyo. De un solo tirón, la subió a la barca; el agua salpicó y formó pequeños charcos en el suelo.

–Me sabe mal decirte esto –murmuró Peter–, pero vas a tener que tumbarte si no quieres que te vean en cuanto empiece a remar.

Selina alzó la vista hacia él, pero el hombre estudiaba con seriedad la barca, sopesando cómo iba a acomodarla.

–Que me lleve el diablo –musitó ella, y se encajó entre los dos bancos de madera, encogiéndose cual bebé y apoyándose la cabeza en el brazo.

Desde allí tenía una vista magnífica de la pantorrilla derecha de Peter, cuyas botas prusianas de cuero ceñían con firmeza. El agua le entró en la oreja cuando el hombre comenzó a remar.

–Espera –protestó, y Peter se detuvo a medio chapoteo, alzando los remos fuera del agua. Selina pudo ver cómo los músculos del hombro se le tensaban bajo la tela ceñida de la levita. Entonces recordó su sueño (los planos y los ángulos de su cuerpo, la piel desnuda pegada a la suya en la húmeda penumbra) y se mordió el labio para recobrar el foco–. Mis guantes. Mis botas. Siguen en la orilla.

–Los ha recogido Georgiana –la tranquilizó Peter–. Y espero que nos recoja también a nosotros y que haya enviado mi carruaje al dique.

Selina apretó los párpados y luego abrió los ojos.

–¿Lady Georgiana Cleeve? ¿Ha sido ella quien ha dispuesto todo esto?

A Peter se le curvó la boca en una versión torcida de su sonrisa de siempre.

–A veces pienso que es más de lo que se ve a simple vista. O de lo que dice ser.

Selina resopló y apartó la mirada de sus hombros y de aquellos rizos exasperantes, fijándola en el agua que se acumulaba en el fondo de la barca, deslizándose de un lado a otro cuando él empezó a remar de nuevo.

Lady Georgiana lo había arreglado todo. La había librado de la atención indeseada de la mitad de la alta sociedad. Y, además, Peter pensaba que era más de lo que se veía a simple vista.

Era un encanto. Y todo estaba saliendo estupendamente bien. Mejor de lo que ella hubiera esperado.

Maravilloso. Joder.

El agua se le metió por la nariz, así que empezó a toser y a resoplar en la serie de ruidos más indecorosos, nada propios de una dama, nada propios de ella, que había oído en su vida.

–¡Cielo santo, Selina! ¿Estás bien? –Peter se inclinó sobre ella, por lo que se obligó a sostener su mirada desde el rincón en que yacía, acurrucada a sus pies.

Como un perro. Ella era, en aquel caso, el cachorro a punto de ahogarse.

–Estupendo –murmuró–. Maravillosamente bien.

–No creo que te haya visto nadie –la tranquilizó él–. Y, en fin... Ahora mismo tampoco estás muy reconocible, de todas formas.

Entonces, a Selina se le ocurrió algo y se irguió, no sin esfuerzo, sobre un codo.

–¿Peter?

–¿Mmmm?

–¿Por qué no cogiste una barca para llegar hasta el perro?

Peter detuvo durante un segundo el ritmo firme que marcaba en los remos, pero después siguió como hasta el momento.

–¿Perdona?

–Si sabías que había barcas cerca..., ¿por qué no fuiste a por el perro en una?

–La verdad es que no se me había ocurrido.

Selina volvió a dejarse caer sobre su brazo, en el charco, donde el agua le calaba el pelo.

–A mí tampoco.

El silencio entre ambos solo lo rompía el chapoteo de los remos. Y luego, de forma muy queda, la risa que empezó a burbujearle a Selina en la garganta y que se le escapó de entre los labios.

No pudo evitarlo. No logró tragársela. Peter era ridículo. Y ella también lo era. Y quizá dirigir un sitio como Belvoir era suficiente para hundirse en el escándalo, pero descubrió, de pronto, que no podía enfadarse. Había nadado en el Serpentine. Había rescatado a un perro. Había impedido que Peter arruinase aún más su reputación y, ¡maldita fuera su insensata alma amante de las aventuras!, se había divertido.

Se enroscó aún más y rio con tanta fuerza que las lágrimas se le escaparon de los ojos. Se las enjugó con las yemas húmedas y arrugadas de los dedos y, al alzar la mirada hacia Peter, la encontró escrutándola absolutamente perplejo.

–Perdona –jadeó–. No estoy llorando. Es solo que... no puedo dejar de...

Entonces, Peter recogió los remos dentro de la barca, se inclinó sobre su regazo y prorrumpió en una carcajada atronadora.

Arrugó las comisuras de sus ojos castaños; Selina aún podía verle la cara a través del velo de sus propias lágrimas. Le atrapó los fríos dedos mojados entre las manos cuando se dobló por la cintura, riendo con tanta fuerza que apenas lograba respirar, y el eco de su risa desatada empezó a mezclarse con las sofocadas risitas de Selina.

Peter seguía sujetándole las manos.

La calentaba. Le calentaba los dedos y más allá. Un ardor que le nacía en el vientre y le ascendía hasta el pecho. Sintió urgencia. Necesidad en los recuerdos de su sueño.

La diversión se convirtió en otra cosa, oscura y dulce. Trató de recobrar el aliento, de liberarse del enredo de los ojos y las manos del duque.

–¿Peter? –musitó en tono ronco.

Él intentó contener la risa antes de responder, pero se le seguían escapando pequeños sonidos ahogados.

–¿Sí?

–¿Has pensado en cómo voy a salir de la barca y entrar en tu carruaje sin que nadie me vea?

Peter le soltó las manos para forcejear con los remos y sacó de alguna parte algo largo, cubierto de seda verde.

Un parasol, comprendió Selina. El parasol de lady Georgiana.

Él le sonrió, y esta vez era de verdad; aquella deslumbrante e imposible sonrisa Kent.

–Vas a colocarte delante de mí y detrás de este objeto decorativo de tamaño considerable. Le he dicho a lady Georgiana que le pida a mi cochero que se detenga lo más cerca posible del dique. Si caminamos con presteza, nadie sospechará nada.

[1]1 *First Folio* es el nombre atribuido por los eruditos modernos a la primera publicación de la colección de treinta y seis obras teatrales de William Shakespeare. (N. de la T.)

CAPÍTULO 10

[...] Recuérdame por qué razón nadie atiende jamás a mis espléndidas indicaciones.

De parte de Selina para su hermano Will, otra vez.

En la cena de los Townshend, Selina tuvo que aguantar ocho platos con Lydia sentada a cuatro sillas de distancia y al otro lado de la mesa. Consomé con ternera. Jamón glaseado. Codorniz. Espárragos a la mantequilla. Guisantes tiernos. Costillas de ternera con zanahorias.

Selina quiso gritar. Estaba lo bastante cerca como para ver cómo Lydia conversaba (con esfuerzo, aunque sin náuseas) con Peter, que estaba sentado a su lado. Lo bastante cerca como para ver la manera en que los elegantes dedos del duque jugaban sobre la copa de vino.

Pero estaba demasiado lejos para oír lo que decían. Y demasiado lejos para poder aferrarse a la mano de Lydia y exigirle que confesara si creía que Peter estaba a punto de proponerle matrimonio.

Por alguna razón que todos desconocían, había dejado de visitar a Georgiana, pero había continuado con el cortejo a Lydia y a Iris Duggleby durante aquella última semana. Y no había hecho nada, ni un solo gesto, que pudiera involucrarlo en un escándalo.

Selina se mordisqueaba el labio inferior sin dejar de trazar con la cucharilla dibujos en miniatura sobre su helado de limón. Una cruz. Una X. Una pequeña uve que se asemejaba a un corazón.

Quedaban cinco días para la cena que Daphne y Nicholas habían logrado concertar con lord y lady Eldon en Rowland House. Selina esperaba que Peter pudiera anunciar su compromiso allí, así que tanto ella como Thomasin habían conspirado para dejar un asiento vacío destinado a su futura esposa. De hecho, en el fondo, había abrazado la esperanza de que Peter ya se hubiera casado mediante licencia especial para cuando llegara la cena.

Pero, hasta el momento, no le había propuesto matrimonio a nadie.

Quedaban tres semanas para que la solicitud de la tutela llegara al Tribunal de Cancillería y, si quería presentar ante los Eldon una imagen impecable de familia, más le valía ponerse en marcha.

Cuando imaginaba a Peter arrodillado frente a Lydia o Iris, sentía un revoltijo de sentimientos acerados en el pecho, pero lo reprimía y se negaba a preguntarse por qué.

No podía permitirse pensar en cuánto lo deseaba, en aquel latigazo de necesidad que notaba en lo más profundo de su vientre cuando lo veía deslizar un dedo por el canto de su plato.

Con los sueños ya tenía de sobra.

Isaac Villeneuve, a su lado, comentó algo acerca del tiempo, y ella le dirigió una mirada muda que lo hizo callar.

Cuando una cohorte de criados retiró el último plato, Selina estuvo a punto de volcar la silla en su prisa por llegar a donde estaba Lydia. Desde varios asientos más allá, la tía Judith alzó una ceja.

Selina se negó a dejarse amedrentar y avanzó como una flecha hacia su amiga.

–¿Y bien? –le preguntó en cuanto estuvo a su lado.

Lydia parpadeó en su dirección, con varias plumas blancas enredadas en sus rizos rojos.

–¿Y bien? –repitió.

–Stanhope, por el amor de Dios. Os he visto conversar durante la cena.

–Ah, sí. Hemos hablado de la campaña de Brougham en...

–¡Lydia! –La voz de Selina fue un susurro a medio grito.

Las plumas del peinado de su amiga se agitaron, sorprendidas.

–Eh... ¿Sí?

–¿Qué hay del matrimonio? ¿Habéis hablado de vuestro...? –Se descubrió vacilando en su elección de palabras y se obligó a escupirlas–. ¿Habéis hablado de vuestra futura vida en común?

Lydia tenía el ceño fruncido en asombro cuando alzó la vista hacia ella. Luego, con toda intención, puso los ojos en blanco.

–Lyddie –siseó–. ¿Qué significa eso?

–Sé que detestas que tus planes se vean truncados, pero no va a suceder.

–De veras creo que...

Lydia la detuvo con una clara mirada azul.

–Selina. Este hombre no tiene intención alguna de casarse conmigo. Estoy absolutamente segura de ello.

Selina notó cómo una extraña sensación se le desplegaba en el pecho. Una torsión y después un estremecimiento, como si el corazón le latiera con demasiada fuerza dentro del cuerpo.

Frustración. No podía ser otra cosa: frustración ante la falta de avances de Peter.

Seguro que no era alivio. Era imposible que lo fuera.

Se frotó inquieta los dedos enguantados.

–Tengo que hablar con Iris.

–¿Crees que está avanzando más deprisa con ella?

–Más le vale, por Dios.



Peter había cumplido con su deber. Había entablado conversación con Lydia Hope-Wallace y había bailado con Iris Duggleby.

Había mantenido la mirada, las manos y todas las partes de su cuerpo lejos de Selina Ravenscroft, a pesar de que de vez en cuando olía aquel inefable perfume especiado y oía el murmullo de su voz desde el otro extremo del salón.

Era como si llevase dentro un estúpido diapasón que vibraba cada vez que ella hablaba. Pero en realidad era su pene.

Necesitaba aire fresco y quizá esa horrible y gélida lluvia inglesa. A falta de esto, necesitaba procurarse una buena copa.

Había recorrido ya la mitad del pasillo que unía el salón de baile con el despacho de los Townshend, donde media docena de caballeros se había reunido para tomar un poco de coñac y fumar, cuando un brazo enguantado en seda apareció desde detrás de una puerta entrecerrada, lo sujetó de la muñeca y tiró de él con fuerza.

Tropezó en lo que parecía ser una biblioteca y fue a dar de bruces con un par de ojos del color del ron.

–Peter –susurró la mujer–. ¡Por fin! Llevo aquí una eternidad.

Cerró la puerta de la biblioteca tras él.

Y luego echó la llave.

–¿Selina? ¿Qué...?

–He hablado con Lydia.

La mirada de la chica brillaba. Su cabello, salpicado de perlas, le caía en pesadas ondas por la espalda. Su vestido era de un tono bronce más oscuro que su piel, pero más claro que sus ojos, y Peter deseaba acariciarla entera con la yema de los dedos: satén, piel y aquella melena tan dorada como el oro antiguo.

Carraspeó y se apartó de ella con cuidado.

–¿No deberíamos... abrir la puerta?

Selina frunció el ceño.

–He hablado con Lydia –repitió–. Le he preguntado si le propondrías matrimonio pronto. ¿Y sabes qué ha hecho?

–De verdad, creo que deberíamos abrir la...

–Ha puesto los ojos en blanco –prosiguió, ignorándolo–. Y luego le he hecho la misma pregunta a Iris Duggleby. ¿Y sabes qué ha hecho?

Peter tuvo la sensación de que podía adivinarlo.

–¡También ha puesto los ojos en blanco!

–Selina –insistió él, y tanteó a su espalda con torpeza en busca de la llave de la puerta. Nada. Solo encontró madera tallada y el picaporte.

Se quitó el guante con los dientes y volvió a estirar la mano hacia la puerta.

Selina dio un paso hacia él.

–Peter, sé que me dijiste que te tomabas esto del matrimonio muy en serio, pero en algún punto entre tus intenciones y lo que en realidad haces, te desvías de tu cometido.

–Lamento decirte esto. –¿No había dejado la llave puesta? Claro, seguro que Selina se la había guardado haciendo uso de algún estúpido juego de manos–. Pero acabas de describir, en gran parte, mi vida.

Selina se mordió el labio inferior.

–Quiero ayudarte.

Peter contuvo un suspiro.

–Escucha, se te da muy bien organizar, eso te lo concedo. Pero no creo que vaya a dar resultado.

–Yo solo creo que necesitas práctica.

–Selina. –Exhaló–. ¿Por qué deseas ayudarme con tanta vehemencia? ¿Por qué es tan importante para ti verme casado?

La mujer adoptó un gesto de tormento, y él lamentó sus palabras en cuanto las hubo pronunciado.

–No... No es que quiera verte casado. Quiero... Quiero ayudarte, Peter. Quiero que tengas tu familia. ¡Creo de verdad que esto te ayudará a conseguir a los niños!

–De acuerdo –dijo Peter–. Muy bien. ¿Cómo sugieres que practique?

–Eres demasiado... –Dudó, buscando la palabra, y el orgullo del duque se estremeció en una horrible anticipación. Los labios de Selina adoptaron de nuevo aquel leve mohín–. Encantador.

El orgullo de Peter se rehízo.

–¿Y ese es... mi error? ¿Con las mujeres?

–En efecto. Estoy segura de que tienes gran éxito con... –Selina apretó los labios–. Con las mujeres. Pero no intentas casarte con todas, Peter. Intentas casarte con una.

–¿Entiendo?

No, no lo entendía.

Selina agitó una mano en el aire.

–Despliegas tu encanto sin discriminación alguna. Dedicas esa sonrisa Kent a toda clase de mujeres, siempre del mismo modo.

¿Esa sonrisa Kent? No lo habían encerrado en una biblioteca, sino en algún país extraño cuyo idioma desconocía.

–Si quieres que Lydia, Iris o Georgiana te vean como un candidato al matrimonio serio –prosiguió–, debes mostrarles que significan algo para ti. Algo especial. Algo único.

Jesús. Peter se pasó una mano por el pelo. Selina siguió el movimiento de su brazo con la mirada.

–Son únicas. Todas lo son.

Ella frunció el ceño.

–Justo. Ese es el problema. No puedes decir esas cosas y esperar que crean que de verdad te interesa casarte con ellas.

–¿Y qué debería decir, pues? –¿Acaso iba a darle un guion para su proposición?

Santo cielo, toda aquella situación se le había ido totalmente de las manos. Al principio parecía sencillo. Encontrar una mujer que le gustase. Casarse con ella. Conseguir a los niños.

¿Era su propensión al autosabotaje lo que había convertido todo aquello en semejante enredo? Si no lo era, ¿por qué una parte de su mente le gritaba que solo había una mujer especial para él? Una mujer a la que podía imaginar en su vida, en su lecho, y que se encontraba allí, instruyéndole con esmero sobre cómo desposar a otra.

–Tengo algunas ideas –continuó Selina–. Escoge a una de esas mujeres, Peter. Dile que la valoras. Dile que la respetas como persona. No solo por su dote, su apellido o su belleza.

–Bien –aceptó–. Entiendo. Lo intentaré.

Empezó a girarse hacia la puerta, pero la voz de Selina lo detuvo una vez más:

–Espera. –Peter miró hacia atrás. Ella se mordió el labio inferior apenas un instante antes de decir–: Te he dicho que tienes que practicar. Hazlo conmigo.

–Selina –intentó replicar, pero ella ya estaba protestando; la mano extendida en señal de súplica.

–Solo practicar –insistió ella–. Dime qué les dirías.

Peter sentía el ritmo firme de su corazón contra las costillas mientras la miraba: aquellos ojos de loba, esa boca que deseaba saborear más que nada en el mundo.

Y tomó lo que tanto ansiaba. Fue egoísta en ese aspecto. Temerario.

Era una pésima idea. Todo aquello era una pésima idea.

Dio un paso hacia ella. Selina se mantuvo imperturbable y, por Dios bendito, le encantaba eso de ella.

–Te respeto –confesó en voz baja. Ella se inclinó hacia él, y Peter dio otro paso–. Te valoro. No he conocido a nadie como tú.

Selina se humedeció los labios y él alzó la mano hasta un lateral de su cuello, largo y esbelto; el pulgar apenas rozando la piel tras la oreja.

Las alarmas resonaban en su cabeza. Aullaban: «Deja de hablar, aléjate. Selina no es para ti, necio».

Ignoró las voces y saboreó la imposible suavidad de su piel.

–Pienso en ti. Todo el tiempo. Incluso cuando no debería hacerlo.

La sangre le rugía en los oídos, le latía por todo el cuerpo, pero se obligó a mostrarse sereno, dejando que su pulgar explorara el pulso desbocado de Selina.

Los labios de ella se entreabrieron con un estremecimiento, pero no dijo nada, así que Peter continuó. No habría podido parar.

–Me alegra haberte conocido –admitió–. Eres tan inteligente. Joder, tan dulce. No dejo de preguntarme a qué hueles. Sueño con tu sabor. Y, santo cielo, Selina, quiero saborear cada rincón de tu cuerpo.

Ella volvió a unir los labios. Los frunció en un mohín, y él comprendió que era el inicio de una pequeña oclusiva, una «P». Estaba a punto de pronunciar su nombre. Estaba a punto de pedirle que dejara de comportarse como un necio.

Pero, en lugar de permitir que se expresara, atrapó aquel mohín con sus propios labios y la besó.

Durante unos segundos, la chica permaneció inmóvil contra su boca. Algo no encajaba. Se trataba de Selina, toda fuego y vitalidad; dudaba mucho que tuviera miedo.

Por eso la acarició con suavidad detrás de la oreja y deslizó el pulgar a lo largo de la línea de su mandíbula, pidiéndole permiso. «Por favor», le rogó en silencio, aturdido.

Y pareció escucharlo. Abrió la boca en un jadeo y de pronto estaba pegada a él; su esbelto cuerpo entregándose cálido y pleno contra el suyo. Peter casi dejó escapar un gemido de alivio al enredar los dedos en su melena.

Selina sabía a... ¡Dios! Su boca sabía a cielo, a azúcar, a un ácido helado de limón. Jamás volvería a probar un limón sin regresar a aquel instante, perdido en ella.

Se estremeció cuando ella le mordió el labio inferior. Le succionó la boca e intentó atraerla con más ahínco. Quería. Podía sentirlo en el tembleque de su aliento, en la presión de sus pechos contra su torso. Selina alzó una mano y la posó en su nuca, por encima de su pañuelo, y el frescor de su guante de seda le supo a paraíso sobre la piel ardorosa.

Peter se apartó de su boca y descendió. Dios, había soñado mucho con aquel momento: ese lugar exacto donde su cuello se unía con su hombro y los sonidos que haría cuando la besara así.

Pero debía haber sabido que sería más de lo que jamás pudiera haber imaginado. Selina se movió contra él y dejó escapar un quejido suave, impaciente, que le hizo querer subirle la falda hasta la cintura.

«Despacio –se recordó–. Ahora, despacio».

–Sabes tan bien –murmuró contra su piel–. Eres tan dulce. Tan hermosa.

Atrapó su lóbulo entre los dientes, y ella volvió a emitir uno de esos sonidos tan graves y ardientes. Creyó que podría quedarse ciego de deseo.

–Peter –susurró Selina–. No pares.

Quería complacerla. Tenía que complacerla. Bajó las manos hasta sus nalgas y tiró de su cuerpo hacia arriba solo un poco, para sentirla contra el pecho y la erección.

Y Dios santo... Bajo todas aquellas capas de seda y faldas, Selina Ravenscroft tenía el culo más dulce, redondo y magnífico que jamás había tocado.

Transformó una palabra malsonante en un gruñido inarticulado y la atrajo hacia su cuerpo, desesperado de pronto por sentirla, por tenerla, por poseerla.

Y fue eso, aquella desesperación tan áspera, lo que lo hizo entrar en razón.

Podía hacerle daño si continuaban con aquel disparate. Y no podía ser descuidado con ella.

Quería más que aquello, más que frenesí y carne. Con Selina, lo quería todo.

La soltó y alzó la cabeza. Ella parpadeó, abrió los ojos y lo miró con el rostro enrojecido y los labios entreabiertos. Le costó hasta el último gramo de autocontrol no volver a inclinarse, no darle la vuelta y empujarla contra la puerta para recorrer su piel con las manos.

–Cásate conmigo –le pidió.

Selina abrió los labios un poco más. Lo estudió con atención. El rubor de sus mejillas se fue apagando poco a poco, de forma casi dolorosa.

–Yo... –musitó–. ¿Estás... practicando? ¿Aún?

Algo dentro de Peter reclamaba hablar. Las palabras siempre habían sido su fuerte. Podía decirle que era extraordinaria. Podía decirle que, cuando entraba en una habitación, toda la luz de las velas se concentraba en su rostro.

Podía decirle que era helado de limón y ron especiado y un amanecer.

Sin embargo, de algún modo, ya lo sabía. Lo sabía por el tono lechoso de sus mejillas y la rigidez de su boca: las palabras bonitas no iban a servirle de nada. Ya conocía la respuesta.

–Lo siento –susurró–. No puedo... Peter, no puedo casarme contigo.

En el fondo, no esperaba otra cosa.

Si Selina quisiera casarse con él, no le habría presentado una lista de mujeres a las que cortejar. Era hermana de un duque; Peter sabía que había rechazado al menos media docena de propuestas de hombres mucho más adecuados para ella que él. Parientes ingleses estables, que no eran ni imprudentes ni egoístas. Que no necesitaban cambiar.

Y, sin embargo, sentía el frío, el amargo frío inglés, y un nudo de decepción en el estómago.

Se apartó de ella.

–Claro –respondió–. Lo entiendo.

–Peter –insistió Selina, y entrelazó las manos–. Lo siento. No es... No es...

Él retrocedió un poco más, hacia la puerta. No era un santo, pero tampoco quería su lástima.

–No pasa nada. Gracias por los consejos. Intentaré... ponerlos en práctica.

Selina lo miró fijamente.

–Ah. De nada. Yo... –Parpadeaba muy rápido, pero se quedó callada, así que él se giró hacia la puerta y tiró del picaporte.

No se abrió. La llave seguía echada. Por el amor de Dios, ¿en qué momento Selina era tan competente y él un completo idiota?

Se volvió de nuevo hacia ella, apretando la mandíbula para no soltar ninguna estupidez, y la vio buscando la llave en un bolsillo oculto de su falda.

–Lo siento. La tengo yo. La llave, quiero decir. La tengo... Aquí está.

Se disculpó una vez más mientras introducía la llave en la cerradura y la giraba. Comenzó a abrir la puerta y luego se detuvo, volviéndola a cerrar.

–Deberías... salir tú primero –propuso–. Por tu reputación. Sal tú primero y yo saldré en unos minutos.

Peter se la quedó mirando.

–¿Por mi reputación? Selina, ¿entiendes que, si nos descubrieran aquí dentro, la que sufriría sería tu reputación? No es justo, pero es un hecho.

Ella rio con cierta inseguridad.

–Me preocupa mucho más tu reputación que la mía.

Dios, Peter notó cómo el corazón se le encogía. No podía pensar en nadie que hubiera conocido que se preocupara por él de la manera en que lo hacía ella.

–No debería preocuparte.

–¡No puedo evitarlo! –La voz se le quebró un poco–. Me importan los niños. Tus hermanos te necesitan, Peter, y yo... no tengo a nadie que me necesite.

Él alzó la mano aún desnuda para acariciarle el rostro, pero se quedó a mitad de camino. «Yo te necesito», quería decirle.

Pero no iba a tirarse por ese precipicio. Bajó la mano.

–Vuelve a ponerte el guante antes de salir –ordenó Selina.

Obedeció. Le dedicó la sombra de una sonrisa y después cerró la puerta entre ellos.

CAPÍTULO 11

[...] Necesitaremos como mínimo cien ejemplares de la nueva traducción de "Catulo". Y supongo que otras dos docenas de "Fanny Hill". Para tener ya sesenta y seis años, prestamos copias de este libro como si fueran rosquillas.

De parte de lady Selina Ravenscroft
para Jean Laventille, editor.

A la tarde siguiente, Selina se sentó ante su escritorio y miró fijamente el papel que tenía delante, sin ver nada. Sabía lo que debía decir. Quería escribirle una carta a Laventille. Él le había hecho llegar noticias de otra consulta sobre la propiedad de Belvoir, aquella vez por parte de un «posible inversor». No obstante, al final no logró redactar la nota.

En lugar de eso, había trazado varias docenas de puntos agrupados en la parte superior de la hoja y luego había escrito en letra rápida y pulcra: «¿En qué narices estabas pensando?».

Peter fingía.

Aquello fue lo que se dijo allí, en la biblioteca de los Townshend, con Peter delante, sus ojos clavados en los de ella. Fingía. Estaba ensayando. Se lo inventaba todo porque ella había perdido la cabeza y le había pedido que fingiera que se moría por sus huesos.

Lo peor era que Selina quería creerle. Quería pensar que hablaba en serio, que todas las palabras que había pronunciado mientras le

recorría el rostro con la mirada eran sinceras. Casi logró permitirse imaginar que era verdad... hasta que le dijo que era «dulce».

Nadie, en toda su vida, la había considerado dulce. Era probable, pues, que estuviera pensando en otra persona.

Pero entonces pronunció su nombre. Y luego la besó.

No era la primera vez que se besaba con alguien. Pero sí era la primera vez que sentía... todo aquello. Las entrañas licuadas; la mente nublada por el deseo.

«Cásate conmigo», le había pedido. Y supo que no estaba fingiendo.

Entre ellos había un aire peligroso. En aquel instante, Selina había podido ponerle nombre al sentimiento que le había oprimido el pecho durante aquellas últimas semanas mientras lo veía bailar y reír con Lydia, Iris y Georgiana.

Deseo. Lo quería solo para ella, con una posesividad que nunca antes había sentido. Lo había mirado y lo había saboreado en sus labios: su «sí» y el beso que vendría después, las manos de Peter enredadas en su pelo, la boca sobre la suya.

Y entonces la realidad había desgarrado la bruma del deseo. ¡Ella solo intentaba ayudarlo, por Dios! Había querido solucionar sus problemas, hacer que su familia pudiera estar unida.

Peter precisaba de una esposa inglesa e impecable, con la reputación intacta, para lograr que el tribunal le entregara a Freddie y Lu. Y ella vivía siempre, en cada instante, al filo mismo de la ruina social. No podía hacerle eso. No podía reclamarlo.

Sin embargo, quería.

Quería las manos de Peter sobre su piel y su cuerpo apretado contra el de ella. Quería la dulzura cálida de sus ojos castaños, la entrega con que la escuchaba. Lo quería a él. Lo quería todo.

Fue aquella parte indómita, impulsiva e incontrolable la que la había llevado a comprar Belvoir y a poner en marcha el catálogo Venus. Se había sentido abrasada por la rabia ante los engaños y la hipocresía de la alta sociedad, ante las distintas normas bajo las que se regían hombres y mujeres, concebidas para mantener a estas últimas en la ignorancia. Los hombres actuaban siempre a su antojo: ya fuera en los negocios, en la política o en la cama. Y Selina había

llegado a su límite. Se había apropiado del privilegio que le correspondía como hermana de un duque muy adinerado. Había estrechado entre sus manos ese privilegio y se había arrojado a la temeridad de intentar cambiar algo, al menos para esas muchachas ingenuas con las que tanto se había sentido identificada en el pasado.

Y, de algún modo, ese mismo fuego indomable volvía a arder siempre que estaba con Peter. Al nadar en el Serpentine, al arrastrarlo a la biblioteca y echar el cerrojo, al ordenarle que fingiera desearla.

La había frustrado y desestabilizado... Aunque de un modo que ponía a prueba la vida que con tanto esmero había construido. La respetaba más que ningún hombre que hubiera conocido, a excepción de su hermano gemelo. Le hacía preguntas y escuchaba con atención sus respuestas, con esos cálidos ojos castaños fijos en ella, como si fuera una criatura de otro mundo.

La hacía reír. La incendiaba.

Apretó los dientes, sofocando el recuerdo. No podía pensar en Peter de esa manera. No podía permitirse sentir todo aquel deseo. Entonces volvió a centrarse en los libros que tenía sobre el escritorio.

Los ejemplares de Belvoir estaban encuadernados en una tela color verde esmeralda; a Selina le gustaba lo reconocibles que eran, y aquella tela era mucho más económica que el cuero de becerro. Sin embargo, aquellas muestras ni siquiera estaban encuadernadas aún, solo cosidas, con los bordes todavía sin cortar. Los libros que seleccionara serían añadidos al catálogo de Belvoir, siguiendo el estilo del resto de la colección.

A veces hacía selecciones rápidas en la oficina de su editor; pero desde aquella tarde tan memorable en que abrió un libro ilustrado delante de Jean Laventille que resultó contener caricaturas que comparaban los pechos de las mujeres con diferentes tipos de fruta, siempre solicitaba que las opciones del catálogo Venus le fueran enviadas directamente a casa.

Ridículo. Sus lectoras sabían muy bien cómo eran sus pechos. Ahora bien, un folleto sobre los órganos sexuales masculinos... Eso sí que lo habría podido considerar.

Algunas frutas parecían aptas. Plátanos, sin duda. Pepinos... *¿Acaso el pepino era una fruta?* Tal vez una berenjena. Fue cortando las páginas con precisión con un cortaplumas y se preguntó si estaba perdiendo la cabeza.

El primer texto eran otras memorias de Covent Garden. Se mordió el labio inferior mientras hojeaba las páginas. Apreciaba el humor directo de las damas de la noche, aunque, en realidad, el catálogo Venus ya contaba con varios libros de ese estilo. Pero le gustaba tenerlos: ofrecían un contraste útil con las novelas románticas que salían de la biblioteca como pan recién hecho. En las memorias no había declaraciones de amor. De hecho, esa en concreto incluía una comparación poco favorecedora de los penes de los clientes más habituales de la trabajadora sexual.

Tal vez fuera una buena elección. Cortó las páginas del segundo libro y luego comprobó el título. *El uso del látigo en...* Parpadeó y volvió a guardar las páginas bajo su escritorio. De ninguna manera. Lo que buscaba era una introducción delicada a los asuntos sexuales para las mujeres más protegidas de la alta sociedad. Nada de látigos. Ni hablar.

¿Dónde había encontrado Laventille aquellos libros? La tercera vez que le envió *Las fiestas de lady Bumtickler*, tuvo que escribirle una nota breve y tajante.

El último lote era una traducción de poesía erótica griega. También tenían su público, así que fue pasando las páginas despacio, deteniéndose en cada palabra. «¿De dónde brota esto? –leyó–. Qué extraños y febriles ardores, qué éxtasis me invade y me deja sin fuerzas ni valores».

Se lamió los labios y apartó las páginas, pero ya era demasiado tarde. Susurró en su mente la siguiente línea del poema: «Y todo mi cuerpo brilla envuelto en llamas y fulgores».

Sí, así se había sentido. Como si su cuerpo resplandeciera, echando chispas y, después, ardiendo en llamas.

Se había incendiado por dentro cuando Peter la había tocado, cuando la había besado. Y había querido más. Cosas como lo que había leído y contemplado en las ilustraciones de los libros: la boca

de Peter sobre sus senos, las manos deslizándose por debajo de su falda.

El deseo aumentaba mientras recordaba la dulce presión de sus labios, sus largos dedos hundiéndosele en la cadera, el ronco sonido de placer que había emitido.

Se dio cuenta de que se estaba apretando el muslo con fuerza. En algún momento había aflojado las piernas, abriéndose ahí, sentada frente a su escritorio. Deslizó la mano hacia la parte superior de sus muslos, atraída por la pulsión que la reclamaba.

Tenía tremendo lío armado en la cabeza. No podía dejar de pensar en el sueño que había tenido, donde Peter le presionaba con fuerza la carne, sus dientes rozándole la piel del cuello.

Su boca. Sus dedos enredándosele en el pelo. Su...

–¿Selina? ¿Cielo? ¿Te encuentras bien?

Era Thomasin. La dulce y amable Thomasin.

Selina recorrió frenéticamente la estancia con la mirada, buscando indicios de sus pecados eróticos. Guardó el libro de poesía en el cajón del escritorio, evitó su reflejo sonrojado y lleno de culpa, y se lanzó sobre la cama.

Enterró el rostro en un cojín decorativo e intentó calmar el ardor de su piel.

–Estoy bien –murmuró contra el brocado–. Adelante. Pasa.

Selina consiguió alzar la vista cuando Thomasin entró con una sonrisa en la cara. La mujer se acercó a la cama y se sentó, extendiendo un pañuelo sobre la colcha para revelar un puñado de fruta seca. Albaricoques. Sabía que a Selina le gustaban desde que era pequeña.

–Solo quería asegurarme de que estabas bien, querida. Has estado muy callada en el desayuno.

Selina cogió una de las frutas del pañuelo y se la llevó a la boca para evitar responder. Masticó con calma, intentando tranquilizarse.

Su hermano Nicholas se había encargado de criarlos a ella y a Will, pero la tía Judith y Thomasin habían estado presentes desde que cumplieron los seis años. Llegaron el día del funeral de sus padres y jamás se fueron. Thomasin conocía a Selina mejor que nadie. Resultaba muy difícil ocultarle algo.

Cuando terminó de masticar, murmuró:

–Me siento un poco extraña, eso es todo. –Santo cielo, qué manera más estúpida de describir que estaba presa de unas fantasías eróticas incontrolables–. Nada grave. Estaré mejor en unos días. Estoy segura.

Los rizos grises de Thomasin se movieron cuando inclinó la cabeza.

–¿Qué ocurre con Stanhope?

Menos mal que se había terminado el albaricoque, porque se habría atragantado.

–N-nada –tartamudeó–. Yo... no lo veo de esa forma.

Oh, Selina, qué mentirosa.

Thomasin reprimió una sonrisa.

–Claro. Solo preguntaba cómo iba su campaña matrimonial. Pero... me alegra saberlo.

Dios mío, tenía un repollo por cerebro.

–Sí –respondió–. Es...

¿Qué debía decir?

«No muy bien, creo, teniendo en cuenta que anoche besó a la debutante más inapropiada de toda Inglaterra».

–Esperaba que hubiera avanzado más –confesó con cierta cautela. Bien, era bastante más neutral. No parecía demasiado comprometedor. O eso esperaba.

–Mi niña. –Thomasin le colocó un mechón rebelde tras la oreja, y Selina quiso acurrucarse en aquel tacto suave con aroma a rosas, como si fuera de verdad una niña pequeña–. No tienes que preocuparte por todos, ¿sabes?

Ella bajó la vista al cojín que tenía en el regazo y recorrió los remolinos del brocado con los dedos.

–Lo sé.

–¿De verdad? –La voz de Thomasin era tierna, pero Selina sintió un ligero pinchazo de dolor.

–Sí, conozco mis límites. –Sabía que era demasiado dominante, que su forma de imponerse asustaba a los demás. Sabía que había muchas cosas en el mundo que escapaban a su control.

–No estoy del todo segura de que sepas cuáles son tus límites, querida. Pero tampoco creo que conozcas tus fortalezas.

Selina se echó hacia atrás, sorprendida. ¿Sus fortalezas? Nunca nadie le habría reprochado no conocer sus virtudes; si acaso, todo lo contrario. Siempre había creído saber lo que era mejor para todo el mundo. Siempre había creído que podía enfrentarse a cualquier cosa, a cualquier persona. Eso la había llevado a practicar esgrima y a jugar a las cartas cuando era niña. La había impulsado a perseguir a Peter por Hyde Park y arrojarse al lago.

La había llevado a empezar el catálogo Venus. La sociedad había abandonado a las mujeres de su generación a su suerte: se esperaba de ellas que fueran juguetes, inocentes y vacías, que dejaran el conocimiento práctico a los hombres que gobernaban sus vidas.

A la mierda. Selina había leído libros. Había aprendido. Y se había propuesto cambiar la manera en que las mujeres de la alta sociedad veían su lugar en el mundo.

–No sé a qué te refieres –le dijo a Thomasin, alzando una comisura de la boca con cierta ironía–. Creo que sé cuáles son mis flaquezas y cuáles son mis virtudes.

La mujer la estudió con esos ojos azules suyos tan claros.

–Ambas sabemos que sabes cómo imponerte en cualquier habitación. Puedes organizar una cena para veinte personas sin inmutarte, y es probable que hayas conseguido propuestas de matrimonio para la mitad de las debutantes de los últimos cuatro años.

Selina asintió, reconociendo la verdad. Era cierto, sí, y, bueno, tal vez decir que le había conseguido matrimonio a la mitad de las debutantes era exagerado. Pero sí que había tenido algo que ver en un tercio.

–Esas son virtudes, sin duda. Pero tu mayor fortaleza es tu corazón.

–Me preocupo por mi familia. –Se mordió el labio inferior, luego lo soltó y apretó los labios.

–Claro que te preocupas, Selina. Por nosotros, sí. Por Lydia también. Pero también por Iris Duggleby e Ivy Price y las gemelas

Halifax. Por Stanhope y por esos niños tan encantadores. Te preocupas tanto que, a veces, me preocupas. No puedes resolver los problemas de todo el mundo, Selina, por mucho que lo intentes. –Su rostro era gentil–. Existe la posibilidad de que Stanhope no consiga la tutela de esos niños. Puede que no se case antes de que su petición llegue a los tribunales, y casi seguro que no estará comprometido para la cena que hemos organizado con los Eldon la semana que viene. Si no sale como lo has planeado, no quiero que te vengas abajo.

–Lo sé –aceptó la muchacha–. Créeme, lo sé.

Si Thomasin supiera lo de Belvoir, entendería que Selina vivía cada día sabiendo que no podía anticipar lo que el futuro le traería. Si lo supiera, entendería que su feroz lucha por querer controlar el resto de su vida estaba ligada a la imposibilidad de prever cuándo y cómo estallaría el escándalo de Belvoir.

No era la primera vez que se planteaba contárselo. Thomasin no se enfadaría. Ella nunca se enfadaba.

Pero podía hacerle daño. Quizá contendría las lágrimas de sorpresa y decepción. Y, si eso ocurriera, Selina no podría soportarlo.

Estaba orgullosa de lo que había conseguido con Belvoir, de la diferencia que había marcado en la vida de las mujeres de su generación. Y no soportaría que su familia descubriera la verdad y no compartiera ese orgullo.

–Dime –dijo Thomasin en voz baja–. ¿Tu proyecto con Stanhope tiene algo que ver con Will?

Selina respiró hondo.

–No. No. ¿Por qué iba a tener que ver con él?

–Sé que estabas desesperada por resolver todos los problemas de tu hermano después de perder a Katherine y al bebé.

–Ya. –Su voz seguía sonando un poco áspera al pensar en la mujer de su hermano y en el bebé que había muerto incluso después de tanto tiempo–. Y todavía quiero hacerlo. Quiero que vuelva a casa y quiero envolverlo en algodón y no dejar que vuelva a sufrir jamás.

–Pero sabes que no puedes.

Tragó saliva pese a la quemazón en la garganta.

–Sé que no puedo. Volverá a casa cuando esté preparado.

Le costaba imaginarlo tan lejos, leer cartas escritas semanas o meses antes, sin saber si estaba sano y salvo.

No sabía si su hermano gemelo volvería a estar completo algún día.

–Me preguntaba si tal vez ves a Will en el hermano pequeño de Stanhope. Si pensabas que, al salvar a esos niños, estarías salvando también al tuyo. Sería perfectamente comprensible.

Selina negó con la cabeza.

–Quiero ayudar a Stanhope y a los niños porque merecen estar juntos. No es por Will. Sé que... –Se le quebró la voz. Tosió, enfadada consigo misma–. Sé que no puedo salvar a Will. Nadie puede devolverle lo que ha perdido.

–Volverá a casa –le aseguró Thomasin–. Con el tiempo. Sonreirá otra vez, Selina. Te lo prometo.

Veía borroso, así que se presionó las palmas de las manos contra los ojos. Cuando las retiró, las tenía húmedas. Estúpidas lágrimas.

–Lo odio –admitió por fin–. Odio no poder arreglar las cosas.

Thomasin se inclinó sobre los albaricoques olvidados y la abrazó.

–Lo sé, querida, lo sé.

–Lo quiero tanto... –susurró Selina, dejándose sostener, aunque solo por unos segundos–. Ojalá eso bastara para que regresara a casa.

–Lo es. Lo será.

Thomasin le deslizó una mano con suavidad por la melena y, por una vez, a Selina le resultó agradable que otra persona tomara las riendas. Dejar que alguien cuidara de ella.

–El amor, la paciencia y el coraje siempre bastan. Y tú tienes para dar y regalar.

–¿Paciencia? –Selina rio y apoyó la cabeza en la suavidad del hombro de Thomasin–. No creo que tenga ni una cucharadita de paciencia, mucho menos para dar y regalar.

–¿No hemos empezado así? ¿Hablando de tus fortalezas? –Thomasin esperó a que Selina se irguiera y la mirara, y entonces le sonrió–. Tienes un verdadero manantial de paciencia, querida. Solo que hasta ahora no habías tenido que recurrir a él.

CAPÍTULO 12

[...] Velouté de coliflor con avellanas. Ocho codornices, acompañadas de berros. ~~Ternera estofada en brandy y mostaza~~. Carlota de manzana y albaricoque.

Del menú de su excelencia Daphne Ravenscroft,
duquesa de Rowland, anotado de forma apresurada
por Selina: «¡Nada de coñac!».

Peter partió en carruaje hacia Rowland House para asistir a la cena con lord y lady Eldon. Habría preferido ir a pie. Joder, habría preferido montar a caballo, galopar por Rotten Row media docena de veces y aparcar en las caballerizas de Rowland. Tal vez así llegaría lo bastante agotado como para que la mente dejara de darle vueltas a la frustración, la culpa y el latente arrepentimiento de tener que enfrentarse a los Eldon.

Y a Selina. Tenía que enfrentarse a ella también.

Dios, lo sabía de sobra. La respuesta era la de siempre: no había estado pensando en nada. Solo había habido un deseo tan desesperado que su cabeza se había quedado en silencio y lo único que había sido capaz de ver era a Salina, con los labios temblorosos cuando él se había apartado del imposible paraíso que suponía su cuerpo.

La deseaba a ella, solo a ella. Y no había pensado en los niños ni en que necesitaba casarse por ellos. Había pensado en el jadeo

ronco de su respiración y en el sonido sedoso de su voz. «Peter. No pares». Había pensado en cuánto le gustaba, en lo cansado que estaba de oírla intentar emparejarlo con otra y en cuánto ansiaba alzarle las faldas y seguir saboreándola.

Y, aun así, seguir sus instintos habría quedado menos ridículo que pedirle matrimonio. Estaba seguro.

No sabía si lo que quería era ir a buscarla para disculparse o encerrarse en su despacho a lamerse las heridas con una de sus últimas botellas de coñac.

Pero en lugar de eso, iba de camino a Rowland House, porque Selina tenía razón al afirmar que los niños lo necesitaban. Vestía lo más ducal que tenía (según Humphrey, su ayuda de cámara, que tenía mucha más experiencia con duques ingleses que él) y había tomado el carruaje, como se suponía que debía hacer. Sería lo más cortés que pudiera. Tan inglés como pudiera. Si hubiera podido despojarse de su acento por una sola noche, lo habría hecho, por mucho que le doliera admitirlo.

Por los niños, haría incluso más que eso.

Lord y lady Eldon ya estaban en la casa cuando Peter llegó. Lo condujeron a un salón que no había visto nunca. Uno con con un pianoforte, muebles de caoba fina tapizados en marfil y varios criados uniformados.

No pudo evitar recorrer la estancia con la mirada. Lady Eldon conversaba de forma animada con lady Judith Ravenscroft y Thomasin Dandrige; lord Eldon, con Rowland. En el sofá, la duquesa de Rowland inclinaba la cabeza sobre la cubierta de un libro y, a su lado, absorta de igual manera, se encontraba Selina.

Intentó no mirarla a la cara, a la boca. Intentó no comprobar si le cambiaba el gesto cuando el mayordomo anunció su nombre. Judith Ravenscroft fue la primera en darle la bienvenida. Apenas inclinó su cabeza plateada y un criado ya estaba a su lado, ofreciéndole algo de beber.

–Buenas noches, excelencia –lo saludó la mujer–. Bienvenido de nuevo a Rowland House.

–Gracias. Lamento no haber podido traer a Freddie y Lu conmigo esta vez. Freddie no ha dejado de hablar de esta casa desde que

nos fuimos. Comentó algo sobre... ¿ventanas palladianas?

El semblante de Judith, habitualmente austero, se dulcificó un poco.

–Quizá tengamos a un arquitecto en potencia. Tráigalos de nuevo otro día.

A Peter le habría gustado hacerlo, pero, tras su desastroso intento de pedirle matrimonio a Selina en la biblioteca de los Townshend, no parecía que fuera a hacerse realidad. Aun así, se limitó a asentir y a dejar que lady Judith lo llevara hasta John Scott, barón de Eldon y lord canciller.

Asimismo, juez y árbitro del futuro de Freddie y Lu.

El canciller se encontraba en un rincón de la estancia, conversando con el duque de Rowland. Nicholas era alto: uno o dos centímetros más que Peter, y probablemente cuatro o cinco más que Eldon. Eldon, por su parte, era un hombre de complexión robusta, de unos sesenta y tantos años, con el rostro curtido enmarcado por unas espesas cejas blancas. En aquel momento fruncía el ceño.

–Se lo digo, Rowland, lo está usted enfocando mal –gruñía justo cuando lady Judith y Peter se acercaron.

–Sus objeciones, lord canciller, tendrán que esperar, aunque queden registradas –contestó Nicholas con soltura, y se dio la vuelta para integrar a Judith y Peter en la conversación.

Eldon dejó escapar un quejido y clavó en ellos una mirada azul y cortante, y lady Judith los presentó.

Aún no se acostumbraba a aquel protocolo. Desde que era duque, eran los demás quienes lo presentaban, y no al revés. Le parecía absurdo fingir que Eldon debía mendigar la benévola aceptación de Peter, cuando ambos sabían que era él quien suplicaba.

Aun así, intentó regalarle una sonrisa relajada, pero Eldon frunció sus pobladas cejas blancas.

–Stanhope, no crea que solo porque no nos hemos visto en sociedad no sé quién es.

Peter sopesó las posibles respuestas. «¿Que quiere decir con eso, lord canciller? ¿Se refiere a que le robé miles de libras en coñac obtenido de forma ilegal? ¿Solo a eso? ¿O también me reconoce de

cada hoja de cotilleos que se imprime en esta ciudad?». Pero se limitó a decir:

–Aun así, para mí es un placer conocerlo en persona al fin.

–Para ser un duque, no se le da muy bien mentir.

A Nicholas se le atragantó un poco el vino. Lady Judith estaba a punto de echarse a reír, pero no se atrevió.

Al cabo de un rato, los criados les indicaron que podían pasar al comedor. Mientras Peter acompañaba a lady Judith a su asiento, ella murmuró:

–Por el amor de Dios, Stanhope, no deje que Eldon le haga sudar. Tiene tanto derecho a estar aquí como él. Demuéstrelo.

No estaba seguro de si aquella era una manera de animarlo o de reprenderlo. Quizá fuera ambas cosas.

Encontró su asiento entre lady Eldon, a su izquierda, y, maldita fuera su suerte, Selina, a su derecha. Lord Eldon estaba justo delante y se despojaba de los guantes cual caballero que se prepara para un duelo de esgrima, no para un banquete refinado.

–Excelencia –lo llamó lady Eldon, y Peter se giró hacia ella.

Era varios centímetros más baja que lord Eldon y su melena, antes oscura, estaba ya salpicada de abundantes canas. Tenía un hoyuelo muy marcado en cada mejilla y sus ojos brillaban como el champán.

–Lady Eldon.

–Me alegra que nos hayan sentado cerca –confesó en voz baja–. Me encantaría escuchar todo lo que tenga que contarme sobre Nueva Orleans. Por favor, insístale a John –dirigió una mirada traviesa hacia su marido– para que me lleve de crucero antes de morir. No deja de decirme que...

–¿Que estoy ocupado intentando que nuestro sistema legal no se venga abajo? –interrumpió él–. ¿Y que todavía te queda mucho tiempo antes de morir, Bess?

La mujer suspiró.

–¿Ve con qué tengo que vivir? Mis hijos ya son mayores. Pienso disfrutar los años que me quedan. Ahora –añadió–, cuénteme todo lo que sepa sobre Nueva Orleans. Y hágalo bien. Así John sentirá la tentación de ir.

A juzgar por el semblante del canciller, Peter llegó a la conclusión de que lady Eldon quizá sobreestimaba su capacidad de persuasión.

Aun así, hizo lo que pudo. Le habló de Nueva Orleans: las casas coloridas y los balcones de hierro forjado, los deslumbrantes carnavales de máscaras y el calor somnoliento del Vieux Carré. Describió el hogar de su madre, la exuberancia cálida del arroyo y las decenas de niños que jugaban allí durante todo el año.

Peter intentó no mirar a Selina mientras hablaba, pero al final no pudo evitarlo. Ella no le devolvió la mirada, pero tenía la cabeza inclinada en su dirección y su rostro, muy expresivo, se suavizaba de deleite.

Él desvió la vista a duras penas.

–Qué bien suena –admitió lady Eldon–. Debió de tener muchos compañeros de juego cuando era niño. ¿Tiene usted hermanos?

Bajo la mesa, Selina le rozó el pie. Quiso mirarla y sonreír. Decirle: «No te preocupes. No desaprovecharé una oportunidad tan clara». Pero se contuvo.

–La familia de mi madre empleaba a muchos locales, así que sí, había muchos niños –le contó–. Y, por supuesto, crecí con mi hermano. Morgan. Murió cuando era pequeño.

A su lado, Selina resolló.

–Lamento mucho oír eso –susurró lady Eldon. Cuando habló, Peter percibió en sus ojos las delicadas arrugas formadas por todas las sonrisas que había dibujado en su rostro a lo largo de los años–. Yo también perdí un hermano en mi juventud. Aún lo echo de menos, incluso cincuenta años después.

Aquello le brindaba un extraño consuelo. Porque, aunque con el tiempo la imagen de las manos cortas y firmes de Morgan y de sus ojos avellana se volviera borrosa, Peter no perdería jamás la certeza de cuánto había querido a su hermano.

–Hace poco descubrí que tengo dos hermanastros –explicó Peter–. Venir a Inglaterra y llegar a conocerlos ha sido toda una experiencia.

A lady Eldon se le iluminó la mirada.

–¿Tenía usted dos hermanastros de los que no sabía nada? Qué sorpresa tan extraordinaria. ¿Tienen más o menos su misma edad?

Peter esperaba que el lord canciller estuviera escuchando. Dio un sorbo cauteloso a su vino y luego empezó a hablar de Freddie y Lu. Le habló del instinto protector de Lu y de la delicada timidez de Freddie. Le mencionó al gatito. Y también le contó lo de la tutela.

En un momento del relato, Nicholas Ravenscroft intentó decirle algo a lord Eldon. Por la manera en que se interrumpió de repente y la mirada ofendida que le lanzó a Selina, Peter intuyó que el pie de la chica había alcanzado también el de su hermano. Al parecer, con bastante más fuerza de la que había usado con él.

Lady Eldon no dejaba de preguntarle cosas sobre Freddie y Lu, tanto que Peter empezó a preguntarse si lady Judith y Thomasin le habían hablado sobre el plan. De ser así, bendijo las intrigas de aquellas tres mujeres tan inteligentes.

Justo había empezado a explicar que quería comprarles un cachorro a los niños y mandar a Freddie a Eton cuando Eldon lo interrumpió. Sus cejas mostraban escepticismo.

–Dígame, Stanhope: ¿cómo piensa criar a estos niños entre todas las responsabilidades de su nuevo cargo? ¿O acaso planea esquivar a todos los lores y deshacerse de sus propiedades, como el resto de jóvenes de su generación?

Peter se alegraba de que su boca no requiriera demasiado esfuerzo mental para responder, porque, para ser sincero, no tenía la menor idea de cómo iba a cuidar a dos pequeños, ya no hablemos de uno.

–Para nada –afirmó–. No creo que sea incompatible ocuparme de mis hermanos y asumir mi lugar entre los lores.

Eldon bufó.

–Supongo que es fácil decir eso cuando nunca ha tenido hijos. Bessie y yo hemos criado a cuatro entre los dos, y no tiene sentido pensar que puede hacerlo usted solo.

Dirigió una mirada cariñosa a lady Eldon, que se desvaneció en cuanto volvió a mirarlo a él.

–Seguramente sepa que yo también crie a mis hermanos –intervino Nicholas con delicadeza–. Tenía diez años menos que Stanhope y sobrevivimos, ¿verdad, Selina?

La aludida sonrió con calidez, no solo a Nicholas, sino también al resto de los presentes, antes de asentir. Abrió la boca para hablar, pero Eldon volvió a resoplar y ella la cerró, haciendo una mueca de incomodidad.

–Creo que todos sabemos que contó usted con mucha ayuda, Rowland –aseguró Eldon, inclinando la cabeza hacia lady Judith y Thomasin–. ¿Qué tiene Stanhope? ¿Un ejército de niñeras? ¿O solo la matrícula pagada para no tener que hacerse cargo de ellos en casa?

Una algarabía de voces estalló ante sus palabras.

Peter intentó explicarse, pero solo balbuceó. No era eso lo que había querido decir al mencionar Eton. Debía entender que...

–John, creo que Stanhope... –empezó Lady Eldon con suavidad.

La voz irritada de Selina apenas rozaba la cortesía:

–Estoy segura de que, si su excelencia solo pensara en deshacerse de los críos, se limitaría a dejarlos donde están.

–Vamos, Eldon. –Lady Judith habló con severidad cuando el tumulto se calmó–. Stanhope cuenta con nuestra ayuda. Los Ravenscroft no abandonan a sus amigos.

Entonces entraron los criados, uno por invitado, y sirvieron pequeños vasos de cristal llenos de sorbete de frambuesa. En cada uno se abría una flor de pasta de azúcar, frágil y pintada con delicadeza en tonos rosas y violetas.

Peter se comió el postre de forma automática, apenas notando la dulzura, sin plantearse qué empresa había importado el azúcar.

La frustración y el resentimiento se le revolvían dentro. Hacia Eldon, sí, pero también hacia sí mismo. Si hubiera seguido el plan de Selina, quizá esa noche tendría una prometida al lado que se enfrentara a las preguntas de Eldon. Y, por una vez, habría sido una muy buena idea. ¿Cómo narices pensaba apañárselas él solo?

Valoraba el respaldo de lady Judith, pues en algún rincón muy profundo de su corazón siempre había querido formar parte de una familia como los Ravenscroft. Pero no acababa de entender lo que quería decir. Los niños eran suyos. Su familia. Su responsabilidad. Y, de algún modo, ya les estaba fallando mientras permanecía sentado allí, incapaz de decirle a Eldon lo que quería escuchar.

Tendría que haber escuchado a Selina. Tendría que haber escogido a una duquesa de aquella lista tan bien seleccionada. Pero no había podido. ¿Cómo iba a hacerlo, si todo lo que deseaba estaba justo allí, a su lado? No quería dejarla ir.

El tema se desvió de la familia a la política, y Peter dejó que las palabras pasaran de largo sin prestarles atención. Cuando retiraron el postre, salieron del comedor. Rowland invitó a Peter y a Eldon a tomar un oporto (no un coñac, lo cual fue un gran alivio para él) en su despacho, mientras las damas regresaban al salón principal. Peter oyó el lejano sonido del pianoforte y no pudo evitar preguntarse quién lo estaría tocando.

Rowland y Eldon hablaron de conocidos comunes en el Parlamento, y Peter asintió a todo con diligencia. Mencionó la fecha de la solicitud de tutela en el calendario del Tribunal de Cancillería y no comentó nada sobre las colonias ni sobre manchas que, según él, afectaban al carácter nacional. Quizá no podía casarse con Selina, que era lo que anhelaba, pero se comportaría con la mejor y más rígida corrección inglesa.

Cuando por fin salieron del despacho tras tomarse el oporto para regresar con las mujeres, Peter se excusó.

Les dijo que necesitaba orinar (no con esas palabras), cuando en realidad necesitaba respirar. Necesitaba un momento para recordar cómo se inhalaba y exhalaba suficientes veces como para poder fingir que el mundo no se acabaría si lo estropeaba todo y no conseguía a los niños.

Pasó de largo el tocador, la biblioteca y el salón hasta llegar a otra puerta, entreabierta, cuyo tirador dorado relucía sutilmente a la luz de las velas del pasillo. No sabía qué habitación era ni qué habría dentro, pero necesitaba descansar un rato. Necesitaba un lugar tranquilo.

Empujó la puerta hasta abrirla por completo y entró. Estaba oscuro: sus ojos tardaron en acostumbrarse al espacio tenue, iluminado solo por las brasas encendidas de la chimenea y la luz de las estrellas que se colaba por la ventana.

Se giró hacia la puerta y se dispuso a cerrarla, pero se detuvo en seco al oír un susurro agudo de mujer:

–¡Espera! ¡No!

Se volvió de golpe; su hombro rozó el lateral de la puerta y la hizo chocar contra el marco.

–¿Selina?

Su rostro era un círculo pálido en la penumbra de la habitación. Se abalanzó sobre él.

–¿Se ha cerrado?

Peter la observó cual idiota y luego miró la puerta cerrada a su espalda.

–¿Sí?

Selina susurró algo parecido a una palabrota, pero no distinguió lo que decía.

–¿Cómo?

Ella suspiró, repitió la palabrota y se cubrió la cara con las manos.

–Peter. La puerta está rota. Estamos encerrados.

CAPÍTULO 13

[...] Aquí podrán aprender a evitar las temibles arenas movedizas del dolor y la humillación, y llegar a la tierra firme del placer y el amor...

Fragmento sacado de *Guía de Covent Garden para damas* de Harris.

–¿Que... qué? –Seguro que había escuchado mal.

–Que estamos encerrados. Por eso te he pedido que esperaras. Esta puerta solo puede abrirse desde fuera. A veces hace falta una palanca para forzar la...

Así que sí, había escuchado bien.

–¿Qué narices estabas haciendo aquí dentro?

–¿Yo? –Lo miró desde su baja estatura, con sus ojos ámbar oscuros apenas iluminados–. ¡Vivo aquí! ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Peter se dirigió con paso decidido a una forma oscura y grande que debía de ser un sofá. Quizá era una *chaise longue*. Pero era un asiento, al menos. Se dejó caer allí mismo.

–Necesitaba alejarme un rato de ese estúpido circo. Y eso es mucho decir, porque los circos me gustan.

Selina se apartó de la puerta y se sentó sobre otra forma baja que había frente a él. Estaban más cerca de la ventana, así que la luz de las estrellas le iluminaba el cabello en color plata.

–Bueno, tienes un minuto. O diez. O quizá treinta, antes de que a alguien se le ocurra venir a buscarnos. –Suspiró–. Supongo que podría golpear la puerta, pero sería un poco exagerado.

–Quizá podría salir por la ventana y trepar la... –empezó a proponer.

Selina levantó la cabeza como un resorte y lo atrapó en una mirada feroz.

–Peter, te juro que si dices que vas a trepar la pared, no volveré a dirigirte la palabra nunca más.

Calló y contempló su semblante. No estaba del todo convencido de que hablara en serio.

–Solo quería decir que podría...

Ella lo fulminó con la mirada otra vez, y fue aterrador.

–No digas que vas a trepar. Esa ventana da a la calle. Y, de veras, si aparece en los periódicos una imagen tuya saliendo por una de las ventanas de la casa del duque de Rowland, le compraré a Lucinda una docena de espadas y la dejaré suelta por las calles de Londres.

Peter sintió un leve temblor en los labios. Dios, le gustaba demasiado.

–Mira –se oyó decir–. Quería disculparme. Debería... Bueno, sí, quiero pedirte perdón.

Selina se tensó.

–Preferiría que no lo hicieras.

Santo cielo. Era un idiota si no se disculpaba y también si se disculpaba, porque ahora ella le había pedido que no lo hiciera.

–De acuerdo. No me disculparé. Pero necesito decirte que no puedo seguir tu consejo. Sé que no te equivocas. Esta noche lo he visto más claro que nunca. Pero no puedo hacerlo, Selina. Y sé que no quieres que lo diga, pero lo siento.

–¿Sientes no poder seguir mi consejo? –preguntó frunciendo las cejas. Peter se encogió de hombros, pero no respondió–. ¿Te refieres a casarte? ¿Sientes no poder pedirle matrimonio a otra persona?

Su voz había adoptado otro tono. Antes era cautelosa, tensa, como la postura de sus hombros. De repente vibraba con... algo.

Peter alzó la vista y se encontró de lleno con sus ojos embriagadores.

–Así es –afirmó.

–¿Por qué?

–Porque me lo dijiste. –De su boca no paraban de salir palabras, palabras y más palabras, pero sus sentidos estaban fijos en el único punto brillante de la habitación: Selina–. Me dijiste que era una buena idea, y tenías razón. A Eldon le habría encantado. Yo ya estaría a medio camino de la tutela. Eres inteligente y tenías razón, y lamento no poder seguir el plan.

–No te preguntaba por qué quieres pedirme perdón –le corrigió cuando terminó de hablar–. Te preguntaba por qué no puedes casarte con otra.

Dios. Peter se puso de pie y dio un paso hacia ella. Y otro. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba grave y profunda, casi ronca:

–Ya sabes por qué.

Selina entreabrió los labios. Eran como el interior de un higo: suaves, maduros y muy dulces. Peter quería volver a probarlos. No podía seguir respirando si no lo hacía.

La agarró por los hombros con cierta brusquedad, tirando de ella para ponerla de pie. Selina se quedó quieta, alta, esbelta y preciosa. Su piel ya no era de marfil, pero brillaba de manera irreal bajo la luz plateada.

Bajó la vista hacia sus manos, los dedos entrelazados en un gesto que él ya había visto antes. Luego, con rapidez, como si no pudiera permitirse pensar demasiado, se los desenredó y le quitó los guantes de satén blanco.

Peter contempló cómo la tela resbalaba sobre su piel y sintió la boca seca.

Cuando los dedos de Selina quedaron al descubierto, los levantó y la obligó a posar las manos sobre sus hombros. Luego, con cautela, hizo que Selina deslizara una mano sobre la ajustada lana de su abrigo y acabara en la línea de su mandíbula.

–Otra vez –rogó–. Con una no fue suficiente.

Todo a su alrededor pareció congelarse.

Otra vez. Sí. Otra vez.

Soltó un gemido ahogado y la atrajo con fuerza hacia su cuerpo, inclinando la cabeza hacia ella para reclamar su boca.

Sabía a sirope de frambuesa. Por suerte, se había guardado los guantes en la chaqueta, porque necesitaba sentir la piel desnuda de la chica tanto como necesitaba los pulmones para respirar. Más.

Le recorrió los brazos desnudos con los dedos, le tocó la espalda, la línea de la clavícula. Cedió a la tentación de deslizar la lengua por la comisura de sus labios y, cuando la boca de ella se abrió bajo la suya, no pudo controlar la presión que ejercía en su nuca con la mano.

Cuando Selina le atrapó el labio inferior entre los dientes, gimió de nuevo.

Dios santo, estaba siendo ella misma, y le encantaba. Intrépida, audaz y eléctrica, llena de vida. Peter le recorrió la espalda con una mano, siguiendo la línea de su columna, y llevó la boca a su cuello para lamérselo y saborear su delicada piel.

Selina echó la cabeza hacia atrás sin mediar palabra, arqueando el cuerpo hacia él.

Sus senos se encontraron con el pecho de Peter, y él cerró la mano alrededor de su generoso trasero. Fue entonces cuando el miembro se le tensó contra su vientre. Joder. Había pasado los últimos cinco días intentando olvidarla. Se había dicho a sí mismo que un culo tan perfecto no podía existir, que se lo había imaginado.

Pero no se lo había imaginado. Y, por supuesto, no la había olvidado.

Dos manos. Necesitaba las dos manos para apreciarlo en su totalidad. Así que sacó la otra mano de su melena y la llevó a la curva de sus glúteos, levantándola y acercándosela aún más mientras lo hacía.

Movió las caderas ante el contacto y ella gimió, quedándose sin aliento, moviendo la pelvis contra la suya. Selina entrelazó los dedos en su nuca.

Dios.

No era suficiente. Seguía sin ser suficiente. Alzó la vista, buscando una pared contra la que poder empujarla, pero se vio obligado a desviar la vista hacia sus pechos, que se tensaban bajo la tela

ajustada del corpiño, y se dio por vencido, volviendo a inclinar la cabeza hacia la frontera donde el satén se encontraba con la piel.

Lamió. Selina jadeó, arrastrando las caderas contra las de él, y él volvió a hacerlo.

De algún modo, a pesar de la falda, había enredado una pierna alrededor de su cuerpo. ¿Lo había hecho él? ¿Lo había hecho ella? A Peter no le importaba. Metió una mano bajo su pierna, aupándola más y maldiciendo sus faldas, maldiciendo cualquier cosa que separara su piel de la de ella, su miembro dolorido por el calor. Quería sentirla. Quería saborearla.

Se oyó un fuerte chirrido de madera contra madera. Su mente registró el sonido, pero no pudo procesarlo: su mundo era la chica, calor y luz de estrellas.

Selina se tensó en sus brazos y trató de apartarse de un salto, pero él, como un idiota, la apretó aún más. Ella tropezó hacia atrás y las piernas se le enredaron en la falda. Peter seguía aturdido. Intentaba averiguar dónde estaban y qué narices estaba pasando. Por eso, cuando Selina cayó, él cayó con ella.

En mitad de la caída, Peter giró, atrayéndola sobre su cuerpo y soportando el peso de ambos con la cadera y el codo.

Por esta razón, cuando lady Eldon entró en la habitación, con el labio inferior atrapado entre los dientes y la mirada algo confundida, Peter estaba en el suelo con Selina encima; las nalgas de ella aún bien agarradas entre sus manos.

Se quedaron inmóviles. Selina seguía aferrada a las solapas de su chaqueta y su mirada osciló entre el rostro de él y el de lady Eldon. La chica estaba presa del pánico, así que Peter luchó contra el loco impulso de estrecharla contra su pecho.

Lady Eldon seguía quieta como una piedra, tan atónita como ellos, cuando una voz irrumpió en la estancia:

–¿Bessie? ¿Te has perdido? La biblioteca de Rowland no está por ahí.

Eldon. Aquella voz firme y enérgica pertenecía, sin duda alguna, a Eldon.

La mujer dio media vuelta e intentó tapar el marco de la muerta con su menuda figura.

–¡Oh! No, querido. No ha sido nada... Nada de nada...

Y entonces Eldon entró en la habitación, seguido de lady Judith y Nicholas Ravenscroft, mientras Selina trataba de apartarse con cierta desesperación del regazo de Peter. Sin embargo, tenía la melena revuelta y había perdido un zapato. Por si fuera poco, estaba seguro de haber oído cómo algo se rasgaba cuando cayeron al suelo.

Tuvo que asimilar todo aquello en el corto periodo de tiempo que le llevó levantarse y ayudar a Selina a hacer lo mismo.

El torvo gesto de Eldon. La inescrutable calma de lady Judith. La alarmante furia de Nicholas, que era el hermano de Selina. ¡Mierda! ¡¿Qué acababan de hacer?!

Pero, cuando se giró para mirar a Selina, estaba tranquila; el rostro impasible. No había ni rastro de pánico en su voz cuando dijo:

–Lady Eldon. –Apoyó la mano en el antebrazo de Peter–. Deje que sea yo la primera en presentaros a mi futuro marido, el duque de Stanhope.

CAPÍTULO 14

[...] Si las mujeres no son, al fin y al cabo, una bandada de criaturas efímeras y superficiales, ¿por qué deberíamos mantenerlas en la ignorancia bajo el falso pretexto de la inocencia?

De la copia personal de *Vindicación de los derechos de la mujer* de Selina, anotada de su puño y letra: «¡Exacto, por qué!».

Selina pensaba que tal vez había perdido la razón.

Ahí estaba lady Eldon, con los ojos brillantes, felicitándolos por el compromiso. El compromiso. Su compromiso.

Ahí estaba Nicholas, furioso pero siempre demasiado educado, estrechando la mano de Peter con lo que parecía un apretón de hierro mientras murmuraba:

–Esta noche hablaremos de esto, Selina.

Ahí estaban la tía Judith, Thomasin, Daphne y lord Eldon diciendo toda clase de cosas que ella no alcanzaba a entender del todo.

Y Peter. De lo único de lo que estaba segura era de la presencia cálida y firme de Peter a su lado, que tenía una mano inmóvil en la curva de su espalda.

La velada terminó bastante rápido. Lord y lady Eldon se despidieron, ella fardando de hoyuelos con una enorme sonrisa

mientras se colgaba del brazo de su marido cuando se fueron a su carruaje.

Entonces quedaron solo Peter y el pequeño grupo de su familia, cuyas expresiones iban desde el asombro encantado (Thomasin, como era natural) hasta la fría censura (la tía Judith) y la furia apenas contenida. Esta última pertenecía a Nicholas.

–Stanhope –dijo con frialdad–. ¿Podemos hablar a solas en mi despacho?

Aquellas palabras rompieron el aturdimiento de Selina, que interrumpió la conversación.

–No va a ser posible. ¿De veras crees que permitiré que dos hombres discutan sobre mi futuro como si yo no pudiera opinar?

–Selina. –Nicholas la atrapó en su mirada acerada de color avellana y se tiró de la corbata con frustración–. No sé cuánto poder de decisión tienes a estas alturas.

Ella se echó hacia atrás el pelo.

–Tengo tanto derecho a decidir como vosotros dos, y no, ¡maldita sea...!

–Selina –le reprochó la tía Judith.

–¡Mierda! ¡Mi opinión sobre mi futuro debería contar más que la de mi hermano!

–¡Selina!

–Basta –protestó Daphne, y el tono firme de su voz fue suficiente para silenciarlos a todos–. Suficiente. ¿Habéis llegado a un acuerdo entre vosotros dos?

A Selina le latía el corazón con fuerza cuando se giró hacia Peter.

Había visto el terror en su cara cuando lady Eldon se había quedado inmóvil en el marco de la puerta al descubrirlos pegados en la penumbra de la sala de música.

Había sentido mucho miedo. Probablemente había pensado que aquel sería el fin de todo. Que no podría tener a los niños. ¡Había comprometido la reputación de la hermana del duque de Rowland en su propia casa! Sería un escándalo enorme, el gran desastre final.

Y Selina no podía permitir que eso sucediera.

Así que dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

¿Cuál era la solución a un escándalo de ese tipo?

«El matrimonio», le había asegurado Lydia. El matrimonio era la solución a cualquier escándalo.

Pero en aquel momento, allí, en el salón, con su familia reunida a su alrededor, no sabía si había hecho lo correcto. Alzó la vista para buscar los ojos de Peter.

La miraba como siempre. Con calidez, con seguridad, tan concentrado en ella que el resto del mundo podría desaparecer y no lo notaría.

–¿Sigues queriendo casarte conmigo? –susurró.

–Sí –respondió él–. A pesar de todo. No hay nada que no haría para mantenerte a salvo.

Era como un sueño y una pesadilla hechos realidad. Selina lo deseaba. Lo deseaba y tenía miedo de hacerle daño. Pero debía seguir adelante con el compromiso, porque Eldon los había visto juntos y Eldon controlaba la tutela de los niños.

Y quería seguir adelante. Pero, a la vez, no quería arruinarle la vida.

–Sí –contestó aturdida sin dejar de mirar a Peter. Luego, con más seguridad, se giró hacia Daphne–: Sí. Hemos llegado a un acuerdo. Estamos prometidos. Podemos casarnos ya mediante una licencia especial. –Se volvió hacia Peter–: Bueno, si te parece bien.

–Claro –dijo él, presionándole la espalda; sus dedos tan seguros y protectores que quiso echarse a llorar–. Cuanto antes, mejor.

–Aun así, me gustaría hablar con usted, Stanhope –insistió su hermano–. En serio. Tengo muchas cosas que decirle.

–Por supuesto –cedió Peter, pero no hizo ningún ademán de separarse de Selina.

–¡A solas! –rugió Nicholas.

Todo el mundo empezó a moverse. Thomasin se llevó a Selina y Peter empezó a seguir a Nicholas hacia su despacho. Antes de que nadie pudiera detenerla, Selina se zafó del agarre de Thomasin y cogió a Peter por el brazo. Tiró de su cabeza hacia abajo y le susurró al oído, lo suficientemente bajo como para asegurarse de que nadie más la oía:

–Tengo que hablar contigo. Iré a tu casa. Esta noche.



Al menos le servía de algo haber pasado dos años dirigiendo Belvoir en secreto: Selina sabía a la perfección cómo salir a hurtadillas de Rowland House y llegar hasta casa de los Stanhope sin que nadie la descubriera.

Su doncella, Emmie, alzó una ceja cuando fue a ayudarla para prepararse a meterse en la cama y, en lugar de eso, la encontró vestida para una velada de espías. Aún llevaba el pesado vestido de sarga gris carbón que la cubría de barbilla a pies y, aunque abrigaba mucho, se había enfundado también un manto oscuro y algo raído que escondía en el fondo del armario.

–Te daré una semana adicional de sueldo –le aseguró a Emmie, procurando sonar animada–. Y un pastel para que lo compartas con Olive. Te lo conseguiré en cuanto pueda acercarme a Comfrey's mañana.

Emmie se dejó caer en una butaca de brocado que combinaba con la colcha de Selina y se quitó los zapatos, tan rígidos como una piedra.

–Esta se la debo –dijo.

Selina parpadeó. Emmie era una doncella muy muy eficiente: práctica y sensata, siempre estaba encantada de recibir un poco de dinero extra a cambio de fingir que no se daba cuenta de sus ausencias nocturnas.

–¿A qué te refieres?

La joven sonrió con malicia.

–No crea que no nos hemos enterado de la noticia, señorita. Me imaginaba que usted y el duque querrían la velada para... –Tosió–. Terminar su conversación. –Sus ojos azules emanaban inocencia–. Tómense el tiempo que necesiten.

Selina suspiró, pero no la sacó de su error. La charla que iba a tener con Stanhope iba a ser mucho menos... íntima de lo que su doncella imaginaba.

Sería mucho menos carnal. De hecho, no habría carne de por medio. Consistiría, sobre todo, en intentar ponerle algo de orden al

caos que había en su vida.

–Pero –dijo Emmie con una sonrisa, mientras Selina se dirigía a la puerta– aceptaré lo del pastel. Ya sabe cuánto le gustan los de Comfrey's a mi hermana pequeña.

Selina resopló. Tenía sus sospechas sobre cuánto pastel era capaz de devorar la pequeña Olive, de tan solo cuatro años.

Bajó por la escalera trasera hasta los establos, dejó unas monedas a su mozo de cuadra favorito para que le prestara un vehículo y en pocos segundos estaba en el carruaje de camino a casa de Peter. Estaba a menos de un kilómetro, así que no tenía mucho tiempo para darle vueltas a la cabeza.

La casa de los Stanhope era un edificio de aspecto peculiar: alto y estrecho, con una fachada encalada que brillaba incluso en la oscuridad casi plena de aquella noche nublada. Hizo que el carruaje la dejara al final de la calle y se dirigió con presteza hacia la puerta trasera, la del servicio.

Llamó y la puerta se abrió. Tras ella, asomó la cabeza un mayordomo alto y muy delgado.

–¿Sí?

Ella se echó hacia atrás la capucha.

–Soy lady Selina Ravenscroft.

El joven, que no tendría más de veinte años, a pesar de estar perdiendo el pelo a la velocidad de la luz, la miró con una especie de horror divertido.

–¿Sí?

–Eh –susurró Selina–. Sí. –No era la bienvenida que esperaba–. Creo que su excelencia me está esperando.

El hombre elevó tanto las cejas que por poco le tocaron el nacimiento del cabello.

–No me lo creo.

¡Por el amor de Dios! ¿Acaso Peter no le había avisado de que iría a verlo? ¿Acaso esperaba que usara la puerta principal, donde cualquiera podría verla?

Aunque, pensó con un matiz de histeria, tampoco podía arruinar más su reputación. Quizá él sí.

–No importa –murmuró–. Le aseguro que me está esperando. ¿Puede llevarme a donde sea que pase las noches?

–¿A su... dormitorio?

La mirada atónita del muchacho le resultó ligeramente gratificante. Al menos no parecía que su futuro esposo estuviera acostumbrado a recibir visitas nocturnas en su cuarto.

Su futuro esposo.

Dios santo.

–¿Cómo se llama? –preguntó.

–Humphrey, seño... ¿rita?

–Humphrey –repitió–. Muy bien. Por muy inapropiado que esto parezca, viviré aquí muy pronto. Tengo una doncella encantadora llamada Emmie que probablemente tenga provisiones de pastelería francesa para toda la vida. Si me ayuda a localizar a su excelencia, me aseguraré de que comparta sus provisiones con usted.

Selina Ravenscroft, hada de la repostería, obró el milagro. Humphrey abrió del todo la puerta y la condujo a través de una serie de estancias estrechas y tan oscuras que, por un momento, se desconcertó.

¿Dónde estaba el resto del servicio? ¿Se habían acostado ya todos?

Pero apartó ese pensamiento enseguida, porque Humphrey la guio por dos tramos de escaleras y entonces (ella hizo una mueca) empezó a gritar:

–¡Excelencia! ¡Tiene una visita! ¡¿Excelencia?!

Peter apareció en el pasillo.

Llevaba la misma ropa que durante la cena, pero la corbata estaba deshecha y le colgaba libre del cuello. Tenía los rizos oscuros revueltos, como si se hubiera pasado las manos por el pelo una y otra vez.

Parecía desorientado y tal vez un poco vulnerable. La forma en que la corbata le enmarcaba la garganta desnuda hacía que Selina quisiera posar allí la boca para lamérsela.

Santo cielo, iba a ir de cabeza al infierno, ¿verdad? Estaba allí para explicarle por qué casarse con ella iba a arruinarle la vida, para pedirle que debía considerarlo.

No estaba allí para lamerle nada.

–Selina.

Se acercó lo suficiente para tomarle las manos entre las suyas. Ella sintió una sacudida de calor en el cuerpo al rozar los dedos desnudos con los de él.

–Pero... ¿Cómo has subido? –Se detuvo y se volvió hacia su criado–. Gracias, Humphrey. Puedes retirarte hasta mañana.

El mayordomo pareció bastante aliviado. Salió corriendo por el pasillo mientras Peter hacía entrar a Selina en una estancia iluminada por el fuego. Estaba sumida en la penumbra, por lo que sus ojos ya se habían adaptado lo suficiente como para distinguir una habitación amueblada de forma escasa. Un escritorio, unos cuantos montones de libros sobre él y varios más apilados en el suelo. Dos sillas colocadas justo frente a la chimenea.

–Peter –empezó a decir ella, pero enseguida se vio desprovista de valor–. Quizá deberíamos... sentarnos. Sí, sentarnos.

–Sí. De acuerdo –respondió él.

Su trasero apenas había tocado la silla cuando Peter volvió a hablar.

–Lo siento –espetó–. Dios, Selina, estoy tan... tan arrepentido. Sé que no querías esto. No pude... –titubeó un instante y luego siguió–. No podía pensar en otra cosa salvo en dejarme llevar. –La tomó otra vez de las manos–. Dime qué puedo hacer para arreglarlo.

Fue tan inesperado que Selina se le quedó mirando fijamente.

–¿Me estás... pidiendo perdón?

–Sí, lo siento –insistió él–. No quería que pasara nada de esto. Lo juro. Sé que no querías casarte conmigo.

–Peter.

Sus manos eran cálidas y firmes. Tenía los dedos largos, la piel endurecida, pero no áspera. Selina se quedó contemplando aquellas manos unos segundos más, y luego se obligó a alzar la vista para buscar su mirada.

Él, con la mirada oscurecida en la estancia iluminada por el fuego, escrutaba su rostro.

«Sé valiente –se dijo Selina–. Eres la mujer que dirige la biblioteca de suscripción más famosa de Inglaterra. Actúa como tal».

Empezó de nuevo:

–Peter, no es que no quiera casarme contigo. Te rechacé porque... porque...

No podía decirlo. Tenía miedo.

–No es que no te desee –susurró–. Te deseo.

Los ojos de Peter se incendiaron de calor y esperanza, así que Selina se apresuró a continuar:

–Pero hay algo que debes saber antes. Algo sobre mí que es probable que haga que reconsideres tu decisión. No tienes por qué sentirte obligado a casarte conmigo después de escuchar esto. No lo sabías.

–Selina, por el amor de Dios, no me siento obligado...

Ella reunió todo el valor que pudo y lo interrumpió:

–Voy a contarte algo que muy poca gente sabe. –Peter se quedó en silencio, pero no le soltó las manos–. ¿Conoces Belvoir, la biblioteca de suscripción?

Peter asintió, algo desubicado.

–Mi hermano Will es el dueño. Y yo... –Dios, le costaba tanto tanto pronunciar aquellas palabras–. Yo la dirijo. Hace dos años y medio, antes de que Katherine falleciera, le pedí a Will que me la comprara, y lo hizo. Me reúno en secreto con mi editor, Jean Laventille, cada mes. Tengo dos hombres de negocios que se ocupan de las tareas diarias. Yo superviso el mantenimiento de la biblioteca, el precio de la suscripción, las listas de los miembros, los pedidos, las encuadernaciones y, por supuesto, la selección del catálogo. Will ha ganado mucho dinero gracias a mí. La mayor parte la guardamos en una cuenta bancaria que ninguno de los dos toca. Soy una aristócrata, soy mujer, soy la hermana de un duque y, aun así, me dedico al comercio.

Peter, que Dios lo ayudara, parecía encantado.

–Dios mío –susurró–. Sabía que eras terriblemente ingeniosa, pero no tenía ni idea... Ni idea... Selina, veo los libros de Belvoir por todas partes. Esas cubiertas verdes... Santo cielo, ¿fuiste tú quien las creó? –Le sonrió–. No creo que pueda estar más impresionado.

A pesar de sí misma, su tonto corazón dio un brinco con un placer atónito. Saltó... y luego se precipitó al vacío en lugar de aterrizar,

porque Peter solo había escuchado la mitad del cuento.

–Hay más –murmuró Selina–. Mucho más. Y va a peor.

–De acuerdo –respondió él, sin dejar de sonreír–. Cuéntame.

–Puede que no te hayas dado cuenta, pero seguro que has visto los libros de Belvoir más a menudo en manos de mujeres que en las de los hombres. Es por el catálogo Venus, al que solo tienen acceso ellas. Le pedí a Will que comprara Belvoir para un propósito muy específico.

Selina hizo una pausa, lo bastante larga para que Peter la apremiara:

–¿Y cuál es ese propósito...?

–Las relaciones sexuales.

Bueno, aquello sí que le pilló por sorpresa, así que ella continuó hablando:

–Hace algunos años, me enteré de que mi padre tuvo una amante durante mucho tiempo. Yo no tenía ni idea de lo que significaba eso. El año que debuté en sociedad, descubrí que Vernon Whaley, marqués de Queensbury, a quien yo consideraba un partido excelente, era conocido por tener relaciones sexuales con sus criadas y luego echarlas a la calle. No lo entendía. No podía. Hasta aquel momento, había estado demasiado protegida de las realidades de la vida de la alta sociedad. Y no era la única.

Le temblaba la voz.

–A finales de año, vino a verme a Rowland House mi querida amiga Ivy. Estaba aterrada, no dejaba de llorar de forma desconsolada. Se había quedado embarazada, ¿entiendes? Y no comprendía cómo había sucedido. Así de poco se sabe sobre el acto sexual, Peter. No comprendía qué mecanismo físico la había dejado encinta. No sabía cómo evitarlo. Y no tuvo la menor idea de qué hacer cuando el estúpido hombre que le había metido dentro una semilla se negó a hacerse cargo del bebé.

Sabía que la expresión de su rostro debía de resultar algo intimidante: una sonrisa asalvajada, una sonrisa de rabia y furia.

–Sus padres la echaron de casa, pero mi Ivy es fuerte. Le buscamos una casita cerca de nuestra finca en Gloucestershire, y vive allí con su hijo. Y ahora Belvoir paga todos los gastos. Pero

aquel año juré que, costara lo que costara, no permitiría que otra mujer ingenua sufriera lo mismo. No si estaba en mi mano impedirlo.

»Así que hice que Will comprara Belvoir y preparé una selección de libros que solo pueden adquirir las mujeres. Memorias de cortesanas. Poesía erótica. Novelas góticas. Cada mes leo una docena de esos libros y escojo los más útiles para el catálogo Venus.

Intentó relajar los dedos que tenía entrelazados con los de él, porque los nudillos se le habían puesto casi blancos.

–Es muy popular. La mayoría de las damas de la alta sociedad son socias. Y nadie sabe que Belvoir es mía.

Hubo un largo silencio en el que Selina se quedó mirando sus manos entrelazadas, intentando encontrar la manera de hacerle comprender todo lo que se le había pasado por la cabeza aquel último año. La furia que la impulsaba y la férrea determinación de arreglar lo que estaba mal, pasara lo que pasara.

–Selina –empezó a decir Peter con delicadeza.

Ella alzó la vista. La expresión de deleite había desaparecido del rostro del hombre, sustituida por una más tierna.

«Una de orgullo», pensó Selina.

–Es extraordinario –admitió Peter–. Tú eres extraordinaria. Eres una luz radiante en este país sumido en las tinieblas.

–Oh –susurró ella. Y luego–: Oh, no.

Hablaba en serio. Selina lo sabía. Estaba orgulloso de lo que había logrado, pero no entendía las posibles consecuencias. Tal vez, al haber crecido fuera del cerrado mundo que habitaban en aquel momento, no podía ni imaginárselas.

–Peter, debes entenderlo. Tarde o temprano, alguien lo descubrirá. No es difícil averiguar que Belvoir pertenece a Will, y él lleva más de dos años fuera del país. A medida que nuestra distribución crece, también lo hace la curiosidad por la biblioteca. Con solo echar un vistazo al catálogo, lo que he hecho aparecerá en los periódicos.

–Pero, Selina, lo que has hecho es extraordinario.

Dios, quería zarandearlo.

–Peter, no sabes lo mucho que significa para mí escucharte decir eso. Pero debes pensar en tu situación. Necesitas una esposa que te aleje de los escándalos, no que te acerque a ellos. Si se descubriera lo mío antes de la vista, jamás conseguirías la tutela de los niños. Y si se descubriera después, tu carrera política estaría acabada. Tu reputación quedaría hecha añicos. Y, Peter... Yo podría ir a la cárcel por esto. John Cleland acabó así después de escribir *Fanny Hill*. –Hizo una mueca de dolor–. ¿Sabes cuántas copias tenemos de ese libro?

–Serás duquesa, Selina. No creo que puedan meter a una duquesa en la cárcel. Y, si lo hicieran, derribaría ese lugar ladrillo a ladrillo, si fuera necesario, para sacarte.

Había fuego en los ojos de la chica.

–¿Y los niños? Si los crío... y luego mi reputación se va al garete... Lu jamás podría presentarse en sociedad...

Peter rio.

–Has conocido a Lu. ¿Crees que quiere que la presentemos en sociedad?

–No estás siendo lógico –lo detuvo, mientras una lágrima rebelde se le escapaba y le corría por la mejilla. Otra más–. No quiero arruinarte la vida, Peter.

–Selina –insistió él, y le tiró de las manos tan fuerte que ella casi se deslizó de la silla hacia su regazo–. Cariño, mi reputación ya está hecha trizas. Si te descubrieran...

–Cuando me descubran... –lo corrigió, apoyando la cabeza contra su chaqueta.

–Bien. Cuando te descubran, seremos una pareja salpicada por el escándalo. El duque y la duquesa más manchados por el escándalo de toda Inglaterra. Nos burlaremos de la alta sociedad y, aun así, nos invitarán a todas partes. Y si vemos que no lo soportamos, volveremos a Luisiana.

–Pero tus... aspiraciones políticas...

–Puedo alcanzar mis metas también en Estados Unidos. Quizá incluso sea mejor en algunos aspectos. Pensándolo bien, amor mío, ¿y si nos mudamos a Nueva Orleans? Por lo que he visto, allí hay una notable falta de libros eróticos para mujeres.

Peter estaba siendo tan Peter (tan ridículo, tan sencillo, tan maravillosamente perfecto) que Selina acabó enterrando el rostro en su pecho y lloró.

Una parte de ella quería contener las lágrimas que le escocían en los ojos y le ahogaban la garganta. Esa parte quería decir: «Lo siento. No sé qué me pasa. Yo nunca lloro».

Pero sabía muy bien por qué lloraba. Hacía ya dos años y medio que no tenía con quién hablar sobre Belvoir. Nadie lo sabía, salvo Jean Laventille y Will, que estaba fuera.

No se lo había contado a Nicholas, a Thomasin ni a Lydia, las personas en las que más confiaba del mundo, que la querrían sin importar los errores de juicio que hubiera cometido.

Pero acababa de contárselo a Peter, y con ello había reprimido cualquier parte de sí misma que había esperado que el hombre viera Belvoir como ella lo veía: como algo valioso, algo que merecía el precio que costaba.

Peter lo había entendido. La había escuchado, la había mirado con una concentración absoluta y había visto...

Algo que merecía la pena.

Se permitió llorar al menos sesenta largos segundos antes de separarse de su pecho, ahora húmedo, y secarse los ojos.

–Bueno –dijo él–, tenía la sensación de que esta noche acabaría con muchos llantos.

Selina soltó una risa entrecortada.

–¿De veras?

–Oh, sí. Pero no estaba seguro de quién de los dos iba a llorar.

–Peter.

–¿Sí?

Selina levantó una mano y le acarició un rizo oscuro. Solo porque podía.

–¿Estás seguro de esto?

Él.

–Sí.

Él le cubrió la mano con la suya, apoyándola contra su mejilla, giró el rostro y le besó la palma, una vez.

–Estoy muy seguro. –Dos veces–. ¿Y tú? Porque, si no quieres hacerlo, podemos buscar otra solución.

La mirada de Peter la envolvía, la contemplaba en su totalidad y la apartaba del resto del mundo.

Selina bajó la vista hacia su regazo; el suave roce de la mano de Peter sobre la suya era, de repente, lo único en lo que podía pensar.

Lo deseaba. Lo deseaba tanto que no sabía si estaba pensando con claridad. ¿Lo arruinaría si le decía que sí? Si cedía ante la tranquilidad de su seguridad, ¿sería un acto de egoísmo imperdonable?

Pero... Eldon los había visto juntos. No había otra solución.

–Estoy segura –respondió con un hilo de voz.

Pero en realidad no lo estaba. No estaba del todo segura. Tenía mucho miedo de arrastrar a Peter directo al desastre si aceptaba.

Peter le dio otro beso en la palma y ella apretó los párpados con fuerza, luchando por no volver a llorar.

Si lo hacía, si se entregaba al deseo, no podía dejar que su secreto saliera a la luz. La vista para la tutela debía ser un éxito absoluto. Aquello era lo que mejor se le daba: organizar, planear, controlar las circunstancias. Usaría todos los recursos que tuviera a su alcance para asegurar la posición de los niños como pupilos de Peter, y lo haría encantada. No lo defraudaría por nada del mundo.

Cuando al fin se le fue la sensación de ardor en los ojos, volvió a levantar la vista hacia Peter, quien esbozaba una media sonrisa con un atisbo de vulnerabilidad.

Llevó la mano hacia su mentón y deslizó el pulgar por la curva de su labio inferior. Luego abrió la boca, temblorosa.

–Peter –susurró–. Yo...

La besó. Fue un beso lento, exploratorio. Su boca era suave. Tenía una de sus enormes manos extendida con calidez sobre la de ella, y sus dedos se movían, como susurrando, recorriendo las líneas de su piel.

Selina se oyó jadear contra los labios de su futuro marido justo antes de que él se apartase.

–¿Sí?

Ella lo miró.

–¿Sí?

–Estabas diciendo algo...

–No me acuerdo.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Peter, llena de una satisfacción que Selina no había visto jamás.

–Bien.

Y entonces la besó de nuevo.

Parecía que la charla había terminado. Selina se detuvo apenas un instante a reflexionar y decidió que lo aprobaba.

La boca de Peter se movía sobre la suya con cautela. Cuando su lengua se encontró con la de él, con cierta timidez, él dejó escapar un breve gemido de placer. El sonido de su deseo la desarmó por completo, así que hundió los dedos en su pelo y le recorrió la mandíbula, el cuello, buscando intensificar su respuesta.

Cuando deslizó la mano por debajo de su chaqueta y recorrió los duros músculos de su abdomen por encima de la fina camisa de lino, Peter soltó un sonido inarticulado. Se aferró a ella, acariciando con los pulgares la parte inferior de sus pechos.

No lo hizo de forma consciente, pero Selina acabó echando la cabeza hacia atrás y arqueando la espalda. Por Dios bendito, si las caricias de Peter eran tan espléndidas por encima del vestido, no se imaginaba lo que pasaría si estuviera...

Él debía de estar pensando lo mismo, porque dirigió los dedos a los corchetes laterales de su vestido para desabrocharlos uno tras otro hasta que la costura se abrió por completo. Debajo, solo llevaba una combinación; no usaba corsé con aquel vestido, ya que no podía atárselo sola.

Peter deslizó el pesado tejido de sarga por su hombro y este cayó hasta su cintura. Con la otra mano ya le apretaba un pecho, moldeando y amasando el pequeño montículo a través del fino algodón de la camisa. Recorrió la areola con los dedos y luego los deslizó con delicadeza sobre el pezón tenso y sensible.

Selina jadeó. Seguía con las manos sobre su abdomen, y al final le clavó las uñas un poco.

–Peter, yo... Oh, Dios.

La besó con urgencia y profundidad, colando la lengua en su boca con una necesidad que ella sentía en los pechos, en el vientre y en los dedos. Gimió y se movió en su regazo, tratando de acercarse más a él.

No sabía cómo lo había hecho, pero Peter había logrado sacarle el otro brazo del vestido, y ahora tenía ambas manos sobre sus pechos, cuyos pezones estaban firmes bajo el delicado e insistente roce de sus dedos.

Sentía la piel tensa y caliente. Necesitaba que la tocara. Necesitaba... Dios, necesitaba que hiciera algo o se volvería loca. Apretó los muslos y volvió a moverse en su regazo.

–Tú... Eso es... Joder, tengo que... –gimió él.

Peter movió la pelvis y ella reconoció al instante la firmeza de su deseo presionándole la carne blanda de la cadera.

Oh. Oh.

Ella jadeó, decepcionada, cuando apartó una mano de sus pechos. No quería que parase; apenas la había tocado. Tenía que seguir acariciándola, jugando con ella, provocándola.

Entonces sintió su mano bajo la falda, cálida a través de las finas medias de seda, y después Peter deslizó la boca hacia sus pechos.

Allá donde sus dedos apenas la habían rozado, ahora su boca era más firme, más cálida, más urgente. Le besó un pezón por encima de la tela y presionó con suavidad el algodón húmedo con los dedos.

–Tan adorable –susurró con la voz ronca–. Tan bella, mi amor.

Luego volvió a atacar con la boca, cálida y mojada, y le chupó con fuerza el pezón, haciéndola jadear y gemir.

Se sentía... Ya no lo sabía. Salvaje. Ebria. Apenas controlaba su propio cuerpo mientras se aferraba a la nuca de Peter, sujetándolo. No sabía qué hacer, pero sabía lo que quería: necesitaba presión, fricción, más.

Movió las caderas, buscando el firme empuje de su erección. Entonces notó cómo el duque deslizaba la mano más allá de su rodilla, más allá del liguero que le sostenía las medias, hasta la piel desnuda del interior de su muslo.

Los dedos de Peter. Contra su piel.

Sí.

–Selina –rogó–, ¿puedo tocarte?

–Sí –resolló ella–. Por favor.

Peter gruñó con deleite, moviendo las caderas contra las de Selina, mientras subía la mano hacia la zona más sensible y húmeda de su cuerpo. Ella sintió cómo las piernas se le abrían solas, ofreciéndole una invitación silenciosa.

Al principio, los dedos de Peter eran ligeros como plumas, y Selina dejó escapar un pequeño suspiro ahogado por el llanto. La acarició con delicadeza, trazando sus pliegues con mucha dulzura, rodeando el punto más sensible en su vértice. El cuerpo de la chica se tensó como una cuerda a punto de romperse mientras él giraba, esperaba y volvía a girar.

–Peter –dijo ella con desesperación–. Peter, necesito...

–Shh –chistó él en su oído, recorriendo sus curvas con la lengua, provocándola lentamente con los dedos–. Te tengo, corazón. Despacio.

Selina se retorció, presionándose contra su mano.

–No quiero que vayas despacio, Peter. Quiero que vayas más fuerte.

Él exhaló una risa que se convirtió en gemido.

–Dios –musitó, introduciendo un dedo en su interior–. Me haces... Eres... Joder, estás tan mojada... Quiero estar dentro de ti.

El dedo de Peter la provocaba y la estiraba. Entonces añadió otro, hundiéndose más ella.

Selina jadeó ante la intensidad del placer y movió las caderas con urgencia contra su mano.

–Dios, Selina, eres preciosa. Perfecta. No pares. Tengo que...

Volvió a chuparle el pezón, succionando con rapidez y consistencia, y ella sintió cómo su cuerpo se encogía más y más; el placer persiguiendo la tensión, sin dejar de moverse contra la mano del duque.

Al alcanzar el clímax, la sacudió un terremoto de placer, oleada tras oleada de una dicha dulce, imposible y transformadora.

Y mientras Selina se estremecía, él le susurraba breves palabras de elogio y ternura, e incluso cuando dejó de temblar, seguía haciéndolo en lo más profundo de su pecho.

Volvió de su ensimismamiento a retazos. Sintió los labios de Peter en la sien, su aliento corriendo entre su cabello. Sintió su brazo rodeándole la cintura, manteniéndola en su regazo. Sintió la dura insistencia de su erección presionándole la cadera.

Los latidos de su corazón se le empezaban a calmar, pero aún percibía los de Peter, golpeándole fuertes y afilados contra la espalda. Sus músculos estaban tensos, aunque los susurros que le dedicaba eran cariñosos y relajados.

Oh, Dios mío. Había... y él no...

¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Cómo se suponía que debía abordarlo? Había visto referencias sobre cómo lamer. Acariciar. Juguetear, significara lo que significara eso. Pero ¿cómo se hacía?

Y ahora que Peter sabía lo de Belvoir, ¿esperaría que supiera hacerlo bien?

Belvoir. Gracias a Dios, tenía Belvoir, y al menos siete volúmenes clave del catálogo Venus escondidos en su habitación, además de varias docenas más en su oficina de la biblioteca.

Necesitaba libros. Necesitaba descripciones detalladas, ilustraciones a página completa y quizá, incluso, una serie de diagramas, si es que algo así existía.

Se levantó de un salto y casi perdió el equilibrio cuando el corpiño se le empezó a deslizar por las caderas y se quedó allí, demasiado ajustado para pasar de su mitad inferior.

Se preguntaba, con cierta desesperación, qué sería más humillante: que su vestido cayera al suelo o que la estúpida prenda se le rasgara mientras intentaba apartársela de donde se aferraba a sus caderas.

Selina tiró del corpiño hacia arriba, sin importarle que pudiera romperse, y empezó a abrocharlo.

–Bueno –dijo–. Eso ha estado...

Santo cielo, ¿cómo pretendía terminar esa frase? «Bien» parecía un insulto a sus habilidades, pero algo más apasionado podría recordarle que él no había... No había...

Ni siquiera sabía la palabra que las damas usaban para eso. ¿Existía, acaso, alguna palabra que describiera eso?

Abandonó la frase a medias. Peter la miraba como si le hubiera brotado una segunda cabeza en algún punto entre su regazo y el centro de la oscura habitación en la que había acabado retrocediendo. Se enfundó la capa, que en algún momento de la conversación había acabado en el suelo.

–Debería irme. Debería volver a Rowland House.

Él cerró los ojos con fuerza y luego los volvió a abrir.

–Bien –susurró–. De acuerdo. Le diré a Humphrey que nos prepare un carruaje.

Selina dejó escapar un pequeño chillido de protesta.

–¡Peter! ¡La gente no puede verme saliendo de tu carruaje en plena noche!

El duque se incorporó de un brinco y se acercó a ella, recogió las cintas de su capa y se las ató. Después le subió la capucha para ocultarle el cabello dentro y ensombrecerle el rostro, y le dedicó una sonrisa.

–No te verán.

CAPÍTULO 15

El rosa no. Definitivamente, el rosa no. Creo que el escarlata. El que parece sangre. (Antes de que pregunte: sí, es para la hermana de doce años del duque. Y no, a él no le importará).

De parte de lady Selina Ravenscroft
para la señora Maria Pierpoint, modista, en respuesta
a las muestras de tela enviadas a Rowland House
para su revisión con vistas a la boda.

Dos días después, Selina se encontraba subida a una pequeña tarima en el cuartito trasero de su modista favorita, en ropa interior... y con una pluma en la cabeza.

–No –replicó Lydia con decisión. Estiró la mano para quitarle la pluma, pero entre la tarima y los quince centímetros que Selina le sacaba, no atrapó más que aire–. Esa no. Agáchate. Debería haber traído a mi madre con nosotras; ya sabes el gusto que tiene para los sombreros.

–Estoy de acuerdo –comentó Daphne–. Esa no. Parece un pavo real.

Su cuñada estaba sentada en el sillón tapizado que había en la esquina, sonriendo con tanta suficiencia que Selina no pudo evitar imaginarla como una gata casera con una pluma asomándose entre los dientes.

En realidad, todas las mujeres presentes parecían encantadas. Thomasin rebosaba de dicha mientras examinaba los camisones de encaje y las camisas bordadas más atrevidas que el ojo ya curado de

espanto de Selina hubiera contemplado. La tía Judith portaba una pequeña sonrisa distraída mientras se afanaba con el vestido que acababa de quitarse Selina. Incluso la señora Pierpont, la propia modista, irradiaba cierto aire de complacencia. Por la apresurada conversación que Selina había alcanzado a oír en su primera prueba, el día anterior, entendía que iba a tener que confeccionarle el vestido de novia en una décima parte del tiempo que solía llevarle hacer algo así, y costaría treinta veces más.

Lydia, por su parte, sonreía de oreja a oreja mientras examinaba las opciones que habían traído de la sombrerería para coronar a Selina. Una pluma. Un pequeño gorrito de piel. Una cinta de nomeolvides azul pálido.

Para que lo llevase el día de su boda. *Santo cielo.*

Selina no tenía del todo claro cómo había llegado a aquella situación y, cuando se esforzaba por pensar en los detalles (qué calzado iba a llevar, qué servirían en el banquete, quién iba a recoger a los niños), casi lograba distraerse de la ansiedad que la inundaba al recordar las posibles consecuencias de aquella unión.

–¿Qué tal este? –Lydia levantó una especie de pastel hecho de rosas de satén blanco y encaje–. Es como una capota. Sé lo mucho que te gustan los sombreros grandes. Agáchate.

–Ni hablar.

Lydia entrecerró los ojos, divertida.

–¿Quieres decir que no te gustan los sombreros grandes? Pues cualquiera diría lo contrario. Dios mío, Selina, cuántos secretos guardas: primero, un amor clandestino con mi antiguo pretendiente, y ahora, una extraña inclinación hacia los tocados pequeños...

Daphne tosió una risa contenida, ocultándose la boca tras un guante.

–No puedo...

Dios santo, ¿qué podía decir? Era evidente que no podía negar haber albergado todo tipo de sentimientos ilícitos por Peter Kent mientras lo empujaba hacia su amiga más íntima. No en aquellos momentos, cuando la habían pillado sin un zapato y con las manos de Peter amasándole el trasero, escondidos en el salón de música de su hermano.

No en aquellos momentos, cuando estaban a punto de casarse.

–Yo... –intentó empezar de nuevo–. Yo...

Lydia rio, en esta ocasión de verdad, y dejó caer el sombrero en forma de pastel al suelo para abrazar a Selina.

–¡Es broma! No te preocupes.

–¿No te... importa?

–Claro que no, tonta. Nunca me ha gustado. Habla demasiado. ¡Madre mía, estás rojísima! –Se apartó y se giró con júbilo hacia los parientes de Selina–. ¡Como un tomate! ¿La habíais visto así alguna vez?

–Escarlata –apuntó Daphne, animada–. Como la remolacha.

–Se ha puesto del color de la culpa. –Esta última fue la tía Judith, pero Selina percibió un deje de diversión en su voz.

Thomasin dejó a un lado un montón de atrevidos camisones y bajó a Selina de la tarima, rodeándole la cintura con un brazo.

–Querida, ignora a estas tres un segundo. Lo que me interesa es... ¿Estás contenta?

Abrió la boca para responder, pero no salió palabra alguna. ¿Estaba contenta? No se había permitido estarlo. Tal vez sí... Contenta y, a la vez, temerosa de esa misma felicidad. La asustaba lo fácil que sería perderlo todo.

Thomasin la miró con esos ojos azules y esos hoyuelos tan suyos.

–No tienes por qué seguir adelante si no quieres, querida. A menos que este matrimonio, este hombre, sea lo que de verdad deseas. Estaremos a tu lado pase lo que pase.

La mirada de Selina estaba incendiada; las lágrimas a punto de brotar.

–Gracias –logró decir, con la voz quebrada–. Es lo que deseo, Thomasin. De veras.

–Entonces, todo saldrá bien –le aseguró la mujer–. Te lo prometo.

Desde su otro lado, Lydia intervino:

–No haga como si le sorprendiera, Thomasin. Sé que la caló usted hace tiempo, igual que yo. La pasión que Selina mostraba por las opciones nupciales de Stanhope no era muy sutil.

Antes de que pudiera responder, Daphne intervino con voz suave:

–No puedo haber sido la única que se dio cuenta de cómo le miraba las manos a Stanhope durante la cena.

–Yo...

Oh, pero se las había mirado. Era cierto. Peter tenía unas manos preciosas, dichosa sea la vida.

–En mi opinión –interrumpió la tía Judith–, pensaba que más bien le gustaba por esos glúteos que tiene.

Selina abrió mucho la boca.

Y no fue la única.

Daphne y Lydia aún se estaban recuperando cuando Thomasin cogió una de las piezas del montón que había escogido y se la enseñó a Selina.

–Esta, querida. Creo que es la más adecuada.

Selina contempló mareada la corona de perlas y pequeñas estrellas hecha con delicado alambre de latón.

–Sí –respondió–. Sí.



Estaban a punto de marcharse (Thomasin había añadido once prendas distintas de ropa de dormir en la compra del vestido de boda de Selina) cuando se encontraron con la marquesa viuda de Queensbury y la condesa de Alverthorpe, que iban a entrar a la modista, así que Selina se hizo a un lado para permitirles el paso.

Intentó reprimir una mueca de disgusto al ver a lady Alverthorpe, la madre de Georgiana. La última vez que había hablado con la condesa fue en el parque, cuando estaba organizando el cortejo de su hija con el hombre con el que se disponía a casarse dentro de unas dieciocho horas.

Por supuesto que lady Alverthorpe sabía del futuro enlace. Todos lo sabían ya.

Pero, en el último momento, lady Queensbury y lady Alverthorpe decidieron no entrar a la tienda. Echaron un vistazo rápido, deslizando la vista sobre Selina y su familia, como si no estuvieran allí, y retrocedieron con delicadeza hacia la luz del sol que bañaba Portman Square sin decir una palabra.

Selina las observó boquiabierta.

–¿Acaso...? –La voz se le rompió, y volvió a intentarlo, furiosa consigo misma–. ¿Nos han ignorado? ¿Pretenden hacernos el vacío solo porque Stanhope ha decidido casarse conmigo?

No lo había anticipado en absoluto. Una boda precipitada se consideraría un acto romántico, ¿no? Al menos para lord y lady Eldon.

En realidad, no le importaban las opiniones de un par de damas de la alta sociedad. Aun así..., no quería que nadie pensara mal de Peter.

Pero Daphne apretó los labios, palideciendo.

–No tiene nada que ver contigo y Stanhope, te lo prometo. Sin duda, lady Alverthorpe escucha demasiado al miserable de su marido. Es... –Se interrumpió a mitad de la frase y negó con la cabeza–. Tiene que ver con Nicholas. Un rumor político sin fundamento. Ignóralas y la gente acabará olvidándolo.

–¿Un rumor? ¿Sobre qué?

Daphne se limitó a negar otra vez con la cabeza. No respondió. Dirigió la conversación de manera bastante forzada hacia lo que había pensado servir en el banquete de la boda en Rowland House al día siguiente.

Sin embargo, una vez llegaron a Portman Square, Selina dejó que su familia se adelantara y agarró a Lydia por el brazo.

–¿Sabes a qué se refería Daphne? ¿Lo del rumor político sobre mi hermano?

Nicholas era, con frecuencia, objeto de debate, dadas sus políticas progresistas entre los lores reaccionarios, pero hasta entonces nunca había sido motivo de escándalo suficiente como para que la gente ignorase a su familia por la calle de forma tan deliberada.

Lydia frunció el ceño.

–Es una estupidez.

–¿Qué? Cuéntamelo, Lyddie. Quiero saberlo.

–Lord Alverthorpe nunca ha tenido en gran estima a tu hermano, no desde que Nicholas defendió los disturbios de los obreros textiles en Nottingham hace dos años. Alverthorpe decía que tendrían que haberlos fusilado a todos.

–Por supuesto. –Selina intentó no poner los ojos en blanco.

–Alverthorpe no es más que uno de un grupo de pares que se han levantado contra tu hermano en la Cámara de los Lores, y esta vez parece personal. Es ridículo, Selina. La primera vez que me lo contaron, no me lo podía creer. Pura idiotez.

Selina sintió que el suelo se tambaleaba bajo sus pies.

–¿Qué rumores?

–Verás... Dicen que tu hermano es el dueño de la biblioteca Belvoir y que la usa para distribuir panfletos políticos sediciosos.

–¿Nicholas?

–Absurdo, lo sé.

Selina se llevó una mano a la boca.

–Oh –susurró–. Oh, no.

En todas las ocasiones que había imaginado que su secreto salía a la luz, jamás había pensado que la culpa recaería sobre Nicholas. Si alguien descubriera que Will era el dueño de Belvoir, entonces las sospechas recaerían sobre ella. Era su gemela. Era mujer y tenía tiempo libre de sobra para llevar una biblioteca ambulante y lasciva para damas.

Pero... era mujer. Estaba claro que nadie iba a pensar que una mujer sería capaz de tal cosa.

Lydia le rozó el brazo con los dedos.

–No sé qué ha instigado esta extraña nueva notoriedad, pero, de veras, Selina, no dejes que te preocupe. Como todo disparate, arderá con fuerza al principio, pero el incendio se extinguirá con la misma rapidez.

Selina intentó mantener la compostura, pero el estómago se le contrajo. *Nicholas.* Nunca habría previsto aquel giro de los acontecimientos, ni una vez en aquellos dos últimos años.

Will lo había sabido desde el principio, lo habían planeado juntos. Había sido parte esencial del acuerdo, tan dispuesto y conforme como ella a cargar con cualquier daño que aquello pudiera causar en sus reputaciones. Sin embargo, Nicholas, que amaba su trabajo, que creía en su trabajo, que ya había marcado una diferencia en la vida de los ciudadanos británicos...

Él no formaba parte de sus artimañas. Selina no podía permitir que pagara por sus decisiones.

Pero tampoco podía dejar que Peter y sus hermanos sufrieran. No podía señalarse como la responsable. Al menos, no todavía. No hasta que terminara la vista para la tutela.

–Claro que sí –se obligó a decir.

Lydia la miró pestañeando, con una arruga formándosele entre las cejas.

–Quizá no tendría que habértelo contado. ¿No estropeará esto tu gran día? Porque pienso dedicarme a elogiarte durante varias horas seguidas y a llamarte duquesa tantas veces que acabarás con las mejillas al rojo vivo.

–No dejaré que me estropee nada –la tranquilizó. Su voz sonaba extraña y lejana, y rezó para que su amiga no se diera cuenta–. Como has dicho, no es más que un rumor. Y, además, uno muy absurdo.

Pero, mientras lo decía, sintió el frío terror en el vientre. Casi se había derretido con lo bien que había reaccionado Peter ante la revelación sobre lo de Belvoir. Además, las minucias y tareas familiares de los dos últimos días habían ayudado a distraerla.

Por desgracia, el miedo seguía ahí.

Tal vez aquel rumor acabaría apagándose. Quizá no llegara a pasar nada. Quizá, antes de la vista, nadie sospecharía de ella. Pero tarde o temprano tendría que enfrentarse a la situación. Si los rumores sobre Nicholas se tornaban más ponzoñosos, se vería obligada a salir a la luz para limpiar su nombre.

Y, al hacerlo, lastimaría a Peter. Pensó en la calidez de sus ojos cuando la miraba desde su despacho, en lo orgulloso que se había sentido de ella cuando le contó lo de Belvoir, y se sintió mal por ello. Algún día, Peter se daría cuenta del terrible lío en el que lo había metido. Algún día, se arrepentiría.

«Aún no –pensó en una oración silenciosa–. Aún no».

CAPÍTULO 16

[...] No puedo creer que me haya casado y no hayas estado a mi lado. Dime que me perdonarás.

De parte de su excelencia Selina Kent,
duquesa de Stanhope, para su hermano Will.

Al final, resultó que juntos eran algo así como una fuerza de la naturaleza. No en el dormitorio. Peter no estaba pensando en el dormitorio. Por supuesto que no había pasado nueve décimas partes de sus horas de vigilia imaginando a Selina desnuda en su cama. Recordando los sonidos que había hecho al alcanzar el clímax. Soñando con la urgente necesidad en su voz cuando le pidió que siguiera, «por favor, más fuerte».

Peter había tomado las riendas más de una vez, y aun así estaba bastante seguro de que llevaba unas setenta y dos horas con la misma erección. Jamás se le había pasado por la cabeza que su pene pudiera ser objeto de estudio médico y, sin embargo, allí estaba.

Así que sí, qué narices, podrían ser una fuerza de la naturaleza en el dormitorio, pero también fuera de él. Cuando enfocaban ambas voluntades en un mismo objetivo, eran capaces de hacer que sucedieran muchas cosas. Por este motivo, tres noches después de haber sido sorprendidos in fraganti por los Eldon, se encontraban

frente a la puerta de la casa de los Stanhope, ataviados con dos trajes escandalosamente caros.

Y casados.

Había conseguido la licencia especial. Había conseguido lo que lady Judith le aseguró que era la segunda capilla más bonita de Londres y, por tanto, apropiada para una boda ducal.

Conseguir St. Margaret había requerido una sorprendente cantidad de sobornos: la promesa de colocar una vidriera conmemorativa y un obsequio de consolación que consistía en un viaje de luna de miel por el continente europeo para la pareja afectada. Sin embargo, lady Judith no se molestó en pedirle los detalles.

Selina se había encargado de la lista de invitados, del banquete y de que todo el mundo fuera vestido de forma apropiada, no solo ellos, sino también Freddie y Lu. La reticencia de Lu a ponerse un vestido formal desapareció en cuanto vio el color (un carmesí bastante impactante) y Selina le presentó a su antiguo maestro de esgrima.

Ninguno de los dos se había acordado de comprar los anillos, y se dieron cuenta solo cuando llegaron a la capilla con minutos de diferencia. Selina desapareció en un rincón de la entrada de la iglesia y reapareció unos instantes después, sin tocado y portando dos circunferencias improvisadas hechas con el alambre de latón que antes sostenía la pequeña corona de perlas sobre su cabello dorado.

–Suficiente –dijo Selina, y Peter sintió el peso de algo importante en su pecho.

Era tan lista, siempre solucionando todo, y él...

Había fracasado en tantos ámbitos que en algún momento le había resultado más factible dejar de intentarlo. De algún modo, parecía mejor desafiar la convención de forma deliberada que tratar de cumplir un estándar imposible, siempre más allá de su alcance.

Y, sin embargo, en aquel instante deseaba intentarlo. Quería darle algo mejor que un «suficiente». Quería ser para ella algo más que un problema a resolver.

Se recompuso y aceptó el diminuto anillo de latón, jurando en silencio comprarle algo mejor. Por el amor de Dios, les había

regalado a dos completos desconocidos una luna de miel.

Poco después, antes de darse cuenta, estaban casados.

Habían comido en Rowland House y luego habían llevado a Freddie y Lu a casa de la tía tatarabuela Rosamund en Bloomsbury. Los niños se habían comportado de manera muy civilizada durante todo el día, extraño en ellos, lo que hizo que Peter se preocupara por su salud.

Y ahí estaban. Otra vez en casa.

Pero ahora era su casa, la de ambos.

Lo cual significaba que su cama ahora era también la de Selina. Lo cual significaba...

–Peter –susurró–. ¿No deberíamos... entrar?

Él la miró atónito y trató de fingir que no había estado pensando en lamer la curva de su muslo interior.

–Sí –respondió–. Escucha, deberías saber algo sobre esta casa.

Ella frunció el ceño.

–Ya he estado dentro.

–S-sí, pero estaba oscura.

Selina se alarmó un poco.

–Continúa.

–Bueno, cuando heredé, el duque tenía casi cien años.

–Sí, lo sé.

–Y sabes que llevaba mucho tiempo viviendo en la finca de Sussex.

–Eso tengo entendido.

–Y que hacía tiempo que no pisaba Londres.

–Peter, si no avanzas con esta historia y me cuentas qué voy a encontrarme al otro lado de la puerta, juro que la abriré y lo averiguaré yo misma.

Él se estremeció.

–Hacía tiempo que no pisaba Londres. Durante muchos muchos años. Décadas. Alquiló la casa durante una temporada muy larga, hasta el último año o dos antes de su muerte. Así que, cuando falleció y yo la heredé, estaba un poco... vacía.

Selina parpadeó.

–Ya. Me lo imaginaba.

–No me refiero a que no hubiera personas viviendo en ella. Me refiero a que estaba completamente vacía. Los últimos inquilinos debieron de llevarse todos los muebles al irse. También se llevaron los cuadros, las cortinas e incluso, en algunos casos, los revestimientos de las paredes.

–Ya... veo.

–Quería amueblarla –comentó, bajo de ánimos–. Pero, cuando contraté a Humphrey y a Fleming, el cocinero, todo empezó a ir bien. Arreglé el yeso que se estaba cayendo. Y, por supuesto, hay... sitio para comer. Eh, y para dormir.

Selina apartó la mirada color ámbar llena de recelo de él y abrió la puerta con una mano de dedos largos y esbeltos.

–Esta mañana le he pedido a mi doncella que se fuera adelantando, con varios criados y la mayor parte de mi armario –anunció–. Me pregunto dónde lo habrá dejado todo.

No tardaron en averiguarlo. Una mujer menuda, vestida con muselina color canela, emergió detrás de una esquina. Daba la impresión de que estaba esperando para abalanzarse sobre ellos.

–Señora –saludó, ignorando por completo a Peter–. Es decir, excelencia. No estoy segura de que usted estuviera..., de que ustedes estuvieran... preparados. No sé si hemos traído suficiente..., eh, de cualquier cosa.

Peter hizo una mueca y echó un vistazo a su alrededor, recordando la sensación que había tenido la primera vez que entró tras heredarla.

El vestíbulo principal contaba con dos imponentes columnas. Las paredes estaban forradas de un papel floral, en concreto de rosas, pero estaba desteñido, con grandes rectángulos oscuros que sugerían la forma de los cuadros que una vez colgaron allí. A un lado se encontraba el salón, sin un triste sillón en el que poder acomodarse. Al otro, un arco enmarcaba el comedor, cuyos azulejos de mármol blanco y negro parecían extenderse hasta el infinito. Aquella sensación se acentuaba más porque Peter y Humphrey habían estado cenando juntos en una mesa cuadrada de roble rodeada por tan solo dos sillas.

En realidad, estaba mucho mejor que cuando se mudó. Había dedicado bastante tiempo a retirar las tiras de tela desgastada de las paredes del salón. Y los ratones... Junto a Humphrey, se había encargado de eliminar todos los nidos de roedores.

Estaba casi seguro de que no quedaba ninguno. Casi seguro.

Había pensado en amueblar la casa antes de la llegada de los niños, pero hacerlo antes de la vista de tutela le parecía un acto de soberbia. Le resultaba imposible creer que en algún momento podrían llegar a ser una familia.

Selina escrutaba su alrededor con una ecuanimidad asombrosa.

–¿Peter?

–¿Sí?

–¿Tenemos... personal?

–Contamos con un número bastante grande de mozos en las caballerizas. Hay un cocinero. Y Humphrey.

La doncella soltó un fuerte resoplido, a lo que Selina arqueó una ceja.

–¿Sí, Emmie?

–Humphrey –bufó la mujer con cierto desdén–. Cree que manda en la casa, ¿verdad? Ya veremos cómo se siente cuando traigan a un mayordomo, una ama de llaves y, quizá, un ayuda de cámara.

–Humphrey es mi ayuda de cámara –protestó Peter.

La muchacha volvió a resoplar.

–Es muy hábil con la plancha –le confesó Peter a Selina.

–Me ha dicho que no ha preparado ningún dormitorio para su excelencia –dijo horrorizada–. Y no hay armarios para su ropa, ni cepillo, ni plancha, ni...

Si seguía enumerando todo lo que la casa no tenía, Peter temía que pudieran pasarse allí hasta bien entrada la noche.

–Mañana podemos instalar una...

–La compartiremos –afirmó Selina con decisión.

Peter estaba seguro de que había oído mal. Era evidente que querría su propia alcoba. Qué narices, ni siquiera estaba del todo seguro de que Selina quisiera de verdad estar ahí, casada con él. Al fin y al cabo, no había cedido hasta que los Eldon los habían descubierto juntos en Rowland House.

Emmie tuvo la misma reacción que él.

–¿La... compartirán?

–Sí. Compartiremos alcoba. Esta noche. Todas las noches.

Dios santo, Peter casi pone los ojos en blanco ante sus palabras. Las imágenes que despertaban en él, en contraste con el tono serio de su voz, le resultaban excitantes de una forma dolorosa.

Si le hubiera caído una gota de agua sobre la piel en aquel preciso instante, habría chisporroteado.

–Puedes escoger una habitación cerca de nuestra alcoba para que sea mi vestidor –estaba diciéndole Selina a su doncella–. ¿Podrás hacer una lista de todos los muebles que vamos a necesitar para mañana?

–Por supuesto.

Se giró hacia Peter.

–Deberíamos hablar con tu cocinero sobre el té.

Claro. Necesitaba pensar en algo que no fuera arrastrarla arriba y compartir la alcoba.

–El té –repitió–. Claro.



Las llamas de la lujuria podían extinguirse con bastante rapidez. Por ejemplo, bastaba la inesperada aparición de unas lágrimas.

Habían cenado, y después Selina y su doncella se habían retirado al dormitorio para deshacer el equipaje y preparar la expedición de compras para el día siguiente. Peter se había ofrecido a ayudar, pero lo habían echado muy sutilmente, así que se vio obligado a deambular por la casa como un espectro encendido de deseo, silbando y pensando primero en los muebles y después en Selina.

En realidad, no era cierto. Había pensado en los muebles al menos una vez, pero no más. Estaba casi seguro.

Paseó de un lado a otro por su despacho y luego bajó de nuevo a la planta baja, donde la escalera ocultaba la entrada a una de las pocas estancias de la casa que había permanecido intacta tras el paso de los antiguos inquilinos. Era una galería de retratos: los

revestimientos de las paredes eran de un tono rojo sangre, y generaciones de duques y duquesas de Stanhope, acompañados de sus hijos, acechaban de forma amenazante desde los oscuros nichos de sus cuadros. Comprendía por qué los antiguos inquilinos habían evitado aquel lugar. Incluso él prefería no pensar en ello, y eso que todas aquellas miradas sombrías eran de su propia familia.

Esta vez, cuando se acercó a la estancia escondida al pie de la escalera, oyó a lo lejos el sonido de unos sollozos apagados.

Entró en la habitación antes de poder pensárselo dos veces. Durante un fugaz latido, albergó la cruel esperanza de que quien lloraba fuera la doncella y no su esposa.

Sin embargo, al entrecerrar los ojos ante las sombras rojizas de la estancia, alcanzó a reconocer la esbelta silueta de Selina, que se hallaba encogida en un rincón con la cabeza sepultada entre los brazos y sollozando.

Sintió una punzada extraña y aguda en el corazón. Había hecho llorar a aquella mujer intrépida y extraordinaria dos veces. Dos veces en apenas tres días.

Se acercó por detrás, procurando hacer ruido al caminar para no asustarla.

–¿Selina?

Ella se incorporó y se giró, frotándose la cara con furia.

–¡Oh! Peter. Lo siento. Pensaba que no entrarías.

Así que se había estado escondiendo allí abajo, en esa sala sombría e incómoda. De él.

Tragó saliva con dificultad, intentando luchar contra aquel pinchazo acerado del pecho.

–Te he oído. Lo siento, yo... Da igual. A la mierda.

Se acercó a ella y la tomó entre los brazos. Selina se quedó rígida un instante y, poco a poco, se fue relajando.

Peter le acomodó la cabeza bajo su barbilla.

¿Qué podía ofrecerle? Era un duque, pero ella era la hermana de uno, y casarse con él no le proporcionaba más posición social que la que ya tenía.

Peter tenía dinero, pero ella también: de su familia, de Belvoir.

Tenía una casa enorme y vacía, y unos hermanos a quienes no sabía cómo ganarse ni conservar. Se tenía a sí mismo tal como era: egoísta, imprudente e indiferente ante todo aquello que se valoraba en la aristocracia inglesa.

Recordó a la familia de Selina en el banquete, el amor y respeto que se profesaban unos a otros, más evidente que nunca. No se parecía a nada de lo que había conocido en Nueva Orleans, con su madre, en su vieja casa derruida, con el doloroso jadeo de Morgan resonándole en los oídos.

De pronto tuvo la certeza de que Selina había comprendido el terrible pacto que acababa de sellar con él. Y se sintió tan vacío como la casa: no era más que un problema a resolver. No tenía nada que ofrecerle, y ella se había dado cuenta; por eso se ahogaba en el arrepentimiento.

–Lo siento –se disculpó, con la voz áspera–. Sé que no es lo que querías, Selina. Pero no será tan malo. Ya lo verás.

No se creería ni a sí mismo. Una existencia entera dedicándose a arreglar los desastres de su marido. Tal vez era eso lo que le había enseñado al entrar en aquella casa. A no ser que acabara de decidir que esa vida no era para ella. Quizá quería regresar a Rowland House.

Selina se apartó para poder mirarlo a la cara, alzando el mentón hasta encontrarse con sus ojos. Permaneció allí, en el círculo de sus brazos, blanda y dócil.

–¿De qué narices estás hablando?

–De esta casa. –Peter se encogió de hombros–. De casarte. Conmigo.

Ella le sostuvo la mirada.

–¿Piensas que estoy llorando por la falta de muebles?

–¿Sí?

Intentó agitar una mano hacia la habitación, pero, como Peter seguía sujetándola, lo único que consiguió fue darle un manotazo en el costado.

–Peter, es solo una casa. Son solo objetos.

Hizo una mueca. Quizá, si lo dejaba claro, Selina se marcharía antes de que él pudiera empezar a ilusionarse con algo más. Con un

futuro. Con una familia juntos, como los Ravenscroft.

–No son solo objetos. Es lo que representan. Sé que debe de parecerte que no has hecho otra cosa que arreglar mis errores, pero quiero hacerlo bien. Con la casa. Con Freddie y Lu.

«Contigo», pensó, aunque no consiguió decirlo en voz alta.

Ella giró la cabeza y escondió el rostro contra su pecho, y él aspiró su aroma casi especiado.

–Lloraba por los retratos.

Peter echó un vistazo a la sala.

–¿Quieres que los quite? Son bastante inquietantes.

–No. –Rio, algo afectada, contra su camisa–. No. Estaba observando a tu familia, y lo cierto es que... –La voz le tembló, pero no volvió a llorar–. Echo de menos a Will. No me imaginaba casándome sin él a mi lado, sin Faiza y su marido. Me enfadé muchísimo cuando Will se fugó y se casó con Katherine sin decírmelo. Y ahora que yo he hecho lo mismo, siento que lo he traicionado. No debería poder continuar con mi vida cuando la suya se detuvo hace dos años. Me gustaría que estuviera aquí.

Con las últimas palabras, su voz se tornó más aguda, y clavó los dedos en la espalda de Peter por encima de su camisa, aún con el rostro hundido en su pecho.

Dios, qué necio era, y además un egoísta de cuidado. No se había parado a pensar en cuánto debía de echar de menos a su gemelo en un día como aquel.

Tal vez sí podía ofrecerle algo. Tenía dos brazos, ¿no? La apretó más fuerte. Tenía un cuerpo para darle consuelo y placer. Depositó un beso en su cabello color miel.

–Corazón, su vida no se detuvo. Y la tuya tampoco debería hacerlo.

–Lo sé –aceptó ella–. Lo sé, en serio. Y sé que acabará volviendo a casa. Pero lo echo de menos, sobre todo hoy.

Peter se hubiera intercambiado con Will en aquel preciso instante. Depositó otro beso en el cabello de Selina, que le caía suelto por los hombros. Era tan abundante que podría pasarse horas haciendo tirabuzones con cada uno de esos brillantes mechones.

Selina se apartó y miró hacia arriba; la nariz de ella casi rozando su barbilla.

–¿Peter?

–¿Sí?

–Me alegro de estar aquí. Quiero estar aquí.

Dios, era tan hermosa que dolía. Deseaba tocarla y, al mismo tiempo, temía hacerlo. Al tocarla, imaginaba un matrimonio distinto, no aquel compromiso remendado en una casa vacía, concebido solo para protegerlos del escándalo.

Pero no pudo evitarlo. Le pasó el pulgar por el labio inferior.

–Bien.

De pronto, Selina soltó la tela de su camisa e hizo ascender los dedos por su espalda. Sin la chaqueta, podía sentir el roce cálido y suave de sus manos. Sin pensárselo mucho, Peter acabó presionando con más fuerza el labio inferior de la muchacha. Se obligó a retirar la mano de lo que deseaba con intensidad y desesperación: adentrarse en el calor húmedo de su boca. En su lugar, le apartó el pelo de la cara.

–¿A ti te alegra tenerme aquí? –preguntó ella, vacilante.

Dios.

–Sí –respondió con voz ronca–. Me alegra mucho tenerte aquí, Selina.

–Bien –susurró.

Selina clavó sus ojos dorados, oscurecidos por la penumbra de la estancia, en los de Peter. Encontró su nuca con los dedos y se la empezó a acariciar con suavidad. Sus cuerpos estaban pegados, y él percibía el calor de su piel a pesar de las capas que los separaban.

–Dímelo otra vez –rogó Selina. Su voz fue apenas un susurro, con el rostro a pocos centímetros del de él. Y entonces–: Enséñame.

Con mucho gusto.

Peter acercó la boca a su oreja.

–He soñado con tenerte aquí. En cualquier lugar.

Selina aspiró con fuerza y ladeó la cabeza, dejando el cuello al descubierto, por lo que aprovechó a besar el camino desde su oreja hasta la larga y delicada línea de su garganta. Notó su pulso, rápido

y ligero, en la clavícula, así que posó sus labios también allí. Aquel pulso, tan suyo, lleno de fuerza y vida.

–Podría pasarme una hora entera aquí –susurró Peter sobre la piel de ella–. Probando solo esta parte de ti. –Deslizó los dedos a lo largo de su clavícula, haciendo que exhalase un gemido–. Tocándote. Eres tan suave... ¿Lo sabías?

Con mucho cuidado, cerró los dientes sobre aquella curva tan fina. Selina arqueó la espalda, presionando los pechos contra su torso. La mente de Peter se turbó ante aquella sensación: calor y dulce suavidad. Quería... Joder, quería fundirse con ella allí mismo, en aquel rincón. Quería notar sus brazos alrededor del cuello y sentirla aferrada a él mientras se entregaban mutuamente.

En lugar de eso, aflojó el mordisco y trazó con la lengua la concavidad de su garganta. Dejó que sus dedos juguetearan sobre la línea de su corpiño, sin atreverse a deslizarlos por debajo.

–Eres tan guapa. Tan receptiva. No pienso en otra cosa que en tenerte.

Selina respiraba con rapidez; su pulso latía con fuerza.

–Peter –susurró–. Enséñame. Enséñamelo todo.

CAPÍTULO 17

[...] Tales ardientes deseos, tales ansias incontenibles...

De la copia personal de *Fanny Hill*
de Selina, cita subrayada.

Selina tenía la piel en llamas. Los dedos de Peter trazaban un rastro de fuego al recorrer, una y otra vez, la línea de tela dorada que formaba el corpiño de su vestido de novia. Inhaló el aroma cálido y limpio de Peter, y elevó los pechos, buscando la presión de sus dedos.

La respiración del duque era irregular. Podía notarlo, podía sentir los temblores en el interior de su pecho, y aun así no tenía prisa alguna.

Peter acariciaba, trazaba y luego inclinaba la cabeza y probaba.

Selina se dio cuenta de que temblaba mientras observaba la cabeza oscura de él inclinada sobre su cuerpo, con los dedos enredados en sus rizos. Cada susurro de su aliento le rozaba los pezones y los endurecía. Cada pequeño y feroz mordisco le enviaba un latido entre las piernas.

¡Y apenas la había tocado! Seguía vestida de pies a cabeza. Maldita sea, había leído todos los volúmenes que había podido conseguir en Belvoir durante los últimos días. Estaba preparada. Estaba lista para consumar su unión.

Peter tenía ambas manos en su cintura. Luego las subió, acunándole los pechos y empujándoselos hacia arriba. Encontró sus pezones con los pulgares; un roce suave por encima de la tela y, por ende, insuficiente.

–P-Peter –tartamudeó, sorprendida por el timbre de su propia voz, entrecortada y suplicante–. Peter, te necesito.

–Dios. –No alzó la mirada. Bajó las manos, dejando en paz sus pezones doloridos para desabrocharle la ropa–. Lo que dices... me está volviendo loco.

Entonces, el vestido cayó, y los largos dedos de Peter se deslizaron bajo la fina tela blanca de su camisola interior para tocarle la piel. Sus yemas ásperas y callosas le acariciaban los senos. Y luego estaba su boca, que bajaba para succionarla con fuerza y premura. También estaba la insistente demanda de su erección, las caderas de ella girando contra él, su mente vaciándose de todo para dejar solo el deseo y la urgencia.

Se aferró a la nuca de Peter, a la espesa suavidad del pelo que allí crecía.

–Peter... –fue un gemido, casi un grito.

La voz del duque era sombría:

–Te tengo. Tengo lo que necesitas.

Selina echó la cabeza hacia atrás. Recorrió con la mirada la línea de la camisa de él, repasó con los dedos los músculos de sus hombros e intentó tirar de la suave tela. Quería sentir su piel desnuda, quería presionar los pechos descubiertos contra su torso. Quería ver la piel dorada que vislumbraba por debajo del cuello de su camisa y que tanto se había imaginado saboreando.

Pero, en lugar de eso, Peter se arrodilló ante ella.

Selina parpadeó, confusa. La expresión del duque era feroz, como si estuviera atormentado por algo mientras le rodeaba los tobillos con las manos por debajo de las faldas.

–A la mierda la cama –espetó. Luego, alzó la vista y se encontró con su mirada, los ojos aturdidos y salvajes, la boca curvándose en una sonrisa–. Apóyate atrás.

Confundida y un poco mareada, Selina se recostó contra la pared. Peter, que con una mano cálida la agarraba por el tobillo, le levantó

una pierna del suelo y ella jadeó, perdiendo el equilibrio. Con la otra mano, la sujetaba por la cadera mientras con la primera le acariciaba la pantorrilla y luego se colocaba su rodilla sobre el hombro.

El rostro de Peter... Su boca estaba...

–No te preocupes –le dijo–. No te dejaré caer.

Las ocupadas manos del duque desplazaron hacia atrás los metros de tela que le cubrían las caderas y el satén se arrugó con facilidad. Selina sintió un suave mordisco en los confines de sus medias, un placer mezclado con algo de dolor que le subía por los muslos igual que una mecha prendida. Él le colocó una mano sobre el glúteo, amasándolo, y gimió en voz baja.

–Adorable y preciosa. Mi dulce Selina.

El pánico la atravesó de forma súbita. Se había imaginado haciendo aquello bajo las sábanas. Había visto las ilustraciones en los libros de Belvoir: unos pechos generosos que equilibraban la curva de las caderas, la sinuosa cintura de una mujer. Selina sabía que ella no se parecía en nada a esas ilustraciones. Tenía los pechos pequeños, las caderas anchas y los muslos marcados aquí y allá con hoyuelos. No quería que Peter, al estar tan cerca, se percatara de esos detalles.

–Peter –musitó–. Quizá deberíamos...

Y entonces sus pensamientos se dispersaron como semillas de dientes de león, porque Peter apoyó los labios sobre los rizos que protegían su sexo.

Murmuró algo que ella no entendió, y la vibración la recorrió entera, resonando en profundidad en todo su cuerpo, asentándose en sus labios, pezones y vientre. Con una pierna sobre el hombro de Peter, estaba abierta a él, temblando, vulnerable y necesitada. Sintió el calor húmedo de su boca, los firmes movimientos de su lengua.

Jadeó el nombre de Peter. Los movimientos eran lentos, deliberados, tan pausados como lo habían sido los que había dejado sobre la piel de su clavícula. La lamió y ella gimió ante la suave intrusión, jadeó cuando sus dedos siguieron el camino de su lengua. Selina movió las caderas sin querer, mientras los dedos del duque la llenaban. La recorría por dentro, con rápidos lametones y succiones, y entonces oyó un sollozo urgente que sabía que era suyo. Peter iba

tan lento, tan sosegado, y aun así ella sentía cómo la presión del clímax crecía, ágil y violenta en su interior.

Notó que los muslos le empezaban a temblar y apretó la rodilla sobre el hombro de él. Estaba a punto de...

Peter paró. Apartó la cabeza y bufó; fue un soplo de aire fresco sobre el haz de nervios en el vértice de su sexo. El orgasmo, que había crecido sin pausa, se desvaneció de pronto, y ella inhaló con dificultad.

Peter emitió un pequeño murmullo de aprobación entre sus piernas. Con la mano libre, le acarició la hendidura entre los glúteos y luego enroscó los dedos alrededor de la blanda carne de su muslo.

–Adorable –susurró, y volvió a lamerla, esta vez más fuerte y más rápido, moviendo los dedos en su interior. Una y otra vez. La presión aumentaba, el dulce calor le subía por la parte trasera de las piernas y le oprimía el vientre.

Se detuvo de nuevo.

Selina apoyó con fuerza la cabeza sobre el duro yeso.

–Peter –jadeó–, ¿qué estás haciendo?

Alzó la vista. Tenía la mirada ensombrecida, los párpados entrecerrados.

–Complacer a mi mujer, o eso espero.

–Estás... ¡Estás haciéndolo mal!

Peter curvó los labios poco a poco hasta echarse a reír.

–Dios –suspiró–, me vuelves loco. –La recorrió entera con la mirada y se detuvo en su sexo, descubierto ante él–. Agárrate fuerte. Vamos a ver quién de los dos se equivoca.

Inclinó la cabeza de nuevo. Y, una vez más, movió los dedos, penetrándola hasta el fondo. Una vez más, le succionó el clítoris, primero con cuidado, luego con fiereza. Sus dedos la llenaban con una deliciosa densidad. Selina jamás había sentido nada igual, ni siquiera cuando se exploraba a sí misma, ni siquiera cuando se tocaba pensando en él.

En aquella ocasión, cuando el orgasmo ascendió, cada vez más alto, Peter no paró. Continuó, implacable y sin descanso, mientras Selina arqueaba la espalda y clavaba el talón en su espalda,

mientras el placer la atravesaba y le nublaba la vista, ola tras ola de una dicha irracional e incomprensible.

Por fin, muy poco a poco, Peter se apartó. Con delicadeza, volvió a colocar el pie de la chica en el suelo. Selina se dio cuenta, aturdida, de que había perdido un zapato al sentir, a través de la media, el contacto de su pie con el frío mármol. No entendía por qué, pero le parecía erótico: el frío de la piedra que contrastaba con el calor del cuerpo de Peter mientras este se incorporaba y la abrazaba.

Peter le decía cosas, y esos sonidos ininteligibles fueron convirtiéndose en palabras que ella fue comprendiendo de forma gradual: «guapa», «preciosa» y «bien».

La mente de Selina empezaba a despejarse.

–De acuerdo –susurró, deslizando las manos alrededor de la cintura del duque–. No te equivocabas.

La mirada de Peter seguía ensombrecida, aunque había relajado la expresión y no le exigía nada.

–Acepto la victoria, pues –respondió, y la besó.

Peter era amable. Tan delicado, con unos labios tan suaves, y ella... Ella notaba su propio sabor en los labios de él. Había leído sobre aquello, sobre el sabor de la humedad femenina, sobre el sabor del semen del hombre. Lo que no había anticipado era el placer profundo y oscuro que despertaría en ella. Lamió los labios de Peter, deseando más, y él abrió la boca, enredando los dedos en su melena.

Notó, más que oyó, su gemido. Selina se tragó la mansa exhalación de su aliento y de repente se sintió libre.

Estaba loco por ella. Lo había dicho él mismo. Selina lo agarró por la camisa, tirando de ella para sacársela por fuera de las calzas, y agradeció en silencio al ayuda de cámara que lo dejara deambular por la casa sin nada más que la camisa y las calzas de seda. Notó la piel de Peter increíblemente caliente bajo sus manos, así que las deslizó, asombrada, por los músculos de su espalda y luego bajó por dentro de la cinturilla de las calzas y alrededor de la tensa curva de sus nalgas.

Sintió cómo las manos del hombre se tensaban en su pelo, tirándole de la cabeza hacia atrás.

–Selina –advirtió despacio–. Deja que te lleve a la habitación.

Por poco acepta. Podía imaginarlo: Peter colocándose sobre su cuerpo mientras ella yacía bocarriba sobre la cama.

Pero ahí estaba la temeridad. La llevaba dentro, siempre lo había sabido, y él hacía que la aceptara como algo intrínseco.

–No –susurró Selina–. Aquí.

Luego movió la mano hacia la parte delantera para agarrarle el pene. Los ojos de Peter se oscurecieron en una expresión casi dolorosa.

–Selina...

Movió también la otra mano, muy despacio, tal y como él había hecho, dejando que sus uñas resbalaran sobre su piel. Peter se estremeció, los músculos del abdomen tensos, y ella notó el mismo tirón en su interior.

Quería rodearlo con los dedos. Había visto las ilustraciones y podía imaginar cómo el miembro se alzaría entre sus manos mientras lo acariciaba arriba y abajo.

Pero... ¡Maldita su suerte! Ningún libro explicaba cómo desabrochar unas calzas, así que luchó contra ellas.

–Estúpida –masculló– prenda odiosa.

Tiró con más fuerza, sus dedos rozándole con torpeza el pene. Botones, tela y, después, para su desgracia, otro juego de botones oculto por debajo.

Peter enterró la cara en la curva del cuello de Selina y rio.

–Ni se te ocurra...

–Selina –murmuró él, sin apartarse–. Doy gracias a la providencia por esta demora, para evitar ensuciar mi ropa interior.

–Ah –dijo Selina, entendiendo que lo considerara algo vergonzoso.

Y, sin embargo, la idea de verlo completamente desarmado...

Al menos había logrado aflojárselas y sus dedos ya viajaban por debajo de las calzas. El miembro de Peter estaba tan duro como el mármol bajo sus pies, pero también ardía y se curvaba contra su palma. Rodeó su longitud con ambas manos, y él dejó escapar un gemido ahogado contra su hombro.

Selina recorrió con el pulgar el glande con curiosidad, recogiendo la humedad que se había acumulado en la punta para extenderla en círculos.

–Ahora –anunció Peter con voz ronca– sí que deberíamos subir.

–No.

–La puerta... está abierta.

–Menos mal que no tienes criados.

Tomó el rostro de Selina entre sus manos y la miró fijamente a los ojos.

–¿Quieres que sea... aquí?

–Sí.

Peter ahogó una palabrota en un beso vehemente y repentino antes de separarse.

–Despacio –advirtió, como para sí mismo, observando los pequeños pechos de Selina, aún altos, y su propio miembro atrapado entre las manos de la muchacha–. Iré muy despacio. –La empujó contra la pared y le levantó una pierna para obligarla a rodearle la cintura con ella–. Me aseguraré de que estás lista. Mojada, desesperada y ansiosa por mi polla.

A Selina no le sorprendió aquel lenguaje tan honesto: había leído esas palabras y otras muchas, más toscas aún. Pero sí se sorprendió al ver cómo la hacían estremecerse. Los pezones se le tensaron bajo la mirada del hombre; notó su centro cálido y húmedo. Peter le cubrió el monte de Venus con la mano.

–¿Te gusta? –Selina sintió el aliento caliente de Peter en su oído–. ¿Te gusta que te diga lo que voy a hacerte?

–Sí –jadeó ella. Apretó el agarre alrededor de su miembro, como si quisiera acercárselo más, y él siseó.

No estaba sufriendo. De eso estaba segura. Por eso, lo acarició de nuevo, un poco torpe.

Él le respondió con el talón de la mano firme contra el clítoris mientras introducía dos dedos en su interior. Ella se movía contra él, indefensa, buscando más.

–Sí –dijo Peter–. Eso es. Coge todo lo que necesites.

Selina no entendía cómo podía estar tan cerca del orgasmo otra vez, y aun así lo sentía ahí, acumulándose. Echó la cabeza hacia

atrás, casi frenética. Dolía. ¿Acaso Peter no lo entendía? Lo necesitaba y...

Y entonces, de pronto, Selina sintió la presión que el pene de Peter hacía en su entrada, firme e insistente, y gimió aliviada. Peter volvió a hablar («húmeda», «dulce» y «bien» entre sus palabras), pero estaba muy lejos de poder escucharle. Apretó la pierna alrededor de su cintura, tratando de animarlo, de hacerle ir más rápido e introducirse más en su cuerpo.

Más palabras («Joder, sí, por favor»), y luego fue deslizándose dentro de ella, embistiéndola con más fuerza contra la pared, alzándole las caderas cada vez que entraba y salía, ensanchándola poco a poco para acogerlo.

Había leído acerca de la virginidad, acerca del himen, pero no sintió ninguna barrera similar mientras él avanzaba con paciencia en su interior. Solo un leve ardor al forzarse para recibirlo, una presión dolorosa tan honda que creyó que podría quebrarla.

Selina se aferraba a sus hombros y sintió el trabajo que hicieron sus músculos cuando Peter deslizó una mano entre sus cuerpos y encontró los nervios sensibles justo encima de donde la estaba penetrando. Sus dedos eran hábiles y seguros cuando la acariciaban al compás de su pulso. Apoyaba la mano libre en la pared, junto a la cabeza de Selina, para mantenerlos a ambos firmes mientras se retiraba. Despacio. Y luego volvía a entrar. Menos despacio. Menos controlado.

Desbordados. Los dos se rendían al abismo.

Era... algo que Selina jamás habría podido imaginar. El latido de su corazón, el ímpetu de su miembro, el ritmo de sus dedos, que la hacían estremecerse y jadear y viajar hacia un terreno desconocido.

Peter retiró la mano cuando Selina llegó al orgasmo y se aferró a sus caderas, levantándola hasta ponerla de puntillas para volver a embestirla, en esa ocasión con más premura. El aliento le salía desgarrado, pero no la soltó en ningún momento. Ahí estaba ella, atrapada contra la pared y totalmente erguida para facilitarle el acceso y el placer.

Quedó una sola palabra en la boca de Peter: el nombre de ella, repetido sin cesar, con furia y desconcierto, hasta que al fin se

apartó, temblando, y derramó su semilla en el muslo de Selina.

Dejó caer la cabeza de nuevo en el hueco de su cuello, aflojando la sujeción de sus nalgas. Una gota de sudor se deslizó entre los pechos de ella. Un susurro fresco contra su piel ardiente. Peter alzó la cabeza y pestañeó.

–Joder.

Selina desvió la vista para comprobar qué era lo que Peter estaba mirando, pero no logró entenderlo.

–¿Qué pasa?

–Creo que he atravesado con la mano la cara del tío abuelo Francis.

–¿Cómo?

Selina se apartó para poder comprobar...

La mano de Peter, que ella había creído apoyada en la pared junto a su cabeza, había atravesado de lleno la tensa tela de un retrato al óleo. El rostro adusto de un hombre colgaba con patetismo junto al pulgar del duque.

–¡Oh, Peter! ¡Era un Lawrence! ¡Debería estar en la Academia!

Peter sonrió en su dirección, con los rizos cayéndole sobre la frente. Algo se desplegó, cálido y suelto, en su vientre.

–No me arrepiento.

CAPÍTULO 18

¡Estimada duquesa!

¡Sabía que sentías un afecto especial por Peter Kent! ¡Lo sabía! ¡Ja! (Clermont dice que voy a despertar a mis primos con mis carcajadas, pero solo está enfadado porque se equivocaba).

De parte de lady Faiza Greenlaw, condesa de Clermont, para su excelencia Selina Kent, duquesa de Stanhope.

La cama debía de estar ensamblada en el dormitorio ducal. Era la única pieza de mobiliario que quedaba cuando Peter se mudó al palacete de Stanhope, probablemente porque era demasiado grande para sacarla por la puerta. Se trataba de un imponente mueble de madera que le recordaba a la imagen de un enorme navío, con la proa extendiéndose casi hasta la pared contraria.

Y en aquella cama que parecía un barco, mecida por pequeñas olas de sábanas y colchas, yacía Selina. Su esposa.

Las sábanas (Humphrey las había planchado el día anterior) eran nítidas y blancas. Se extendían con suavidad sobre las piernas de la mujer, se le enroscaban en las caderas y se abrían alrededor de la larga curva de sus costillas y sus hombros. Dormía. Dormía, y él permanecía al otro lado de la habitación, admirándola.

Había besado esa piel desnuda y luminosa. Le había recorrido con la lengua la curva de los muslos, le había apretado el culo mientras

la penetraba. Una vez en la galería de retratos. Otra vez en la cama. Había saboreado su cuerpo entero. Quizá se le habían escapado uno o dos rincones. Pero tenía toda la mañana para enmendar su error.

Se había levantado para ir en busca de una taza de café y una de té para Selina, solo porque la había visto bebiendo té. Debería irse. Debería irse o, al menos, debería apartar la vista, dejar de mirarla como un idiota enamorado y ponerse los estúpidos pantalones.

Al diablo con el café. Dejó caer los pantalones y se acercó a la cama. Se sentó junto a ella, y el colchón se hundió bajo su peso. Selina se movió, abrió los ojos y lo encontró con una pequeña sonrisa adormilada.

–Peter.

Sintió cómo el nudo que le oprimía el pecho se deshacía al verle la cara. Su sonrisa, sus ojos.

Pensó que quizá estaba feliz de verlo. Quería que estuviera feliz de verlo. Pero también lo aterraba.

Si Selina estaba feliz, había algo que perder. Si lo consideraba algo más que un necio egoísta, estaba condenado a decepcionarla.

Se inclinó en silencio y le besó la punta de la nariz, larga y elegante. «Así sí», pensó. Aquel era su idioma. Le besó la comisura de la boca. Deslizó un dedo por uno de los laterales de su cuello, y Selina se estremeció bajo su roce.

–Buenos días –le susurró al lunar que adornaba la cima de su hombro.

–Peter, tengo que lavarme los dientes –se quejó ella.

–Imposible. Estás desnuda.

Selina rompió a reír y volvió a moverse. Quiso dejarla ir, pero enseguida se dio cuenta de que lo estaba observando. Sus ojos resplandecían como la mañana.

–Me miras como si verme no fuera suficiente –musitó la chica.

–Es que no es suficiente.

Peter levantó la sábana arrugada, la tapó hasta los hombros y luego deslizó las manos lentamente, acariciándole los laterales de los pechos, la caja torácica, la curva de la cintura, todo por encima del fino lino. Un rubor tiñó las mejillas de Selina.

–Y tocarte tampoco es suficiente. Me he planteado pasarme la mañana haciendo esto. Tocándote. Saboreándote. Pero una simple mañana tampoco es suficiente.

Selina alzó el mentón, exponiendo su cuello, y él posó los labios bajo la línea de su mandíbula. Un beso. Un leve mordisco.

–¿A qué hueles? No sabes desde cuándo he deseado saberlo. Años, diría.

Ella rio con un hilo de voz, llevando una mano hacia la nuca de Peter.

–A mi jabón. A aceite de bergamota.

Se detuvo en la clavícula de Selina.

–¿Hueles a té?

–Lamento decir que la bergamota es una naranja muy ácida.

Peter recorrió con la lengua el valle bajo el delicado relieve del hueso.

–Imposible. Hueles a especias y a algo dulce. Quizá sea tu piel.

No pudo contenerse. Tenía su pezón a pocos centímetros de la boca y lo atrapó a través de la sábana. Selina jadeó y arqueó la espalda, haciendo presión contra su boca. Al parecer, ella también quería más. Y él estaba preparado para lo que fuese que viniera. Pero despacio. Debía ir despacio.

Se apartó un poco y le sostuvo un pecho entre el arco del pulgar y el índice.

–Tienes unas tetas estupendas –espetó con naturalidad.

–No me provoques –dijo, enredando los dedos en el pelo de Peter.

–Te prometo que no estoy provocándote. He pasado mucho tiempo pensando en ellas.

–He visto ilustraciones, Peter. Son demasiado pequeñas. No se puede jugar con ellas.

Ahora le tocaba a él mostrarse divertido.

–¿No se puede... qué?

–¡Jugar con ellas! –Ante la expresión de Peter, Selina se detuvo–. ¿Acaso no es... una actividad normal?

–No sé qué decirte. No sé a qué te refieres.

–Pues... a poner el miembro del hombre entre los pechos y... –Selina lo miró, roja como un tomate–. No importa.

Peter se quedó sin palabras. La sangre había abandonado su cabeza.

Así que Selina continuó hablando:

–Da igual. Belvoir. Es tan difícil saber qué es lo normal y qué no lo es. –Le lanzó una mirada de preocupación–. Pero... Por ejemplo, azotar. Eso seguro que no es lo normal, ¿verdad?

–¿Azotar? –Peter encontró las palabras, aunque su voz parecía haber alcanzado un tono inusualmente alto.

Selina apretó los dientes.

–No, claro que no. ¡Que el diablo te lleve, Jean Laventille, con esos intereses tuyos tan peculiares!

Él intentó no reírse, aunque no sin esfuerzo.

–¿Te interesan los azotes, esposa mía?

–¡Por supuesto que no! –Su rubor se intensificó–. Supongo que no lo sé.

–Ay, Dios mío. –La abrazó y se dejó caer sobre la cama–. Te lo suplico. Cuéntame todo lo que hayas visto y leído que te haya intrigado.

–No... No sé... No sé si tenemos tiempo.

Peter gimió.

–No tienes ni idea de lo que me haces.

Selina deslizó una mano de dedos largos entre sus cuerpos y subió por el muslo de Peter, deteniéndose justo antes de llegar a su pene.

–Alguna idea sí tengo.

Satisfecho con esa respuesta, la besó con premura, intensidad y profundidad, tratando de recordar por qué debía ir despacio.

–Peter. Anoche, durante el sexo... –vaciló–. ¿Es la palabra adecuada?

–Es una buena palabra. Pero te animo a soltar todas las palabras que conozcas, solo para compararlas.

–No seas necio. –Sin embargo, su mirada del color del ron era amable–. Durante el sexo, ¿por qué te retiraste? ¿Te gusta así?

Peter se quedó paralizado.

–No... No lo sé. No creo que sea porque me guste. Pero no hemos hablado de tener niños, Selina. No quería dar nada por hecho.

¿Quieres hablarlo ahora?

–Yo... Oh. –Selina parecía sorprendida, pero no disgustada–. Supongo que supuse que... Bueno, eres duque. ¿No quieres un heredero?

–No es mi objetivo en la vida. –Llevaba más de un mes siendo duque, pero nunca había querido el título ni lo había estado esperando, así que no sentía ningún apego particular por el ducado–. Entiendo que tú sí quieres tener hijos.

Selina agitaba las oscuras pestañas sin parar.

–No estoy segura. No... No lo sé.

–Pues entonces –comentó Peter, haciendo una pausa en mitad de la frase para besarla– esperaremos. Hasta que los dos estemos seguros.

La hundió en el colchón y volvió a besarla.



Horas después, Selina tarareaba mientras se ponía los pendientes. ¡Estaba tarareando! Qué despropósito, desde luego. Y todo era culpa de Peter. De Peter y su costumbre de silbar en los momentos menos oportunos. De Peter y su alegría contagiosa.

Siguió tarareando mientras se abrochaba los guantes y salía del vestidor. Peter ya estaba en su despacho, trabajando en su próximo discurso parlamentario. Ella quería pasarse por la oficina de Laventille por la tarde: en teoría, para hablar sobre las compras destinadas a reponer la expoliada biblioteca de la casa de Stanhope, pero en realidad para tratar la tirada que necesitaba de la siguiente novela de Walter Scott y comentar los recientes rumores que vinculaban a Nicholas con Belvoir.

Se detuvo al pie de la escalera, muy contenta.

–¡Lydia!

Humphrey acompañaba a su amiga al salón principal. Selina se anotó mentalmente que debía pasarse también por el registro civil aquella misma tarde. Personal; necesitaban personal ya. Humphrey y Lydia se quedaron quietos al oírla.

–Quizá mejor en el comedor –le indicó a Humphrey. De momento, era la única estancia de la planta baja con sillas.

Selina intentó no reírse ante la expresión de desconcierto de Lydia cuando se sentaron casi rodilla con rodilla a la mesa cuadrada del comedor.

–¡Me alegro tanto de verte! –exclamó–. Deberías haberme enviado una nota. Estaba a punto de salir. No habríamos coincidido.

–Selina. –La voz de su amiga era grave y contenida–. No me habría presentado aquí la mañana siguiente de tu boda si no fuera algo urgente.

–¿Qué sucede? ¿Es tu madre? ¿Te ha exigido algo más? Oh, Lyddie...

–No es por mí –la corrigió–. No he venido por mí.

Selina parpadeó.

–Menos mal. ¿Qué pasa entonces?

Lydia desvió la vista hacia su regazo. Movió el gran bolso de malla que llevaba y levantó la solapa. Sacó de dentro un libro encuadernado en un verde esmeralda brillante.

Su corazón dio un vuelco e intentó mostrar un interés casual.

–¿Un libro?

–Sí –respondió Lydia–. Un libro de Belvoir, como ya debes de saber.

–¿Hay nuevos rumores sobre Nicholas? –La tensión que había estado acumulando durante los últimos dos días se le anudaba con fuerza bajo el esternón–. ¿Has venido por eso?

–No. Al menos, que yo sepa. Pero tú, Selina..., eres socia de Belvoir, ¿verdad?

–Sabes que no. Estoy suscrita en la Royal Colonnade.

Era cierto. La Biblioteca Royal Colonnade era su principal competencia.

–Ya lo sé. Pero hemos hablado alguna vez del catálogo Venus, ¿no?

–Sí, por supuesto. Me parece fascinante.

Lydia le mantuvo la mirada con esos ojos tan azules.

–¿Y jamás has pensado en hacerte socia? No me parece nada propio de ti, Selina.

Sintió calor y frío al mismo tiempo.

–Nunca he sentido la necesidad.

Lydia dejó caer el libro verde sobre la superficie lisa de la mesa, justo entre ellas.

–¡Caramba, Selina, sé que eres tú!

No podía intentar negarlo. No a su mejor amiga, la mujer más inteligente que conocía, que todo lo sabía.

Siempre supo que era cuestión de tiempo.

–¿Cómo? –le salió en un susurro.

–Por el amor de Dios, Selina, he pensado. No ha sido difícil de averiguar, sobre todo después de lo alterada que estabas en la modista hace un par de días. Me pregunté por qué estaban vinculando Belvoir con el duque de Rowland. Dios sabe que su ideología política no coincide con la que promueve el catálogo Venus. –El azul de los ojos de Lydia se oscureció de pura agitación–. Es suya, ¿verdad? Es el dueño de Belvoir.

–No –contestó Selina con voz ronca–. El dueño es Will.

–Claro. Por supuesto. Will lleva años fuera del país, por eso han atribuido la gestión de la biblioteca a Nicholas. En cuanto me paré a pensarlo, supe que no podía ser él. Eres tú, Selina. Tú diriges Belvoir. Tú empezaste el catálogo Venus.

–Es verdad. –Apretó la mandíbula y se obligó a continuar–: La dirijo yo. Fue después de lo de Ivy Price y la noticia de su embarazo. Después de enterarme de que algunos lores tienen queridas aparte de esposas. Estaba tan cansada de sentir que no tenía ningún tipo de control sobre mi vida... que decidí tomar las riendas. Will me compró Belvoir. Y yo la dirijo.

Los ojos de Lydia brillaban, humedecidos, y por un momento Selina creyó que estaba furiosa. Luego se dio cuenta de que estaba dolida, y aquel nudo de angustia que la atenazaba por dentro se tensó aún más.

–¿Por qué no me lo dijiste? –preguntó–. ¿No confiabas en mí? ¿Pensabas que no sabría guardarte el secreto?

–No quería decepcionarte. No quería que me odiaras.

–¿Pensabas que te odiaría? ¿En serio?

–No. No... No lo sé. ¡Estaba asustada, Lyd! No lo sabía nadie, solo Will.

–¿Y tu marido?

–Lo sabe –admitió con pesar–. Se lo conté antes de la boda.

–Algo es algo.

Selina no lograba que su cerebro trabajara con normalidad. Podía ver la veta de la mesa de roble frente a ella, un patrón entrelazado de tonos claros y oscuros. Apoyó la mano sobre la superficie; los dedos extendiéndose sobre las líneas de la madera.

Lydia lo había descubierto. ¿Cuánto tiempo le quedaba antes de que más gente lo supiera? ¿Antes de que toda la alta sociedad estuviera enterada?

Necesitaba más tiempo. Solo un poco más... Solo hasta que terminara la vista para la tutela. Y entonces, todo podía venirse abajo.

–Selina. –La voz de Lydia fue más tierna, y ella alzó la vista para comprobar que los ojos de su amiga ya no estuvieran ahogados en lágrimas–. Lo entiendo. Entiendo por qué lo has hecho.

Estaba saliendo demasiado bien. Quiso pedirle que lo repitiera, pero se contuvo, tragándose el impulso de buscar consuelo. No se lo merecía.

–Recuerdo lo disgustada que estabas cuando Ivy... –Lydia se interrumpió–. Cuando Ivy... ¿Le pagas tú la casa? La de Gloucestershire, cerca de la propiedad de tu familia. No puedo creer que no me diera cuenta antes.

–Sí. Bueno, oficialmente es Will quien paga. Pero fue idea mía.

–Tú... Claro que fue idea tuya –rio entre divertida e irónica–. Fue idea tuya financiarle la vida a una mujer embarazada, supongo que para el resto de sus días. Igual que fue idea tuya hacerte cargo de una biblioteca de suscripción y de la reeducación de todas las mujeres de la alta sociedad.

–Sí.

–Dios mío, Selina, ¿de dónde has sacado el tiempo para hacer todo eso?

–¿Quieres que te sea sincera? No me gustan el francés, la acuarela ni la costura. En cuanto dominé el baile, tuve muchas horas

libres que ocupar.

Su amiga alzó una ceja. Y luego se echó a reír.

Selina la observó horrorizada.

–¡Por Dios! –Lydia se presionó las palmas de las manos contra los ojos, medio doblada sobre su regazo–. Lo siento muchísimo. Sé que no es para reírse. Pero solo tú dirías que odias la costura y te propondrías, en cambio, revolucionar la sociedad.

–No es que la odie –protestó fútilmente–. Es que no se me da bien.

Lydia cogió su bolso, ya vacío, y se lo lanzó.

–¡Madre mía, Selina! ¿Qué vas a hacer?

–Tengo que averiguar quién está difundiendo esos rumores. Si es Alverthorpe, otro miembro de la nobleza o alguien que no tiene nada que ver. Y tengo que pararle los pies.

–Pero ¿y los niños? –se quejó Lydia–. Los hermanos de Stanhope. El duque no va a quedar nada bien en esta historia si todo sale a la luz, Selina.

Sería una pesadilla: sus peores miedos haciéndose realidad.

Peter había acudido a ella porque quería que lo ayudara a asegurarse la tutela. Eso era lo que Selina podía ofrecerle. Lo que se le daba bien. Era lo único por lo que se había permitido casarse con él: la certeza de que podría mantener aquel secreto en la oscuridad el tiempo suficiente para que el lord canciller fallara a favor de su marido.

–Le ofreceré dinero –dijo, medio desesperada–. Descubriré quién es y le pagaré a cambio de su silencio. La vista es en menos de dos semanas. Haré que valga la pena que calle.

Lydia suspiró.

–Tienes una respuesta para todo.

–No la tengo –confesó, abatida–. Ojalá la tuviera.

Durante unos segundos se planteó ir a Rowland House para desahogarse con su hermano, pero... no. No. Tenía que acudir a él con un plan ya trazado, con la situación bajo control. No podía arrojarle más problemas de los que ya le había dado.

Lydia se recogió un rizo cobrizo tras la oreja.

–Sabes que estoy de tu parte, ¿verdad? Para lo que necesites.

–Lo sé. Eso significa... mucho para mí. –Se apoyó en la madera ranurada de la mesa, pues necesitaba esa sensación de firmeza que le otorgaba–. Es más de lo que merezco.

Pero, cuando Lydia abandonó el comedor, Selina no se levantó. No se puso en pie de un salto ni se lanzó a la acción de manera imprudente. Se quedó mirándose los dedos desnudos sobre la madera y escuchando cómo su respiración temblorosa resonaba en la estancia silenciosa.

Si no lo conseguía...

No podía permitirse pensarlo siquiera. Si no lograba descubrir quién estaba difundiendo los rumores, si no lograba persuadir a esa persona para que no hablara, si de algún modo la verdad sobre su implicación en aquel escándalo salía a la luz antes de la vista...

Pero, aun así, debía pensar muy bien lo que iba a hacer. Tenía que trazar un plan.

¿Cómo reaccionaría Peter si su secreto se descubriera ahora, cuando la vista para la tutela estaba tan cerca? Quedaría hecho añicos. La culparía a ella de...

No. En realidad, dudaba mucho que Peter fuera a culparla. Y eso era, en cierta manera, peor. Ser la causa de que su felicidad se viera destruida y que él intentara perdonarla por ello. Defraudarlo de esa forma sería insoportable.

Pensó en Ivy Price y en la casa que Will había comprado para ella y su hijo en Gloucestershire.

Podrían hacerlo de nuevo. Si el escándalo estallaba antes de la vista, podría abandonar a Peter y a los niños, comprarse una casa lo más lejos posible, quizá en Cornwall o en Gales. Podrían anular el matrimonio. Peter podría denunciarla públicamente, y tal vez así conseguiría evitar la mayor parte del daño.

Nada volvería a ser como antes entre ellos. No habría más confesiones sinceras ni sonrisas despreocupadas. Aunque él no fuera a guardarle rencor, era inevitable.

Sería mejor cortar de raíz. No le gustaría. Quizá ni siquiera estaría de acuerdo al principio. Pero los niños eran más importantes. Los niños eran la prioridad, así que Peter tendría que aceptar su plan,

porque tener la tutela significaba más para él que cualquier otra cosa en el mundo.

Empezó a ver los dedos borrosos y los contempló fijamente hasta que la vista se le aclaró. Cuando esto ocurrió, cuando volvió a notar la respiración estabilizada, se levantó.

Necesitaba escribir a Will. Necesitaba revisar las cuentas y las listas de socios, y tal vez preguntarle a su agente si sabía de alguna casita en Cornualles para una dama arruinada. Tenía la intención de probar todo lo que estuviera en sus manos para evitar que la verdad se descubriera antes de la vista. Pero, si fracasaba y el escándalo estallaba de todos modos, tenía que estar preparada.

Y lo haría pasara lo que pasara, incluso aunque la idea de abandonar a Peter, de dejarlo solo en aquella casa tan grande y vacía, rompiera algo dentro de ella. Porque no tenía otra opción.

CAPÍTULO 19

[...] Me empujó una pasión tan impetuosa que no pude resistirme. Hice lo que hice porque no pude evitarlo.

Extracto de *Fanny Hill*.

Debía contárselo a Peter. No todo. No quería decirle que tenía intención de marcharse si era necesario. No quería pronunciarlo en voz alta. Pero tenía que contarle lo de los rumores y explicarle su plan para descubrir quién estaba difundiéndolos. Necesitaba decirle que su respetabilidad se estaba viendo amenazada. Y no quería hacerlo.

Esa era la cruda y humillante verdad. No quería contárselo. Había sido muy complicado explicarle lo de Belvoir antes de casarse: compartir algo que había sido solo suyo y de Will durante tanto tiempo.

Pero ahora que estaban casados, era mil veces peor. Era su marido. Cada decisión impulsiva e imprudente que tomaba en su vida formaba también parte del futuro de Peter, no solo del suyo. Sus buenas intenciones eran un consuelo muy pobre ante la realidad de todos esos secretos estrellándose de lleno en su vida.

Se pasó la tarde comprando muebles para la planta baja. Sentía una satisfacción hueca al intentar convertir aquella casa tan peculiar en un hogar. Se le daba de lujo organizar y planificar, pero era un

desastre total a la hora de tomar decisiones para proteger a quienes le importaban.

En pocos días, la casa se llenaría de criados y los dormitorios estarían provistos de camas y sábanas. Había pensado en qué habitaciones serían las mejores para los niños.

Y ahora, por culpa de sus secretos, quizá jamás llegarían a vivir allí.

Era doloroso: elaborar listas de muebles e imaginar un futuro que no sabía si sería capaz de materializar.

Se pasó el día intentando distraerse con nimiedades, y cuando Peter entró en la alcoba esa noche, pensó en huir. Ojalá no lo hubiera besado en Rowland House. Ojalá lo hubiera convencido de casarse con otra en lugar de con ella.

Y, aunque lo pensaba de verdad, algo avaricioso y posesivo en su interior rechazaba la idea. Peter era suyo.

Sintió que esa parte impulsiva de sí misma volvía a cobrar vida, como siempre que estaba cerca de él. Nunca se conformaba con medias tintas, ¿verdad?

No le había bastado con ayudar a Ivy Price. Había tenido que revolucionar por completo la educación femenina ante el público culto de Londres.

No le había bastado con ayudar a Peter a casarse. Lo había tenido que besar y se había tenido que entregar a él, y cuando Peter le había dado su cuerpo, ella había querido más y más. Porque nunca era suficiente.

–Peter –dijo–, tengo que decirte algo.

Selina se llevó el pulgar al aro de latón que llevaba enroscado en el anular de la mano izquierda.

Él se acomodó en la cama, cruzando los pies a la altura de los tobillos.

–¿Cuán preocupado debería estar? En una escala de «Nos hemos quedado sin huevos en la despensa» a «Lucinda ha reclutado un ejército de niños y piensa invadir Francia».

–Ay, Dios –musitó ella–. Más bien lo segundo.

Se irguió, alarmado, y Selina se odió a sí misma al ver el miedo en su cara.

–Alguien ha descubierto lo de Belvoir –le explicó–. No saben que es mía. Aún. Creen que el dueño es Nicholas, y están difundiendo el rumor por toda la alta sociedad. Tengo que averiguar quién es el responsable y pararle los pies. Quizá tenga que revelar que soy yo quien dirige Belvoir, y no mi hermano. Pero, si tengo que hacerlo, prometo esperar a después de la vista. Te lo juro.

–Ah. –Peter se recostó contra el enorme cabecero de madera tallada–. Pensaba que era algo peor.

–¡¿Peor?! –exclamó ella–. ¿Peor que el hecho de que pronto pueda saberse que tu esposa trabaja en una oficina donde publica libros de contenido sexual?

–Dios santo, Selina, lo cierto es que suena muy mal si lo dices así.

Selina hizo rechinar los dientes y él se echó a reír.

–¿Te enfadarías mucho conmigo si te digo que me excita bastante la cara que estás poniendo?

–¡Sí!

–De acuerdo –aceptó–. No lo diré. ¿Quieres que baje a pedirle a Humphrey que nos prepare un carruaje? En cuanto me ponga las botas, claro.

Madre de Dios, aquel hombre conseguía demasiado a menudo que sintiera que debía correr una maratón para alcanzarlo.

–¿Adónde narices se supone que vamos?

Peter parpadeó en su dirección.

–Pensaba que querrías ir a Belvoir. A revisar tus archivos. A escribirle a tu editor. A ver si puedes averiguar quién está detrás de estos rumores.

Cierto. Había tenido la intención de hacer todo aquello.

–¿Y tú... quieres venir conmigo?

Peter sonrió y bajó los pies de la cama.

–Por supuesto. Prometo no distraerte. Me gustaría ver dónde trabajas.

–¿No estás enfadado?

–Selina –susurró Peter, suavizando el tono de voz–. Aún no ha pasado nada. Puede que ni siquiera suceda. Nos enfrentaremos a las consecuencias cuando lleguen.

Su ecuanimidad ante un posible desastre era casi revolucionaria.

También exasperante. Era como si solo ella comprendiera las consecuencias que sus secretos podían acarrear.

Pero quería que Peter viera Belvoir. Quizá, cuando viera el catálogo de Venus desplegado en hileras de encuadernaciones verde esmeralda, entendería la magnitud de la catástrofe que se avecinaba.

Quizá entonces se daría cuenta de lo equivocado que había estado al casarse con ella. Quizá entonces Selina vería arrepentimiento en su rostro. Y si algún día tuviera que abandonarlo... Bueno, quizá entonces Peter entendería las razones.



Después de casi tres horas en la oficina, Peter seguía interesándose únicamente por los libros de las estanterías.

Selina había tomado muchas notas sobre todas las socias del catálogo Venus que pudieran tener el prestigio social suficiente como para difundir rumores sobre un duque adinerado y poderoso. Había escrito dos cartas, una para Jean Laventille y otra para su banquero, solicitando más información sobre cualquiera que hubiera mostrado interés por su catálogo de forma reciente. Comprobó que tenía capital más que suficiente para pagarse una casa en Cornualles. Pensó en redactar una carta de recomendación para Emmie, pero los dedos le temblaban tanto que no lo consiguió.

Selina había estado reflexionando detenidamente sobre quiénes de sus socias podrían ser mujeres de los enemigos políticos de su hermano, y llegó a la conclusión de que debía indagar más, valiéndose de la red de cotilleos de Lydia, para identificar a aquellas que fueran *tories* declaradas.

Mientras tanto, Peter merodeaba por ahí.

No hablaba, pero tampoco dejaba de sacar libros de las estanterías. Las encuadernaciones verdes, que disfrazaban con mucha eficiencia las obras del catálogo Venus para que incluso las debutantes más inocentes pudieran transportarlas sin levantar sospechas, impedían que Selina adivinara qué estaba leyendo.

¿Era Waverly? ¿Un tratado sobre la abolición que tal vez quería anotar?

¿O era el último libro de poesía erótica griega que Selina había adquirido? Su copia personal de las memorias de Covent Garden, donde había, horror de los horrores, pasado toda una hora tomando notas en los márgenes.

Rezaba porque no estuviera leyendo *Las fiestas de lady Bumtickler*. Aunque... todavía no había encuadernado aquel título con el verde de Belvoir, así que no podía ser ese.

Lo cual era un alivio.

Ras, ras, hacía la pluma de Selina.

Flap, flap, hacían las hojas cuando Peter las pasaba. Colocó de nuevo el libro en la estantería y sacó otros tres.

Selina no pudo soportarlo más.

–¿Has encontrado algo interesante?

–Mmmm –musitó él, distraído–. Estoy investigando lo de juguetear con los senos.

Selina dejó caer la pluma.

–No es verdad.

¿Acaso no entendía que estaban en medio de una crisis?

–De acuerdo, pues no es verdad. Por cierto, ¿tomaste tú estas notas? Tienes una letra preciosa.

Selina se puso en pie de un salto y cruzó la habitación para arrebatarle el libro de las manos.

–¡No! Claro que no. –Parpadeó mirando el texto. Sí, era evidente que era su caligrafía: «¡¿Esto es físicamente posible?!». Iba a morirse de la vergüenza allí mismo, en su propia oficina–. Peter. –Fingió que no estaba roja–. Hemos venido a trabajar. Siéntate.

El duque se dejó llevar hacia una silla, pero entonces la sujetó del brazo y la atrajo hacia su regazo. Vestía solo camisa y chaqueta, y su garganta, libre de corbata, quedaba a pocos centímetros de la boca de Selina.

–Dime que estás acabando ya. Dime que puedo llevarte a casa.

–Yo... Yo...

Selina casi había terminado. Además de la investigación que estaba llevando a cabo para localizar al propagador de rumores,

también había terminado gran parte del trabajo rutinario que mantenía en funcionamiento Belvoir. Había revisado las cifras de distribución de la semana anterior, redactado pedidos para nuevas adquisiciones, escrito una nota a su secretaria para que revisara algunas obras que las socias no habían devuelto. Sobre todo, *Fanny Hill*. Al parecer, la biblioteca nunca tenía suficientes ejemplares de ese libro.

Pero había algo que la perturbaba. Se zafó del abrazo de Peter y dejó el libro que el hombre había estado hojeando a su lado.

–Todavía no.

–De acuerdo –respondió él, calmado, dejándola ir–. ¿Te he dicho ya que empiezo a desarrollar una especie de fetiche con el sonido que haces con la pluma al trabajar? Por suerte, solo por tu pluma, o de lo contrario ya me habrían echado del club.

Selina sintió un doble pinchazo: anhelo y exasperación.

–¡Peter! ¿Te estás tomando esto en serio?

Él curvó los labios en una expresión irónica que parecía distinta de su habitual sonrisa.

–Te lo prometo. –Apartó el libro y la miró a los ojos con seriedad–. Tómate todo el tiempo que necesites, Selina. Nunca dejes que te meta prisa en tu trabajo.

Ella regresó al escritorio. De repente, sin motivo aparente, las lágrimas le ardieron en los ojos, así que desvió la vista para que Peter no las viera.

No podía entenderle. Le preocupaba demasiado que el tema de Belvoir le arruinara la vida, de que sus imprudentes decisiones, por bienintencionadas que fueran, se interpusieran entre Peter y sus objetivos.

Pero él no parecía compartir ese sentimiento. Selina quería creerle, quería creer que entendía los riesgos. Que veía en Belvoir algo digno de sacrificio.

Que veía eso mismo en ella.

No sabía qué pensar. Se sentía enredada en sus propias emociones. ¿Por qué Peter había pasado tantas horas allí, matando el tiempo en su despacho? ¿Acaso estaba esperando a que ideara un plan? ¿De verdad confiaba ciegamente en que fuese capaz de

arreglar el desastre en el que los había metido? Esperaba que confiara en ella. Quería ser digna de esa confianza, pero no estaba segura de estar a la altura.

Allí, en su despacho, entre la biblioteca que ocupaba su corazón y las pruebas de su entrega a Belvoir, le asaltó la sensación de que tal vez le estaba pidiendo demasiado a la vida.

Comprendió entonces que lo que más quería era conservar Belvoir. No pensaba renunciar al trabajo que hacía con el catálogo Venus, ni siquiera cuando su secreto saliera a la luz. Amaba Belvoir. En un rincón extraño y contradictorio de su ser, estaba orgullosa de lo que había conseguido, y la idea de abandonarlo todo, de huir de Londres en un discreto éxodo de vergüenza, casi la enfurecía. Estaba marcando la diferencia para muchas mujeres, y no quería perder eso.

Al pensarlo, se sintió culpable, egoísta y obstinada. Amaba Belvoir, pero también amaba a su marido. Deseaba tener mil noches como aquella: de libros y conversación, de trabajo tranquilo y Peter. Días y noches suspendidos en el tiempo, dedicados a conocerle, a descubrir cómo bromeaba, cómo jugaba, cómo reía. A descubrir lo que podían llegar a ser juntos.

Tal vez fuese una insensatez, o una ceguera terca y temeraria, lo que la llevó a cerrar de golpe el libro de cuentas que había sobre el escritorio y alzar la vista hacia él. Tal vez había sido un error permitirse acercarse tanto a Peter. Desearlo de aquella manera. Sin embargo, allí estaba, a su lado, paciente y confiado, y ella lo deseaba con tanto ímpetu que pensar en lo que podría salir mal no era una opción.

Dejó que el mundo se desenfocara a su alrededor mientras lo miraba. Peter tenía la cabeza inclinada sobre un libro.

–Capítulo once –dijo Selina.

Peter alzó la cabeza.

–¿Perdona?

–En el libro que anoté. Hice bastantes apuntes en el capítulo once.

Peter recogió el libro, que descansaba junto a su silla, y fue pasando las páginas. No con prisa (no, esa no era su manera de

hacer las cosas, él nunca se apresuraba), sino con parsimonia, como si tuviera toda la noche por delante.

Selina prestaba atención a su respiración mientras redactaba con mucho esmero una nota para su agente. Pasaron unos segundos y entonces... Sí, allí estaba. Un leve tropiezo en aquel ritmo tan constante.

La pluma de Selina trazaba las palabras; el rasgueo reverberaba en el silencio de la estancia.

–Selina –la llamó finalmente Peter–. Si creías que podía leer tus apuntes y no sentir nada, bueno... –Se quedó callado, con los ojos aún clavados en la página–. Lamento decepcionarte.

Su risa fue grave, seductora. No sabía que pudiera sonar así.

–Por si te interesa, me había imaginado algo muy distinto.

Peter la contempló y Selina vio esa expresión que era tan necesaria para ella como respirar. Fiero y codicioso, como si quisiera hacerla suya. Hambriento, como si pudiera devorarla entera.

«Temeraria –se regañó–. Te estás metiendo en la boca del lobo, Selina».

Pero no logró contenerse. Se humedeció los labios y Peter siguió el movimiento de su lengua.

–Ven –le pidió él–. Quiero tocarte.

Selina notó cómo los labios se le curvaban en una sonrisa involuntaria.

–No.

–¿No?

–Esto es un lugar de trabajo –dijo. Aunque las palabras sonaban formales, su voz no lo era–. Debo rechazar tu oferta.

Peter la escrutó desde el otro extremo de la pequeña habitación.

–¿De verdad?

Selina abandonó su asiento tras el escritorio y se colocó delante de Peter. No apartó la mirada de la suya mientras se desabrochaba lentamente los botones del lateral del corpiño.

–Soy la directora de esta oficina. No sería adecuado que mantuviera relaciones en mi puesto de trabajo.

El corpiño se abrió por delante mientras se deslizaba las mangas por los hombros. Con calma, sus dedos recorrieron el frontal del

corsé, rozando la base de sus pechos. Los ojos de Peter, ardientes y oscuros, seguían los trazos que ella dibujaba, ascendiendo y contorneando las suaves curvas.

–Así que –continuó– es evidente que no puedo permitir que me toques aquí dentro.

Se llevó las manos a la espalda para terminar de desabrocharse el corsé. Sus pechos se derramaron por encima de la prenda. Peter no se movió de su silla, pero ella percibió cómo centraba su atención en un solo punto.

Era todo lo que Selina quería en aquel momento: que el mundo entero desapareciera.

–Eso no significa –continuó hablando mientras se desabrochaba los botones de la camisola– que yo no pueda tocarme. Que no me haya sentado aquí –señaló hacia el libro que yacía olvidado a un lado de Peter– leyendo ese libro y pensando en tus manos en lugar de las mías.

En realidad, jamás había hecho algo así en Belvoir. De hecho, había puesto los ojos en blanco ante aquellos clientes que consideraban la biblioteca un lugar adecuado para un encuentro íntimo. Pero en esos momentos, con la mirada hambrienta de Peter sobre ella, le parecía lo más adecuado del mundo.

Se sujetó los pechos por encima de la tela de la camisola, levantándolos como si se los ofreciera a Peter. Luego dejó que los lados de la prenda se separaran, dejando que los senos con las puntas rosadas resaltaran junto al blanco del algodón.

–Selina –susurró él con voz ronca–. Tengo que tocarte.

Un escalofrío lóbrego la recorrió. A Peter no le gustaba ir con prisas, ¿verdad? Era siempre tan sosegado, tan lento, tan provocador. Ella también podía jugar a ese juego.

–No –respondió Selina–. Pero puedes masturbarte mientras miras.



Peter tenía la boca seca mientras la contemplaba desde la silla junto a la chimenea. Esa mujer era su esposa. Dios era

misericordioso.

Sabía que Selina había estado muy preocupada antes de ir a la oficina y, por ende, había sentido el impacto de su gesto pálido y tenso en algún lugar de su interior. Sabía que Selina temía que les arrebatasen la custodia, y detestaba no poder hacer nada más por tranquilizarla.

Pero, al llegar, la mujer había perdido aquel aire demacrado. En ese momento, una leve sonrisa jugueteaba en sus labios. Y Peter se había aferrado con ambas manos y desesperadamente a aquel atisbo de felicidad.

Selina tenía muchas versiones en su interior: la empresaria, la inconformista, la práctica y la obstinada a la que Peter siempre había admirado. Pero también tenía muchas otras virtudes: era valiente, independiente y sensual. Todas estas facetas ardían en ella como una brasa.

La mujer se recorrió la piel, dorada bajo la luz de las velas, con aquellos dedos largos y eficientes. Se acarició los pezones, haciendo rodar las puntas endurecidas entre los dedos, y luego los pellizcó. Tenía el rostro encendido.

–Súbete las faldas –ordenó Peter con voz ronca.

Selina alzó la barbilla, con el atisbo de una sonrisa desafiante en los labios.

–Desabróchate los pantalones –ordenó ella.

Santo cielo, aquella mujer iba a matarlo. La sangre le latía de forma dolorosa por todo el cuerpo, precipitándose hacia su pene. Se deshizo deprisa de los botones del pantalón, donde la erección presionaba con fuerza contra la tela.

–Tócate –le pidió Selina, y él, sin poder evitarlo, se envolvió el miembro con la mano.

–Ahora –continuó Peter–, súbete la falda. Ya.

Selina se mordió el labio inferior mientras lo miraba. Lo liberó tras un leve tirón. Peter se notaba la piel ardiendo y la erección palpitando bajo la mano.

Entonces, ella se recostó contra el escritorio y se aferró la tela del vestido. La prenda iba subiendo poco a poco junto a las enaguas, hasta dejar ver el encaje níveo de las medias, que ofrecía un

contraste erótico y sorprendente con el color azul oscuro de su vestido. Detuvo el gesto al llegar justo por encima de las rodillas.

–Más arriba.

–Qué mandón.

En lugar de subirse la falda, deslizó una mano por debajo. Vio cómo se le flexionaban los músculos de los hombros; la tela agitándose al compás de sus movimientos.

Peter soltó un improperio y los dedos se le tensaron de forma involuntaria mientras se daba placer.

–¿Hay algo que quieras pedirme? –Selina tenía los ojos encendidos de diversión, pero la voz le temblaba.

La cuestión era qué no quería hacerle. Peter quería enterrar la cara entre sus muslos, quería embestirla con fuerza hasta que olvidara cómo se llamaba. Quería complacerla. Quería hacerla feliz.

–Quiero ver cómo te corres. Quiero ver cómo te metes los dedos en ese coño tan dulce y húmedo. Y luego quiero probarlos.

Selina se sacó la mano de debajo del vestido. Sus dedos índice y corazón brillaban por culpa de la humedad. Alzó las cejas.

–¿Así? –preguntó, y se llevó los dedos a la boca.

Dios... santo.

Hacía demasiado calor en la estancia. Los bordes se difuminaban mientras el fulgor de las velas caía sobre Selina. La luz la colmaba de oro y penumbra, centelleaba en sus labios mojados, en la cueva oculta y oscura bajo su vestido y en el delicado arco de su pantorrilla envuelta en encaje blanco.

–Me estoy conteniendo –anunció Peter– a duras penas. Así que súbete la maldita falda.

Ella se recostó un poco más sobre el escritorio, hasta quedar sentada, con los pies apenas rozando el suelo. Agarró la tela del vestido y las enaguas y la deslizó hacia arriba, cada vez más. Peter vio los diminutos lazos de las ligas en la parte superior de sus medias; rojo vino sobre los muslos pálidos.

Se permitió imaginar que era él quien le deslizaba el vestido. Se permitió imaginar que desgarraba el frágil encaje mientras lamía la pequeña marca en forma de fresa en la parte superior de su muslo.

Se permitió imaginar, solo por un instante, que era la mano de Selina la que le rodeaba el miembro, y bombeó con fuerza, la humedad acumulándose en la punta, mientras ella al fin obedecía, se subía el vestido a la altura de las caderas y se abría de piernas.

La chica se rodeó la entrada con delicadeza, avanzando y luego retrocediendo, acariciándose los pliegues, la hendidura de la pelvis y el capuchón en la cima de su sexo.

–Con las dos manos –ordenó Peter.

La mirada de Selina se tornó vidriosa, ebria de deseo, pero en vez de acatar, inclinó la cabeza hacia él.

–Tú primero.

Peter estaba encantado de obedecer; quizá así dejaría de provocarlo y acabaría por correrse, joder. Se sostuvo los testículos con una mano mientras cerraba la otra alrededor de su ansiosa erección.

Selina se deslizó los dedos dentro. Posó los dedos libres sobre su hinchado brote, moviéndolos a un ritmo vivo y circular.

Parte de la mente de Peter se dedicaba a memorizarlo todo: la manera en que se acariciaba y el compás que más la complacía (tendría que haber adivinado que su Selina, veloz e intensa, llegaba así al orgasmo), mientras el resto de él enloquecía en silencio, contemplando cómo alcanzaba el clímax sin poder tocarla.

Ella echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y soltó un gemido parecido a un sollozo.

Peter gruñó en voz alta, apretándose el miembro hasta rozar el dolor.

Vio cómo a Selina empezaban a temblarle los muslos al correrse. Ya lo había sentido, pero en aquellos momentos pudo verlo todo: el fulgor húmedo de su vulva, el intenso carmín de sus mejillas encendidas, las puntas oscurecidas de sus pezones. Selina se derramó en un orgasmo, perdida entre jadeos, con la boca entreabierta y las faldas color medianoche desplegadas a su alrededor.

Se abalanzó sobre ella antes de que dejara de temblar, antes incluso de que abriera los ojos.

–A casa –dijo. Apenas se oía por encima del estruendo de su propia sangre–. Te llevo a casa.

–¿A casa?

–Estoy intentando no follarte encima de este escritorio. –Le subió el corpiño de un tirón–. Así que nos vamos a casa. Y allí volverás a tocarte. Mientras me cabalgas.

CAPÍTULO 20

[...] Sí, se lo dije. Recibió la noticia de lo de Belvoir con ~~entusiasmo serenidad~~ ecuanimidad. ¡Oh, a la porra esta carta!

De parte de Selina para Will, carta arrugada
y abandonada entre sonrojos.

–Quiero que lo sepas –le murmuró Peter al oído–. Puedes llevarme contigo a tu despacho cuando te plazca.

El rostro expresivo de su esposa pasó del rosa al escarlata intenso. Era impresionante. Si fuera solo por su voz, que sonaba bastante firme, jamás lo habría adivinado.

–Estoy acostumbrada a trabajar sola, pero creo que de vez en cuando podré hacer una excepción.

–¿Ah, sí? –Peter fue bajando las sábanas con lentitud, explorando las largas líneas del cuerpo de Selina a la embriagadora luz del día.

Tendría que haberla dejado dormir más. Se habían quedado hasta tarde en Belvoir, y cuando regresaron a casa... En fin. Pasaron bastante tiempo en la planta baja antes de subir las escaleras.

No había querido despertarla. No realmente. Solo había buscado apartarle los espesos rizos de la cara. Y luego quiso besarle la oreja. Y después quiso pegar su cuerpo impaciente a la generosa curva de su trasero y soltar un gemido de apreciación.

Así que tal vez no debería sorprenderle tanto que Selina se hubiera despertado. Dios, era tan blanda debajo de él: su boca y sus

pechos y sus muslos, cálidos, celestiales, acogedores... Jamás podría saciarse de aquellas curvas tentadoras.

Peter ya se inclinaba hacia ellas cuando alguien llamó a la puerta.

–¡Excelencia! –Era Humphrey, con un tono ansioso.

–Vete. –Peter avanzó despacio hacia abajo.

–Oh, excelencia... –Humphrey llamó de nuevo a la puerta–. Le ruego me disculpe. Mis... Mis más sinceras disculpas...

Se detuvo unos largos segundos admirando la marca de fresa en lo alto del muslo de Selina, cerca de su pelvis.

–Deja de disculparte –dijo al recuperar el aliento, alzando la voz para que lo escuchara bien–. Y márchate.

–Yo... lo haría con gusto, excelencia. Es solo que..., bueno, en la puerta, excelencia... Los niños han venido y están solos. No podía dejarlos en la calle.

A Peter se le oscureció la vista.

–¿Los niños?

–Sí, excelencia. Sus hermanos.



Selina se incorporó tan rápido que casi le da un rodillazo a Peter en la nariz. Él seguía inmóvil, mirándola atónito.

–Humphrey. ¿Puedes decirle a Emmie que suba? ¿Con un vestido? De inmediato, por favor. –Volvió a mirar a su marido, desnudo y excitado–. Eh, quizá en unos minutos.

–Sí, por supuesto, excelencia. ¿Puedo entrar para ayudar a su excelencia a vestirse?

–¡No! –respondieron al unísono.

–Solo era para asegurarme –susurró Humphrey, indignado.

De pronto, Peter se puso en movimiento. Saltó de la cama y buscó su ropa interior. O... no. Renunció a los paños menores y se puso los pantalones directamente. ¿De qué servía el catálogo Venus si Selina no tenía ni idea de que un hombre pudiera pasearse con el culo al aire bajo los pantalones sin que nadie lo notase?

–Humphrey –dijo Peter–. Bajaré enseguida. Hagas lo que hagas, no dejes que se vayan.

Cuando Emmie apareció en la habitación, Selina ya se había puesto la bata y Peter se había vestido con los pantalones y una camisa de manga larga, sin chaleco, chaqueta ni corbata. Llevaba los rizos despeinados y se pasaba los dedos por el pelo mientras Emmie corría alrededor de Selina para colocarle una bata verde menta, un camisón bordado y unas enaguas ligeras.

–Ve –le pidió Selina a Peter–. Ahora mismo voy.

Él se quedó allí unos segundos más, estudiándola con tanta concentración que ella se vio obligada a bajar la mirada para comprobar que los tirantes no se le hubieran caído y que el vestido no hubiera acabado en el suelo. No era el caso. Volvió a observarle, y su mirada la recorrió de pies a cabeza otra vez. Luego, se dio la vuelta y se fue.

Selina se dio prisa en asearse con la ayuda de Emmie. No paraba de hablar, explicándole a su pragmática doncella quiénes eran Lucinda y Freddie. Al cabo de unos minutos, se unió a ellos en la planta baja.

Pero ¿adónde los había llevado Humphrey? Había un salón, claro. Un gran salón sin sillones y con una chimenea fría. El comedor tampoco ofrecía mucho más: pocas sillas y ningún desayuno para dos niños en plena época de crecimiento. ¿Estarían en la galería de retratos? Rezaba para que Humphrey no los hubiera llevado allí.

Los encontró aún de pie junto a la puerta principal: Peter a un lado de la entrada, Freddie y Lu frente a él. Entre ellos había un baúl. Freddie sujetaba una cartera. Y Selina advirtió, con el corazón encogido, que llevaban la misma ropa que ella les había elegido para el banquete de la boda.

Habían ido allí con sus pertenencias, vestidos con sus mejores galas.

–¿Qué ha pasado? –preguntó.

Lu se volvió hacia ella, elegante y fría como una reina, con la barbilla en alto.

–La tía tatarabuela Rosamund ha muerto.

Sus palabras fueron como pequeños impactos en el aire que sacudieron todo lo que había sucedido hasta entonces.

–Oh, no –susurró Selina sin pensar–. Lamento mucho oír eso.

–Teníamos que venir aquí –dijo Freddie. Su voz sonaba más apagada de lo que Selina recordaba, como si los fríos suelos de mármol de la casa la amortiguaran–. No sabíamos adónde ir.

–Hemos traído a nuestro gato –anunció Lu–. Se queda con nosotros. O no nos quedamos.

–¿Habéis traído al gato? –inquirió Peter, estupefacto–. ¿El gatito gris que os regalé?

–Es nuestro gato. –Lu sonaba decidida; los ojos verdes brillantes–. No vamos a abandonarlo.

–Por supuesto que no –la tranquilizó Selina–. Por supuesto que no debéis abandonarlo. Y por supuesto que puede quedarse.

–Lo hemos llamado Peter –dijo Freddie con orgullo, abriendo su cartera.

Selina se quedó sin aliento.

Peter arqueó las cejas tanto que parecía que quisiera tocar el cielo con ellas.

–¿El gato se llama Peter?

Freddie asintió. Un par de orejas grises asomaron de la bolsa. Y entonces, con un bufido, Peter (el gato) salió disparado de la cartera como un cohete, se encaramó al hombro de Peter (el duque), saltó al suelo, giró la esquina a toda velocidad y desapareció dentro de la galería de retratos.

CAPÍTULO 21

Querida duquesa: ¿Cómo se encuentra Peter? (Me refiero, por supuesto, al gato).

De parte de Will para Selina.

Selina se los había llevado de compras. Y lo hizo de manera intachable. Antes de darse cuenta, Peter estaba vestido de pies a cabeza y subía a Lu al carruaje de los Stanhope. Selina iba justo detrás, con Freddie a su lado y un cuadernillo bajo el brazo.

–Qué suerte tenéis –les dijo a los niños–. Estábamos a punto de ir a comprar muebles. Podréis elegir vosotros mismos los acabados de vuestros dormitorios, en lugar de que vuestro querido y estirado hermano, el duque, los escoja por vosotros.

Él no tenía ni idea de que Selina hubiera estado planeando ir de compras aquel día. ¿O sí? ¿O simplemente se lo estaba inventando para incluir a los niños en la rutina matutina?

Freddie y Lu estaban donde debían estar. Eso era lo que Selina le transmitía sin necesidad de hablar. Tenían habitaciones. Tenían un hermano que los quería. Pertenecían allí.

Se tragó la opresión que sentía en el pecho e intentó responder a Lu cuando le preguntó si podía meter una colección de cuerdas en su cuarto. Le explicó que estaba aprendiendo a hacer nudos marineros. *Cómo no.* Se le pasaron por la cabeza, con una rapidez

alarmante, imágenes de sí mismo atado de pies y manos, justo al extremo de la afilada hoja del estoque de Lu.

Durante el trayecto, Selina se sentó al lado de Freddie; ambos tenían la cabeza inclinada sobre el cuadernillo. Parecía enseñarle una lista de muebles que ella y su doncella habían elaborado.

–Para el salón –estaba diciendo–, había pensado en volver a pintar las paredes de verde oscuro.

Freddie asintió con entusiasmo.

–Necesitaremos cortinas.

–Sillas. Sofás.

–Otomanas. –Freddie se iba animando–. Libros. Candelabros. ¡Un pianoforte!

A su lado, Lu resopló con desdén.

Selina alzó la vista.

–¿Y para tu dormitorio, Lu? ¿Tienes algún color en mente?

Lu frunció el ceño.

–No veo por qué debería importarme.

–¡Lu! –Freddie la reprendió; su voz, un reproche susurrado.

Los ojos de la niña refulgían y su tono era cortante.

–Mis disculpas. Pero no veo por qué debería importarme, excelencia.

Cielos. Quería pedirle a Selina que tuviera paciencia con ellos. Quería zarandear a su hermana, abrazarla y decirle que estaba a salvo. Que nadie la obligaría a irse jamás. Pero, por supuesto, no era del todo cierto. Si no obtenía la tutela, Lu y Freddie tendrían que marcharse. Cualquier promesa que les hiciera sería mentira.

Había intentado no mostrarse preocupado ante Selina la noche anterior en su oficina. Aun así, no podía evitar pensar en lo que ocurriría si no tenía éxito en el Tribunal de Cancillería. Perderían a Freddie y a Lu, y él...

Los habría defraudado a todos. Sería otra forma de no estar a la altura de las expectativas de Selina, otra mancha en su historial. Un desastre que ni siquiera ella podría arreglar. Y mientras se subía al carruaje con su esposa y sus hermanos, se dio cuenta de cuánto quería dejar de ser una decepción. Para todos ellos.

–Selina –dijo su mujer sin perder la calma, incluso amable–. Por favor, llamadme Selina.

Lu volvió a resoplar, pero no respondió.

Cuando llegaron a Bond Street, Selina se encaminó al registro civil y le indicó que fuera avanzando con los niños.

–Primero, el personal, ya que vamos a necesitar bastante. Y un tutor para los niños. Concertaré entrevistas para esta semana.

Peter se obligó a sonreír.

–¿Y un maestro de esgrima?

La mirada de Selina se suavizó.

–Haré todo lo posible. ¿Puedes ir a R. S. Barrett? Los Ravenscroft llevamos siendo clientes de Barrett muchos años. Quizá podamos comprarle todo el salón de exposición. Yo iré enseguida.

Barrett no era solo una tienda, sino todo un edificio, un intrincado laberinto de salas, cada una abarrotada hasta los topes de muebles, alfombras, telas y obras de arte. Sin la lista de Selina, Peter optó por permitir que Freddie y Lu vagaran a su antojo. Para el niño, eso significaba quedarse sin palabras ante la maravilla de su entorno.

–Habla con el dependiente si ves algo que te gusta –le dijo Peter–. Que envíen la factura a casa.

Freddie asintió, con los ojos muy abiertos y la emoción a flor de piel.

Lu, mientras tanto, examinaba los muebles que había frente a ella con fría indiferencia.

–Más te vale elegir algo para tu dormitorio –le advirtió–. Qué narices. Si quieres, hasta puedes hacerle una habitación al gato.

Se negaba a llamar al felino por el nombre que le habían puesto. Estaba convencido de que había sido idea de Lu.

Se fijó en que ni siquiera su hermana podía evitar sentirse abrumada por todo lo que había a su alcance. Cuando Selina llegó quince minutos después, Lu estaba absorta con una pila de mapas marítimos.

–Piratería –le comentó Peter a su mujer, señalando con la barbilla a su hermana.

–¿Perdón?

–Lu. Está trazando rutas por el Atlántico. Primero, la esgrima; luego, los nudos; ahora, los mapas... La piratería es la única explicación.

–Quizá deberías fomentar la actividad corsaria en su lugar –dijo pensativa.

Peter estuvo a punto de echarse a reír, pero asintió con seriedad.

–¿Hablas de una patente de corso? ¿Un contrato del gobierno?

–En efecto. Una pirata, pero con papeles. La Marina Real no puede sino salir beneficiada de la colaboración de Lucinda.

–Lo plantearé en la Cámara de los Lores.

Selina rio, un sonido cálido y chispeante en la rancia penumbra de Barrett's. Al contemplarla, sonrosada y dichosa, el corazón de Peter dio un pequeño salto. Era feliz allí, en aquella tienda polvorienta, escogiendo muebles para su espantosa y desierta casa.

En esos momentos, su vida le parecía tan frágil como la calma superficie de un estanque. Tan fácil de quebrar. Si no conseguían a los niños, ¿volvería ella a mirarlo así alguna vez?

–Ven. –Selina tiró de él hacia la siguiente sala, lejos de Freddie y Lu–. Quiero enseñarte algo.

Sin embargo, en cuanto cruzaron el umbral, lo condujo entre una hilera de aparadores de caoba oscura y mesillas esmaltadas hasta un rincón en la oscuridad.

Peter intentó sonreír.

–¿Querías enseñarme yeso polvoriento?

Ella puso los ojos en blanco.

–No. De eso ya hay suficiente en casa.

«En casa». Ahí latía su estúpido corazón, retumbándole contra el pecho al compás de esas dos palabras. Firme, constante y aterrador. «En casa. En casa. En casa».

–Quería hablar de los niños –continuó Selina, como si él no acabara de exponer sus órganos vitales para que ella los pisoteara–. Peter, esto es genial. Han acudido a ti por propia voluntad. Seguro que Eldon lo tendrá en cuenta en la vista.

–Ojalá tengas razón –respondió él, tratando de atender a sus palabras.

–Estoy segura. Quedan menos de dos semanas para la audiencia, pero es tiempo suficiente para asegurarnos, de forma discreta, de que Eldon sepa que los niños viven con nosotros. Podríamos invitarlos a cenar... No, quizá sería demasiado obvio. Podemos intentar encontrarnos con lady Eldon en el parque y mencionar que tenemos a los niños en casa. –Se le iluminó la mirada–. O, aún mejor, puedo pedirle a lady Eldon una recomendación para un tutor y una institutriz. –Se mordió el labio inferior mientras lo pensaba–. Iré a verla mañana.

Joder. Selina, su esposa, estaba muy segura de sí misma, y la confianza en su figura esbelta y dorada lo atraía como un imán.

–No podemos permitir que se vayan –murmuró, sorprendiéndose al escuchar la aspereza de su voz.

Ella parpadeó en su dirección.

–¿A los niños, dices? Están aquí. ¿Adónde iban a ir? ¿Y por qué?

–Lu. Ella... –vaciló–. No confía en mí. Mi padre... Nuestro padre no era de fiar. No les dejó nada. –Todavía le asombraba esa furia que ardía en su interior y el resentimiento que sentía hacia Silas Kent–. Freddie quiere pensar, me parece a mí, que podemos estar todos juntos. Pero Lu está deseando huir.

Vio cómo curvaba una comisura de la boca.

–En ese caso, habrá que hacer que todo sea tan tentador que no quiera marcharse. Y, con el tiempo suficiente, comprenderá que no hay ningún otro lugar donde preferiría estar.

Dolía anhelarlo todo con tanta ferocidad. Deseaba el mundo que Selina imaginaba con tanta facilidad, un mundo en el que los niños tenían dormitorios propios, una cena caliente y muchos gatitos, y también unos adultos que los protegían. La deseaba a ella; tanto que temía tocarla. Le daba miedo hacerle daño si se aferraba demasiado.

–¿Peter? –Selina clavó sus ojos en él, claros y penetrantes–. ¿Estás bien?

No lo estaba. No estaba bien. Sentía demasiado, con demasiada intensidad, y eso lo aterraba.



Dos días después, Selina servía huevos escalfados en los platos de Freddie y Lu.

–¿Y un arenque ahumado? –preguntó Freddie. Sus ojos color avellana estaban abiertos y confiados; sus mejillas, sonrosadas.

Selina fingió que no veía al gatito gris que se enroscaba en torno a sus tobillos y añadió un arenque ahumado en su plato.

Se dirigió a la mesa del comedor, una gran pieza de caoba pulida de Barrett's, ideal para recibir a los aliados políticos de Peter, y colocó los platos frente a los niños. En el aparador había panecillos con mantequilla y fruta, mientras un criado recién contratado les servía tazas de espumoso chocolate a ambos.

–Mañana –empezó a decir Selina– vendrán tus maestros. Y también tu institutriz, Lu. No olvides nuestro acuerdo. Te abstendré de asustar a la institutriz durante tres semanas y, a cambio, te llevaré a una exhibición privada de boxeo.

La niña no respondió, pero devoró los huevos con entusiasmo. Evidentemente, la comida en casa de la tía tatarabuela Rosamund había sido menos apetitosa de lo que cabía esperar.

Peter entró en el comedor y, ante la severa expresión de su rostro, Selina se puso en pie.

–¿Qué ocurre?

Los miró, primero a ella y luego a los niños, que se habían quedado a medio bocado, alarmados. Peter alzó una comisura de los labios; apenas una sombra de su sonrisa.

–No pasa nada. Han aplazado la vista de la tutela. Al parecer, hay retrasos en la Cancillería.

–¿La han aplazado? –La voz del niño era débil. Aún no había tocado sus huevos–. ¿Eso significa que tendremos que irnos?

–No –se apresuró a contestar Selina–. No, claro que no, Freddie.

–Nunca tendréis que iros –le aseguró Peter.

Lu guardó silencio, volvió a levantar el tenedor y comió de forma mecánica, con la mirada perdida en la distancia.

Selina sintió un peso frío en el estómago. Quería creer en la promesa que acababa de hacer, pero la espera le resultaba ominosa.

Quería que aquella pesadilla terminara ya. Quería que los niños estuvieran seguros y fueran suyos, sin discusiones. Belvoir jamás se le había presentado como una amenaza, como la espada de Damocles, suspendida sobre ella, lista para caer en cualquier momento.

A pesar de sus esfuerzos, todavía no había logrado descubrir quién había iniciado los rumores sobre Nicholas. Había dejado de lado su orgullo y redactado una nota medio desesperada a Lydia, preguntándole si podía poner a sus espías domésticos a trabajar para averiguar algo más.

Se sintió mal al mirar a los niños, al ver el ceño medio fruncido de Peter. ¿Cómo podía lograrlo? ¿Cómo podía darles la bienvenida sin saber si podrían quedarse? No podía permitir que su reputación se viera arruinada hasta después de la vista. No podía consentirlo. Apretó la mandíbula, echando al miedo de su cara.

–No olvidéis dejar un hueco para el postre –les dijo a los niños–. Sobre todo, ahora que Thomasin ya sabe cuáles son vuestras preferencias.

Después del desayuno, tenían prevista una excursión con la tía Judith y Thomasin. La tía Judith había sugerido encontrarse en Hyde Park. Selina sospechaba algún subterfugio relacionado con lady Eldon, pero desconocía los pormenores.

Selina notó que se le dibujaba una sonrisa mientras veía a la niña, que mostraba entusiasmo de ver a Thomasin, dejar el plato vacío y correr escaleras arriba, con Freddie y el gatito pisándole los talones.

Peter posó una mano sobre su espalda y ella inclinó la cabeza contra su pecho.

–Todo irá bien –le aseguró el hombre–. Ya verás.

Casi le creyó.

En el parque, la tía Judith y Thomasin no llegaron con lady Eldon, sino acompañadas de un cochero, varios criados y dos ponis, uno negro y otro castaño y peludo.

Selina no pudo evitar reírse al verlos. Peter parecía alarmado.

–Eres una amenaza como abuela –le dijo Selina a su tía–. ¡Ponis! Santo cielo, tía Judith, me hiciste redactar un ensayo interminable, ¡en francés!, cuando te pedí un perro. ¿Y ahora Freddie y Lu pueden tener ponis cuatro días después de unirse a la familia?

–Estos niños están bastante menos consentidos –respondió, lanzándole una mirada pícara por debajo de sus cejas plateadas.

Thomasin le dio unas palmaditas a Selina en el hombro.

–Si aún estás resentida, querida, deja que te recuerde que obligaste a Will a escribirte la mayor parte de ese ensayo.

La chica notó cómo el rubor le trepaba por las mejillas al detectar las miradas curiosas de su esposo, su tía y los dos niños de cabellos alborotados.

–Yo no hice eso.

Pero sí lo había hecho. Su francés era pésimo.

–Ya –comentó la tía Judith–. Ahora entiendo por qué jamás la leíste en voz alta.

Peter soltó una risa ahogada que Selina ignoró adrede y guio a los niños hacia los animales. Lu se abalanzó con entusiasmo, queriendo saber cómo se llamaba el poni negro y preguntando si podía montarlo. Le acarició el hocico aterciopelado mientras canturreaba sobre la estrella blanca que ocultaba su flequillo.

Freddie se quedó rezagado.

–¿Alguna vez has montado a caballo? –le preguntó Thomasin.

Él asintió con el rostro sonrojado.

–Sí. Pero no recuerdo si me gustó.

La mujer sonrió.

–Deja que te cuente un secreto. ¿Te acuerdas del hermano de Selina, el duque? Alto, de cabello negro, bastante serio. –Freddie volvió a asentir–. De niño le daban miedo los caballos. Pero no es que a ti te den miedo, claro.

Selina ladeó la cabeza, escuchando. No había escuchado esa historia jamás.

–Sí que me asustan un poco –admitió Freddie.

Thomasin rio en voz baja.

–Y qué valiente eres por confesarlo. Bueno, a Nicholas le asustaban muchísimo, así que su padre, que lo quería un montón a

pesar de ser muy estricto, estaba resuelto a enseñarle a no tenerles miedo.

Selina recordaba a su padre, pero solo vagamente: su cabello oscuro, el anillo con el sello que siempre llevaba, la sonrisa esculpida, la forma en que la subía a hombros...

–Su padre contrató a un instructor de equitación y a un puñado de mozos, pero ninguno logró convencerlo de subirse al caballo. Sin embargo, él también estaba frustrado: odiaba sentir miedo y quería complacer a su padre. Así que una noche bajó en silencio a la cocina y robó una bolsa de manzanas para llevársela al establo. Fue dándole una a cada caballo, haciéndose amigo de todos. Y cada noche, a partir de entonces, le llevaba una manzana a su poni. Lo alimentaba mientras le acariciaba el hocico, mientras lo cepillaba y lo ensillaba, y al final acabó por montarlo. Enseguida estuvo cabalgando, orgulloso como cualquier duque. ¿Y sabes qué? ¡El poni, travieso como ninguno, se acostumbró tanto a las manzanas de Nicholas que jamás permitió que lo montara otro jinete!

Selina sonrió a Thomasin.

–¡Recuerdo ese poni! ¡Qué gordo estaba! ¡El pobre seguía a Nicholas como un chucho cada vez que volvía de la escuela!

–Exacto. –Los ojos de la mujer relucían. Sacó algo de un bolsillo secreto de su vestido rosa con volantes–. ¿Sabes qué te he traído, Freddie?

–¿Una manzana? –preguntó el niño, esperanzado.

–Eso es –rio.

Freddie aceptó la manzana que le ofrecía y se acercó al poni castaño y peludo. Este lo observaba con aire apenado mientras el niño se pasaba la manzana de una mano temblorosa a otra.

Peter se acercó y murmuró algo al oído de Freddie. A Selina se le escapó un pequeño suspiro de diversión al recordar cómo había conocido a Peter. El hombre había pensado que la montura de Selina se había extraviado en el bosque de Broadmayne, su finca de campo, y el caballo, un gran animal al que ella adoraba, lo había dejado caer de bruces cuando había intentado montarlo.

Se preguntó si le estaría contando esa historia al niño.

Peter le enseñó a Freddie cómo darle la manzana al caballo, con sus largos dedos envolviendo la pequeña mano de su hermano. Eran un cuadro perfecto: dos cabezas de rizos oscuros inclinadas una junto a la otra, el sombrero de Peter sujeto bajo un brazo. El sol arrancaba destellos rojos de sus cabellos.

La tía Judith y Lu se habían apartado del grupo; Selina sospechaba que su tía le estaba dando a la niña una lección sobre equitación que no olvidaría en mucho tiempo. Y Thomasin hablaba en voz baja con el mozo que sostenía la brida del poni de Freddie mientras este terminaba de darle la manzana.

Peter volvió a colocarse junto a Selina, y ella sonrió al mirarlo. Los rizos le caían sobre la frente, así que Selina alzó la mano para apartarlos. Casi podía fingir que aquel matrimonio no ponía en peligro el futuro del duque. Allí, bajo la luz del sol, casi podía convencerse de que jamás llegaría a arrepentirse.

–¿Montabas a menudo en Nueva Orleans?

Él apartó la vista de Lu, a quien había estado observando, y la miró con aire distraído.

–Bastante a menudo.

–¿Sucede algo?

–No –respondió, aunque con voz tensa–. No.

–¿Es por el aplazamiento? –El estómago se le encogió. Parte de ella quería llorar; sabía que Peter acabaría comprendiendo las consecuencias de Belvoir tarde o temprano. Lo sabía.

¿Qué se creía? ¿Que de verdad valía ese precio?

–Debemos verlo como una oportunidad, Peter –le dijo, y se maldijo a sí misma por haber pronunciado esas palabras.

Había conseguido una casita en Cornualles en la que esconderse si ocurría lo peor. Se había guardado la nota de su agente en el escritorio de Belvoir. Tendría que estar preparando a Peter para su posible partida, no esforzándose en asegurarle que todo saldría bien. Sería mejor para él si se marchara. Pero no se atrevía a decirlo en voz alta.

–Una semana más significa que tenemos más tiempo para demostrar a los Eldon lo contentos que están los niños con nosotros –murmuró en su lugar–. Los tutores, los ponis... Todo ayudará.

Peter tomó su mano entre las suyas; el fino cuero de sus guantes dejaba pasar el calor corporal.

–No es por la vista –susurró, y luego calló.

¿Acaso pensaba que no notaba su brusquedad? No era propio de él: siempre tan desenvuelto con las palabras, tan encantador. Quiso exigirle que le contara la verdad de inmediato, pero reprimió el impulso. Sabía que a veces podía ser demasiado, muy insistente. Se conocía bien.

Peter introdujo la mano de Selina en el pliegue de su propio brazo y, sin mirarla, dijo:

–Freddie quiere saber si puede llamar «abuela» a Thomasin.

Parpadeó ante la incongruencia, pero el nudo en su garganta se relajó un poco.

–¡Ah, por supuesto! Bueno, en realidad, no. La tía Judith es la abuela. Thomasin es la abuelita. –Sonrió al ver la espalda de su tía, erguida y recta, que se alejaba junto a Lu sobre el poni–. La tía Judith quería ser la abuela Ravenscroft para mis sobrinos, solo Dios sabe por qué, pero aún no pueden pronunciar tantas sílabas. «Abuela» ya es mucho para el pequeño Teddy. –Volvió a mirar a Peter, que todavía oteaba el horizonte–. Debes decirle que la llame «abuelita». Thomasin estará encantada.

Al hombre se le levantó una comisura de los labios, pero no era la sonrisa adecuada. No apareció el destello de sus dientes blancos, ni sus cálidos ojos marrones buscaron los de ella. Selina intentaba comprender qué era lo que le estaba preocupando.

–Lu puede llamarlas como ella quiera –añadió con cierta torpeza–. Yo... Nosotros... Will y yo siempre la llamamos «Thomasin», aunque en muchos sentidos sea nuestra madre. Es... Es tan hábil en eso. Thomasin. En formar una familia, digo.

Entonces, Peter la miró a los ojos.

–Me alegra mucho ver que los niños os tengan a todas. –Su antebrazo se tensó bajo la mano de ella–. Me hace muy feliz que os tengan a ti, a la señora Dandridge y a lady Judith. Tu familia.

Tu familia.

De pronto, le sobrevino un intenso recuerdo de cómo Peter había sustraído dieciocho barriles de brandy francés para su abuelo. Un

hombre al que nunca había conocido antes de llegar a Inglaterra hacía dos años.

–¿Conociste a tus abuelos maternos? –le preguntó Selina–. ¿En Luisiana?

–Ya habían muerto. Mucho antes de que yo naciera. Cuando mi madre era una niña.

Su tono no era alentador, pero Selina no se desanimó fácilmente:

–¿Cómo era? Tu madre, digo.

Las oscuras pestañas de Peter le velaron la mirada unos instantes, justo antes de volver a alzarse.

–Valiente. Frágil –explicó con voz firme–. Me crio la madre de mi hermanastro, en su mayor parte.

–¿Morgan? –Selina recordó al hermano que le había mencionado a lady Eldon en la cena, el niño que había fallecido.

–Sí. Mi madre tuvo problemas para adaptarse a nuestra vida en Nueva Orleans, pero la madre de Morgan –curvó los labios en una sonrisa cariñosa– era tan buena... Recia, fiel y paciente conmigo. No te sorprenderá saber que de niño necesitaba mucha paciencia. En eso no he cambiado.

A Selina no le gustó la forma en que lo decía.

–Todos los niños necesitan paciencia. ¿Acaso no has escuchado la historia de cómo obligué a Will a escribir mi persuasivo ensayo sobre los perros? –Eso, más o menos, agotaba su recuerdo del contenido de dicha redacción.

–Me habría gustado conocerte en ese entonces. –Peter exhaló una breve risa.

–No te habría gustado. Te habría obligado a practicar esgrima conmigo. O habría intentado darte un puñetazo en la nariz.

El duque la observó, esta vez de verdad, con toda la fuerza de su mirada fija en su rostro. Selina sintió cómo el calor le subía a las mejillas ante la intensidad de su atención.

–Siempre he querido contemplarte.

Ella tragó saliva.

–Y... puedes hacerlo.

Se zarandeó a sí misma mentalmente. En serio, el catálogo Venus en Belvoir contaba con casi cien volúmenes subidos de tono, ¿y a

ella no se le ocurría nada mejor que «puedes hacerlo»?

–Me alegra que Freddie y Lu tengan a tu familia. Me alegra que crezcan con ellos y que ellos sean pacientes con los niños. Yo... –Se interrumpió.

–Los quieres –retomó ella.

–Claro.

La forma en que respondió, tan rápido, como si no existiera lugar para la duda, hizo que Selina sintiera un pinchazo dulce y afilado.

–Yo también los quiero –admitió. Su mirada se encontró con la de él. La curva de los labios de Peter, la forma en que el sol se reflejaba en sus pómulos... El corazón le dio un vuelco y, de pronto, sintió miedo porque quería... quería decirle...–. Y la tía Judith –dijo en su lugar–. Y Thomasin. Y Nicholas y Daphne y Will... Cuando llegue a casa, los querrá.

Estaba balbuceando. Por norma general no balbuceaba, pero le retumbaba la sangre en los oídos, porque quería a Peter. Lo quería, y casi se lo suelta sin más. Pero no podía decírselo. El miedo la dominaba, y no era solo el miedo a que él no correspondiera sus sentimientos. Tenía miedo, quizá incluso más, de que sí lo hiciera.

Si pronunciara las palabras en voz alta, serían reales. Para él, para ella. Sería mucho más complicado abandonarlo si fuera necesario. No podía decírselo aún. No antes de la audiencia. No antes de que sus secretos quedaran revelados y pudiera juzgar cuán desastroso había sido su efecto en su vida.

De repente, se produjo un alboroto un poco más adelante, donde Freddie llevaba a su caballo con la brida. Desesperada, Selina se apartó de Peter. Necesitaba distancia, porque su cuerpo le pedía más.

–Seguro que Lu ha salido corriendo hacia el muelle –comentó Peter con sorna.

Sin embargo, al acercarse, Selina comprendió que no era Lu ni la tía Judith, sino Thomasin, quien estaba sentada en el suelo con las faldas rosas arrugadas a su alrededor.

Avanzó a toda prisa, con Peter justo detrás.

–¿Qué ha pasado?

En el regazo de Thomasin, medio encogido, estaba Freddie.

–Selina –dijo la mujer, y el tono de su voz hizo que un escalofrío le recorriera la nuca. Había hablado con tanta serenidad, con tanta mesura...–. Freddie se encuentra mal. He enviado a un criado a por el carruaje.

Selina se arrodilló junto a ellos.

–¿Se encuentra mal? ¿Por qué...? Si estaba...

Pensó en Freddie: las mejillas sonrosadas, la mano temblorosa al sostener la manzana. Su rostro aún ardía con aquel color febril mientras yacía en el regazo de Thomasin; los ojos apenas abiertos.

–Estoy bien –dijo el niño con voz débil.

Selina le pasó una mano por el pelo y sintió que la fiebre (estaba ardiendo) atravesaba incluso sus guantes.

–¿Qué hacemos? –le preguntó a Thomasin. Habló con serenidad, aunque estaba mareada por culpa del miedo que la embargaba.

–Lleváoslo a casa –indicó la mujer–. Que se acueste. Ponedle paños fríos en la frente. Cuando Will y tú erais niños, me gustaba usar esencia de lavanda.

Sus instrucciones, firmes y serenas, tranquilizaron a Selina, que se levantó y se giró hacia Peter.

–¿Vamos a...? –Pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Estaba descompuesto. Los ojos marrones, desenfocados y ausentes. Su piel había adquirido un tono pálido extraño y enfermizo. Parecía mirar a través de ella, a través de Freddie, hacia un lugar lejano en el que no podía alcanzarlo.

–¿Estás bien? –inquirió–. ¿Peter?

–Estaba ardiendo. –Sonaba confundido–. Pensaba que era sensación mía. Pero estaba ardiendo cuando lo he ayudado a darle la manzana al poni. Pensaba que era... su abrigo. Pensaba que solo necesitaba ropa nueva.

Selina se humedeció los labios; la boca se le había secado y la garganta se le había cerrado.

–De acuerdo. ¿Puedes ir a esperar al carruaje? Yo voy a buscar a Lu.

–Lu –susurró. Miró a Selina, serio de repente–. No la asustes. No quiero... que tenga miedo. Dile... Dile que todo irá bien.

–Se pondrá bien –aseguró ella, no solo a él, sino también a sí misma–. En uno o dos días. Los niños enferman con frecuencia. –Los hijos de Nicholas y Daphne, desde luego, lo hacían: dolor de oídos, tos y pequeños resfriados.

–Sí –dijo Peter, sombrío–. Enferman con frecuencia.

CAPÍTULO 22

Lyd, ¿puedes contactar con Gabe y enviarlo aquí? Tan pronto como puedas. No me gusta tener que escribir esto, pero... tengo miedo.

De parte de Selina para Lydia, carta entregada por un criado en la residencia Hope-Wallace.

Al día siguiente, Freddie seguía enfermo. Habían llevado a ambos niños a casa, y Peter había permanecido allí, atónito e impotente, mientras Selina arropaba a Freddie en la cama que le habían comprado en Barrett's. Le había llevado un paño de lino bien doblado y una copa de cristal con agua y violetas.

–De pequeños, usábamos lavanda –le había contado a Lu con cierto entusiasmo–. Aunque siempre me ha parecido un aroma demasiado intenso y desagradable.

Había humedecido el paño y se lo había colocado a Freddie en la frente. Había mandado llevar té al dormitorio y luego, cuando el niño había empezado a moverse, inquieto, había acompañado a Lu al pasillo.

Al regresar, había abierto de par en par las ventanas y le había dicho a Peter que enviase a Lu a Rowland House, por miedo a que también se contagiara.

Pero lo que en realidad le pasaba a Selina era que no quería que Lu viera a su hermano así, o al menos eso pensaba Peter. Minúsculo

en aquella gran cama de caoba. Sudoroso y miserable mientras se retorcía entre las sábanas blancas. Peter llegó a la conclusión de que su mujer no quería que Lu se sintiera tan indefensa como él, sentado sin poder hacer nada junto a la cama y viendo a su hermano toser, toser y toser.

La noche se había hecho eterna. Selina trató de persuadir a Peter para que se fuera a la cama («Emmie lo cuidará, o Humphrey»), pero él no pudo moverse. No confiaba en sus propias piernas.

Y cuando el sol asomó por el horizonte, todo seguía igual. Cuando las sombras se alargaron con la tarde, Freddie apenas había tomado dos sorbos de caldo de res y Selina había agotado una jarra entera de agua fresca y media docena de paños de lino. Pese a la ventana abierta, olía al agrio tufo de la enfermedad. Peter reconocía el olor.

–De acuerdo –concedió Selina, posando una mano en el hombro de su marido–. Esto no me gusta. Voy a llamar a un médico. ¿Te importa?

Debería haberlo hecho él. Debería haberse ocupado de todo aquello: de los paños, del agua, del médico. Debería haber comprendido que Freddie estaba enfermo y no haberlo dejado salir de casa. Siempre había sabido que los defraudaría en un momento crucial, cuando más importara. Siempre había sabido que no estaría a la altura.

–No –respondió–. Llama al médico.

El hombre que entró en la habitación varias horas después tenía más o menos la misma edad que Peter, y este, cuando consiguió apartar la vista de la delgada e inquieta figura de su hermano, pensó que le resultaba vagamente familiar.

–¡Gabe! –exclamó Selina, levantándose de golpe de la silla situada al otro lado de la cama–. Menos mal que has venido.

Se agarró al brazo del recién llegado y lo condujo hasta la cama junto a Peter, que, no sin esfuerzo, había conseguido incorporarse.

–Peter –continuó Selina–. Te presento al hermano de Lydia, Gabriel Hope-Wallace. Se graduó hace un año en el Royal College de Física. Gabe, este es mi marido, Peter, duque de Stanhope.

El médico era alto y rubio, aunque su barba incipiente era tan pelirroja como el cabello de Lydia. Saludó a Peter con un rápido

asentimiento, con la vista ya fija en Freddie.

–¿Cuánto tiempo lleva enfermo?

–Desde ayer –respondió ella–. Ayer por la tarde se desmayó en el parque. Ha tenido fiebre desde entonces. Y anoche empezó a toser.

–¿Está consciente? –preguntó el médico.

Peter sintió que la mandíbula se le tensaba de forma dolorosa. Una vez más, contestó Selina:

–Ayer sí. Hoy ha estado lúcido... a ratos. –La voz se le quebró un poco.

–Bien. ¿Algo más?

En silencio, la mujer negó con la cabeza, y Hope-Wallace avanzó para examinar al niño. Le recorrió el cuerpo con las manos y lo giró hasta ponerlo de lado, como si fuera un muñeco. Apoyó el oído en su espalda durante unos largos segundos y después se incorporó, mirando alrededor con expresión de frustración.

–¿Tenéis un papel grueso? –preguntó.

Selina salió disparada hacia la puerta.

–Voy a buscar uno. Vuelvo enseguida.

Peter miró al médico; el pánico le daba volteretas dentro del pecho.

–¿Un papel?

–Sí –afirmó Hope-Wallace. Había regresado junto al niño. Le levantaba la mano para estudiarle las uñas y le sujetaba la mandíbula para mirarle la boca–. Me ayuda a escuchar los pulmones cuando la auscultación con el oído no es suficiente.

Selina volvió con una hoja grabada, y Hope-Wallace la enrolló hasta formar un tubo largo y estrecho. Lo apoyó contra la espalda de Freddie y acercó el oído.

«Está loco», pensó Peter. Parecía una locura. El médico, el frágil rollo de papel... No traía consigo ningún tipo de instrumento: ni lancetas para sangrar, ni pequeños frascos de láudano, ni aceites.

Al fin, el hombre se incorporó, conforme con la información que había obtenido gracias al tubo de papel.

–Neumonía –informó–. Tiene los pulmones inflamados.

–¿Y tuberculosis? –articuló Peter con voz áspera por el esfuerzo, como si la palabra le atravesara el corazón, dolorosa como el cristal

desde el momento en que había oído la tos de Freddie.

Hope-Wallace se giró hacia él, apaciguando sus afilados ojos azules.

–No. No hay tuberculosis. Los síntomas son completamente distintos.

Peter sintió que el alivio le debilitaba las articulaciones.

–La tuberculosis –empezó a explicar el médico, igual que quien imparte una lección– presenta síntomas durante semanas, meses o incluso años, antes de la crisis. Tendría las uñas picadas y, llegados a este punto, bastante azuladas.

Peter fijó la mirada en los dedos de su hermano, con la vista nublada.

–Muy bien –susurró Selina, dubitativa–. ¿Qué podemos hacer, pues?

Hubo un largo silencio, tan largo que a Peter se le aclaró la vista y pudo contemplar cómo Hope-Wallace tensaba la mandíbula.

–Me temo que nada.

–No puede hablar en serio –intervino Peter, apenas reconociendo su propia voz.

El médico se volvió de nuevo hacia él, con gesto afable.

–Es probable que se recupere. Pero sangrías, sanguijuelas, ayuno... Tengo cientos de estudios observacionales de mis colegas en Inglaterra y en la India que demuestran que nada de esto ayuda en casos de catarros y neumonías. Tengo... –se interrumpió–. Mantenedlo fresco. Té de milenrama para la fiebre. No me gusta la corteza de sauce para los niños. Láudano o whisky, si el dolor se agrava.

–¿Y ya está? –inquirió Peter con brusquedad–. ¿No puede curarlo? ¿No tiene ninguna solución, ni siquiera algo que merezca la pena probar?

Hope-Wallace tensó la boca en una línea rígida.

–Por supuesto que podría probar mil cosas. Podría venderle toda clase de tinturas con mi nombre en la etiqueta y media docena de ingredientes que podrían curarlo o matarlo. Podría abrirle una vena, si usted insiste.

–Gabe –le reprendió Selina.

El médico pareció amedrentarse.

–Mis disculpas –susurró–. Es... frustrante. No poder hacer nada más. Pero no voy a hacerle daño a esta criatura por impaciencia o terquedad.

–Así que tenemos que esperar –concluyó Peter.

–Sí. Hay que esperar.

–¿Lo atenderás mañana? –preguntó la chica.

El hombre dibujó una leve sonrisa en su rostro.

–A cualquier otra persona le diría que no me necesita. Pero sí, Selina. Regresaré mañana por la noche a visitar a vuestro muchacho.

Hope-Wallace se movió con diligencia para acomodar las sábanas alrededor de Freddie y reemplazar el agua tibia por agua fresca. Se asomó a la ventana y preguntó por el ama de llaves, a fin de preparar una lista de las hierbas que debía adquirir en la botica. Selina se ofreció a encargarse ella misma de las compras.

Mientras tanto, Peter permanecía sentado, inmóvil, junto a la cama.

Cuando Selina se hubo marchado, Emmie, su doncella, entró en el dormitorio con sábanas y ropa limpia para el niño. Sin pronunciar palabra, Peter la ayudó a levantar el pequeño cuerpo de su hermano, que estaba tan caliente al tacto como una brasa, y cuando Peter le quitó la camisa empapada en sudor, el niño tosió con tanta fuerza que casi se le escapa de las manos.

–Perdón –murmuró Freddie–. Perdón, Lu... El gatito.

Peter chistó para hacerlo callar, apartándole el cabello oscuro y húmedo de la frente.

–No pasa nada.

Cuando le pasó la camisa limpia por la cabeza, el niño no protestó.

–Excelencia –lo llamó Emmie, vacilante–. No me importa cuidar al niño unas horas. Tengo una hermana pequeña. He pasado muchas noches a su lado cuando ha tenido fiebre.

–No –respondió Peter.

–Como usted prefiera. Pero... a su excelencia, la duquesa, le gustaría que descansara un poco.

–No –repitió Peter–. No puedo. Lo siento.

Emmie asintió y salió de la estancia, y se quedó a solas una vez más, salvo por el pequeño que yacía en una cama demasiado grande.

Tal vez se quedó dormido. Le dio la sensación de que habían pasado solo unos instantes cuando sintió el roce fresco de una mano en la nuca, pero ya era noche cerrada. Ninguna vela titilaba en la oscuridad, y hacía suficiente calor para que no quedasen brasas encendidas en la chimenea.

–¿Alguna mejoría? –susurró Selina, junto a él. Le acariciaba la nuca con los dedos, y luego le colocó ambas manos sobre los hombros, masajeándole los músculos.

–No creo. –El rostro de Freddie se había endurecido, y cuando Peter intentó pasarle un paño húmedo por los labios agrietados y enrojecidos, gimió y apartó la cabeza.

–Ven a la cama –le dijo–. Necesitas dormir.

–No puedo.

–Peter, yo me quedaré con él.

–No puedo –insistió, su voz como un látigo, pero Selina ni se inmutó.

–No podrás ayudarlo si tú también enfermas, Peter. Tienes que comer y descansar. Necesitas...

–No puedo dejarlo. Podría despertarse. Podría necesitarme. Cuando vuelva el médico, quiero poder decirle si Morgan ha... –Se atragantó con las palabras, pero ya era demasiado tarde.

Selina guardó silencio durante un rato muy largo. Se quedó tras él, con las manos apoyadas en sus hombros, los pulgares trazando círculos sobre su camisa.

Cuando la chica dejó caer las manos y se apartó, Peter apretó la mandíbula y se quedó callado. La vergüenza lo invadió. Había fallado a Morgan, había fallado a Freddie y a Lu. Ni siquiera sabía qué debía hacer. Quería acurrucarse junto a su esposa y apoyar la cabeza en su regazo, quería suplicarle que no lo dejara solo. Egoísta. Imprudente. Débil.

Y entonces, Selina arrastró una silla desde el otro lado de la cama y se sentó junto a él.

–¿Qué edad tenía Morgan cuando falleció?

La estancia estaba tan oscura que Peter apenas lograba oír la respiración de Freddie, apenas distinguía sus propias manos entrelazadas sobre las sábanas blancas.

–Doce –respondió–. Teníamos la misma edad. Eso ya dice mucho de nuestro padre. Se casó con mi madre y nos engendró a Morgan y a mí en el mismo viaje a Nueva Orleans.

–¿Quién era? La madre de Morgan, digo.

–Josephine era una criada francesa que trabajaba en nuestra casa. Una sirvienta que le había llamado la atención.

Peter le había preguntado a Josephine una vez, ya de adulto, si su padre la había forzado.

«No –le había dicho ella–. Peter, cielo, no».

Pero su padre era el nuevo dueño de la casa, y Josephine, una joven soltera de dieciocho años con una hermana pequeña a su cargo. Había muchas maneras de coaccionar a una mujer.

–¿Se parecía... mucho a Freddie?

–No –susurró, cerrando las manos en puños sobre la cama. No podía añadir nada más. No quería pensar en el rostro de Morgan, a pesar de que no podía dejar de verlo en su mente.

–¿De qué murió?

Dios, qué implacable era con sus preguntas. Peter abría y cerraba los dedos entre las sábanas, enfadado y avergonzado de su propia ira.

–De tuberculosis –consiguió decir.

–¿Estuvo enfermo durante mucho tiempo?

–Selina. –Se aferró a su nombre como si fuera un salvavidas–. ¿Por qué me haces esto?

–¡No lo sé! –Para su sorpresa, Selina alzó bastante la voz. Se giró hacia ella, aunque apenas lograba distinguir sus rasgos en la penumbra de la habitación–. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, Peter. Solo sé que te duele y que te aíslas, y quiero estar contigo, y... y... compartir parte de esa carga, ¡pero no me dejas!

–Selina...

–No. Lo siento –lo interrumpió–. Lo siento. Madre mía, lo siento, de verdad. Estoy asustada y no sé qué hacer, y siento mucho no

poder hacer más. Eso es lo que debería haber dicho, no lanzarte reproches que no mereces.

No sabía qué hacer con todas las emociones que se le atragantaban en la garganta y le quemaban la parte trasera de los ojos. Se aferró a aquello que era más fácil de expresar:

–¿Que no te dejo compartir esta carga? Selina, tú has... Lo has dispuesto todo. El médico, el agua..., incluso la cama de este dormitorio, maldita sea.

–Ya, pero... –vaciló–. Peter, eso son tonterías.

Recordó que ella ya había dicho algo parecido cuando la casa estaba vacía, el día de su boda. Los muebles son solo «cosas».

–No sé a qué te refieres.

Peter percibió, más que vio, su impotente encogimiento de hombros.

–A mí eso me resulta fácil. Solventar las minucias. Llamar a alguien, pagarle para que traiga los muebles o ropa limpia. –Selina respiró hondo y exhaló con dificultad–. No sé cómo hacer que alguien deje de sufrir. Cómo ayudar cuando...Cuando alguien tiene miedo o está de luto. No se me da bien ser tierna o amable o...

Extendió la mano a ciegas en la oscuridad y encontró sus manos, entrelazadas en su regazo. Cerró los dedos sobre los de ella y se los apretó.

–¿Acaso no me escuchas, Peter? Ahora mismo... estoy hablando de mí, de lo asustada que estoy, cuando lo único que quiero es hacerte las cosas más sencillas.

–Y lo haces.

Selina se zafó de su agarre para atrapar las de él entre las suyas, envolviendo los dedos entre sus palmas.

–¿Cómo puedes decir eso?

–Me permites estar junto a él. Haces que no tenga que preocuparme de que los niños no sepan a qué lugar pertenecen. Has transformado esta horrible casa, que solo me recordaba a mi padre, en un hogar. Para todos.

Se sentaron en silencio durante largos minutos. Él observaba la diminuta silueta de Freddie en la cama, inmóvil salvo por los estertores de tos que de vez en cuando lo agitaban.

Quería hablar con ella. Quería responder a sus preguntas y hacer que entendiera quiénes habían sido Morgan, su padre, Josephine... Sin embargo, le resultaba tan difícil... No lograba encontrar las palabras que fluían de él con naturalidad, como el agua de un vaso.

–Durante muchísimo tiempo no supe que era mi hermano –confesó al fin–. Ridículo, en realidad: nos parecíamos tanto... Yo era algo mayor, solo dos semanas, pero Morgan era más grande. Y era mejor que yo en... –Se le escapó un suspiro que acabó en carcajada–. Todo. O eso habría dicho él. Se le daba mejor que a mí nadar, encender el fuego, encontrar los lugares más interesantes para esconderse. A mí se me daba mejor persuadir a su madre para que no nos castigara.

Había pensado que, diecisiete años después de la muerte de su hermano, se le habría difuminado mucho el recuerdo del rostro de Morgan, pero aún podía verlo a la perfección: ojos color avellana en una cara pálida, la profunda hendidura de su labio superior. Quizá era porque eran muy parecidos.

–Nuestro padre se casó con mi madre porque era rica, y cuando se casaron, toda su propiedad pasó a ser de él. Estaba sola en el mundo. Sus padres habían fallecido, y él la convenció de que creía en lo que defendía. La abolición. El autogobierno.

Josephine le había contado, mientras compartían un plato de arroz con frijoles, lo encantador que había sido Silas Kent. Lo fácil que había sido para su padre engañarla con palabras bonitas, pues había querido creer que había encontrado a alguien con quien compartir el trabajo de su vida.

–Después de casarse, le dijo que quería comprar una plantación –continuó Peter–. Mi madre luchó contra él con uñas y dientes, y cada vez que él viajaba a Inglaterra, algo que ocurría con frecuencia, ella deshacía lo que él había hecho. Escribía a Wilberforce, a Thomas Clarkson, largas cartas contra la esclavitud que pedía que se leyeran en voz alta en el Parlamento. Intentó convertirse al cuaquerismo, pero, como estaba casada, no se lo permitieron. Siempre estaba enfadado. Su nombre, su reputación... Decía que mi madre lo arrastraba por el barro y le escupía encima.

También le resultaba fácil recordar aquellos detalles: su padre, rojo de ira y gritando. «¡Zorra estúpida y egoísta! No tienes ni idea de lo que has hecho».

Peter llegó a pensar que su padre podría matarla.

–Al final, mi padre se rindió. Cuando cumplí los nueve, se marchó y no volvió. Ya estaba enfermo. La fiebre amarilla. Se llevó hasta el último penique y nos dejó allí.

«Ojalá os pudráis en este pozo asqueroso», los maldijo al marcharse.

Y lo habrían hecho, de no ser por Josephine. Su madre se derrumbó. Siempre había sido valiente, pero también había sido siempre rica, siempre había tenido criados y cuidadores, una cocinera; gente que trabajaba para ella, que la amaba y la respetaba. Pero sin dinero, la casa cayó en decadencia, las enredaderas empezaron a enroscarse por los muros de los establos y el pozo empezaba a llenarse de agua salobre.

Josephine había cuidado de Morgan y Peter, y también de su madre. Había administrado las finanzas ella sola y había enseñado a los niños a remendar sus calcetines y a recoger caquis cuando la piel ya estaba tierna.

–Fue uno o dos años después de eso cuando Morgan enfermó. Empezó a toser cuando andábamos. –Sacaba la cabeza en la superficie del estanque; su rostro blando y su gesto asustado mientras jadeaba por aire–. Le subía la fiebre por la noche y por la mañana volvía a estar bien. Así una y otra vez. No tenía hambre. No quería montar a caballo. Un día, de repente, yo era más alto que él. Otro día, se metió en la cama y nunca volvió a levantarse. Fue entonces cuando Josephine me confesó que era mi hermano.

Selina, que había permanecido callada durante todo el relato, sujetando la mano de Peter entre las suyas, tomó una pequeña bocanada de aire.

–Lo siento mucho. Siento mucho tu pérdida.

Dejó que su esposa le recorriera el arco de los nudillos con las yemas de los dedos.

–Sabía desde hacía años que mi padre era un necio despreciable, y se me metió en la cabeza que mi padre no lo sabía.

No sabía explicar por qué. Supuso que fue la esperanza. Una esperanza imposible e infantil.

–Le escribí. Le conté que Morgan estaba enfermo. Le supliqué que nos enviara..., en fin, cualquier cosa. Médicos. Dinero. Medicinas. Cuando no hubo respuesta, pensé que la carta se había extraviado, así que volví a escribirle. Una y otra vez.

–Oh, Peter, no.

–Al final respondió. Afirmó no tener ningún hijo en Nueva Orleans. No reconoció a Morgan, tampoco a mí. –Se rio, y fue un sonido extraño, amargo y lleno de odio–. Se habría enfadado tanto si me hubiera visto aquí... Viviendo en su casa. Gastándome su dinero. Arruinando todo lo que él creía tan importante: el apellido Kent, su título, nuestro lugar en este mundo. Todas esas cosas que le importaban más que sus propios hijos.

La voz se le rompió en la última palabra, y odió oír su propia debilidad. Odiaba el placer que sentía al desafiar a su padre fallecido, por el amor de Dios, y ya no debería importarle, pero le importaba.

–No habría cambiado nada. Morgan tenía tuberculosis; no se habría curado pasara lo que pasara, incluso aunque nuestro padre nos hubiera enviado un cofre lleno de lingotes de oro. Pero tampoco lo intentó: no quiso verle, ni siquiera lo reconoció como hijo legítimo. Nos abandonó a todos a nuestra suerte. Dejó que nos pudriéramos, tal y como nos dijo.

Selina subió los pies a la silla, acomodándose, y se acercó a él, presionando brazo contra brazo y apoyando la cabeza en su hombro. Era cálida, y su aroma le era familiar y tangible.

–No dejaremos a Freddie solo –susurró la mujer–. Ni un segundo. Te lo prometo.

Peter tragó saliva. No podía hablar.

–Apoya tu cabeza en mi hombro –lo instó–. Descansa.

Él respiró hondo y le hizo caso. Notó su melena suave contra la mejilla.

No había hecho nada para merecerla. No había motivo alguno para que estuviera allí, junto a él, velando toda la noche a su hermano. No había motivo alguno para que se preocupara por todos

ellos, ningún motivo excepto que su naturaleza era cuidar, proteger, amar y tratar de poner las cosas en orden.

Peter no sabía cómo formar la familia que siempre había anhelado, cómo llevar la fantasía al mundo real. No sabía cómo darles a sus hermanos una seguridad, un hogar auténtico y constante. Quería mantener a los niños a salvo y, sin embargo, una parte de él gritaba que aquello era la prueba de que no podía hacerlo. De que iba a fracasar.

No podía concebir la idea de perder a Freddie. No podía soportar el simple hecho de imaginar que perdía a ninguno de sus seres queridos. No obstante, parecía inevitable: la pérdida, el duelo y el desgarrador y enfermizo desconsuelo al saberse abandonado.

Le llevó mucho rato disipar la ira, y Selina permaneció en silencio durante todo aquel tiempo. Se limitó a sostenerle la mano con fuerza. Él le apretó los dedos, como si se aferrara a la vida misma, y ella no se apartó.

Selina se había convertido en el corazón de su pequeña y frágil familia, y él temía qué ocurriría entre ellos si todo se derrumbaba. Confiaba en ella: en su calma, en su seguridad, en su paciencia. Sin embargo, también temía que no quisiera vivir en una familia tan rota como la suya. Selina había crecido en el cálido abrazo de los Ravenscroft, sabiendo que estaba a salvo, que era valiosa y amada.

«A salvo», pensó, y le apretó más la mano. Lo daría todo por mantenerla así. No solo a ella, sino también a Freddie y Lu.

«Valiosa», pensó, e inspiró aquel aroma dulzón y especiado, que era bergamota en la piel de su mujer.

«Amada», pensó.

«Mi amor», pensó, y ya no hubo más palabras.

CAPÍTULO 23

[...] ¿Y cuándo, mi niño, me traerás a tu esposa para que la conozca? Estoy deseando hablar con ella. Has sido bastante críptico, pero sé cómo eres. Debe de ser una mujer excepcional. Por cierto, tengo la casa bajo control. ¡Deja de enviarme tanto dinero!

De parte de Josephine de Marigny, en Nueva Orleans,
para Peter Kent, noveno duque de Stanhope.

En la tercera mañana de su dolencia, la fiebre de Freddie no remitía. Selina había convencido a Peter para que durmiera en el colchón que Lu había arrastrado hasta el dormitorio de su hermano la primera noche que habían pasado en la casa. Al parecer, uno de los dos tenía miedo a la oscuridad. Aún no sabía quién.

Pensó en Lu, allí en Rowland House, y deseó que alguien hubiera caído en dejarle suficientes velas.

Thomasin seguro que lo hubiera hecho. Esperaba que así fuera.

Había convencido a Peter de ausentarse el tiempo suficiente para asearse y cambiarse de ropa. Cuando regresó, le trajo una taza de té, demasiado caliente y demasiado dulce, justo como a ella le gustaba.

Selina los había dejado solos únicamente cuando no había tenido más remedio. Belvoir... No podía olvidar la amenaza que se cernía sobre la bilbioteca, ni los rumores que habían empezado a circular

acerca de su familia. Su banquero le había revelado que había sido una mujer quien había investigado la titularidad de la propiedad, y Selina había revisado sus listas de socias y las de la oposición parlamentaria de su hermano hasta marearse. ¿Sería la esposa de uno de los enemigos políticos de Nicholas? ¿La hija? No lo sabía.

Durante la tarde llegó su familia: Nicholas y Daphne, junto a Lu, pálida y sombría, entre la tía Judith y Thomasin. Selina hizo que se quedaran en la planta baja: si existía riesgo de contagio, no permitiría que alcanzara a sus sobrinos.

Lu quería ver a Freddie, y Selina supuso que también a Peter. Cuando llegaron a la habitación, la niña se detuvo en el umbral, totalmente inmóvil y callada.

–El médico lo ha visto –dijo Peter.

A Selina se le rompió un poco el corazón. Aquello había sido lo único que Peter había querido para su hermano cuando eran pequeños. Por eso fue lo primero que le contó a Lucinda. Esta tragó saliva, pero no habló. Tenía los ojos verdes llenos de lágrimas. Su hermano mayor se acercó a ella. Hizo el ademán de abrazarla, pero ella retrocedió unos pasos y salió corriendo hacia las escaleras.

Thomasin quiso seguirla, pero la tía Judith la cogió del brazo.

–Déjame a mí.

Por un instante, Selina creyó que lo que Lu necesitaba era la amabilidad de Thomasin, la forma en que no la juzgaba, pero quizá no era eso. Tal vez lo que necesitaba era a la tía Judith, severa y adusta, para convencerla de que todo iría bien.

En cambio, Thomasin se acercó a la cama y, de algún modo, logró que Freddie bebiera una taza entera de té de milenrama, cuando ninguno de los demás había conseguido que diera más de uno o dos sorbos. Tras la marcha de Lu y los Ravenscroft, el niño durmió plácidamente durante horas.

Cuando Gabe Hope-Wallace regresó, contempló el rostro demacrado de Freddie y repitió con diligencia el mismo examen que le había hecho el día anterior.

–Sé paciente –dijo, aplastando el tubo de papel antes de guardárselo en el bolsillo–. Dale tiempo para que se recupere.

A Selina le costaba ser paciente cuando veía a Freddie tan delgado y demacrado en la cama, o a Lu entre los criados, o a Peter congelado de terror a su lado. Pero reprimió el pánico y acompañó a Gabe hasta la puerta mientras este le daba instrucciones por si la fiebre de Freddie bajaba y le prometía que volvería al día siguiente.

Le llevó la cena a Peter en una bandeja y lo animó a sentarse y comer. Cuando cayó rendido con la cabeza apoyada en las sábanas de su hermano, Selina vigiló al niño, y cuando su marido abrió los ojos al amanecer, se retiró a su alcoba para escribirle otra carta a Jean Laventille y, por fin, intentar dormir.

Al despertar, el sol estaba alto, así que se incorporó de golpe, presa del sobresalto.

¿Por qué nadie la había despertado? Se puso la bata y se pasó los dedos por el pelo sin detenerse a lavarse los dientes. El dormitorio de Freddie estaba una planta más abajo que su dormitorio, por lo que bajó corriendo las escaleras, descalza, agarrándose al liso y oscuro pasamanos.

Al final del pasillo, tras las puertas que conducían a las habitaciones de los niños, vio a Emmie abrazada a Humphrey, el esbelto criado de Peter. Lloraba.

Selina sintió que se le entumecían los dedos.

–¿Emmie?

La doncella y el ayuda de cámara se separaron de un salto. Humphrey parecía la viva imagen de la culpabilidad, pero el rostro de Emmie se iluminó con una sonrisa húmeda.

–Oh, señora..., quiero decir, excelencia... –Las lágrimas amenazaban la estabilidad de sus palabras–. ¡No ha pasado nada malo! El muchacho está bien.

Selina se giró y abrió la puerta del dormitorio de Freddie con las manos aún entumecidas.

El sol entraba a raudales por la ventana abierta, y en el haz de luz yacía Freddie, acurrucado bajo la colcha. Peter estaba tendido a su lado en la enorme cama, vestido de pies a cabeza, con un brazo sobre el rostro protegiéndole del sol y la mano libre descansando sobre la cabeza de su hermano. Al pie de la cama, mirándola con desdén, se encontraba el gatito gris.

Selina se acercó con cautela. El niño tenía la cara más delgada, pero no había ni rastro de aquel color febril en sus mejillas. Le puso una mano en la frente con mucho cuidado.

Frío. Su piel estaba fresca. Freddie se movió un poco. Las pestañas le temblaron y se le escapó una pequeña tos, mucho menos violenta que antes, y volvió a sumirse en un sueño profundo; la comisura de su boca curvándose ligeramente hacia arriba.

Dejó escapar un sollozo ahogado y se dejó caer con fuerza sobre la silla que había junto a la cama. Peter se movió, apartó la mano del pelo de Freddie y se incorporó. Los rizos le cayeron rebeldes sobre la frente.

–Va a ponerse bien –susurró.

Los cálidos ojos marrones de Peter, esa preciosa sonrisa...

–Sí –le confirmó él.

Selina estaba perdida. No podía romper el contacto visual ni dejar de explorarle el rostro. Vio alivio. Agotamiento. Euforia. Y algo más.

–Duérmete otra vez –le pidió, temerosa de lo que pudiera salir por su boca, temerosa de desear tanto algo que casi podía convertirlo en realidad–. Iré enseguida a Rowland House y traeré a Lu.

Peter seguía mirándola. Podía distinguir las motas de polvo en la luz que se derramaba por la ventana.

–Gracias –murmuró, con la voz velada por el sueño y la emoción.

Ella asintió de forma casi imperceptible y se secó los ojos antes de salir disparada.



Peter abandonó la habitación de Freddie tras dedicarle una última mirada. Su hermano seguía dormido, pero de otro modo: disfrutaba de un sueño profundo y sosegado; la respiración algo áspera, pero serena. Ya no sonaba aquel jadeo frenético de unos pulmones incapaces de llenarse de oxígeno.

Fuera, junto a la puerta, distinguió la esbelta figura de Humphrey, ataviado de una forma bastante absurda: unos calzones de gamuza desgastada y la levita de gala que Selina le consiguió antes de que

la pesadilla de la enfermedad de Freddie comenzara. Peter contuvo una carcajada, aunque la alegría lo invadió por completo.

Humphrey se volvió de golpe, sobresaltado, y el duque vislumbró a Emmie, la doncella de Selina, por un instante, cobijada bajo su brazo largo y huesudo, antes de que soltara un grito y saliera disparada hacia las escaleras.

¿Cuándo había ocurrido aquello? Peter sintió que una burbuja de hilaridad le hinchaba el pecho.

–¡Excelencia! –exclamó Humphrey, y la voz le chirrió de forma peligrosa.

–Humphrey –pronunció, muy serio.

–Emmie... Quiero decir, su excelencia... Ella... –Las palabras se le atascaban en la garganta–. Su excelencia afirma que su hermano ha mejorado.

–Así es.

El ayuda de cámara asintió, primero una vez, luego otra, con evidente nerviosismo. Abrió la boca, pero, al no pronunciar sonido alguno, la cerró de nuevo.

Peter se compadeció de él.

–Me gustaría asearme y cambiarme antes de que mi esposa regrese con mi hermana.

Humphrey pareció hundirse un poco de alivio al recibir unas instrucciones tan claras.

–Por supuesto, excelencia. Prepararé agua caliente e... iré a sus aposentos.

Sin dejar de hablar, se giró y se encaminó hacia la escalera, con Peter pisándole los talones.

Freddie se recuperaría. Mientras se bañaba y dejaba que Humphrey lo enjabonara y le afeitara la barba de tres días, sintió que las palabras de agradecimiento brotaban en su interior igual que una planta en primavera. Freddie iba a ponerse bien, y Lu volvería a casa; por fin podría comunicarle la noticia.

Se la encontró bajando las escaleras. Lu subía, con el cabello hecho un revoltijo de rizos y una horquilla sobresaliendo sobre la oreja. Sus miradas se cruzaron. Delicadas líneas blancas le

enmarcaban la boca, pero guardó silencio. Giró hacia el pasillo y se dirigió hacia la habitación de su hermano.

Selina iba tan solo unos pasos detrás de Lu. Cuando se encontró con Peter en el descansillo, inclinó la cabeza en dirección a su hermana.

–Ve con ellos –ordenó.

Titubeó mientras la contemplaba. Selina aún parecía fatigada. Se acercó a ella, la agarró por la nuca y la besó con firmeza en la boca.

–Gracias –musitó cuando se apartó–. Por traerla. Ve a descansar. Iré a buscarte.

–Avísame si necesitas que te ayude con algo. Con Freddie, con Lu o... con cualquier otra cosa.

Peter le dio un apretón en los hombros antes de volverse hacia la puerta tras la que su hermana había desaparecido. Una parte de él quería arrastrar a Selina consigo. Esa mujer entendía a Lu mucho mejor de lo que él jamás lo había hecho. Eran iguales: intensas y feroces. Sabría transmitirle todo lo que él no podía expresar.

Pero no podía obligarla. Además, era importante que lo hiciera él solo.

Abrió la puerta de un tirón. Su hermana estaba de pie junto a la cama y se la veía incómoda, con los brazos cruzados. Incluso de espaldas, se notaba la tensión en su cuerpo. No lloraba.

Se acercó a ella y le apoyó una mano en el hombro.

–Va a ponerse bien.

–¿Cómo lo sabes? –Fue un desafío y una exigencia a la vez.

–Ha venido el médico. El amigo de Selina. Dice que es una especie de prodigio, más inteligente que todos los doctores juntos. Nos ha asegurado que Freddie tiene los pulmones inflamados, pero que, ahora que la fiebre ha remitido, solo necesita descansar y recuperarse.

–Nunca había estado así de enfermo.

–Lo siento. Sé que es duro verlo así.

–¿Qué sabrás tú? –espetó la niña–. No sabes nada. No eres de aquí, no nos conoces, ni a Freddie ni a mí ni...

–Lu. Pequeña. Tranquila.

–¡No! Me obligaste... ¡Me obligaste a irme! ¡A dejarlo! –Las palabras irrumpieron entre la furia y el desgarro.

–Lo siento –repitió él–. No quería que enfermaras tú también. Solo quería protegerte. Lu, no lo he dejado solo ni un minuto. Te lo prometo.

Cerró los dedos sobre el delgado hombro de la niña, pero ella se los apartó de un manotazo; el cuerpo rígido y tembloroso.

–Yo le protejo. Yo cuido de él. –Se mordió el carrillo con rabia.

–Claro que sí –la tranquilizó–. Has cuidado de él. Y lo has hecho muy bien, Lu.

Lu levantó una mano, pequeña y cuadrada, tan parecida a la de Morgan, y se cubrió los ojos. Sollozó una vez y luego se quedó sin aliento.

–¿Se pondrá bien?

–Sí.

La cobijó entre sus brazos y, en esta ocasión, ella se dejó.

–Tampoco te dejaré sola a ti, Lu.

–¿Cómo puedes estar tan seguro? –susurró la niña contra su pecho–. ¿Cómo lo sabes? Nuestra madre murió. Nuestro tutor. La tía tatarabuela Rosamund. Todos se han ido.

–No te abandonaré –le aseguró con determinación–. Somos una familia, Lu. Tú y yo, Freddie y Selina. Los Ravenscroft. Y ese gato endiablado.

Peter había tenido mucho miedo. Lo vio entonces con una claridad repentina. Había estado tan asustado que no había podido hacer que su hermana confiara en él, ni había podido obligar al Tribunal de la Cancillería a darle la custodia de los críos. Pero, además, había temido lo que podría ocurrir si lo lograba. Si Lu confiaba en él. Si Freddie llegaba a quererlo. ¿Cómo podía alguien como él merecer el cuidado de dos niños pequeños, frágiles y tan queridos? ¿Cómo iba a conseguir que no se rompieran? ¿Cómo iba a protegerlos de cualquier daño?

No podía. Lo vio entonces con total claridad, tan claramente como veía a su hermano, profundamente dormido en aquella cama demasiado grande. Iban a hacerse daño. Caerían enfermos. Tendrían miedo.

Y él los amaría, pasara lo que pasara. Pasaría la noche en vela, observando cómo las sombras se movían sobre sus rostros con el lento avance de la luna. Eso era lo que importaba. Que los amaba. Que se había quedado junto a ellos.

–Puedes abrazarme tú también, ¿sabes? –dijo, con la nariz hundida en el pelo enredado de la niña.

Hubo una pausa larga. Luego, muy convencida, Lu respondió:

–No.

A Peter se le escapó una risa desde lo más profundo del pecho, una exclamación desbordada de alegría, tan sonora que Freddie, en la cama, giró la cabeza hacia ellos y tosió.

Lu se deslizó bajo el brazo de Peter y se sentó con cuidado en el borde del colchón, al lado de su hermano. Le apartó el pelo de la frente y lo arropó con manos firmes.

Freddie entreabrió un ojo color avellana.

–Lu –suspiró–. Por fin. Tengo sed.

Lu se quedó quieta mirando a su hermano, que había vuelto a cerrar el ojo, pero Peter alcanzó a ver la mancha húmeda que una de sus lágrimas dejaba en el cabello de Freddie.

–¿No lo has oído? Quiere más té.

–Lo he oído. Pediré que le traigan más.

–También necesitará a Peter.

Él parpadeó en su dirección.

–Me quedaré. No te preocupes, que no me voy.

Lo miró de reojo a través de sus oscuras pestañas y tuvo la sensación de que se estaba mordiendo las mejillas para evitar que los labios se le curvaran en una sonrisa.

–No tú, idiota. El gato.

Se inclinó hacia ella y extrajo la horquilla que se le había escapado del pelo, guardándosela en el bolsillo.

–Le diré a Selina que despida a tu maestro de esgrima si no le ponéis otro nombre a ese bicho.

Estuvo seguro de que, en esos momentos, Lu sí se estaba mordiendo las mejillas.

–No deberías habérnoslo dado si no estabas preparado para las consecuencias.

Peter se acercó al alféizar y recogió al gatito, que estaba acurrucado en un rincón, al sol de la tarde.

–No le saques las garras a mi hermano –le ordenó antes de dejarlo sobre la almohada junto a la cabeza de Freddie.

El gatito olfateó con delicadeza la cara del niño y luego avanzó por su torso para esconderse bajo su brazo.

–Está esperando el momento adecuado para sacártelas –susurró Lu.

Peter le pasó la mano por el revoltijo de rizos.

–Entonces, Freddie está en buena compañía. –Se dirigió al montón de sábanas limpias que una de las nuevas criadas había llevado esa misma mañana y cambió la funda de la almohada que había junto al niño por una recién lavada–. Por si quieres echarte una siesta.

Se sintió un poco ridículo mientras lo hacía. Lu tenía doce años; no era un bebé que echara siestas. Jugó con la esquina bordada de la funda de la almohada y luego alzó la vista hacia él. Sus ojos, de un color verde intenso, se tornaron dulces de repente.

La niña asintió una única vez. Después, se volvió hacia su hermano y sonrió.

Peter notó el pulso constante de su propio corazón contra las costillas. Pensó que quizá no lo había hecho tan mal.

Al salir, cerró la puerta con cuidado, silbando de forma casi inaudible. Tenía que llevarle el té a Freddie. Y un sándwich a Lu, si conseguía mantenerse despierta.

Y después, necesitaba a su esposa.

CAPÍTULO 24

[...] Los placeres del amor fueron para nosotros lo que la dicha del triunfo es para un ejército: descanso, consuelo, todo...

Fragmento extraído de *Fanny Hill*.

La encontró en el baño.

Había sido uno de sus parientes más derrochadores quien había instalado la enorme bañera cuadrada de mármol en el cuarto de baño de la planta superior. Peter se había aferrado a la idea de que no poder retirarla era el beneficio de aquella extravagancia ancestral, porque, de esta manera, había podido ofrecerle a su mujer un lugar para asearse mucho mejor que una jofaina y una jarra.

El aire del baño era húmedo y perfumado. Selina apoyaba la cabeza contra el ancho borde de mármol, con el pelo formando pequeños rizos junto a sus orejas. Tenía los ojos cerrados.

A Peter le resultó inquietante. Era evidente que quedarse dormida en la bañera era peligroso.

Se acercó, pero no supo muy bien qué hacer. No quería asustarla. Podría resbalar bajo el agua y ahogarse. Aunque supuso que en realidad esa opción era improbable. Aun así, carraspeó con cierto decoro desde justo detrás de su hombro.

Selina abrió los ojos de golpe y chilló; el agua desbordándose de la bañera y cayendo sobre los azulejos.

–¡Peter! –jadeó, incorporándose. Se inspeccionó el cuerpo y él, naturalmente, siguió su mirada–. ¿Va todo bien abajo? ¿Me necesitáis?

Dios, era lo más hermoso que había visto nunca. Tenía la piel pálida sonrojada por el calor, las piernas largas y las curvas de sus muslos eran generosas.

–Yo... ¿Qué? –susurró.

–Lu y Freddie. –Al fin el duque logró localizar el rostro de Selina, que casi mostraba su mirada favorita–. ¿Se encuentran bien?

–Ajá –musitó, justo antes de sentarse en el borde de la bañera y quitarse las botas.

–Menos mal –suspiró Selina–. Déjame... acabar con esto. –Se señaló vagamente a sí misma, frunciendo los labios.

–No es necesario.

Cogió la pastilla de jabón para frotarla en la fina esponja que ella había dejado en el ancho borde de la bañera. Cuando hizo suficiente espuma, la sumergió en el agua y la deslizó con cuidado por los hombros y la clavícula de su esposa. Pequeños riachuelos de agua perfumada con bergamota le acariciaban los pechos, abriéndose alrededor de sus pezones.

–Peter –protestó ella, entre divertida y excitada–. Tu camisa.

El agua le había salpicado los antebrazos y, por ende, el lino blanco se había vuelto transparente en algunas zonas y se le pegaba a la piel. Se detuvo un segundo a remangarse y luego volvió a la tarea. Le lavó los hombros, los brazos, los largos y estilizados dedos.

Selina se humedeció los labios.

–Siéntate más hacia delante –le pidió, y cuando la mujer obedeció, él le enjabonó la espalda, escurriendo la esponja para que el agua limpia arrastrara bien la espuma. Le deslizó un dedo por las costillas, deteniéndose en la curva de sus caderas–. Quería decirte algo –añadió.

–¿Sí? –Selina parecía haberse quedado sin aliento, y eso le agradó sobremanera.

–Ahora estás atrapada con nosotros. Con Lu y con Freddie. Con el gatito. Conmigo. –Hundió la esponja en el agua y la usó para seguir la curva de su cintura, la suave forma de sus glúteos–. Esta casa...

es tuya, entera. Nosotros también somos tuyos. Ya no hay vuelta atrás.

–No quiero volver atrás.

–Bien –aceptó Peter–. Puede que tengamos que cambiarle el nombre al gato.

Selina se rio mientras él deslizaba la esponja por su cadera, bajando por el pliegue entre el muslo y su entrada.

–Deberías... Deberías ser tú quien se lo diga a Lu –musitó, con la voz quebradiza.

–Pensaba que se te ocurriría una buena forma de sobornarla.

Le pasó la esponja por debajo del ombligo. Bajó por una pierna y volvió a subir. La esponja se le resbaló de entre los dedos bajo el agua mientras atrapaba con la palma la curva resbaladiza de su muslo. El agua le salpicó a la altura de los hombros.

–Yo... –empezó a decir Selina, y él la miró a la cara y vio cómo se le movía la garganta al tragar–. Estoy... segura de que se me ocurrirá algo.

–¿Ah, sí? –le preguntó Peter mientras deslizaba la mano por su muslo y la apoyaba abierta sobre su sexo–. Quizá no me estoy esforzando lo suficiente.

Ella dejó escapar un gemido y sus caderas se estremecieron contra la palma de Peter.

–Dios, Selina –jadeó.

Había intentado provocarla, acariciarla y mimarla, pero de pronto la emoción brotó desde su pecho hasta su voz al oír ese sonido ahogado y mudo de pura necesidad.

Joder, él también la necesitaba. La necesitaba demasiado.

–Ponte de pie –ordenó con voz grave y áspera.

Cuando Selina se levantó, el agua corrió por su cuerpo. Peter deseaba recorrer cada hilillo con las manos, la boca, la lengua.

La agarró por las caderas y la animó a salir de la bañera antes de empujarla para obligarla a sentarse en el borde. El agua se acumulaba en el suelo, alrededor de sus pies. Se arrodilló entre sus muslos y notó cómo los pantalones se le empapaban en cuanto presionó las rodillas contra el mármol resbaladizo.

Le acarició los muslos de arriba abajo, acercando cada vez más las manos a su entrepierna. Ella inhaló un jadeo rápido y tembloroso, y él alzó la mirada hacia ella.

Selina era el paraíso bajo la luz del atardecer. Era oro por doquier: en su cabello, en sus ojos... Suave y cálida allá donde la tocara. Peter quería envolverse en ella, cubrir cada parte de su piel con la suya. Quería reclamarla, poseerla, enterrarse en su calor húmedo y olvidar todo lo que dolía, olvidar todo excepto su cuerpo.

Fue dejando un reguero de besos por su muslo y luego se permitió darle un suave mordisco, solo uno. Selina echó la cabeza hacia atrás, arqueó las caderas y separó aún más las piernas. Peter la sujetó con firmeza mientras ascendía por su sexo con la lengua. Estaba ardiendo y preparada para él, sonrosada y mojada. No pudo evitar el gemido que se le escapó al saborearla.

Ella se fue inclinando hacia atrás, empujando con las caderas hacia delante, agarrándose con fuerza al borde de mármol, mientras él hundía los dedos en su carne tersa y suave. La mantuvo quieta sin dejar de chuparle, saboreando y succionándole el clítoris. La mantuvo quieta incluso cuando ella quiso retorcerse. No iba a dejarla escapar.

Peter se entregó por completo a esas sensaciones. A la voz de Selina, que era urgente y suplicante. A su propia camisa empapada, que ya notaba fría y adherida a la piel. Al calor de su mujer bajo la lengua. Cuando llegó al orgasmo, con intensidad, temblorosa, Peter incluso pudo notar las vibraciones en su miembro.

Estaba loco por ella. No podía pensar. Debería esperar. Debería hacer una pausa para dejarla respirar, pero era incapaz. Se puso en pie, se desabrochó los pantalones mientras la miraba, roja y aturdida.

–Te necesito –susurró con la voz ronca, y ella esbozó una sonrisa llena de intención.

–Sí, por favor.

Peter se acomodó entre sus piernas y, ¡qué barbaridad!, la estúpida bañera no era lo bastante alta. Subió la pierna de Selina algo más arriba para enroscársela alrededor de la cadera, haciendo presión contra su estrecha entrada.

Intentó decir algo (aunque, en realidad, eran solo palabrotas), pero no podía oír sus propias palabras por culpa de la sangre que le retumbaba en los oídos. Agarró a Selina por los muslos y la atrajo hacia él. Ella se deslizó con facilidad sobre el mármol y Peter se estrelló con fuerza en su interior.

Selina gritó, enroscando los dedos en la tela de la camisa de él para sujetarse. Peter repitió lo que acababa de hacer, una y otra vez. Aquello era justo lo que necesitaba. A Selina, salvaje, sin aliento y viva, aferrándose a él mientras la abrazaba, mientras la penetraba, mientras la amaba. El placer le recorría la piel, rugiendo en su interior mientras se hundía en su estrecho y apretado calor.

Peter quería que Selina llegara al clímax antes que él, pero la firme presión de su interior, el dulce aroma a placer que lo envolvía cuando ella se aferraba con uñas y garras a su camisa, los jadeos que soltaba cada vez que la empujaba con fuerza sobre su longitud... eran demasiado. No podía contenerse.

–Tócate –le suplicó–. Necesito que te corras.

Selina abrió los ojos. El aire le salía a trompicones.

–No puedo.

–Sí que puedes, joder.

La muchacha miró hacia abajo, hacia sus propios dedos, cerrados sobre la tela de su camisa, y él siguió la dirección de su mirada. Santo cielo, verse atrapado entre los muslos de su mujer sin dejar de moverse, sin dejar de hacerla suya, le cortó la respiración.

–Si te suelto, me caeré.

–No te caerás.

–Me caeré –repitió Selina, casi con desesperación.

–No dejaré que te caigas.

Selina apartó una mano del pecho de Peter y se le escapó un gemido ahogado en cuanto la deslizó entre sus cuerpos. Él sintió el ritmo urgente y tembloroso de su mano y las ideas se le nublaron.

Selina jadeó y se puso rígida, echando la cabeza hacia atrás, y Peter la apretó contra su erección mientras ella cerraba su entrada con fuerza. Una oleada de placer lo recorrió con tal violencia que casi lo hizo correrse. A duras penas logró apartarse, y Selina (la bella, dulce y perfecta Selina) le rodeó el miembro con una mano

firme. Peter se hundió en el círculo apretado de sus dedos y se perdió allí por completo: ciego de placer, mientras el orgasmo lo atravesaba igual que un huracán que se lo llevó todo por delante, menos la dulzura.

Cuando pudo ver con claridad, pensar y moverse de nuevo, soltó los muslos de su mujer y se apoyó en el borde junto a ella. La atrajo contra su pecho, una mano deslizándose hasta la parte llana de su vientre, y apoyó la barbilla en el hueco de su cuello. La piel de Selina ardía y olía a bergamota y especias. Estaba limpia y suave, salvo por el rastro pegajoso de su semilla, que le había dejado en el estómago y en los pechos.

Le apretó las costillas y se impulsó para caer junto a ella dentro del agua.

Selina chilló al caer de golpe en la bañera, y él...

–¡Por Dios! –exclamó–. Sí que se ha enfriado el agua.

Su esposa reía, forcejeando para salir. El agua se derramó por los bordes, resbalando sobre el mármol pulido. Peter se incorporó, con los pantalones y la camisa adheridos al cuerpo, y la observó mientras se hacía con unas toallas de lino de la cómoda.

La amaba. La amaba tanto que apenas podía respirar, que apenas podía moverse. No podía hacer otra cosa que mirarla y grabarse a fuego en la memoria la forma en que reía.

Intentó guardarse aquella imagen en el corazón mientras ella lo arrastraba fuera del baño, lo obligaba a secarse y a tumbarse a su lado en la cama. La mantuvo a salvo, como un panel de vidrio intacto, transparente y frágil.



Durmieron juntos.

–¿Acaso sabes lo que es una cama? –le había preguntado ella con tono mordaz mientras le quitaba la ropa mojada.

–Sí, también he oído hablar de la desnudez, pero no acabo de acostumbrarme.

–Yo creo que estás demasiado acostumbrado.

–¿De verdad? –le había dicho, rodeándola con los brazos.

Habían secado el agua del suelo lo mejor que pudieron y después se habían dirigido hacia la enorme cama, tambaleándose, acurrucándose juntos a pesar de que eran ya las cinco y ninguno de los dos había cenado. Peter se había quedado dormido casi al momento.

Ahora Selina yacía con la cabeza apoyada en su pecho. Jugaba con los pelitos oscuros que se le enroscaban bajo la mejilla y deslizaba un dedo con mucha suavidad sobre el hueco de la base de su garganta. Peter era como un gran gato adormilado bajo sus atentas caricias.

Tendría que bajar a comprobar que los niños estuvieran bien. Tendría que prepararse por si Gabe Hope-Wallace llegaba temprano. Tendría que estar pensando en la cena. Tendría que estar planeando el menú del día siguiente.

Sopa blanca. Faisán asado. Alguna salsa. Zanahorias. ¿Sopa?

Maldita sea... Ya había pensado en la sopa. Trataba de distraerse, pero no estaba teniendo éxito, porque Peter había..., había...

«Te amo –le había dicho. Una y otra vez, mientras la penetraba–. Joder, Selina, te amo, te amo».

Tal vez los hombres solo decían esas cosas en la cama. Quizá para ellos era algún tipo de... llamada de apareamiento animal. Santo cielo, estaba loca. Hurgaba en su cerebro, intentando recordar si había leído algo sobre esos arrebatos de amor en el catálogo Venus.

¿Lo había dicho en serio? No parecía haber prestado atención a las palabras mientras salían de sus labios, ni parecía haberlas reconocido después. Y, desde luego, no las repetió cuando la bruma de la pasión se hubo desvanecido.

¿Alguna vez había leído algo sobre una inesperada honestidad provocada por el acto sexual? ¿Algo así como *In coito veritas*?

Estaba bastante segura de haberse inventado esa frase.

Sí que recordaba haber visto en alguna ocasión la ilustración de un hombre desplomado de forma patética sobre el regazo de su amante desnuda y exageradamente desproporcionada. Podía leerse: «Post coitum omne animal triste est». «Después del coito, todos los animales entristecen».

Selina no estaba triste, no exactamente, allí en la cama con Peter, con sus extremidades entrelazadas. Pensó en Freddie y Lu en la planta inferior. En su marido ahí, con ella, la piel cálida bajo su mejilla. Tocó con el pulgar el aro de bronce que rodeaba su dedo anular.

No, no estaba triste. Tenía miedo, y el frío de ese miedo la calaba hasta los huesos.

¿Cómo iba a dejarle ahora?

Peter le había hablado de su padre, de cómo los había abandonado en Nueva Orleans. De su hermano, tan cercano a él como lo había sido Will para ella, que había muerto y a quien aún lloraba. No podía dejarle también. No lo soportaría.

Pero si su secreto salía a la luz antes de la audiencia... Si se descubría su vínculo con Belvoir... ¿Qué podría hacer entonces? Había visto el oscuro temor que había embargado a Peter ante la idea de perder a Freddie. ¿Cómo reaccionaría si su escándalo le hacía perder también la custodia de los niños? ¿Si le hacía perder a la poca familia que le quedaba?

Peter la odiaría. O, si no llegaba a odiarla, sería ella quien se acabaría odiando a sí misma.

–Por favor –susurró contra el pecho de Peter, sin saber del todo qué imploraba. Cosas que nunca podría expresar en voz alta.

«Quiéreme. No me sueltes. Pase lo que pase».

Peter apretó el brazo alrededor de ella, como si la hubiera oído. Tal vez lo había hecho. Se lo había prometido, ¿no? Que no la dejaría caer. Pero no era la caída lo que temía. Eso sí podría soportarlo: la caída en desgracia, la completa ruina de su nombre y de su vida.

No. Lo que temía era que, llegado el momento decisivo, no fuera lo bastante fuerte ni lo bastante generosa como para renunciar a Peter.

CAPÍTULO 25

[...] Me alegra tanto tanto saber que todo ha salido bien. Aún no he tenido ocasión de conocer a Freddie, pero he pasado noches en vela preocupado por el niño. Comprenderás el motivo.

De parte de Will para Selina,
al recibir la noticia de la recuperación de Freddie.

Con la luz tibia del amanecer, Selina se vistió sin despertar a Peter. Al pasar junto al dormitorio de Freddie, se asomó para ver a los niños. Ambos dormían: Freddie estaba en la cama y Lu yacía sobre el colchón del suelo, con el gatito gris atrapado entre los brazos.

Los botines de Selina resonaban como un clic rítmico mientras descendía a la planta baja. Aunque la escalera estuviera en penumbra, no necesitaba una vela. Dentro le ardía el propósito; casi resplandecía de pura voluntad.

Iba a ir a Belvoir. Antes de que Regent Street se abarrotara de gente y curiosos. Llamaría a Laventille y a todas sus secretarias y a todo aquel con quien hubiera trabajado si era necesario. Descubriría quién había difundido los rumores sobre Nicholas y Belvoir. Y los detendría. No permitiría que nada echara por tierra sus posibilidades de obtener la tutela. No en ese momento, cuando por fin estaban juntos.

Así era como iba a resolverlo todo. Lo solucionaría. Averiguaría cómo arreglar las cosas. Debía mantener los rumores a raya, al menos hasta después de la vista. Era la única forma que tenía de conservar lo que tanto había deseado: la dulce y amada serenidad que había sentido en los brazos de Peter la noche anterior, su nueva y delicada familia.

Era la única manera de asegurarse de no hacerle daño a Peter. De asegurarse de que...

Seguiría amándola.

Le pidió a Emmie, que salía de un dormitorio que no era en absoluto el suyo, que informara a Peter de su paradero cuando despertara, y pensó que debía asegurarse de que su doncella supiera dónde podría hacerse con protección para sus actividades nocturnas.

El paseo en carruaje hasta Regent Street fue breve. Enseguida estaba corriendo por el callejón que se encontraba tras su amada biblioteca. Esta vez no se ocultó: ni uniforme de criada ni un sombrerito decorativo. Quizá estaba siendo imprudente, pero no pasaba nada, porque se sentía así. Era hora de poner todo aquello en marcha.

Para su sorpresa, había una figura esperando en la puerta trasera de Belvoir. A aquella hora no esperaba encontrarse con nadie, así que por un instante se preguntó si debería dar media vuelta y marcharse.

Pero no lo hizo. Seguro que era un mensajero o un carbonero. Estaba harta de dejarse dominar por el miedo. Avanzó, decidida, hasta llegar junto a la silueta.

No era ningún carbonero. Era una mujer con capa y capucha, y cuando Selina enfocó su rostro en la penumbra, aparecieron unos ojos azul aciano bajo unas pestañas rizadas del color de los rayos de la luna.

Pertenecían, sin duda alguna, a lady Georgiana Cleeve.

Selina abrió la boca, pero volvió a cerrarla al momento. «Qué casualidad verla por aquí –pensó decirle, con un hilo de histeria–. ¿Prefiere usted la poesía erótica o las memorias explícitas?».

Al parecer, a Georgiana no le resultaba igual de difícil articular palabra. Cuando habló, su voz estaba desprovista de aquella habitual y encantadora confusión que tanto la caracterizaba.

–Qué casualidad –la saludó–. Le había escrito a Laventille para pedirle que se reuniera conmigo aquí, pero de todos modos prefería hablar con usted.

Selina se quedó un instante en silencio para asimilar lo que acababa de decir.

¿A Laventille? ¿Cómo conocía Georgiana a Laventille? ¿Y dónde estaban todas sus sonrisas, sus parpadeos y sus comentarios incongruentes? Ahí había gato encerrado, y a Selina no le gustaba no enterarse de lo que fuera que estuviera sucediendo.

–He venido a disculparme –explicó Georgiana–. Y a advertirla. Sé a qué se dedica. Sé que dirige Belvoir y que el catálogo Venus es cosa suya.

–Usted... –Selina no encontró las palabras adecuadas.

¿Georgiana Cleeve? ¿La hija de lord Alverthorpe? Tenía sentido, supuso. Alverthorpe era uno de los enemigos políticos de Nicholas, y estaba en la lista de los sospechosos que Selina creía que habían iniciado los rumores. Pero nunca habría imaginado que Georgiana, dulce como era, igual que un corderito, con esos rizos tan elegantes, pudiera ponerse del lado de su padre en contra de Belvoir y lo que la biblioteca representaba.

–Descubrí su vinculación a Belvoir en mis investigaciones financieras –continuó explicando Georgiana–, porque quería saber quién estaba comprando mis novelas.

Selina no podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

–Espere... ¿Es usted escritora?

–He escrito seis en los últimos dos años. El catálogo Venus las tiene todas. Usé tres seudónimos diferentes. –Georgiana le dio los nombres y Selina se quedó boquiabierta.

–Pero esos... Esos textos son...

–¿Escandalosos? –propuso la joven. Sus rizos danzaron a su alrededor cuando inclinó la cabeza–. Entonces, supongo, Dios nos cría y nosotras nos juntamos.

–¡Iba a decir que son excelentes!

Por un momento, Georgiana abrió mucho los ojos. Su rostro reflejaba un desconcierto asombroso.

–Creo que la estoy entendiendo mal –susurró con dulzura, las manos entrelazadas frente a ella. Luego, esa expresión de pasmo desapareció–. No siento en absoluto haber mentido a la alta sociedad. Pero sí que siento lo que estoy a punto de contarle.

Todo había sido una treta. Durante todo aquel tiempo. Esos enormes ojos azules, los comentarios absurdos y... Peter lo había descubierto, o al menos lo había sospechado. Le había dicho que Georgiana era más de lo que aparentaba ser. Dejó de cortejarla de la noche a la mañana, sin dar explicación alguna.

–Lady Georgiana, no pretendo ofenderla, pero ¿qué está usted intentando decirme?

–Llevo meses intentando descubrir quién es el dueño de Belvoir porque a mi padre se le ha metido en la cabeza que quiere destruir la biblioteca. Encontró... –Se estremeció con un leve gesto de dolor–. Encontró tres de mis novelas en mi dormitorio. No sabía que eran mías, pero leer el contenido y ver las ediciones de Belvoir fue más que suficiente.

–¿Por qué...?

–Lleva registrando nuestros cuartos desde que éramos niños, a los tres. Tiene una idea muy particular de cómo los Cleeve deberíamos comportarnos. Mis hermanos... Los moldeó hasta convertirlos en el modelo mismo de la nobleza inglesa: caza, equitación y sexo.

Selina parpadeó, sorprendida al escuchar esas palabras salir de entre los perfectos dientes de Georgiana.

–Y yo –continuó– iba a ser la esposa ideal. Silenciosa. Hermosa. Sumisa, sin importar lo que dijera o hiciera mi marido, porque él controlaba el dinero y yo no tenía nada. –Su rostro se tensó, lleno de furia–. Al carajo. Escribí las novelas. Mi madre me ayudó a hacerme la tonta para que nadie, mucho menos mi padre, sospechara que era algo más que una muñeca vacía. Planeaba escapar. Huir y construirme un hogar con mi propio dinero y con mis novelas. Iba a perderlo de vista para siempre.

Selina tenía el corazón en la garganta.

–Lo siento mucho, Georgiana. Dígame cómo puedo ayudarla.

Ella sacudió la cabeza con decisión.

–No necesito ayuda. Me las apañaré sola. Pero, después de que mi padre descubriera las novelas, me propuse averiguar quién llevaba Belvoir para poder advertirle. Pensé –miró a Selina con esos ojos azules tan penetrantes– que debía de ser una mujer. No puede imaginar lo asustada que estaba por usted. Por lo que mi padre podría hacerle ahora que lo sabe.

Selina se quedó helada. Empezó a encontrarse mal.

–Sí, lo sabe. Es... Es mi culpa. Fui al banco. Fingí que no sabía por qué me había llegado el pagaré de Belvoir y conseguí que se lo devolvieran a la persona que había firmado. De ese modo hallé a su representante y luego... Bueno, luego lo rastreé hasta usted.

»Fui una cobarde. –Su expresión era suplicante–. Le escribí una carta advirtiéndole de que su secreto estaba a punto de salir a la luz y de que mi padre estaba detrás de los rumores. Debería haber venido en persona, lo sé, pero tenía demasiado miedo a ser descubierta. Le escribí una nota anónima y la envié por correo, sin saber que mi padre le había pedido a un criado que interceptase cualquier carta que mi madre y yo intentáramos enviar.

Selina se llevó una mano a la garganta.

–¿Se encuentra usted bien? Dígame que su padre no ha...

Georgiana negó con la cabeza.

–No sabe que soy la autora de esas novelas. No quise revelar esa información, aunque fuera una carta anónima. Pero conoce su secreto, Selina. Sabe que es usted quien dirige Belvoir, y tiene la intención de destruirla a usted y la biblioteca. Anoche se jactaba ante mis hermanos de haber descubierto algo nuevo. Les comentó que tenía información que podría acabar con Belvoir y con su propietaria. Información que la convertirá en el hazmerreír de Londres.

Selina se mareó. Belvoir... Su biblioteca... Peter y los niños...

No obstante, no podía permitirse pensar en eso, no aún.

–Déjeme ayudarla a escapar –se ofreció–. Suba conmigo a la oficina. Puedo revisar las cuentas. Estoy segura de que puedo gestionar un adelanto y...

–No. Solo he venido a avisarla. Ya está hecho. –Georgiana hizo un gesto de dolor–. ¿La vista para la tutela de los hermanos de Stanhope es pronto?

–Dentro de dos semanas.

Georgiana se tensó y empalideció.

–Puedo intentar amansar a mi padre. Distraerlo, tal vez. Provocar algún otro escándalo para desviar la atención sobre usted hasta que se celebre la audiencia. Quizá uno de mis hermanos...

–No –la interrumpió. Aquel monosílabo fue un arranque entre el pánico y la ira–. No. Al revés, quiero que me preste atención.

Georgiana apretó los labios en una fina línea.

–No conoce a mi padre. No quiere que la perciba más de lo que ya lo hace.

–No –repitió Selina–. Tal vez no lo quiera. Pero debe ser así.

Era peor de lo que había temido. La frágil independencia de Georgiana estaba en peligro solo por conocerla, la reputación política de Nicholas comprometida, y Peter no podría conseguir la tutela de los niños.

No podía aceptarlo. Sus elecciones los habían llevado hasta allí; sus decisiones y actos. Solo había una manera de asegurarse de que las consecuencias recayeran únicamente sobre ella. Tenía que hacer que Alverthorpe se fijara solo en ella, en nadie más.

–Debe dejar de relacionarse conmigo –dijo. Georgiana la observó con esa familiar expresión de confusión–. Tiene que marcharse de aquí. Ahora mismo. Primero protéjase usted. Si me ve por la calle, ignóreme por completo.

–Selina –susurró la joven con un hilo de voz–. Esto no es culpa suya.

–Sí lo es. Lo es.

Había sido ella quien había iniciado toda esa cadena de acontecimientos. Pensó que era por querer ayudar a Ivy Price, pero fue por orgullo. Se creía lo suficientemente lista como para engañar a toda la alta sociedad. Creía saber más que todos los demás.

Ya no sería así.

La casita en Cornualles. El contrato que su representante había firmado en su nombre.

–Ya lo he hecho una vez –murmuró.

–Selina, ¿qué diantres...?

Agarró la mano enguantada de Georgiana.

–No permitiré que le pase nada. Ni a Nicholas, ni a Peter, ni a los niños. –La voz le temblaba, pero fingió que estaba bien–. No lo consentiré.

–¿Cómo puedo ayudar?

Sintió que le arrancaban el corazón del pecho.

–Puede ayudar marchándose. Aléjese de este callejón. No vuelva. Envíe una carta a Lydia Hope-Wallace si necesita ponerse en contacto con Belvoir.

–Selina...

–¡No! –La voz sonó demasiado aguda, demasiado alta. Lo intentó de nuevo–: No. Tengo un plan para salir de este embrollo y voy a seguirlo. No voy a discutir más con usted.

–No tiene que hacer esto sola, Selina –insistió en voz baja.

La garganta de Selina se contrajo cuando trató de tragar saliva.

–Ya estoy sola.

Will se había ido. Y Peter...

Selina le había fallado. El duque había acudido a ella semanas atrás, tan seguro de que su futura mujer podía encargarse de todo, solucionarlo todo... Pero Selina sabía que no había solución posible.

Recordó las líneas de cansancio de su cuerpo, encorvado sobre la cama de Freddie. No iba a permitir que le arrebatasen a esos críos. Simplemente, no podía. No sabía cómo, pero esa gente había llegado a significar más para ella de lo que jamás habría imaginado. Más que Belvoir. Más que su reputación o su propia vida.

Georgiana hizo un breve asentimiento.

–Me mantendré alejada de usted, si eso es lo que necesita.

–Sí. Eso es, gracias.

La vio marcharse y sintió cómo una agonía helada y punzante la atravesaba. No podía hacerlo. No era lo bastante fuerte. Debería hacer las maletas, escribir una carta de recomendación para Emmie, hablar con su familia... La destrozaría, pero podía hacerlo.

Lo que no podía hacer era abandonar a Peter. No podía dejarlos, ni a él ni a los niños. Les haría daño. Pero tampoco podía quedarse.

Sería peor para ellos si lo hacía. No había salida. No había forma alguna de arreglar las cosas.

Se dio cuenta, algo aturdida, de que estaba llorando. Era un llanto sin aliento, entrecortado, allí, en el callejón tras Belvoir. Cualquiera podría oírla.

Se apretó con fuerza las palmas de las manos contra los ojos, reprimiendo las lágrimas y obligándose a calmarse. Y, cuando por fin pudo volver a respirar, se obligó a ponerse derecha. Se obligó a regresar al carruaje y, al sentarse dentro, se imaginó a sí misma dentro de una frágil cáscara de hielo.

No podía permitirse ser egoísta en aquellos momentos. Tenía que hacer lo correcto por ellos, por Peter y los niños. Y lo correcto, la única vía posible, era alejarse todo lo que pudiera. Quizá se enfadaran con ella. Quizá les doliera. Pero sobrevivirían, porque seguirían juntos. Como una familia.

Volvió a casa en el carruaje y rezó para no romperse.

CAPÍTULO 26

Queridísimo hermano: Quizá quieras sentarte.

De parte de Selina para Will.

Fue fácil localizar a Peter. Estaba en su despacho, la misma estancia en la que lo había encontrado la primera vez que fue a su casa, aquella noche en que fue a contarle lo de Belvoir. Había hecho que le llevaran unas estanterías, así que al menos ahora sus libros ya no estaban apilados en el suelo.

–Peter –lo llamó en voz baja.

Él alzó la vista de la pluma y del folio, su expresión transformándose en un gesto dulce de pura alegría al divisarla.

–Gracias a Dios que estás aquí. Estoy estancado. Se me han acabado los sinónimos para «malo» y «erróneo». ¿Cuántas veces crees que puedo decir «malvado» sin que parezca que acabo de salir a trompicones de un castillo gótico lleno de murciélagos?

Imaginó que así era el desamor: contemplar esa sonrisa que para ella era tan querida y sentir en los labios las palabras que estaban a punto de destruir todo lo que había florecido entre ellos.

–¿Qué sucede? –preguntó. Para su desgracia, era muy perspicaz.

–Será mejor que nos sentemos.

Peter rodeó el escritorio y la tomó de las manos. Selina sabía que no debía dejar que lo hiciera. Debería apartarse. Fingir que no lo necesitaba.

Odió su estúpida sensibilidad. Debía dejar de llorar. Se enjugó las lágrimas con rabia.

–Selina, mi paciencia tiene límites. ¿Qué ocurre?

–Belvoir. –Estaba temblando. No podía evitarlo, aunque apretó los puños junto a los costados e intentó mantenerse firme–. Ya sé quién ha difundido esos rumores. Y lo peor, Peter..., es que esa persona ahora sabe que Nicholas no tiene nada que ver.

Él la estudió con atención. Aquella mirada siempre la ablandaba.

–Tienes razón –dijo–. Será mejor que nos sentemos.

Selina dejó que Peter la guiara hasta las dos sillas que había frente a la chimenea. El mismo lugar donde se habían besado y acariciado. Donde ella había llorado contra su camisa.

En esta ocasión, no dejaría que la convenciera de que todo saldría bien.

–Bueno –murmuró Peter una vez sentados–, no es el mejor de los momentos.

A Selina casi se le escapa una risa histérica, pero la contuvo.

–No, no es lo ideal.

–¿Quién te ha descubierto? ¿Hay alguna forma de retrasarlos?

–No. –Le explicó rápidamente lo de lord Alverthorpe (y él volvió a protestar de manera bastante gráfica), lo de las novelas de Georgiana y lo de los planes de su padre.

Peter asintió, su mirada marrón atenta y concentrada.

–Entonces, tenemos que actuar con premura. Antes de la vista.

–Sí –estuvo de acuerdo ella, enroscando los dedos en los reposabrazos del sillón con tal de no buscar a su marido–. Sí, exacto. Debemos actuar ya, por eso he considerado nuestras opciones.

–¡Maravilloso! –exclamó él–. Tendría que haberlo sabido. ¿Qué propones que hagamos?

Selina se relamió los labios.

–Me temo que te toca la parte difícil.

–Lo que sea. Lo que necesites, Selina. Lo haré.

–Tienes que echarme de casa.

Él arqueó una ceja y habló de forma tajante:

–Cualquier cosa menos eso.

–No, Peter. Escúchame. –Tenía que conseguir que la comprendiera–. No puedo protegerte de este escándalo. Pronto saldrá a la luz que yo soy la dueña de Belvoir, y la vista es dentro de dos semanas. No tenemos tiempo para dejar que la gente se olvide. Debemos asegurarnos de que no caes conmigo.

–¿Esperas que... te eche de casa?

–Sí. Anunciarás públicamente que desconocías mis actividades clandestinas cuando te casaste conmigo. He usado parte del dinero de Belvoir para alquilar una casita en Cornualles. He estado... preparándome para esto. Por si acaso. Y deberíamos... intentar anular el matrimonio, si es posible. Sería lo mejor.

Dolía. Dolía muchísimo.

Selina había querido ayudarle. Había planeado y urdido un plan para que Peter pudiera quedarse con los niños. Todas esas semanas no habían servido de nada, porque ahora lo había puesto en una situación aún más peliaguda de la que se encontraba antes de acudir a ella. Incluso si hacía exactamente lo que ella le pedía, existía la posibilidad de que le negaran la tutela por haber sido lo bastante necio como para casarse con ella.

Cortar por lo sano. Esa era la única solución. Sentía el corazón partido en dos. Clavaba los dedos en el sillón con tal fuerza que le dolían.

Peter parecía sobrecogido, y ella no sabía cómo soportarlo.

–¿Has... alquilado una casa?

–Sí –consiguió responder.

–¿Y esperas que te eche de aquí para siempre? –Sonaba incrédulo.

–Es la única manera. Si condenas mis acciones con suficiente firmeza y de forma pública, te dejarán en paz. A Eldon le quedará claro que no apruebas lo que he hecho.

–¿Y si apruebo lo que has hecho? ¿Y si me gusta tanto que ojalá pudiera brindar por ti en cada continente?

¿Por qué no lo entendía?

–¡Eso no importa! No importa lo que creas. Esta es la única manera de demostrar que eres respetable. Es la única manera en

que puedo salvar a tu familia. He sopesado todas las opciones, Peter. He tenido en cuenta cada imprevisto.

Sus miradas chocaron.

–Pues sigamos pensando.

–No –repuso Selina, con la voz desgarrada por la desesperación–. No, Peter.

–Entonces, dime que quieres irte y ya. –Tensó la mandíbula. Todo su cuerpo vibraba, rígido–. Mírame, por Dios, y di que quieres irte. Dime que no quieres tener nada más que ver con nosotros.

Selina lo miró a los ojos y abrió la boca. «Quiero irme. No quiero estar contigo. Nunca he querido estar contigo». Pero no pudo decirlo. No logró pronunciar las palabras.

–Selina. –Acortó la distancia que los separaba y le cubrió una mano con la suya–. Te amo.

–No... Peter, no puedes.

Habló con serenidad, los ojos fijos en los de ella.

–Traes la mañana contigo. Eres mi luz, corazón. Cuando entras en una habitación, las sombras desaparecen. No hay nada en este mundo que pueda convencerme de echarte, si pensara que me quieres aunque sea la mitad de lo que yo te quiero.

–Debes hacerlo. –Intentó retirar la mano, pero él no se lo permitió–. Debes, Peter. O... si no, me iré por mi cuenta. Haré correr el rumor de que me has mandado lejos... o...

–Te seguiré. Dejaré que Lucinda te persiga con un estoque. Acamparemos los tres en tu establo y te recibiremos con estiércol y té cada vez que intentes irte.

–¡Basta! –exclamó, llorando con el corazón en un puño; lágrimas calientes que le quemaban la nariz–. ¿Por qué haces esto?

–Eres el corazón de nuestra familia, Selina. No hay familia sin ti.

–¡No habrá familia alguna si seguimos este camino! ¡Se llevarán a los niños!

Peter se puso de pie y la obligó a levantarse, acercándosela al pecho.

–Ven aquí. Venga, tranquila. Ya está. –La abrazó, fuerte y con decisión–. Lo resolveremos juntos. No te dejaré ir.

–Estás cometiendo un error –se oyó murmurar, y supo que estaba perdida. Ya se había rendido. Iba a dejar que lo hiciera, iba a dejar que la retuviera. A pesar de las consecuencias. A pesar de todo. A pesar de que, seguramente, Peter acabaría arrepintiéndose algún día.

–Mi vida –susurró él–. Amarte no es ningún error.

Llevó una mano a su mentón y le alzó la cara, con un pulgar firme y seguro.

Selina se sintió vulnerable y completamente destrozada mientras Peter la observaba con fijeza. La nariz le goteaba. El hombre podía ver cada fragmento resquebrajado de su ser. La profundidad de su deseo, la esperanza que intentaba ocultar, el catastrófico anhelo que la movía. Peter lo veía todo con esos ojos claros e implacables; lo veía todo y, aun así, la deseaba.

La besó. Ella sintió su dolor y su frustración en la firme presión de sus labios, en cómo le sostenía el mentón. Cuando se separaron y deslizó las manos por su torso, también saboreó su leve gemido de alivio.

Selina le devolvió el beso, con miedo y anhelo a partes iguales. Y cuando Peter le enterró una mano en la melena, atrayéndola más hacia él, todo lo que pudo saborear fue amor: el suyo y el de Peter, paciente y abundante.

Cuando al fin se apartó, Selina susurró contra su camisa:

–Yo también te amo. No soporto hacerte daño.

–Entonces, por el amor de Dios, deja de hablar sobre marcharte. –Le pasó una mano por el pelo para apartárselo de la frente y luego la besó ahí también–. Ven. Siéntate conmigo. Solucionemos esto juntos.

Peter volvió a sentarse, acomodándola a su lado en el sillón. Ella acabó medio acurrucada sobre él, con los pies en su regazo y el vestido desparramándose en todas direcciones.

–Primero, hablemos del peor escenario posible. Si perdemos... –Selina abrió la boca para protestar, pero él la silenció–: Si perdemos, que espero que no sea el caso, no es el final. Podemos recurrir la sentencia. Podemos sobornar a quien nombren. Por Dios, podemos

secuestrar a Freddie y a Lu y zarpar hacia Nueva Orleans antes de que la tinta del auto de la tutela se seque.

–Pero no es lo que quieres. Ni lo que yo quiero.

–Cierto. –Le rozó la mejilla con el pulgar–. Por eso es el peor desenlace posible. Aunque incluso eso lo superaremos.

Odiaba la mera idea de que Peter se viera obligado a aceptar ese final por su culpa.

–Si no me echas, ¿buscamos otra manera de mostrar que desapruebas mi comportamiento? Tal vez puedes publicar un anuncio en el periódico –propuso ella.

Peter le lanzó una mirada sardónica.

–De acuerdo. No.

–Lo más probable es que anuncie lo terriblemente lista que eres, y lo sabes –repuso él.

–No sería lo más recomendable.

–Rara vez hago lo que me recomiendan. Si no, estaría casado con una de las candidatas que seleccionaste con tanto esmero y sería igual de miserable que un tronco.

Selina se recostó contra él; un lujo de calor y solidez.

–Iris Duggleby no te habría metido en este lío.

Peter resopló.

–¿Ah, no? ¿Quieres decir que Iris Duggleby no es socia de tu biblioteca?

Sí que lo era. De hecho, todas eran socias. Todas las mujeres que había propuesto para que fueran la posible futura mujer de Peter. Iris, Lydia e incluso Georgiana. Y era evidente que esta última habría sido una duquesa manchadísima de escándalos, como la propia Selina.

–Tener una membresía no es motivo de vergüenza –comentó Selina–. No puede serlo. La mitad de la alta sociedad son miembros. –Se permitió dedicar un pensamiento a la inminente ruina de su negocio y suspiró–. Vamos a perder tantísimos clientes cuando estalle este escándalo...

Peter dio un golpecito sobre el reposabrazos del sillón, uno solo.

–¿De verdad? ¿La mitad de la alta sociedad?

–Supongo. Nunca he hecho los cálculos, pero no ando muy desencaminada. Somos baratos en comparación con la Royal Colonnade y tenemos una selección más amplia. Además, claro está, tenemos un atractivo peculiar para quienes conocen el catálogo Venus.

–Selina –dijo él, con un tono extraño–. ¿Los Eldon también son socios?

Ella parpadeó.

–Pues... no estoy segura. Es muy posible.

–Los Cleeve son socios. Los Duggleby también, por lo que comentas. ¿Los Hope-Wallace?

–Sí, claro.

–¿Y lady Jersey?

Lady Jersey era una de las patronas de Almack, casi tan terrorífica como la tía Judith. A Selina siempre le había sorprendido gratamente ver su nombre en el listado de miembros.

–Sí. De hecho, todas las patronas de Almack son socias. Me gusta pensar que hablan de falos con forma de verduras mientras toman el té.

–¿Sobre qué? Da igual... Olvídalo. –Peter la bajó de su regazo sin más ceremonia y se puso en pie de un salto–. Selina, ¿por qué no se ha hablado más del catálogo Venus? ¿Por qué yo nunca había oído hablar de él?

Se quedó mirando cómo su marido avanzaba hacia la ventana, con la boca curvándose en una media sonrisa.

–Nadie lo admitiría. No en público. Nadie quiere aceptar que son socios, que han tomado prestados libros sobre temas delicados.

Belvoir, en general, era bastante popular; del catálogo Venus, en cambio, se hablaba en susurros, detrás de las manos, en los rincones más recónditos de los salones de baile y tras los setos de las casas de campo.

Peter cruzó la estancia a toda prisa, de nuevo hacia ella.

–¡Eso es! Nadie lo admitiría. ¡Ja!

Selina sacudió la cabeza, conteniendo el pequeño hilo de esperanza que el entusiasmo de su marido le provocaba.

–No estoy segura de a qué te refieres.

–Quizá sí ponga un anuncio en el periódico. Diremos que Belvoir es tuya y entonces... Eso es, Selina, lo afrontaremos de cara.

–¿De qué narices estás hablando?

La sonrisa de Peter se encontraba en aquellos momentos en todo su esplendor, deslumbrante y devastadora.

–¿Ser dueña de una biblioteca de suscripción puede causar un escándalo? Sí, puede ser. Pero piensa: nadie querrá acusarte de llevar el catálogo Venus porque nadie querrá admitir que forma parte de él. Imagina cómo se sentirían esas patronas al ver sus nombres en las hojas de cotilleos junto a tus... falos vegetales, o lo que sea que hayas dicho antes.

–¿Sugieres que amenace con hacer públicas las listas de miembros?

Había algo casi sagrado en esos registros: lo que los socios habían tomado prestado, las cuotas que habían pagado. Le parecía muy inapropiado publicar esa información.

Sin embargo, Peter continuaba mirándola con esa sonrisa de pirata.

–No necesitas amenazar a nadie. Solo tienes que pasearte por la ciudad con orgullo, saludando a todo aquel con el que te cruces y sin mencionar ni una sola vez que tú, la duquesa de Stanhope, tienes en tus manos sus secretos más escandalosos.

Jamás lo había visto de esa manera. Estaba acostumbrada a pensar en Belvoir como algo de lo que debía avergonzarse. Un secreto tan bien guardado que ni siquiera debía ser vista entrando en la biblioteca. Nunca lo había visto como algo que pudiera usar a su favor.

Trató de poner el cerebro en marcha, buscando fallos en el plan.

–Pero... si una sola persona saca a la luz el catálogo Venus, todo volverá a recaer sobre mí. ¿Y qué hacemos con lord Alverthorpe? Puede que aún quiera vengarse.

–Es posible. Pero piensa en lo que sabemos de él. En su estúpido orgullo británico. ¿Querrá que se sepa que su propia esposa e hija son socias?

Selina se mordió el labio, intentando razonar.

–No tiene que ser lord Alverthorpe. Podría ser cualquiera. Cualquiera de los miembros que hayan sacado libros alguna vez del catálogo Venus.

–Sí, claro. ¿Y a quién se lo contarían? El resto de miembros ya lo sabrían.

–Todos sabrán que fui yo. Se darán cuenta de que yo creé el catálogo.

Peter se encogió de hombros.

–Sí, fuiste tú. Pero ellos lo han disfrutado. Si intentan destruirte, en fin... Digamos que tú tendrás algunos ases bajo la manga, igual que ellos.

–Más –susurró Selina.

Se recostó, mirándola con deleite.

–¿Ah, sí?

–Sé... quién ha tenido amantes o qué *tory* tiene una hija con afición por la política más radical. Jamás revelaría algo así, claro, pero...

–Pero ellos no saben lo que harías o no. –Rio, sorprendido–. ¡Por Dios, Selina, podrías forrarte si te dedicaras al chantaje!

Ella cerró los ojos con fuerza y luego los volvió a abrir.

–Solo quería tener una biblioteca.

Peter le dio un beso rápido.

–No seas humilde. Solo querías revolucionar la educación femenina. Hace que el chantaje casi parezca decente.

Selina sintió que ese beso se le quedaba grabado en los labios.

–¿De verdad crees que podría funcionar?

–Sí.

Era un plan deslumbrante, muy al estilo de Peter. Nada de subterfugios ni secretos. Todo al descubierto, con una honestidad temeraria. Selina asumiría la responsabilidad de Belvoir. La biblioteca por fin sería suya, después de tanto tiempo.

Todo el mundo lo sabría. Y todo el mundo conocería la existencia del catálogo Venus.

Y, quizá, por miedo a comprometer sus reputaciones, no la condenarían por ello.

Si el plan fracasaba, lo haría de forma espectacular. Los vetarían de todos los salones de Londres. La carrera política de Peter quedaría hecha añicos; hasta los diputados más abiertos de mente dudarían a la hora de trabajar con él.

Si fracasaba, perderían a los niños.

Pero también podía salir bien. Esa era, tal vez, la única posibilidad que tenían.

–Tengo que ir a Belvoir –anunció Selina, poniéndose en pie–. Debo comprobar si los Eldon están en la lista. No voy a chantajearlos, Peter. –Pilló a su marido alzando las cejas–. Pero debo saber si conocen la existencia del catálogo. Creo... Oh, creo que lady Eldon está de nuestra parte. Pero no sé si este plan hará que se incline hacia nosotros o se ponga en nuestra contra.

Antes de poder salir de la estancia, Peter la abrazó por la cintura.

–No tengas miedo –la animó.

–Claro que tengo miedo, Peter. Es pánico lo que siento. –Él la estrechó entre sus brazos, y ella se dejó hacer–. Pero es... –Luchó por encontrar las palabras–. Es bueno. No estar sola.

–Jamás. No mientras yo pueda hacer algo al respecto –prometió Peter.

CAPÍTULO 27

Querida Selina: Me parece un plan excelente. Ojalá estuviera allí para ayudarte a llevarlo a cabo. Aquí, en Bruselas, se respira la tensión en el ambiente, pero de momento nada más. ¡Sé valiente! (Aunque no necesitas que te anime en ese sentido).

De parte de Will para Selina,
enviado de forma apresurada antes
de la partida del regimiento.

A la mañana siguiente, se encontraba en el salón principal de Rowland House, muerta de miedo. Peter se había ofrecido a acompañarla (igual que la había acompañado a Belvoir la noche anterior), pero ella había rechazado la oferta.

–Quiero hacerlo sola –le había dicho.

Necesitaba hacerlo sin ayuda. Era una penitencia, suponía, por haber mentido a su familia durante los últimos dos años. Por no haber confiado en ellos. Y si la echaban, si Daphne le decía que no podía permitir que Selina estuviera cerca de los chicos, bueno... Podría entenderlo. Pero no quería que Peter lo viera.

Entraron en el salón como un torbellino de cháchara y risas. La tía Judith regañaba con severidad a Nicholas, que se intentaba esconder detrás de su esposa. Thomasin sonrió a la tía Judith, enseñándole los hoyuelos y extendiendo una mano hacia ella como

si la invitara a bailar. El afecto y la complicidad entre ambas brillaba con la misma intensidad que la luz del atardecer.

Eran su familia. Solo faltaba Will. Y notaba su ausencia como una herida.

–Selina, aquí estás –la saludó Daphne. Llevaba los rizos castaños más domados de lo habitual y sonreía con calidez–. Creemos que Teddy echa de menos a Lu. Lleva unos días muy raro, muy quejica, y estamos casi seguros de que no para de repetir «palo pincho».

–Creo que se refiere al estoque –intervino Nicholas.

Selina se mordió con fuerza el labio inferior.

–La traeré la próxima vez.

–¿Pasa algo, cielo? –Era Thomasin. La misma Thomasin de siempre, amable y serena–. Deja que te sirva una taza de té.

Thomasin sirvió a todo el mundo mientras Selina reunía el valor que necesitaba para tener esa conversación. Se sentó en el sofá azul y rodeó la taza humeante con los dedos.

–Antes de la vista para la tutela –empezó a decir–, hay algo que me gustaría contaros. Tiene que ver con Will... y conmigo... y con algo que hicimos juntos hace dos años, algo que he seguido haciendo durante su ausencia.

Nadie habló. La observaban en silencio, con paciencia.

«Por favor –pensó–. Por favor, no os avergoncéis de mí».

Con una inhalación temblorosa, les contó lo de Belvoir. Les habló de Ivy Price, del catálogo Venus y de la casa que ella y Will le habían comprado a ella y a su hijo. Les explicó lo del conde de Alverthorpe y el atrevido plan de Peter.

No mencionó las novelas de Georgiana. Confiaba en ellos ciegamente, pero no era su secreto.

Y no lloró. Esta vez fue más fácil, después de habérselo contado a Peter y a Lydia. La historia de Belvoir ya no era algo íntimo, solo entre ella y su hermano gemelo. Era, sencillamente, un hecho, algo que existía en el mundo, junto a los Cleeve, la doncella de Lydia y todos aquellos libros encuadernados en color verde esmeralda.

Y ahora, todos ellos lo sabían.

Hubo un silencio cuando terminó de hablar, como si todos estuvieran esperando a ver si aún le quedaba algo por decir. Nadie

se miró entre sí, y Selina sintió, por algún motivo, una punzada de orgullo. No eran de esas personas que necesitaran mirar a otras para formarse una opinión.

–Vaya –comentó Nicholas–, eso aclara muchas cosas.

Selina notó la garganta seca e intentó tragar.

–¿Sí?

–Ajá. –Se ajustó el puño de la camisa, un gesto de siempre que le encogió el corazón–. Para empezar, explica por qué ninguno de los dos ha pedido nunca más paga. Siempre me lo había preguntado.

–¿Y eso explica por qué tu doncella te tiene tanto apego? –inquirió Thomasin–. Llevo años intentando contratarla. ¿La has sobornado, quizá? Tendría que haberlo intentado yo también.

–Y todas aquellas visitas que hacías cuando estábamos en Gloucestershire –añadió Nicholas–. Ibas a ver a Ivy, ¿no? Ahora todo encaja. Me pareció raro que de repente te mostrases tan entusiasmada por ir de compras al pueblo.

–¡Y esos vestidos! –asintió Daphne–. Pensé que había perdido por completo el sentido de la moda cuando empezaste a comprarte esos trajes de colores tan... chillones. –Hizo una pausa–. Bueno, no, retiro lo dicho. Sigo sin entender lo de los vestidos. Te ruego que me disculpes; quizá es que no entiendo nada sobre moda. –Parecía apurada de verdad.

Selina los miró a todos. Los cuatro la estudiaban con calma. Thomasin dio un sorbo a su té y frunció el ceño: las tazas se habían enfriado en el tiempo que Selina había tardado en confesarlo todo.

–¿Habéis perdido el juicio? –exigió saber, casi indignada por aquella tranquilidad inexplicable–. ¿Acaso no me habéis oído?

–La verdad –empezó a decir Daphne– es que me parece maravilloso. Perdí muchos años de mi vida sufriendo por pura ignorancia en esos temas. Antes de casarme con tu hermano... –Se sonrojó un poco, pero apretó los dientes–. Me engañaban fácilmente. Me engañaban, sí. Si hubiera tenido algo parecido a tu catálogo, no habría sido tan ingenua.

Nicholas tomó la mano de Daphne y la llevó a su regazo con una expresión de ternura.

–Yo igual –susurró Thomasin, despacio–. También podría haberme beneficiado.

Lanzó una mirada hacia la tía Judith, que hasta entonces no había pronunciado palabra alguna sobre la confesión de Selina. Una sonrisa asomó a los labios de Thomasin, aunque había algo triste en ella. Selina no recordaba haberle visto nunca esa expresión.

–Durante tanto tiempo me sentí tan sola... –dijo Thomasin en voz baja–. Me sentía... Oh, rara. Diferente. Pensaba que nunca podría llegar a ser del todo..., del todo feliz, ¿sabes? Habría estado bien. Saber que no estaba sola.

Selina volvió el rostro hacia su tía, casi ciega de lágrimas.

–¡Tía Judith, haz que entren en razón!

–Niña –la interrumpió la aludida–, has sido muy insensata.

–Ahora, Jude... –Thomasin intentó intervenir, pero Judith le puso una mano en la rodilla y ella guardó silencio.

–No puedo fingir lo contrario. Ha sido una insensata. Ahora su vida será mucho más complicada. Por culpa de esa biblioteca, del escándalo. Empiezo a pensar que a nadie en esta familia le gustan los caminos fáciles –los regañó, aunque la expresión de su rostro desmentía su tono. El rictus firme de sus labios se fue ablandando poco a poco–. Insensata –repitió–, pero también valiente.

–Típico de los Ravenscroft –añadió Nicholas, tajantemente.

–Exacto. –La tía Judith juntó las manos sobre el regazo–. Ahora, niña, juntemos nuestras insensatas cabezas y veamos cómo podemos poner en práctica el plan de tu marido.

Selina emitió un leve sonido ahogado, sin articular palabra. Colocó la taza en el platillo que había en la mesa junto a ella. La giró con cuidado, de modo que el asa quedara paralela al filo de la mesa. Y, cuando recuperó la voz, levantó la mirada hacia ellos.

–¿No estáis enfadados conmigo?

–Bueno, sí, un poco –aceptó Thomasin con amabilidad–. Nos has mentido, ya sabes. Podrías haber confiado en nosotros.

–Supongo que me habría gustado que me avisaras –añadió Nicholas.

Daphne dejó escapar un delicado resoplido bajo su aliento.

–De haberlo sabido, no se lo habrías permitido.

–¡Vamos! –protestó él–. Nadie deja a Selina hacer nada.

–En mi caso –intervino Thomasin–, me gustaría conseguir una membresía gratuita en Belvoir. Considéralo una forma de compensarme.

Selina exhaló con dificultad.

–No puedo –respondió–. Nada de nepotismo. No quiero arruinar mi reputación.

Thomasin, bendita sea, fue la primera en echarse a reír. La siguieron todos, incluida la tía Judith, y Selina sintió cómo el amor y el alivio la desbordaban. No la odiaban. No la iban a echar a la calle.

Quizá nunca había contado con que lo hicieran, al menos no de verdad. No su familia. Pero tampoco había esperado aquello: una aceptación firme y consciente, pese a todo el jaleo y los errores.

–Cariño –dijo Thomasin–, no llores.



Acababan de empezar a concretar los detalles (Nicholas visitaría a Alverthorpe en su casa y la tía Judith llamaría a la madre de Faiza, pues la señora Khan tenía muy buenos contactos) cuando el mayordomo de librea entró en la estancia.

–Excelencia –dijo con tono impasible.

Selina alzó la vista, al igual que Daphne y Nicholas.

Suspiró. Seguro que había un increíble número de duques y duquesas en su círculo social.

–Tiene varias visitas. ¿Debo informar al duque de Stanhope y a sus acompañantes de que se encuentra en casa?

Selina se lo quedó mirando. ¿Peter... y sus acompañantes? ¿A quién podría haber traído consigo? ¿A Freddie y Lu, tal vez?

Daphne asintió, aún sosteniendo la pluma que había sacado de su despacho. Le dio la sensación de que estaba tomando notas de la conversación.

El mayordomo desapareció y reapareció con Peter, cuyo semblante mostraba esa liviandad y leve esperanza de quien trae un obsequio. Tras él había cinco personas más y un perro blanco. Selina

reconoció a su abogado, Mohan Tagore, del brazo de una dama a la que no había visto jamás. Junto al señor Tagore estaban Lydia, cuya tez, de momento, no se presentaba de color verde, Iris Duggleby y lady Georgiana Cleeve.

–Buenos días, familia Ravenscroft –saludó Peter–. ¿Veo que habéis terminado de conversar? Bien. He traído refuerzos.

Daphne, que se había puesto de pie cuando los visitantes entraron al salón, contuvo una expresión de puro deleite.

–Creo que necesitaremos más refrigerios.

–Peter –dijo Selina–. ¿Dónde...? ¿Por qué...?

Las palabras le fallaron. Parpadeó de forma absurda ante la pequeña multitud que su marido había reunido.

Peter sonrió.

–Sabía que no te abandonarían. He traído a unos amigos para nuestra mañana de planificación. Si vamos a llevar a cabo este plan contra la alta sociedad, querida, he pensado... que, cuanta más gente de nuestra parte, mejor.

–¿Se lo has... contado? ¿Lo de Belvoir?

Su marido la miró fijamente.

–Les he dicho que los necesitas.

Así que, por segunda vez esa mañana, Selina relató la historia de Belvoir. Lydia y Georgiana, claro, ya estaban al tanto. Resultó que el señor Tagore no era miembro de la biblioteca, y la dama que lo acompañaba, la mujer de voz suave, su esposa, Anne, nunca había oído hablar del catálogo Venus. Parecía, observó Selina, bastante intrigada.

Iris Duggleby, acomodada en uno de los sillones adicionales que Daphne había pedido traer con premura, le dedicó a Selina una sonrisa torcida.

–Oh, muy bien hecho –la alabó–. Quizá luego haga algunas sugerencias para la sección de antigüedades; es terriblemente escasa.

Selina reprimió una carcajada.

–Lo agradecería mucho.

Se giró para mirar a Georgiana, que permanecía inmóvil en el sofá, con el diminuto perro blanco del Serpentine acurrucado en el

regazo. Por supuesto, no había pronunciado una sola palabra sobre sus novelas, pero aun así resultaba difícil explicar la implicación de lord Alverthorpe sin llamar demasiado la atención sobre Georgiana. Esperaba haberlo hecho bien.

Georgiana respiró hondo y miró hacia la puerta, como si sopesara la idea de huir. Luego apartó la vista de ahí para examinar a los Ravenscroft con cautela.

–Esto es una imprudencia. Es... –Tragó saliva–. Nunca imaginé que llegaríamos a este punto. Pero si hay alguien en el mundo en quien pueda confiar, supongo que sois vosotros.

Y entonces se lo contó todo. Les habló de sus novelas, de la fachada que mantenía para no ser descubierta, de su plan para alcanzar la independencia.

Hubo un breve silencio cargado de asombro.

–Muy bien –dijo Lydia, cuyo habitual recelo hacia los desconocidos parecía haberse desvanecido ante las epifanías del día–. ¿Alguien más tiene algo impactante que confesar? –Se giró hacia Mohan Tagore–. ¿Es usted un justiciero secreto cuando no está defendiendo la ley?

–Por desgracia, no.

Lydia se volvió hacia Daphne.

–¿Y usted?

–Le aseguro que los ocho preciados minutos que me quedan al día cuando no estoy gestionando nuestras propiedades o cuidando de mis hijos los paso en la cama.

Nicholas se atragantó con una risita, y a Daphne se le puso roja hasta la raíz del pelo.

–¡Durmiendo! Quiero decir... Ay... Oh, son todos ustedes terribles.

–Quizá Selina pueda recomendarte alguna lectura ligera –propuso la tía Judith con cierta frialdad.

La diversión le hizo cosquillas a Selina por dentro y, cuando rio, sintió burbujas de champán estallando en su garganta, pequeñas explosiones de alegría que no había imaginado sentir tan pronto.

Juntos trazaron un plan. Daphne tomaba notas con mucho detalle.

El señor Tagore se prepararía para anticipar cualquier insinuación de acción legal contra Selina. Tal vez otro padre indignado, a saber.

Lydia tenía la intención de valerse de su omnipresente red de cotilleos entre el servicio para difundir la información de que Selina y Will eran los dueños y gestores de Belvoir. Relató brevemente las conexiones que tenía su criada Nora con todas las familias más influyentes de la alta sociedad, y hasta Selina, que conocía el alcance del poder de su amiga desde hacía años, se quedó impresionada.

Iris Duggleby propuso que sus padres organizaran un baile.

–Mi madre se alegrará mucho si muestro interés por un baile –explicó–. Aprovecharemos la ocasión para que deambules entre los invitados con aire de sabiduría, satisfacción y un poco de desconcierto. Podemos programarlo de modo que los rumores ya hayan circulado.

–Todo el mundo estará deseando asistir –intervino Thomasin–. Querrán ver cómo reaccionas. Si te acobardas.

–No lo hará. Mi chica, no –aseguró Peter.

–No lo haré. –La voz de Selina era áspera, pero se recompuso enseguida–. No me acobardaré. Debemos invitar a los Eldon.

–Por supuesto –respondió Lydia.

–En cuanto a mí –comentó Georgiana–, creo que sería prudente que no parezca que somos grandes amigas, excelencia. –Le ofreció a Selina una sonrisa a modo de disculpa–. Por el bien de ambas. Sin embargo, sé que mucha gente querrá hablar de usted en los próximos días. Mi madre y yo ya tenemos varios compromisos sociales en nuestra agenda.

Repitió aquella manía tan suya de mostrar todos los dientes y aletear las pestañas.

–Pero ¿por qué diantres nos habría de contar la duquesa lo de su biblioteca? Yo, desde luego, jamás hablaría de libros con nadie. No es propio de una sociedad decente debatir sobre literatura. Seguro que su excelencia tiene temas mucho más interesantes de los que hablar. –Arrugó la nariz de manera adorable–. De sombreros, por ejemplo. He oído que le encanta adornarlos. Con frutas, creo. ¿Cerezas y melocotones en sus tocados?

–Por Dios, muchacha –protestó la tía Judith–. Deje eso de una vez.

Una hora más tarde, el hijo mayor de Nicholas y Daphne irrumpió en la estancia con una tacita de porcelana y una evidente ausencia de pantalones, poniendo fin a la conversación.

Los Tagore se ofrecieron a acompañar a lady Georgiana y a su perro de vuelta a casa, e Iris pidió que le trajeran el carruaje.

Antes de dirigirse a la residencia de los Hope-Wallace, Lydia cruzó una mirada con Selina. Se la veía pensativa.

–Quizá –dijo–, cuando todo esto termine, puedas ponerme en contacto con tu editor.

Selina parpadeó.

–¿Con Laventille? ¿Por qué?

Lydia tamborileó con los dedos sobre su retícula un momento antes de hablar:

–Georgiana y tú me habéis inspirado. Hay cosas que me gustaría decir.

Y, pese a todo, Selina sintió un cálido torrente de orgullo en el pecho ante la valentía de sus amigas.

Cuando por fin se quedaron a solas en el salón, Selina se apoyó con delicadeza contra la mano que Peter había colocado en la curva de su espalda.

No sabía si su plan funcionaría. De algún modo le parecía imposible: no se le había ocurrido nada semejante nunca en la vida. Jamás había concebido una maniobra ofensiva tan audaz desde que Will compró Belvoir dos años atrás. Le hizo falta tener a Peter, con su enorme corazón y esa terquedad impulsiva, para vislumbrar un nuevo camino.

Nada de secretos. Nada de esconderse. Ya no más.

Y no estaba sola. Eso era lo que le oprimía el corazón, lo que hacía que los ojos le ardieran.

Durante aquellos años, se había creído sola en ese proyecto. Y, sin embargo, Peter había pedido ayuda por ella. Le había dicho a sus amigos y conocidos que Selina los necesitaba. Y ellos... habían ido. Todos ellos, sin dudarlo, habían acudido a su llamada.

Se recostó contra Peter; él apoyó la mejilla en su coronilla. Sintió la cálida presión de su mano, guiándola hasta la puerta y hasta el carruaje, hasta que la alzó en volandas y regresaron juntos a casa.

CAPÍTULO 28

[...] Al fin llegó la hora tan querida, tan crítica, tan peligrosa; y entonces, sostenida únicamente por el valor que me prestaba el amor, me aventuré, de puntillas, escaleras abajo...

Fragmento extraído de *Fanny Hill*.

Decidieron empezar por Belvoir. A Peter le gustaba la simplicidad de aquello. Selina le había contado que una de sus normas era que jamás podían verla con un libro de Belvoir, ni podían descubrirla entrando o saliendo de la biblioteca.

Así que, diez días después, cuando los rumores ya habían empezado a circular y el tráfico de Regent Street estaba en su punto más álgido, subieron con descaro hasta la puerta principal, la empujaron y entraron en Belvoir.

Estaba a rebosar de clientes. Los rumores sobre la supuesta implicación de Nicholas ya habían despertado el interés por la biblioteca. Aunque Alverthorpe no había acusado públicamente a Nicholas Ravenscroft de ninguna falta, sí habían notado la repentina atención que Nicholas le dedicaba al conde, que no era amigo suyo ni tampoco aliado político.

En ese momento, las víboras domésticas de Lydia se habían puesto manos a la obra. Peter sospechaba que Georgiana también había tenido algo que ver en el asunto, pues la noticia de la

implicación de Selina se había extendido como un incendio en hierba seca.

Peter y Selina habían desfilado por el parque, cabalgado por Rotten Row, hecho visitas a todos sus conocidos y llevado a los niños a varios lugares de moda. Habían recibido innumerables miradas largas, curiosas, cargadas de interés por parte de la alta sociedad, pero nadie los había rechazado. Los habían recibido en todas partes, y si notaron que la gente cuchicheaba a su paso..., en fin, Peter estaba acostumbrado. No le importaba lo más mínimo, no en esos instantes, porque Selina había hecho algo bueno, algo importante, y él tenía la oportunidad de apoyarla.

A su lado, su esposa, radiante con un vestido de color ámbar, casi del mismo tono que sus ojos, avanzaba despacio entre los pasillos de libros con los dedos ligeramente apoyados en su antebrazo. Sospechaba que todo aquello se le daría bien, porque era tan implacablemente competente como siempre. Lo que no había esperado por nada del mundo era verla disfrutando tanto de su papel.

Inclinó la cabeza hacia un grupo de damas mayores que se hallaban a un lado de la sala, cuchicheando mientras observaban a los que pasaban cerca sin mostrar el menor interés por los libros de encuadernación esmeralda.

–Allí, las siguientes –apuntó Selina en voz baja–. Lady Malcolm es la única de ese grupo que es socia de Belvoir. Las otras dos, sospecho, han venido solo por el chisme.

Se encaminaron hacia ellas. Selina sonreía y saludaba con un breve ademán a la gente que pasaba de largo (algunos eran amigos; otros, rivales políticos de Peter), y él sintió una oleada cálida de orgullo al poder desfilar a su lado.

Las tres mujeres mayores se giraron a la vez cuando llegaron a su altura. Supuso que tanto él como ella eran superiores en título, aunque, por la frialdad de sus miradas, no tenía claro si ellas se consideraban inferiores.

–Lady Yardsley –habló Selina, dirigiéndose hacia la más alta de las tres–. Señora Bucklebury. Lady Malcolm.

–Excelencias –respondió lady Yardsley, estudiándolos a ambos–. Me sorprende verlos aquí, de todos los lugares posibles.

Peter contuvo un resoplido.

La señora Bucklebury, una mujer pequeña afroescocesa que vestía de púrpura, no les dirigió la palabra. Desvió la vista hacia el suelo y enderezó los varillajes de su abanico italiano. Casi fue un desplante, pero Selina lo ignoró y sonrió de forma amplia en dirección a la última dama mayor.

–¿Cómo se encuentra esta tarde, lady Malcolm?

–Muy bien, excelencia –susurró sin mirar a sus acompañantes.

–Le estaba contando a Stanhope sobre la cena que organizó en Gloucestershire –continuó Selina–. ¿La recuerda? ¿Hace unos años?

–Por supuesto, excelencia. –Lady Malcolm tenía el rostro pálido y un aire zorruno, con un moño de rizos grises que asomaba bajo su sombrero.

–¿Qué fue lo que sirvió? ¿Venado? –Miró a lady Malcolm y añadió a propósito–: Preparó usted la salsa personalmente, ¿cierto?

Peter no tenía ni idea de qué hablaba.

Lady Malcolm, al parecer, lo sabía muy bien. Le sorprendió ver que palidecía aún más.

–Yo... Creo que sí. No lo recuerdo con exactitud...

–¡Y había manzanas! –exclamó Selina–. ¡De su huerto!

El rostro de lady Malcolm se tornó verde poco a poco. Peter intentó adivinar a qué se refería con lo de las manzanas y preparar su propia salsa.

–No sabía que tenías un huerto, Mary –comentó lady Yardsley.

–Oh... –Lady Malcolm miró a su amiga y después volvió a girarse hacia Selina; tenía los ojos como platos.

Selina enderezó la costura de su guante de piel de becerro y se encontró con la mirada de lady Yardsley.

–Vaya... Tal vez esté confundida. Lo siento. Fue hace años. No consigo recordarlo.

Lady Malcolm miraba de forma alterna a sus amigas y a Selina. Parpadeó. Y entonces, con cautela, le dedicó una sonrisa a Selina. Parecía estar valorando si podía fiarse de ese repentino repliegue.

–¿Quizá podemos recibirla en otra ocasión, excelencia?

–Sería todo un honor –aceptó Selina.

–Por supuesto –añadió Peter–. He oído que su hijo menor es un nuevo diputado muy prometedor.

Había oído muy pocas cosas sobre el segundo hijo de lady Malcolm, pero la mujer lo observó alarmada. Se preguntó si la esposa del hijo pequeño de los Malcolm también sería clienta de Belvoir. Procuró esbozar una sonrisa lo más neutra y amistosa posible.

–Qué encantador –dijo lady Malcom con voz ronca. Se volvió hacia sus amigas, que observaban la escena con interés–. Alice. Cecily. Estoy segura de que aceptareis mi invitación. –Daba la sensación de que iba a desmayarse de un momento a otro–. No se me ocurre un mayor honor que cenar con el duque y la duquesa.

Lady Yardsley asintió. La señora Bucklebury alzó su abanico y lo agitó frente a su cara.

–Cecily –insistió lady Malcolm, desesperada–. Espero que cenes con nosotros. Confío en que no querrás perderte el placer de la compañía de su excelencia.

El silencio se alargó. Lady Malcom fue angustiándose cada vez más, se le notaba en el rostro. Peter llegó a pensar que extendería la mano para partir el abanico de la señora Bucklebury por la mitad.

Al final, esta suspiró.

–De acuerdo. Sí. Supongo que no puedo rechazar tal invitación, Mary.

Y con eso, al menos de forma aparente, terminó todo.

Selina mantuvo una breve conversación con las tres mujeres durante unos instantes más, antes de colocar la mano sobre el brazo de Peter.

–Me temo que debemos retirarnos –repuso–. Tenemos asuntos que atender. Ha sido un placer verlas a todas.

Se alejaron del grupo, y Peter posó su mano sobre la de Selina.

–¿Quiero saber... lo del venado?

Selina vibraba de emoción contenida.

–Hay un libro. Lady Malcolm lo ha pedido tantas veces y se lo ha quedado durante tanto tiempo que al final no tuve más remedio que sustituirlo en el catálogo.

–¿De veras?

–Describe las... ejem... aventuras de cierta cazadora. La obra se inspira en Diana. Se entrega a todo tipo de actos exóticos con sus compañeros arqueros. Con flechas, ya sabes. Flechas que perforan, em, numerosos lugares. Al final, se entiende que a Diana le gusta la salsa en abundancia. En sus manzanas.

Peter se esforzó mucho para no imaginarse a aquella dama en un contexto parecido.

–Duquesa –dijo en cambio–, no me diga que se está divirtiendo.

Dejó escapar una risa tierna, apenas un pequeño soplo de aire.

–Tal vez. Solo un poquito.

La tarde continuó de manera muy similar, y Peter se mareó del orgullo que sentía por ella. Por sus logros, desde luego, pero también por la forma en que se entregaba a aquel papel, animada y fuerte. Estaba dispuesta a huir de la alta sociedad si con ello protegía a su familia, del mismo modo que había intentado rehacer el mundo entero para ayudar a una amiga. Recordó cómo se había lanzado al Serpentine a por aquella bolita peluda y empapada, y un torrente de ternura lo invadió de forma casi dolorosa.

Hubo un breve revuelo en la entrada de la biblioteca, y Selina alzó la cabeza como un resorte.

Era lady Georgiana. Peter vio, no sin sobresaltarse, al conde y a la condesa de Alverthorpe tras ella.

Lady Alverthorpe se apoyó unos segundos en el brazo de su esposo, pero él se la sacudió de encima y se dirigió hacia el fondo de la biblioteca. Un destello de una rabia confusa invadió a Peter, pero logró contener la explosión. Selina estaba tensa a su lado, y él debía mantenerse firme. Por ella.

No habían previsto un enfrentamiento tan directo. Contaban con que el orgullo de Alverthorpe lo disuadiera de anunciar la vinculación de su familia con Belvoir y el catálogo Venus. Era probable que retirara su membresía, pero habían dado por hecho que no iría a por Selina.

Y se habían equivocado.

Alverthorpe era alto y corpulento. Habría sido apuesto si su rostro no estuviera tallado por la ira. Fue de cabeza hacia ellos.

–Stanhope –bufó–. Debería haberlo sabido cuando decidió usted unir lazos con esta familia. Un verdadero hombre inglés jamás tocaría algo así en su vida.

Selina se tensó aún más y el conde la taladró con la mirada.

–Y usted –escupió. Parecía disfrutar de cada palabra–. Hundiré este lugar. Y después la llevaré ante el tribunal por las inmundicias que ha estado divulgando.

Eso era justo lo que Selina había temido. Tagore le había asegurado que no podían procesarla por un delito de obscenidad, pero eso no significaba que estuviera exenta de acciones legales.

–Soy la duquesa de Stanhope –dijo con frialdad alzando el mentón–. Entre mis socios hay varios miembros de la realeza. Me gustaría ver cómo lo intenta.

El rostro de Alverthorpe se deformó de rabia.

–Controle a su esposa –le espetó a Peter– o lo haré yo.

Peter oyó cómo su propia contención se quebraba; un chasquido sordo en el interior de sus oídos.

–Está usted cruzando una línea roja –susurró.

Y entonces habló Georgiana, que se encontraba junto al codo de Alverthorpe:

–Basta. Padre, ya basta.

El conde se volvió hacia ella y Peter dio un paso al frente, preparado por si el hombre decidía desatar su violencia, pero Georgiana alzó la voz.

–No. Estoy harta de callarme.

Había dejado atrás su atolondrada máscara social. Casi parecía otra persona, con la boca reducida a un afilado tajo.

–Georgiana –le advirtió Alverthorpe, la amenaza en su tono–. Lo hablamos en casa.

–Quiero hablarlo ahora. Yo escribí los libros que encontró en mi habitación, padre.

–No seas necia.

–Los escribí yo –insistió–. Y escribí otros tres. Puedo buscarlos si quiere verlos.

Peter se quedó algo trastornado por la inesperada confesión de Georgiana. Pero Selina no vaciló ni un instante.

–Tal vez sea complicado encontrarlos –comentó–. Son tan populares que me cuesta tener ejemplares en las estanterías.

–Miente –replicó Alverthorpe.

–Ya he mentido bastante. –Georgiana miró a su padre a los ojos–. He escrito seis novelas góticas de mucho éxito.

El hombre empezó a hablar, pero ella lo interrumpió:

–Sí, a pesar de ser una Cleeve. A pesar de ser la hija de un conde. Y si vuelve a amenazar a los Stanhope, le contaré a todo el mundo lo que he hecho.

Alverthorpe se rio en su cara.

–¿Te destruirías a ti misma? ¿Por ellos?

–Llevo destruyéndome dieciocho años –respondió ella–, por usted. Y ya me he cansado.

Lady Alverthorpe miraba a uno, luego a otra y de nuevo al primero, con lágrimas que le dibujaban finas estelas plateadas en la cara.

–Georgie –murmuró–, no hagas esto.

–Madre, ven conmigo.

–Inténtalo –amenazó Alverthorpe–. Ya veréis qué pasa cuando estéis solas. –Su voz rezumaba desprecio–. A ver cómo vivís sin dinero, sin la alta sociedad, sin amigos...

–No estarán solas –protestó Selina.

–¿Usted? –bufó el conde–. ¿Una ramera disfrazada de duquesa?

Peter sintió la furia temblando en su interior, pero se contuvo.

–No estarán solas –repitió–. Nos tienen a nosotros.

Y, desde detrás de él, oyó una voz femenina y delicada:

–Y a nosotros.

Se giró. Era Lydia Hope-Wallace, pálida de terror, rodeada por sus cuatro hermanos mayores como un muro protector.

–¿A cuántos duques piensa que puede ofender y, aun así, esperar ser bien recibido? –Nicholas Ravenscroft apareció desde detrás de otra estantería llena de libros; su mujer iba agarrada a su brazo.

Y allí, llegando desde otro pasillo, estaba Iris. Parecía algo ofendida por verse arrastrada a un espacio público, pero iba acompañada de sus padres, el vizconde y la vizcondesa Duggleby.

También apareció Thomasin Dandridge. Y lady Judith, con la boca torcida en una sonrisa sardónica.

–Están todos ustedes locos si piensan que pueden salirse con la suya –siseó Alverthorpe, recorriendo la biblioteca con la mirada.

–No –respondió lady Judith–. Los hombres como usted son los que siempre se salen con la suya, Alistair. Durante años. Ahora es cuando decimos basta.

–No estamos solas –añadió Selina–. Pero usted sí lo está.

–Ya he escuchado suficiente. Vámonos.

El conde agarró a su esposa con fuerza. Lady Alverthorpe miró fijamente cómo los dedos de su marido le apretaban el brazo, pero no se movió del sitio.

–¡Vamos, maldita sea! –Alverthorpe intentó arrastrarla, y ella casi tropieza. Sin embargo, logró zafarse de su agarre.

–No –susurró, con apenas un hilo de voz–. Me quedo con Georgie.

–¡Pudríos, pues! –El rostro de Alverthorpe era una máscara de pura rabia–. ¡Púdranse todos!

Los Ravenscroft se pusieron de acuerdo para rodear a Georgiana y la condesa. Peter abrazó a Selina, sin importarle el resto de los clientes de Belvoir.

Y el conde de Alverthorpe salió de la biblioteca solo y furioso.



Tuvieron que pasar el resto de la tarde guardando las apariencias ante los curiosos que acudían a la biblioteca, hacer como si el encuentro con el conde y su familia nunca hubiera pasado.

Selina, por supuesto, supo llevarlo con una soltura pasmosa. En un visto y no visto, envió a Georgiana y a su madre a casa de los Hope-Wallace. Le susurró a Lydia al oído unas instrucciones que incluían una gran suma de dinero y a sus amigas más escandalosas de la alta sociedad. Tal vez también una casa en Gloucestershire, aunque Peter no podía asegurar esto último.

Sin embargo, cuando anocheció y Belvoir cerró sus puertas de cara al público, Selina se dejó caer, extenuada, en sus brazos. Peter

la sostuvo con fuerza.

–Estarán bien –susurró Selina. No sabía si trataba de tranquilizarlo a él o a sí misma.

–Lo estarán –asintió Peter–. Los Ravenscroft son un hueso duro de roer. Alverthorpe no tendrá el valor de intentarlo.

Selina dejó escapar una risa temblorosa y alzó la vista hacia él.

–Lo siento, Peter. De verdad, lo siento tanto...

Peter retrocedió, sujetándola por los hombros.

–¿Por qué narices te disculpas? Lo has hecho añicos, como si fuera una taza de porcelana, mi amor. Ha sido espectacular.

–Dios mío –suspiró ella–. Ojalá no hubieras tenido que verlo. Ojalá...

Esperó a que terminara con el corazón en un puño.

–Ojalá no tuvieras que hacer nada de esto. Deberías haberme dejado marchar, Peter. Solo te he puesto las cosas más difíciles.

Él quiso bufar o zarandearla, pero ella miraba el suelo, las pestañas negras velando sus ojos, así que, en su lugar, le apretó los hombros.

–Ven aquí.

Selina se acercó, no con premura, pero sí con cierta docilidad, a su abrazo.

–No te abandonaré –le prometió Peter–. No dejaré de amarte. Aunque deba soportar que una docena de necios te insulten sin poder ahogarlos. Aunque tú y tus libros eróticos aparezcáis en los periódicos de todo el Imperio. –Hundió las manos en las caderas de Selina–. A pesar de que no consigamos quedarnos a los niños.

–Pero ¿por qué? –Selina le dedicó entonces una mirada intensa y desconcertada.

–No me casé contigo por eso. No te quería porque pudieras hacerme respetable, decorarme la casa o cuidar de mis hermanos. –Le acarició los labios con un dedo–. Simplemente te quería.

Selina pronunció el nombre de Peter. Sus labios se movieron contra la piel del duque.

–Gracias.

–¿Por quererte? Te prometo que eso no es difícil.

Ella rio, algo contenida.

–No. Por este plan tan audaz y atrevido. –Recorrió primero las estanterías con la mirada y luego regresó a él–. Jamás se me habría ocurrido nada igual, Peter. Pero, si funciona... tal vez sea la única manera de no perderte, ni a ti, ni a los niños, ni Belvoir.

–Funcionará.

Selina le escudriñó el rostro.

–Si funciona, será gracias a ti. Por la manera en que conviertes lo que podría ser una crisis en una victoria, o un defecto en una fortaleza. Ves este mundo y lo imaginas mejor, Peter. Y es... es extraordinario.

Notó cómo el corazón se le agitaba con violencia dentro del pecho. Quería... Quería ser lo que ella esperaba de él.

–Te amo –confesó Selina en un torrente de palabras entrecortadas. Peter sintió un torbellino lento y vertiginoso.

–Bien –respondió–. Y ahora, ¿puedo besarte?

Soltó una breve carcajada, asintió y Peter buscó sus labios.

Se mareó un poco al separarse de ella. Temblaba de alivio ahora que la tarde se había acabado; el cuerpo, entumecido de deseo.

–¿Quieres ir arriba? –sugirió Selina.

Estaba loco por ella, por ese rubor placentero que le incendiaba el rostro y por la entrega ansiosa de su boca. Ese deseo se mezclaba con el amor que sentía por su ingenio, su valentía y su enorme corazón.

–Ni hablar –contestó–. Esta vez encontraremos una cama.

Selina emitió un suave murmullo y se puso de puntillas para rozarle la oreja con un beso. Peter procuró recordar por qué no debía retirarle los alfileres del peinado y dejar que las ondas de un castaño dorado cayeran libres sobre sus hombros.

Pensó en lo guapa que estaría desnuda sobre su lecho, con el cabello rebelde y los ojos cargados de deseo, y dejó escapar un gemido contra la curva de su cuello. Con delicadeza, le dio un mordisco, y ella suspiró en respuesta, a modo de aprobación, ladeando la cabeza.

–Voy a hacerte tan feliz –dijo Peter. Fue una promesa, un susurro, un beso. Se apartó un poco de ella y tiró con delicadeza de su mano

hacia la puerta trasera de Belvoir. Se felicitó por resistir el impulso de empotrarla contra la superficie.

Empujó la puerta y atrajo a Selina contra su cuerpo. Se tambalearon juntos por el callejón que había tras Belvoir, y Selina, sorprendida, dejó escapar una risilla que se transformó de pronto en un chillido de alarma.

No eran la única pareja allí. Peter se fijó primero en el hombre, de complexión robusta, y luego en la mujer, rellenita y con el pelo encanecido. Él le rodeaba la cintura con un brazo y tenía el rostro inclinado sobre el de ella, a un suspiro de un beso.

Al oír el grito de Selina, la pareja se separó de golpe. Peter, aún ebrio de deseo, sintió que las piernas le fallaban.

–Lord Eldon –jadeó Selina–. Lady Eldon. Buenas noches.

Las espesas cejas blancas de lord Eldon se fruncieron con severidad sobre sus ojos. Lady Eldon les dedicó una sonrisa pronunciada por los hoyuelos, mucho menos sorprendida de lo que estaba Peter.

–Excelencias –saludó lady Eldon, entrelazando los dedos enguantados con los de su marido–. No podemos seguir encontrándonos de esta manera.

–¡Le ruego nos disculpe! –La voz de Selina se quebró–. Estábamos... a punto de irnos...

–No se marchen por nuestra culpa –respondió lady Eldon con amabilidad.

Selina retrocedió con premura hacia el carruaje que los esperaba, arrastrando a Peter con ella.

–Al contrario –corrigió lord Eldon–. Por favor, márchense.

Peter no sabía qué hacer. Ayudó a Selina a subir al carruaje e hizo un gran esfuerzo por no mirar a ningún sitio en concreto. Cuando subió al carruaje tras ella, Selina cerró la puerta con un golpe seco. Luego, con total determinación, bajó también la cortinilla de la ventana.

A través de aquella fina barrera, Peter juraría haber oído la risa ahogada de lady Eldon.

CAPÍTULO 29

[...] Nos vemos en tu casa mañana a las nueve en punto. ¡Recuerda que debes parecer un duque! Pídele ayuda a tu esposa si la necesitas.

De parte de Mohan Tagore,
abogado de Peter Kent, duque de Stanhope.

La mañana de la vista, Peter pensó con cierto pesimismo que ya habían hecho todo lo que estaba en su mano. Habían pasado cuatro días desde su enfrentamiento con lord Alverthorpe en Belvoir. La condesa y Georgiana estaban a salvo, instaladas cómodamente en la finca de los Ravenscroft, en Gloucestershire. Peter y Selina habían cumplido con sus compromisos sociales. Lydia y su doncella habían identificado cualquier posible fuente de oposición, y luego lady Judith y la señora Khan se habían encargado de neutralizarlas. Los Duggleby habían organizado, muy probablemente, el baile menos exclusivo de toda la temporada, pero al menos todo el mundo podría presenciar el apoyo que recibían el duque y la duquesa de Stanhope.

Su familia y todos sus amigos estarían allí: todos habían hecho todo lo posible para sacar partido de sus posiciones y conexiones. Todos conocían la relación que tenía Selina con Belvoir, incluidos los Eldon, que, como habían sospechado, no eran socios de la biblioteca. Su hija, sin embargo, sí lo era.

Peter esperaba que eso bastara.

Selina se sentó a su lado en el Tribunal de Cancillería, con aire sereno y formal, una duquesa de pies a cabeza, incluidas sus zapatillas de satén. Mientras tanto, él, el supuesto duque, se sentaba apretándose las rodillas con las manos y el corazón en la garganta.

Tagore los había acompañado en el carruaje desde su casa hasta Westminster, permaneciendo junto a ellos toda la mañana antes de que comenzara la vista. Ataviado con una toga y una peluca, parecía la versión bengalí de alguno de los retratos de la galería Stanhope.

Freddie y Lu se habían quedado en casa, atendidos por su tutor legal y varios miembros de los Ravenscroft. No estaba permitido que los niños asistieran a la corte y, Dios lo perdonara, tampoco los habría llevado aunque se lo hubieran permitido, pues no quería que estuvieran presentes si algo salía mal.

No podía salir mal. Joder, si la fuerza de su determinación fuera suficiente para hacer que la tutela se materializara, ya se habría hecho realidad.

Selina extendió el dedo meñique para rozar el suyo, que aún apretaba de forma dolorosa contra su propia pierna. Un dedo enguantado lo acarició, y él sintió la firme y constante presencia de su esposa a su lado. Tal vez solo estuviera fingiendo toda esa calma, toda esa paciencia, pero a él lo reconfortaba igualmente.

A la brusca orden de lord Eldon, Tagore se puso en pie.

Allí en medio, en aquel amplio salón revestido de madera, parecía el respetable abogado que era. Habló durante largo rato sobre el compromiso de Peter y Selina con los niños. Consiguió resaltar la conexión de Selina con el duque de Rowland sin hacer jamás alusión al escándalo de Belvoir, y Peter casi se echó a reír. Tagore explicó con tedioso detalle jurídico por qué los precedentes legales que permitían negar la tutela a hermanos mayores por reclamaciones hereditarias no podían aplicarse a Freddie y Lu.

–Suficiente –interrumpió lord Eldon. Sus cejas blancas se hundieron con severidad sobre sus ojos mientras estudiaba a Tagore, Peter y Selina.

–¿Milord? –preguntó Tagore con cautela.

–Ya he oído bastante sobre leyes. Como si no las conociera.

–Sí, claro, milord –respondió Tagore débilmente.

Eldon escudriñó a Peter.

–Quiero que hable usted.

Tagore tosió y se sentó. Miró a Peter, y sintió, más que vio, el hilo de ansiedad que recorría a su abogado de pies a cabeza. Su amigo. «No la fastidies», parecía estar pidiéndole Tagore y, joder, intentaría no hacerlo.

Alzó la vista hacia Eldon, tan imponente allí sentado con esa peluca, y se puso de pie.

–Stanhope –dijo Eldon–, explíqueme por qué esos niños están mejor con usted que con cualquier otra persona.

Las palabras, como siempre, le salieron con facilidad:

–No esperaba heredar este ducado, lord canciller, pero ha llegado a mí de todos modos. Dispongo de los medios necesarios para cuidar de Freddie y Lu, para mantenerlos, educarlos y prepararlos para la sociedad. Tengo...

–Bien –lo cortó Eldon–. Tiene muchas cosas. Pero ¿qué aporta usted?

Peter notó cómo Selina se tensaba a su lado.

Qué aportaba. Dios, no había nada en él que lo convirtiera en un tutor adecuado para los niños. Tenía dinero, un título y una esposa lista y competente que no merecía.

–¿Por qué debería dejarlos bajo su cuidado? –inquirió Eldon–. ¿Y por qué los quiere?

Palabras. Necesitaba palabras. Necesitaba frases sencillas y mentiras convincentes. La pregunta de Eldon flotaba en el aire.

–Son mis hermanos –explicó con voz ronca–. Los querría incluso si no los conociera. Tengo el deber de encargarme de ellos.

No era suficiente. No eran las palabras adecuadas. Pero Peter no sabía cuáles lo serían.

De algún modo, había temido que pasara algo así. Que al final todo dependiera de él, de lo que era y de lo que carecía, del niño de Nueva Orleans que no podía hacer feliz a su padre por mucho que lo intentara.

Ahora era cosa suya salirse con la victoria o fracasar en el intento. No había otro camino. Solo podía mirar en su interior, pero todo lo que habitaba allí parecía ser puro terror.

Sin embargo, Selina estaba allí, junto a él, vibrando de nervios. Pensó en lo valiente que demostró ser en Belvoir. Recordó lo que le había dicho: que era capaz de convertir un defecto en una fortaleza, que podía imaginar el mundo que deseaba y hacerlo realidad.

«Selina –pensó–. Mi familia». No supo cómo, pero las palabras emergieron entonces, firmes y sinceras:

–Los quiero. Estoy orgulloso de ellos. Puede que no siempre sepa cuál es la mejor manera de protegerlos, de hacer que las cosas salgan bien. Pero sé que no les haré daño. No quebraré su espíritu. No los abandonaré. Pase lo que pase, no los dejaré solos.

Selina se levantó.

–Lord canciller, me pregunto si podría decir un...

Detrás de ellos, la gente que había en la galería, sobre todo abogados con peluca, pero también algunos periodistas y visitantes interesados, empezaron a moverse. Lord Eldon alzó la vista. Abrió mucho los ojos y elevó sus espesas cejas.

Peter empezó a tener la incómoda sensación de que algo iba mal. Era, por desgracia, una sensación que le resultaba demasiado familiar.

Se oyó una tos. Un delicado grito femenino.

Y entonces, la puerta de la sala se abrió de golpe e irrumpieron Freddie y Lu. Freddie, pálido y aterrorizado pero intrépido, cabalgaba sobre su poni marrón y peludo. Lu se agarraba con fuerza a las riendas del caballo, medio arrastrándolo, y blandía su estoque como una pequeña escudera ataviada con un vestido.

A su lado, Selina dejó escapar un gemido.

Tagore se quedó de piedra. Parecía haber perdido la capacidad de hablar. Levantó una mano, como para hacer un gesto decidido hacia los niños, pero solo consiguió un saludo a medias.

–¿Qué significa esto? –exigió saber lord Eldon.

Peter se oyó a sí mismo respondiendo:

–Lord Canciller, le presento a la señorita Lucinda Nash y al señorito Frederick Nash.

No estaba seguro de si había respetado el orden correcto en la presentación, pero, en aquel momento tan desafortunado, aquellos detalles tan minuciosos de la etiqueta social eran irrelevantes.

Eldon abrió la boca para contestar, pero los niños cargaron a toda prisa hacia él por el centro de la sala, y Eldon consideró más sensato no intentar hacerse oír entre el estruendo de gritos y sillas volcadas.

–¡No podemos permitir que nos hagan esto! –Lu alzó la voz para hacerse respetar entre el caos. Ella, Freddie y el poni se detuvieron justo entre Peter y Eldon.

Peter se dio cuenta de que no tenía ni idea de a quién le hablaba. ¿Habían irrumpido en la sala para intentar detener el proceso? ¿Para impedir que se convirtiera en su tutor legal? Creía que eso ya había quedado atrás, pero sabía muy bien lo difícil que le resultaba a Lu confiar en él.

El miedo le trepó por la nuca. Se preguntó si debería acercarse a su hermana, intentar agarrar las riendas del caballo de Freddie. Debió de tensarse, preparado para abalanzarse sobre ellos, porque Selina lo sujetó del brazo.

–Están decidiendo nuestro futuro –explicó Lu con firmeza–. Eran nuestras vidas las que estaban en juego cuando fuimos a vivir con la tía Edith. Y más tarde, cuando nos mudamos con la tía tatarabuela Rosamund. Y siguen siendo nuestras vidas. Queremos opinar sobre ellas.

El corazón de Peter se le congeló.

Lord Eldon miró impasible al poni, que había bajado la cabeza y estaba intentando comerse la peluca que uno de los abogados había perdido al apartarse de un salto.

–Continúa.

Por primera vez, habló Freddie, pero en voz tan baja que Peter tuvo que inclinarse hacia delante para oírlo. Si el muchacho no hubiera estado subido al poni, Peter dudaba que se le hubiera oído en absoluto. Se preguntó si era eso lo que los había llevado a montarlo sobre el caballo: el deseo de ser escuchado.

–Queremos vivir con nuestro hermano.

–Y con su esposa –añadió Lu–. Queremos vivir con el duque y la duquesa de Stanhope.

–Y con nuestro gato –aclaró Freddie.

–Es nuestro hogar –dijo Lu con fiereza.

Peter tuvo la repentina sensación de que iba a perder el control por completo e iba a romper a llorar.

–Es nuestra familia –continuó Lu–. No puede separarnos por culpa de una... estúpida ley. –Se mordió el labio inferior–. Si lo intenta, nos escaparemos. Volveremos corriendo con Stanhope. No puede tenernos prisioneros en casa de unos extraños, no puede hacerlo porque...

–Suficiente –la interrumpió lord Eldon, tan decidido que cortó en seco la apasionada arenga de Lu–. Por el amor de Dios, niña. No hay necesidad de tal dramatismo.

–Pero... –Lu dejó caer el estoque a su costado, y Peter vio que tenía la otra mano cerrada en un puño–. Pero... Señor... Por favor...

–Señorito Nash. Señorita Nash. –La voz de Eldon era afilada–. Por la presente nombro a su hermano, Peter Kent, noveno duque de Stanhope, junto con su esposa, Selina Kent, duquesa de Stanhope, como sus tutores legales. Así lo decreto y así será, ahora y para siempre.

Hizo un breve gesto al escribiente que tenía a su lado, el cual miraba boquiabierto a Freddie y Lu, al poni y la espada. Con un leve movimiento de los dedos, Eldon lo hizo reaccionar; el hombre se enderezó, tomó la pluma y empezó a escribir con frenesí en el papel que tenía delante.

–¿De...? ¿De verdad? –murmuró Lu, atónita.

–Sí –respondió Eldon con sequedad–. Iba a hacerlo igualmente.

–¿En serio?

Eldon cerró los ojos un instante y luego los alzó al techo con gesto de resignación.

–Sí. No hagas que me arrepienta de mi decisión.

–¡No se arrepentirá! –exclamó Freddie con entusiasmo, y su poni interpretó aquellas palabras como una orden para avanzar hacia el estrado, donde se encontraba el lord canciller.

–Lo dudo –repuso este. Luego, dirigió la mirada hacia Selina–. Le agrada mucho a mi esposa, Selina. Y no me gusta decepcionarla.

–Gracias –susurró la aludida. La voz, aunque nítida y audible, le tembló un poco–. Gracias.

Eldon elevó una ceja blanca y miró a Peter.

–Me complace saber que no quebraréis su espíritu. Ahora bien, sería conveniente que los sacarais de esta cámara antes de que el animal la destroce del todo.

La felicidad se extendía por Peter como una marea lenta; la notaba en el pecho, en los brazos, en los dedos. Selina le tomó una mano entre las suyas y se la apretó con fuerza. La contempló. Los ojos color ámbar le brillaban, húmedos, y tenía los dedos cálidos.

–Son nuestros –dijo tontamente.

–Sí.

–Hay un caballo en Westminster.

Ella rio entre dientes.

–Sí.

–Creo que nos toca a nosotros retirarlo, y espero que se te ocurra algo ingenioso para hacerlo, porque no estoy del todo seguro de que los caballos sepan bajar escaleras y...

Entonces, Freddie se deslizó por la silla de montar y cogió la mano de Lu. Avanzaron hacia Peter corriendo, casi tropezando. Peter los abrazó a los tres a la vez. El pelo de Selina le hacía cosquillas en la nariz, el estoque de Lu le golpeaba la pantorrilla, el pecho de Freddie se agitaba mientras lloraba.

«Dios mío –pensó Peter. Y luego–: Dios. Son nuestros. Ahora y para siempre».

EPÍLOGO

Seis meses después.

Selina dejó que el abrigo se le deslizara por los hombros y cayera al suelo. Solo se permitió pensar una vez en cómo se arrugaría, decidió que no le importaba y se tiró sobre la cama que había en el centro del dormitorio. Se cubrió el rostro con un brazo y gimió.

–¿Han acabado contigo? –preguntó Peter con calma.

–Sí. –El colchón se hundió bajo el peso de Peter cuando se sentó a su lado, su cuerpo emanando calor en contraste con el frío de diciembre que impregnaba la modesta habitación.

–Bueno, al menos tu muerte hará que esta posada salga en los periódicos. Probablemente colocarán una placa en tu honor. «*The Dancing Dog*: La última morada de la novena duquesa de Stanhope».

–Murió como vivió –suspiró Selina desde detrás de su brazo.

–¿Intentando impedir que los Kent se lanzaran de cabeza al caos?

Se rio sin poder evitarlo y apartó el brazo, acercando el rostro al de Peter.

–A un suspiro de la catástrofe y amando cada instante.

Ese otoño habían enviado a Freddie a Eton. El niño estaba decidido a ir, con el rostro serio y la barbilla erguida con terquedad, aunque su temor era evidente.

Pero fueron solo tres meses, porque Lu se puso unos pantalones y una chaqueta y se marchó a Eton tras él. Consiguió colarse a base de engaños y empujones desde la oficina del director hasta una clase de latín antes de que consiguieran localizarla.

–Os dejé una nota –protestó Lu cuando se llevaron a ambos niños a la ordenadísima habitación de Freddie–. Os dije que estaría bien.

–Tu nota –respondió Peter con precisión– nos informaba de que habías tomado un barco rumbo a Antigua.

Lu lo miró fijamente.

–Pues claro. Si os decía la verdad, sabríais dónde encontrarme.

Varias horas después, habían considerado seriamente los argumentos que Lu había presentado para convencerlos de que ella también debía quedarse en Eton, habían escuchado las réplicas de Freddie, que se quejaba con las mejillas sonrosadas, le habían explicado por qué no podía quedarse y se habían marchado juntos a una posada, dejando la discusión para después de Navidad.

–¿Sabes? –preguntó Selina a Peter, colocándose de lado para verlo mejor–. No tengo la más mínima idea de qué hacer en esta situación.

Peter enredó los dedos en el pelo de Selina.

–Yo tampoco.

–¿Crees que así es como irá todo a partir de ahora? ¿Caos absoluto la mayor parte del tiempo?

–Es muy probable.

Peter ahogó la risa en la boca de ella, y ella pudo relajarse por primera vez desde que se dieron cuenta de que Lu había desaparecido. Se entregó al beso y él apretó el agarre sobre su cabello.

Después de un instante largo, muy largo, se apartó.

–Estoy tan feliz, joder, tan feliz de que estés aquí.

Selina se recreó en el calor del brazo de Peter a su alrededor, en la curva de su boca.

–No hay otro sitio en el que preferiría estar.

–Podrías estar metida en tu oficina de Belvoir, leyendo libros prohibidos en lugar de estar hablando conmigo.

Ella se encogió de hombros.

–No creas que no he traído algunos ejemplares en mi maleta.

Peter alzó las cejas.

–¿En serio, esposa mía?

Selina se escabulló y trató de lanzarse hacia su maleta, que descansaba junto a la cama, pero Peter fue más veloz. Se abalanzó sobre su mujer y se la arrebató para después rebuscar entre la pila de páginas mientras ella chillaba y reía bajo él.

No sabía qué era lo que Laventille le había enviado esa vez, y el rostro atónito de Peter despertaba en ella una enorme curiosidad.

Estaba bastante segura de que uno de los ensayos más subversivos de Lydia se le había colado en la maleta, así que tal vez eso explicaba la expresión de su marido. En los últimos seis meses, su amiga se había convertido muy rápidamente en una de sus panfletistas anónimas más populares. Su habitual reserva no se veía reflejada para nada en los textos radicales que escribía. Lydia pasaba cada vez más tiempo en Belvoir: la semana pasada, Selina la había sorprendido saliendo de la oficina de la planta superior a una hora increíblemente temprana, con manchas de tinta en los guantes. Resultaba demasiado intrigante.

Estiró el cuello para asomarse por encima del hombro de Peter y ver qué había llamado su atención cuando él volvió a meter la mano en la maleta.

–¿Qué es esto?

Selina parpadeó al ver la pequeña bolsa de terciopelo que había sacado.

–No tengo ni idea. Tú...

Peter la estaba observando con una sonrisa, visiblemente orgulloso de sí mismo. Selina le arrebató la bolsa de las manos y tiró de la cuerda para abrirla y volcar su contenido sobre la palma.

Era un anillo. Una esmeralda verde y brillante engastada en una sortija de oro filigranado.

–Perdona por haber tardado tanto –se lamentó Peter–. Quería hacerlo bien.

Selina abrió la boca, pero no salió ninguna palabra.

–Una vez me contaste que una de tus normas era no llevar ningún libro verde de Belvoir encima –comentó él, con la mirada

cálida y fija en la de ella–. Y ahora... Bueno. Quería que tuvieras algo que te recordara que no tienes nada que ocultar. Que te hiciera recordar lo orgullosa que deberías sentirte cada vez que lo veas.

El anillo se le nubló ante los ojos. Peter no dejaba de sorprenderla: con su amor, su constancia y esa visión clara del mundo que imaginaba y convertía en realidad.

–Te amo –susurró Selina–. Te amo tanto...

Peter le apartó un mechón rebelde del rostro.

–Yo también te amo.

Selina se puso el anillo en el dedo, en la mano opuesta a la que llevaba el aro de latón de su boda.

–Espera –protestó él–. Es la mano equivocada.

Ella sonrió de forma tan amplia que se le escapó una lágrima.

–No, no lo es.

–Te he comprado este para que reemplaces el anillo de boda improvisado...

–Nunca.

–¡Te deja el dedo verde!

Selina soltó una carcajada.

–Me gusta.

–¡Por Dios! –exclamó Peter, y la besó.

Seguía besándola (el corpiño de Selina desabrochado, la camisa interior claramente torcida) cuando oyeron un estrépito espectacular al otro lado de la puerta.

Selina se apartó a duras penas de la tentación que era la boca de Peter. Respiraba con dificultad.

–¿Deberíamos ir a ver qué ha sido ese ruido?

Él se acercó a su oído y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

–Ni hablar.

Entrelazó los dedos en los rizos de Peter y lo mantuvo cerca, arqueándose contra él hasta que...

–¡Esta vez no ha sido culpa mía!

Las palabras de Lu, amortiguadas pero audibles, reverberaron al otro lado de la puerta.

–Lo juro –musitó Lu, alzando la voz–. Esta vez ha sido Freddie... Creo que ha soltado al ganso de Navidad... Parecen bastante

alterados por eso...

Peter alzó la cabeza. Desvió la mirada a la puerta y de la puerta a Selina. Luego, apoyó la frente contra la de ella y gimió. Ella rio contra su boca.

–Ya voy –susurró él–. Ya voy. Tú quédate aquí. No te muevas.

–Podría ir a echarle un vistazo a las muestras...

Peter se inclinó sobre ella y le subió las faldas hasta la cintura.

–Ni se te ocurra moverte. Vuelvo enseguida.

Cuando le besó el corte de la media, Selina volvió a reír.

Él la miró; los rizos le caían sobre la frente.

–¿Ha merecido la pena?

Selina sintió muchas cosas a la vez. Calidez, diversión, placer. Excitación, desafío, puro gozo. Y amor. Tantísimo amor.

–En todo momento. Siempre.

NOTA DE LA AUTORA

Belvoir no es un lugar real ni tiene origen histórico alguno (¡que yo sepa!). Sin embargo, todos los libros eróticos a los que hago referencia en esta novela existen de verdad, incluido *Lady Bumtickler's Revels* (1786) (traducción literal: *Las fiestas de lady Bumtickler*), de título inmejorable. Las memorias de Harriette Wilson aún no se habían publicado en 1815, año en que transcurre esta historia, pero Harriette Wilson fue una auténtica cortesana de la Regencia, relacionada con varios nobles y figuras históricas importantes, entre ellos el duque de Wellington. Sus memorias son fascinantes. «No seré nunca el mero instrumento de placer de ningún hombre», escribió.

Fanny Hill se publicó en 1784 y sigue siendo un retrato maravilloso de la erótica del siglo XVIII. Aunque su autor, John Cleland, pasó un breve periodo de tiempo encarcelado por obscenidad, es probable que Selina hubiera salido impune de cualquier castigo legal por sus actividades, ya que en 1815 los miembros de la nobleza y sus esposas estaban excluidos de la mayoría de procesos penales y civiles.

John Scott, lord Eldon, fue un personaje histórico real. Desempeñó el cargo de lord canciller de Gran Bretaña durante varios años a comienzos del siglo XIX, también en 1815.

Tal como se le describe aquí, fue un político conservador que se opuso a las peticiones de reforma del Imperio; sin embargo, no estaba especialmente comprometido con los ideales de un único partido. Era conocido por su afición a las novilladas en sus años de estudiante y en una ocasión llegó a sobrevivir a una pedrada. De hecho, a los veintiún años, sacó a Elizabeth Surtees de la casa de sus padres por una escalera y se fugó con ella a Escocia. Tuvieron

cuatro hijos. Tras la muerte de Bessie, Eldon nunca volvió a contraer matrimonio.

Lamento mucho haber dado a entender que lord Eldon estaba involucrado en el contrabando de brandy francés. Estoy segura de que no era así.

En este libro he presentado a Peter como un «abolicionista radical». En 1815, el comercio de esclavos llevaba ya varios años prohibido en el Imperio británico. Sin embargo, el fin del comercio de esclavos no significaba el fin de la esclavitud en sí misma, sino que solo implicaba que secuestrar africanos y venderlos en el Caribe dejaba de ser un acto legal. Las personas que vivían siendo esclavos en las colonias británicas no fueron liberados, y la esclavitud continuó como hasta entonces.

Los abolicionistas como Peter tenían un poder considerable en el gobierno británico en 1815. Para el texto del discurso inaugural de Peter en la Cámara de los Lores, me inspiré en el discurso que pronunció William Pitt en 1792 en la Cámara de los Comunes, en el que defendía la abolición total e inmediata en todo el Imperio británico. En aquel momento, William Pitt era primer ministro de Gran Bretaña.

No obstante, el final de la esclavitud se prolongó bastante. En 1833 se aprobó la Ley de Abolición de la Esclavitud, que permitía emancipar a las personas esclavizadas menores de seis años en las colonias. A las personas esclavizadas mayores de seis se las fue liberando de manera gradual a lo largo de los siguientes diez años.

Lo que convierte a Peter en un verdadero radical es su oposición a la compensación que se pagó a los esclavistas británicos en las colonias y en la metrópoli. Tras la emancipación, la ley de 1833 estableció que se debían pagar veinte millones de libras en concepto de indemnización a los esclavistas, pues dejaban de disponer de mano de obra gratuita. Como era de esperar, no se otorgó ninguna compensación a las personas a quienes les habían robado la vida, el trabajo y la cultura.

AGRADECIMIENTOS

¿Por dónde empiezo a agradecer a todas las personas que han ayudado a que el mayor sueño de mi vida se haga realidad? (Querida lectora: cuando empecé a escribir esto, tenía activadas las mayúsculas y me planteé muy seriamente dejarlo así).

¡Antes de nada, gracias a ti, lectora de este libro! Significa mucho para mí que hayas dedicado parte de tu tiempo a leer la historia de Peter y Selina. ¡La escribí para ti!

No hay agua suficiente en el océano para darle las gracias a mi brillante agente, Jessica Álvarez. Jessica se ofreció a mover *Un desastre de duque* seis días después de que se la enviara y, para mi sorpresa, hoy hace justo un año de ese día. ¡Menudo año! Jessica, eres la mejor. Pragmática y serena, generosa e inteligente, increíblemente amable y terroríficamente audaz. Te has adelantado a cada paso del camino. Es un verdadero placer trabajar contigo.

Gracias de todo corazón a mi maravillosa editora, Lisa Bonvissuto. Lisa, temblaba como una hojita triste la primera vez que hablamos por teléfono (estaba en mi coche, en el *parking* de un supermercado, ja, ja, ja), pero tú aplacaste de inmediato todos mis miedos. Desde entonces, esto se ha convertido en una constante. No me imagino una persona mejor con la que poder trabajar en mis libros. Gracias por tu brillante orientación a la hora de dar forma a *Un desastre de duque*, por emocionarte con mis ideas más locas y reírte de mis chistes. ¡Estoy deseando hacer más novelas contigo!

Al equipo de arte de St. Martin's, incluida la directora de arte, Olga Grlic, así como la ilustradora, Petra Braun. ¡Gracias por la cubierta de mis sueños! Sigo asombrada e impresionada por cómo habéis transformado mis difusas ideas en esta hermosa obra de arte. Gracias a Gwen Hawkes, por haber sido la primera en amar a Peter y

Selina, por ayudarlos a aterrizar con seguridad en St. Martin's y por su perspicaz orientación editorial. Gracias a mis lectores de sensibilidad, entre ellos Dharani Persaud y Kelsea Reeves, por vuestros comentarios, que me hicieron reflexionar mucho. A mi correctora de estilo, Laura Jorstad; a mi equipo de marketing y publicidad, incluidas Kejana Ayala y Angela Tabor; y a toda la gente de St Martin's que ha trabajado en esta novela (el equipo de ventas, producción, etc.). Muchísimas gracias por vuestro tiempo y por el cuidado que habéis dedicado al proyecto de mi vida. Gracias por ayudarme a transformar estas palabras que una vez escribí en mi escritorio, en pijama, ¡en UN LIBRO DE VERDAD EXPUESTO EN LIBRERÍAS DE VERDAD!

Gracias a los bibliotecarios y libreros, sobre todo a mi querida librería independiente local, Blue Cypress Books, y a mi alma gemela, Jodi Laidlaw. Sois auténticos ángeles de carne y hueso. Os adoro.

Gracias a los muchos y maravillosos miembros de la comunidad de romance *online* que me han apoyado sin cesar durante mi serie de novelas cortas, Halifax Hellions, y que se han mostrado tan entusiastas con *Un desastre de duque*. He conocido a muchísimos escritores y lectores increíbles a través de los espacios de romance *online* (¡un saludo especial a toda la gente de SF2.0 y Kitchen Party!), y estoy muy agradecida a todas las personas que me han animado en cada paso del camino. Gracias a Bella Barnes, Leigh Donnelly y Jane Maguire, que leyeron cada palabra de esta novela, incluso varias veces, desde sus primeras versiones. Gracias en especial a Jane por decirme que Georgiana necesitaba su propia historia. ¡Al final, nuestra chica lo ha conseguido! Gracias a mis queridísimas Felicity Niven, Erin Langston, Maggie North y Sarah T. Dubb. Gracias a Mazey Eddings e India Holton por ser lectoras increíblemente amables y generosas, además de escritoras brillantes. Gracias a Myah Ariel, Amy Buchanan, Etta Easton, Jamie Harrow, Naina Kumar, Laura Piper Lee, Mallory Marlowe, Danica Nava, Ellie Palmer y todos los participantes del grupo de chat «2024 Romance Debuts». ¡Id a leer sus novelas, ¿vale?!

A las Heroínas del Caos, con un agradecimiento especial para Kate Lane y Marianne Marston: gracias por ser así, perfectas tal y como sois.

Gracias a mis escandalosos, adorables y pequeños Vastis, que me dieron muchas opiniones sobre la portada y el título, además del arte interpretativo y un montón de mimos. Gracias a mamá Vasti, que me regaló mi primera novela romántica y que nunca nunca dudó de que algún día mis libros estarían en las librerías. Nada de esto habría sido posible sin tu ánimo constante y tu fe inquebrantable. Te quiero, mamá.

Y, por último, gracias a Matt. No podría quererte más ni estarte más agradecida. Eres mi persona, mi mayor aventura, mi apoyo más sólido y el amor de mi vida. Este libro es para ti. Y el próximo también. Todos son para ti: mi primer lector y mi corazón.

¿SABES YA CUÁL ES TU PRÓXIMO LIBRO?

Si te ha gustado esta historia y no puedes esperar para seguir leyendo, visita nuestra web y redes sociales para estar al tanto de todas las novedades TBR:

Nos vemos en tu próxima lectura